

ANGEL HERNANDEZ FERNANDEZ

CUENTOS POPULARES DE LA PROVINCIA DE ALBACETE

(recogidos por los alumnos del I.E.S. Mixto Número Cinco)



**INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
"DON JUAN MANUEL"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE**

ÁNGEL HERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

**CUENTOS POPULARES
DE LA
PROVINCIA DE ALBACETE**
(Recogidos por los alumnos del I.E.S. Mixto Número Cinco)



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
"DON JUAN MANUEL"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE
Serie I - Estudios - Núm. 124
Albacete 2001

Cubierta: Fotografía río Júcar tomada desde Valdeganga.

CUENTOS populares de la provincia de Albacete / [rec.] Angel Hernández Fernández ; [recogidos por los alumnos del I.E.S. Mixto Número Cinco]. -- Albacete : Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel" , 2001.

309 p. ; 24 cm. -- (Serie I -Estudios; 124)

ISBN 84-95394-15-4

1.Cuentos-Albacete(Provincia)

I. Hernández Fernández, Angel. II. Instituto de Enseñanza Secundaria Mixto Número Cinco.III. Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel". IV. Serie.

398.21(460.288)

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES "DON JUAN MANUEL".
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE.
ADSCRITO A LA CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES. CSIC

D.L. AB-110/2001
I.S.B.N. 84-95394-15-4

IMPRESO EN REPRODUCCIONES GRÁFICAS ALBACETE
P.I. Campollano, calle C, nº 16 • 02007 ALBACETE

*Para Andrés, aunque ya se lo sabrá
a Paqui, por el día a día*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	15
1. Qué es el cuento popular	17
2. Cómo recoger cuentos populares	19
3. Clases de cuentos populares. Ojeada a esta colección	23
4. El cuento popular y la Literatura	28
5. Lenguaje y estilo del cuento popular	31
6. El porqué de los cuentos	33
I. CUENTOS DE ANIMALES	35
1. La zorra caballera	37
Versión 1	37
Versión 2	37
Versión 3	38
2. La zorra se escapa del lobo	39
3. El lobo atrapa a la zorra del rabo	40
4. El lobo y el alcaraván	41
5. El águila pierde su comida	41
6. El lobo y el pozo	41
7. La zorra y el cuervo en el pozo	42
8. El lobo bucea por el queso	43
9. El lobo y la paloma	44
10. La zorra, el águila y el mochuelo	45
11. El lobo y el pájaro celindrán	46
12. El cuervo y la zorra	47
13. El cuervo con el queso en la boca	48
14. El cuervo Pascual y la zorra Mari Sánchez	49
15. Las edades de los animales	50
16. El mono titiritero	51
Versión 1	51
Versión 2	52
Versión 3	53
17. El lobo y los cabritillos	56
Versión 1	56
Versión 2	58
Versión 3	60
Versión 4	61

18. Los animales asustan a los ladrones.....	62
Versión 1	62
Versión 2	64
19. El buey se construye una casa	65
20. El león y el burrito.....	65
21. El león y el cordero	66
22. Galgos o podencos	66
Versión 1	66
Versión 2	67
23. La zorra y la guitarra	67
24. Porqué los perros olfatean.....	68
25. La boda en el cielo	68
26. El cuervo y el cangrejo.....	69
27. La paloma y la hormiga.....	70
Versión 1	70
Versión 2	70
28. La carrera del erizo y la liebre.....	71
29. La cigarra y la hormiga	72
30. La disputa de los dientes y la lengua.....	72
II. CUENTOS MARAVILLOSOS.....	75
31. Juan y el oso	77
32. La princesa encantada	77
33. Las lechugas de la bruja	83
Versión 1	83
Versión 2	85
34. El rosario de oro	86
35. La casita de caramelo	87
36. El ogro de las botas de siete leguas.....	87
Versión 1	87
Versión 2	89
Versión 3	92
37. El niño en el saco de la ogresa	93
38. El livianico del muerto	93
39. Blancaniña y la reina mora.....	94
40. La hija del arriero y el príncipe encantado.....	96
41. Los dos hermanos.....	97
42. Los siete cisnes.....	99
43. La niña buena y la mala	100
Versión 1	100

Versión 2	103
Versión 3	105
Versión 4	106
Versión 5	107
44. El enano saltarín	108
45. El pavero	109
46. La vaca ayudante	112
47. La mula consejera	113
48. Los animales agradecidos	115
49. La mesa, la burra y la porra	116
50. La muñeca de las cagadicas de oro	119
Versión 1	119
Versión 2	119
51. La piel de piojo	120
52. El niño diminuto	121
Versión 1	121
Versión 2	122
Versión 3	122
53. La muerte de Pepito	123
54. El libro caído al río	124
55. La flor de lailolá	126
56. El duende obstinado	127
Versión 1	127
Versión 2	127
57. Las brujas	128
58. El príncipe triste	128
59. La serpiente gigante	129
60. Las hijas del molinero	130
61. El amo que no creía	131
62. Ogro de la casa rosa	132
63. Una gallina negra cura a un niño	133
64. Un sapo cura el pie de un hombre	133
65. Dos historias de premoniciones	133
66. Las sombras	134
67. El hechizo	135
III. CUENTOS RELIGIOSOS	139
68. El pastor desagradecido	141
69. El zapatero pobre	141
70. El ermitaño y el cristo de los favores	141

71. El alma condenada	142
72. El fantasma de la niña muerta	144
73. El caracol parlante.....	145
74. El pastor y los diablos	145
75. La cueva del diablo	146
76. El cazador y la perdiz.....	146
77. El bancal de las ánimas	147
78. El día de la santa cruz.....	147
79. La disputa de Barrax y Balazote	147
80. La virgen de los Llanos	148
81. La niña perdida y la Virgen de Cortes.....	149
82. El moro y la Virgen.....	149
83. La abuela niñana.....	150
84. San Coronado mártir	150
85. La historia de Santa Rita	150
86. Santa Teresa y el Señor	151
87. El hombre que renunció al diablo	152
IV. NOVELAS (CUENTOS ROMÁNTICOS).....	153
88. La promesa olvidada	155
89. La combinación de la novia	156
90. La señorita de la albahaca	157
91. La adivinanza	160
92. La herencia antes de la muerte	161
93. El consejo de un padre a sus hijos.....	161
94. La leyenda del Pernaies.....	162
95. El enamorado muerto	162
96. La calle de la cruz.....	163
97. La cueva de la osera	163
98. La maldición de la gitana	164
V. CUENTOS DEL OGRE Y EL DEMONIO	
BURLADOS.....	165
99. El cíclope.....	167
100. El demonio burlado	167
VI. CUENTOS HUMANOS VARIOS.....	171
101. El que sembró perras	173
102. El pueblo de los tontos	173
103. El viejo en el zarzal	174
104. El tesoro del avaro.....	175
105. El perezoso buscador de setas	176

106. El tonto que se creyó muerto.....	176
107. El borracho que se creyó muerto.....	177
108. La tonta y el melón.....	178
109. La toba.....	178
110. El pastor mentiroso.....	179
Versión 1.....	179
Versión 2.....	179
111. Los dos amigos tontos.....	180
112. Los paletos en el bar.....	181
113. El que ensució en el Altozano.....	181
114. La criada y la señora.....	182
115. El tonto en misa.....	182
116. El tonto en la feria.....	183
117. El soldado tonto.....	183
118. El cacharrero y el fluido eléctrico.....	184
119. El comerciante tonto.....	184
120. El tonto de los dos duros.....	185
121. Los albañiles que hacían la pocilga.....	185
122. Los albañiles que hacían el horno.....	186
123. El carro que no cabía por la puerta.....	186
124. El ciego y el toro.....	187
125. El pescador que cayó al río.....	187
126. El tonto que tiraba piedras.....	188
127. La madre y el hijo llorón.....	188
128. Historias de Miguelanco.....	188
129. Maximino el tonto.....	190
130. Maximino, engañado.....	191
131. El nieto y la abuela.....	192
VII. CUENTOS DE MATRIMONIOS Y NOVIAZGOS	195
132. La esposa terca.....	197
133. El que no trabaja, no come.....	198
134. Gracias a Dios.....	199
135. Los novios fugados.....	199
136. La lluvia de churros.....	199
137. La lluvia de mierda.....	200
138. El niño sin orejas.....	202
139. Cornudo y contento.....	203
140. El zapatero y su mujer.....	203
141. El tonto y la mujer del médico.....	204

142. El amante sorprendido.....	205
143. El hijo del pastor	206
144. El falso cura.....	206
145. El señorito delicado.....	207
146. El matrimonio de borrachos	208
147. La paga de la viuda.....	208
148. El calvo y las muchachas	209
149. La venganza del novio.....	209
VIII. CUENTOS ACERCA DE UNA MUJER	211
150. ¡Castañas!.....	213
151. Las hermanas tartamudas	213
152. Las dos perritas.....	213
153. Cualquiera cosa	214
154. La broma de Elvira López.....	214
IX. CUENTOS ACERCA DE UN HOMBRE LISTO	217
155. El señor Canto Olivero.....	219
156. El tío Chumino y la tía Andosca	220
157. El pastor y los guardias civiles.....	221
158. El extraperlista y la guardia civil	221
159. El suicida.....	222
160. Juan Manzano.....	223
161. El tonto y los ricos.....	223
162. El pícaro que mataba ratas	224
163. El robo del sombrero	224
164. Los bandoleros	225
X. CUENTOS ACERCA DE HOMBRE ESTÚPIDO	227
165. El novio tonto	229
166. El hermano listo y el hermano tonto	230
167. La puerta sobre los ladrones.....	232
168. La capa enganchada en el cementerio	233
169. El susto más grande.....	233
170. El cuento de la lechera	234
171. El burro que nunca existió.....	234
172. El tonto apaleado.....	235
173. El hijo tonto.....	236
174. El tonto de la harina	237
175. Los tres extranjeros	238
176. El falso sordo.....	238
177. "Agosto"	239

178. El rey de los ávaros	239
Versión 1	239
Versión 2	241
179. El avaricioso y la zapatilla	242
180. Un padre y un hijo de cacería.....	243

XI. CUENTOS SOBRE CURAS Y ÓRDENES

RELIGIOSAS.....245

181. El cura, el sacristán y el capellán	247
182. La molienda del cura	247
183. El cura y la mujer del tendero	249
184. El arriero y el cura.....	250
185. San Nicodemo	251
Versión 1	251
Versión 2	252
186. San Pedro vestido de torero.....	253
187. El sacristán y las monjas	253
188. La monja sorda	254
189. El cura y la mujer del alcalde	254
190. El cura y las mujeres	255
191. Quien te conoció, ciruelo... ..	256
192. El cura y la mujer del maestro.....	256
193. El cura tonto	257
194. El cura y el albañil.....	257
195. Los aguiluchos que no crían.....	258

XII. CUENTOS DE MENTIRAS.....259

196. La niña agarrada a la cola del lobo.....	261
197. Más valen pizcas que lástimas	261
198. Una forma peculiar de cazar conejos	262
Versión 1	262
Versión 2	263
199. El cuento de los disparates	263
200. El gran comilón	264

XIII. CUENTOS FORMULÍSTICOS.....265

201. Las palabras retorneadas	267
Versión 1	267
Versión 2	268
202. El fraile mortilón	270
203. La ratita presumida.....	273
Versión 1	273

Versión 2	274
204. El picapedrero que quiso ser sol.....	275
205. Cuentos falsos para niños.....	275
Versión 1	275
Versión 2	276
Versión 3	276
Versión 4	276
Versión 5	276
Versión 6	276
206. Cuentos de nunca acabar	277
Versión 1	277
Versión 2	277
Versión 3	277
XIV. OTROS CUENTOS.....	279
207. El tío rojico.....	281
208. El niño y el cura	281
APÉNDICES.....	283
APÉNDICE 1: ÍNDICE DE NARRADORES	285
APÉNDICE 2: ÍNDICE DE ALUMNOS	297
APÉNDICE 3: ÍNDICE DE POBLACIONES.....	303
APÉNDICE 4: ÍNDICE DE TIPOS FOLCLÓRICOS.....	307
APÉNDICE 5: NOTAS A LOS CUENTOS DE ANIMALES Y MARAVILLOSOS.....	309

INTRODUCCIÓN

I. Qué es el cuento popular

Entendemos por cuento popular una narración en prosa que relata hechos ficticios, carece de autor conocido y se transmite por tradición oral. El hecho de ser narración en prosa distingue al cuento del romance, que es una narración en verso, aunque hay formas híbridas, como es el caso de "Las palabras retorneadas" (cuento número 201 de esta colección), que pueden relatarse en prosa y en verso, o determinados cuentos de mentiras y formulísticos (por ejemplo, los números 199, 205 y 206).

El segundo aspecto importante de la definición anterior es que el cuento relata sucesos ficticios, lo que lo distinguiría de la leyenda, cuyos temas parecen verdaderos al narrador, o al menos éste les da una cierta credibilidad. Según esta afirmación, varios de los relatos que hay en esta colección deberían ser considerados con más propiedad leyendas. De hecho, a la hora de clasificar estas narraciones pensé en abrir un grupo para las leyendas, pero después decidí incluirlas entre aquellos cuentos con los que presentan afinidades temáticas (sobre todo, los religiosos). La razón es que el criterio de la distinción entre cuento y leyenda según la creencia del narrador en los acontecimientos que refiere lleva a catalogar como leyendas relatos que en realidad son cuentos folclóricos conocidos en muchos lugares (por ejemplo, "La capa enganchada en el cementerio", nº 168). En realidad, no hay diferencias estructurales o temáticas importantes entre cuento y leyenda, salvo la ausencia de fórmulas de cierre en la leyenda y la mayor precisión geográfica y temporal que en ésta suele darse. Creo que sólo pueden ser consideradas rigurosamente como leyendas aquellos relatos que se asocian a lugares sagrados o conocidos por la gente.

El tercer aspecto fundamental que define al cuento popular es su difusión tradicional y oral. Tradicional porque, como en todas las manifestaciones del folclore, el cuento popular carece de autor conocido, no tiene forma estable porque no ha sido fijado mediante la escritura y se modifica continuamente en cada transmisión oral. Sería un error considerar que los cuentos de esta colección se repiten de modo idéntico

en la tradición oral. Por el contrario, la transcripción que hacemos de un texto hablado desvirtúa su esencial oralidad y nos puede hacer pensar que estos textos, como los de la literatura escrita, son inmutables. Sin embargo, los mecanismos de la tradición oral exigen continuas alteraciones en los textos de una transmisión a otra porque, en la práctica, es imposible la enunciación exacta de dos versiones del mismo relato aun cuando fueran emitidas por el mismo narrador en períodos de tiempo muy próximos.

Muchas son las causas que provocan los cambios en los cuentos. La más importante es, sin duda, la memoria, porque el texto en prosa no posee los recursos mnemotécnicos de que el verso dispone (rima, medida de los versos, repeticiones formulísticas, etc.). Si a esto añadimos la pérdida del hábito de contar en los narradores que se está produciendo en los últimos años, llegaremos a la conclusión de que el olvido de detalles, las mezclas y confusiones entre unos cuentos y otros y la simplificación del argumento son los rasgos que definen a una buena parte de los cuentos que continúan vivos en la tradición oral.

Otras causas de carácter histórico o social que provocan los cambios en los cuentos pueden ser la sustitución de elementos fantásticos por otros realistas, la presencia de un afán moralizador o didáctico, la introducción de seres que pertenecen a una determinada religión (la Virgen, San Pedro...) en sustitución de otros más antiguos, etc. En conclusión, el cuento popular es un producto cultural en continuo cambio, que se va adaptando a nuevas circunstancias sociales y que, gracias a esa capacidad de adaptación, pervive a los cambios históricos y es capaz de amoldarse a culturas diferentes y remotas.

Estrechamente relacionado con la definición del cuento está el problema de su origen. Se han formulado múltiples teorías que intentan explicar las causas que motivan su aparición y sus posibles focos geográficos de expansión. Porque caracteriza al cuento folclórico su universalidad, su implantación en zonas geográficas muy alejadas y diferentes en cultura.

Ante este excepcional fenómeno, los investigadores han optado por dos tipos de respuestas:

—Unos sostienen que el cuento popular nace en una zona geográfica concreta desde la que se extendería a otros lugares (los hermanos Grimm creen que fueron los primitivos arios quienes los difundieron en sus invasiones; Teodoro Benfey opina que fue la India la patria del cuento,

desde donde pasaría a Persia y de allí los árabes lo exportarían a la Península Ibérica y Europa);

—otros piensan, como Andrew Lang, que los cuentos, al igual que los mitos, se repiten en todas las culturas porque responden a las necesidades espirituales básicas del ser humano. Esto explicaría las sorprendentes semejanzas entre los cuentos de culturas geográficamente muy alejadas (Asia, Africa, América del Norte...).

Sea como fuere, lo cierto es que el origen antiquísimo de los cuentos va ligado a la creación de las primeras sociedades humanas organizadas. Parece que inicialmente estos relatos iban asociados a ceremonias mágico-religiosas que aseguraban la cohesión del grupo social. El principal defensor de este argumento, el ruso Vladimir Propp, afirma que los cuentos testimonian la existencia de ceremonias iniciáticas que preparaban la entrada de los adolescentes al mundo de los adultos mediante ritos que simbolizaban la muerte del niño y el nacimiento del adulto¹⁷.

II. Cómo recoger cuentos populares

Los doscientos cuentos incluidos en este volumen fueron recogidos, entre diciembre de 1993 y diciembre de 1996, por mis alumnos del I.E.S. *Mixto Número Cinco* de Albacete, con la excepción de unos pocos cuentos que recogí yo mismo en *El Batán del Puerto* en julio de 1998. Esta obra es, por tanto, fruto de un trabajo colectivo en el que han intervenido muchas personas, de quienes doy cumplida cuenta al final de cada relato y en los apéndices. Vaya por delante, por supuesto, mi agradecimiento a todos los alumnos que han colaborado en este trabajo y a los narradores que nos contaron generosamente sus historias.

En un principio mi intención era orientar a mis alumnos en la labor de estudio y recuperación de literatura folclórica (cuentos, leyendas, romances, adivinanzas, etc.) como trabajo para la asignatura de Literatura en el ya tristemente desaparecido Segundo de BUP. Pero la abundancia y calidad del material encontrado me impulsaron a continuar en esta tarea y perfeccionarla según la experiencia me enseñaba. Además, la publicación de algunos libros que seguían sistemas parecidos al mío me hizo ver que el método utilizado podía ofrecer estimables resultados.

¹⁷ Véase, Vladimir Propp, *Las raíces históricas del cuento*. Fundamentos (Madrid, 1974).

En especial quisiera destacar la colección de romances de la provincia de Albacete que constituyó la base de la Tesis doctoral de Francisco Mendoza Díaz-Maroto, quien coordinó y orientó a sus alumnos en la recogida de romances de forma muy similar a la utilizada por mí para los cuentos¹⁸.

Como los romances han disfrutado de mucha mayor fortuna que el cuento en cuanto a recopilación y estudio, y en tanto que las publicaciones referidas de Francisco Mendoza muestran una panorámica bastante completa del género romancístico en la provincia de Albacete, decidí limitarme al cuento, un género tradicionalmente menospreciado por los intelectuales, que se ha asociado a la idea de engaño, patraña o cosa sin importancia. De ahí que la labor de la recolección de cuentos tradicionales en España haya sido mucho menos abundante y fecunda que la de los romances, que han gozado del favor de los críticos por su prestigio literario. El impulso dado por Don Ramón Menéndez Pidal y sus seguidores en la tarea del estudio y recolección de romances ha permitido la conservación de una parte muy importante de este inmenso corpus literario, aunque en lo que respecta al cuento los esfuerzos que se han hecho han resultado aislados e imperfectos en muchas ocasiones. La provincia de Albacete no es en esto una excepción pues, de momento, sólo contamos con los cuentos publicados en la revista *Zahora* y algún libro como *El Etnocuentón*¹⁹.

Pues bien, una vez delimitado el campo de la literatura folclórica que íbamos a estudiar, el primer paso en nuestro trabajo consistía en explicar a los alumnos qué es el cuento popular, su importancia y sus relaciones con la literatura escrita, de manera que comprendieran el valor de este género y la necesidad de su recuperación a través del trabajo de campo. Después daba a los alumnos algunas pistas que les ayudaran a encontrar a

¹⁸ Véase Francisco Mendoza Díaz-Maroto, *Introducción al romancero oral en la provincia de Albacete y Antología de romances orales recogidos en la provincia de Albacete*. Instituto de Estudios Albacetenses (Albacete, 1989 y 1990, respectivamente).

¹⁹ Vid. Emilia Cortés Ibáñez, *Cuentos de la zona montañosa de la provincia de Albacete*. Revista *Zahora*, nº9. Diputación de Albacete (Albacete, 1986).

Francisco R. López Megías y María Jesús Ortiz López, *El Etnocuentón. Tratado de las cosas del campo y vida de aldea*. Edición de Francisco R. López (Almansa, 1997).

los narradores apropiados y les advertía sobre cuáles serían las principales dificultades con que se iban a encontrar. Les insistía en la necesidad de grabar las narraciones y les entregaba una ficha para la encuesta que aportara datos de interés sobre los narradores y las situaciones en que se relataban los cuentos. Esta ficha contenía los siguientes apartados:

—Nombre y apellidos del narrador.

—Fecha de nacimiento o edad.

—Lugar de nacimiento y de residencia actual, con indicación de otras poblaciones donde hubiera vivido el narrador.

—Profesión y nivel de estudios.

—Circunstancias que rodeaban la transmisión del cuento: de quién se aprendió, cuándo, dónde, qué actividades se realizaban en ese momento, etc.

De este modo se pretendía obtener la mayor información posible sobre los mecanismos de la tradición oral y sobre el origen, popular o no, de los relatos.

Las encuestas se realizaban durante las vacaciones de Navidad (el reencuentro con familiares, habitual en estas fechas, aconseja que así se haga). Una vez que se disponía del material grabado, el paso siguiente consistía en la transcripción de las cintas, que se realizaba de manera literal, sin alterar absolutamente nada el lenguaje de los narradores y respetando todos los vulgarismos, expresiones dialectales y hasta incongruencias sintácticas o semánticas que pudiera haber. Es importantísima esta fidelidad escrupulosa al acto de comunicación que significa la narración de un cuento, y rechazable cualquier intento de retocar, aclarar o "mejorar" el mensaje. Quienes pretendemos dar fe de la tradición oral no debemos alterarla en virtud de personales criterios estéticos, literarios, morales o de "buen gusto", pues estaríamos privando de su autenticidad a algo que no nos pertenece.

Por último, se leían y comentaban algunos cuentos en clase, se contrastaban las experiencias obtenidas durante el trabajo y así los alumnos comprobaban la eficacia y validez de su labor.

Porque recoger cuentos es una actividad fascinante que nos permite descubrir los humildes tesoros de nuestra tradición oral, además de que nos acerca a otras personas y a otra cultura diferente a la nuestra, mas en absoluto por ello despreciable o inservible. Para obtener resultados

estimables en esta dedicación hace falta mucho tiempo, un lujo del que muchos no disponemos. Por eso el trabajo en equipo permite abarcar lugares y llegar a informantes en una proporción mucho mayor de lo que le sería posible a una sola persona, por animosa que fuese. Además, no es necesario poseer unos conocimientos especializados en la materia, sino que con disponer de unas mínimas orientaciones y un buen caudal de ilusión se pueden conseguir resultados muy valiosos.

Con el objeto de facilitar la tarea a los alumnos, les comentaba previamente a las encuestas cuáles serían las dificultades más comunes con que se encontrarían. La primera, obviamente, es la de dar con el narrador adecuado. Siempre decía a los alumnos que interrogaran a sus abuelos, padres o personas mayores de su familia, y sólo en el caso de que no consiguieran nada entre sus parientes deberían dirigirse a cualesquiera otras personas. En este sentido hay que decir que no existe un modelo ideal de narrador: lo mismo puede ser hombre que mujer, vivir en la ciudad o en un pueblo, tener estudios o carecer de ellos. No obstante, las personas mayores de nulos o escasos estudios que nacieron en pueblos, aunque luego se trasladaran a la capital, suelen ser las más idóneas para este tipo de encuestas.

La segunda dificultad que afrontaremos será la de que nuestro interlocutor comprenda qué es exactamente lo que buscamos, ya que el término "cuento" posee diversas acepciones: narraciones en verso (romances), hechos reales, leyendas, canciones, chistes, fábulas, patrañas, relaciones, etc. Lo importante es que dejemos claro que se trata de historias escuchadas de otras personas, es decir, que proceden de la tradición oral, y no leídas en libros. Tampoco debemos descartar los relatos que se narren como verdaderos y que se atribuyan a personas conocidas, o que incluso el propio informante cuente en primera persona, porque muchas veces son cuentos folclóricos a los que el narrador quiere aportar verosimilitud.

Es muy frecuente que nuestro amigo afirme no recordar nada ya que, en efecto, la costumbre de contar se ha ido perdiendo a la vez que los cambios sociales experimentados en nuestro siglo han provocado la extinción de las formas de vida tradicionales y la irrupción de otros medios de entretenimiento, en especial de la televisión. Nuestra labor entonces consistirá en refrescar esa memoria dormida mencionando cuentos muy conocidos o sus personajes más habituales: animales que hablan, seres fantásticos, tontos y listos, mujeres adúlteras, curas y sacristanes mujeriegos, etc. De este modo, y con un poco de paciencia,

conseguiremos despertar la inteligencia de nuestro hombre o mujer hasta el punto de que, en no pocas ocasiones, ensartará relato tras otro con gracia y naturalidad, volviendo a descubrir el gusto de contar, ya casi olvidado. Para ello es necesario también que les hagamos comprender el valor de lo que nos dicen, lo que no nos resultará difícil si nosotros realmente lo sentimos así. Un clima de confianza y, mejor, de afecto facilita enormemente la comunicación del cuento, que en muchos casos ha de servir para acercar personas muy diferentes en edad, cultura y lenguaje.

Muchas veces se ha dicho que la literatura popular está en franca decadencia y que la labor del investigador del folclore se asemeja a la de un arqueólogo que a través de unos miserables restos pretende reconstruir los cimientos de toda una civilización. Esto es cierto en parte: el éxodo masivo a las ciudades, la invención de la radio y la televisión, la mecanización del trabajo agrícola..., en definitiva, el progreso, con todo lo bueno y lo malo que ha aportado a nuestras vidas, ha mermado bastante la fantasía popular. Sin embargo, todavía es posible encontrar aquí y allá maravillosos relatos que yacen aletargados en la memoria de nuestros viejos a la espera de encontrar un piadoso amigo que los estime y escuche. Esta colección quiere dar fe de ello y contribuir a la valoración del injustamente maltratado cuento.

III. Clases de cuentos populares. Ojeada a esta colección

Bajo la denominación de cuento popular incluimos un conjunto heterogéneo de narraciones que tienen en común su procedencia oral y tradicional. Ahora bien, estas narraciones presentan entre sí bastantes diferencias en cuanto al tema, estructura o personajes. Por eso se hace necesaria una precisa distinción entre el cuento y lo que no lo es y, por otro lado, entre las distintas clases de cuentos. Algo de esto hemos dicho ya al referirnos brevemente a las diferencias, no siempre claras, entre el cuento y la leyenda, o entre el cuento y el chiste, cuyas fronteras tampoco están nítidamente separadas.

Pero aún más difícil nos resulta establecer una clasificación de los cuentos precisa y atinada que utilice un criterio único para agrupar la enorme variedad de narraciones orales en prosa que la tradición atesora. Pues la mayoría de las clasificaciones que se han hecho mezclan arbitrariamente criterios dispares: en unos casos, una clase de cuentos se distingue por sus personajes (cuentos de animales); en otros, por su

estructura (los cuentos maravillosos y los formulísticos); otros se definen por su tema... En nuestro caso hemos seguido la clasificación de A.Aarne y S.Thompson de Tipos de cuentos. Entienden por Tipo el modelo ideal de cuento que permanece esencialmente idéntico por debajo de las infinitas versiones o variantes posibles del mismo que pueden aparecer en la tradición oral. Cada Tipo lleva un número convencional que puede ir seguido por una letra o asterisco en el caso de que nos encontremos con un subtipo. Los cuentos están clasificados en tres grandes grupos: cuentos de animales, cuentos folclóricos ordinarios y cuentos formulísticos. Cada bloque se subdivide a su vez en varios subgrupos, tal y como puede apreciarse en nuestra colección. El problema está en que bastantes cuentos se podrían clasificar en grupos diferentes, por lo que localizar tal o cual relato dentro de la numeración general de Tipos es a veces difícil. Sin embargo, esta clasificación es la que universalmente se utiliza en los trabajos de investigación folclórica ya que facilita la localización y comparación de un cuento con sus paralelos en todos los países y regiones. Aquí se ha intentado seguir la clasificación de Aarne-Thompson en todos los casos en que ha sido posible²⁰.

Creo que el principal mérito de esta colección consiste en que ofrece un muestreo de la tradición cuentística en la provincia de Albacete, representada en un buen número de poblaciones de las que se da cuenta al final de cada relato y en los apéndices. Algunos relatos —pocos— proceden de localidades limítrofes con la provincia de Albacete como Siles (Jaén), Sisante (Cuenca), Arenales de San Gregorio (Ciudad Real), etc. Hay que insistir en lo dicho anteriormente de que el cuento folclórico se caracteriza por su universalidad, por lo que no sería correcto creer que estos relatos aparecen sólo en Albacete; al contrario, es normal encontrar versiones semejantes de muchos de ellos en otros lugares de España y el extranjero. Desde luego sí podemos afirmar que en esta provincia la tradición folclórica está todavía muy viva, como sin duda reafirmarán otros trabajos parecidos que permanecen inéditos.

²⁰ Vid. Antti Aarne y Stith Thompson, *Los tipos del cuento. Una clasificación*. Traducción de F.Peñascosa. FF Communications, 258 (Helsinki, 1995).

En el Apéndice 4 ofrecemos el índice de Tipos folclóricos de nuestra colección. Aquellos Tipos que llevan antepuesto un asterisco al número o letra, remiten a la obra de Ralph S. Boggs, *Index of spanish folktales*. FF Communications, nº 90 (Helsinki, 1930).

Las versiones que se recogen aquí difieren, como es natural, en su elaboración narrativa y calidad estética, que dependen de la habilidad del narrador al contar y también de la mayor o menor vitalidad de un tema en la tradición. Desde luego todas son valiosas en la medida que dan testimonio del folclore vivo de nuestra comunidad. Podrá apreciarse que en algunos casos ofrezco variantes distintas de un mismo cuento que apenas aportan diferencias entre ellas. La razón de esta aparente reiteración de temas hay que buscarla en el deseo de mostrar la vitalidad tradicional de ciertas narraciones y en presentar al lector lo que es esencial en la literatura folclórica: la continua variación en unos textos no fijados por la escritura. Claro que no tenemos la seguridad de que todos los relatos procedan de la tradición oral, sobre todo si no disponemos de otras versiones con que compararlos. De todos modos hay que considerar que relato tradicional es tanto el que procede de fuentes orales como el que se ha popularizado desde fuentes escritas: libros de cuentos para niños, libros de texto; e incluso en algún caso la radio ha servido para devolver a la tradición narraciones que en ésta se olvidaron. Por eso no he sido demasiado escrupuloso a la hora de incluir ciertos cuentos, cuya tradicionalidad me parece más que dudosa, debido a la posibilidad de que pueda haber otra versiones de los mismos que nos garanticen su origen folclórico²¹.

Entre los grupos de cuentos que hemos clasificado, los de animales parlantes muestran la feroz lucha por la supervivencia: todo se reduce a comer o a no ser comidos. El engaño actúa en estos relatos como el motor de la acción, bien porque el animal fuerte consigue engatusar al débil y devorarlo, bien porque el pequeño logra gracias a su astucia escapar del grande. Los cuentos de animales de origen no literario carecen del propósito didáctico que caracteriza a las fábulas de procedencia india y esópica, en las que el diálogo entre los animales sirve para mostrar al desnudo un vicio humano o transmitir un ejemplo práctico para la vida.

Muchos de los cuentos maravillosos contienen un esquema heroico que expresa la superación por parte del protagonista (normalmente débil) de todos los obstáculos y adversarios con los que se encuentra hasta alcanzar la merecida recompensa (reparación de la fechoría del malo y

²¹ En el Apéndice 1 se ofrece un índice de narradores que incluye la información que éstos aportaron en las encuestas acerca de aspectos relacionados con la transmisión oral de los cuentos.

matrimonio con la princesa). Fue el mencionado Propp quien en un libro clásico aisló las funciones y personajes básicos del cuento maravilloso y demostró cómo ese esquema heroico se repite en los cuentos de esta clase. Y así, aunque los personajes varían aparentemente de un cuento a otro, en realidad son siempre los mismos en cuanto a la función que desarrollan dentro del argumento: héroe, antihéroe o agresor, ayudante mágico, víctima, etcétera²². No todos los cuentos de magia de nuestra colección, sin embargo, pueden calificarse de maravillosos: en algunos la presencia de lo sobrenatural los acerca más a las leyendas.

En los cuentos religiosos y en algunos novelescos lo fantástico y sobrenatural, sin dejar de estar presente, queda mucho más atenuado. Los cuentos religiosos y muchas leyendas se parecen en el tema, por lo que se incluyen en el mismo grupo. Muchos de estos cuentos desarrollan el asunto de la transgresión de una prohibición, que arrastra al protagonista a la muerte o al castigo: por ejemplo, los cuentos que se desarrollan en la noche de difuntos (recuérdese "El monte de las ánimas" de Bécquer). También abundan los relatos sobre recompensas y castigos de Dios o Jesús a los mortales.

Los cuentos del ogro o demonio burlado son en realidad cuentos maravillosos pero cargados de un fuerte sentido del humor, normalmente inexistente en éstos. Se desarrollan también sobre el tema del engaño, común a los cuentos de animales y a muchos de humor. Mención especial merece "El cíclope" (número 99), sobre el famoso gigante que cegara Ulises en "La Odisea"²³.

A partir de aquí el elemento fantástico desaparece o deja de tener importancia para dar paso al humor, que pretende criticar la inadaptación de ciertos individuos a las exigencias de la sociedad en que viven. Se trata de la innumerable legión de tontos de todas clases, incapaces de comprender el mundo físico que los rodea, desconocedores de las relaciones sexuales o de las infidelidades de sus mujeres, y algunos con taras físicas que les impiden desenvolverse normalmente. El tonto lo hace todo al revés, mete la pata con enorme facilidad y es, en general, símbolo de los cambios históricos que impulsan el paso de una sociedad arcaica a otra moderna, de la vida rural a la vida urbana. De ahí que en

²² Vid. Vladimir Propp, *Morfología del cuento*, Fundamentos (Madrid, 1981).

²³ Algunos afirman que los cuentos son mitos secularizados, es decir, que han perdido su primitivo sentido religioso.

muchos cuentos de tontos aparezca el señor de pueblo que, llegado a la ciudad, comete mil disparates porque está fuera de su medio habitual y no entiende lo que le rodea. Así, estos cuentos presentan un esquema narrativo antiheroico que, al revés de los maravillosos, nos muestra al protagonista fracasando al intentar alcanzar sus objetivos. Son, por tanto, testimonio de una sociedad en crisis, en pleno cambio a otras formas de vida, mientras que los cuentos maravillosos expresan modos sociales primitivos vinculados a la caza y al nomadismo.

Muchos de estos cuentos de tontos parecen en realidad chistes, ya que no hay una separación clara entre ambos géneros. El criterio de la mayor elaboración narrativa del cuento frente a la sencillez y esquematismo del chiste no resulta válido en muchas ocasiones, pues ciertos cuentos adelgazan su argumento hasta reducirlo a una mera anécdota divertida, como ocurre en los chistes. De hecho, algunos compiladores de este tipo de relatos utilizan ambos términos de modo equivalente, igual que les ocurre a muchos informantes, y en la propia clasificación de Aarne-Thompson se utiliza el término poco preciso de cuento-chiste. En mi opinión podría definir al chiste su condición de exponente de la actualidad social y su efímera perduración (una vez desaparecida la causa social o histórica que originara el nacimiento del chiste, éste deja de existir). Por esa razón, el chiste aparece en zonas geográficas concretas y carece de la difusión universal que caracteriza al cuento²⁴.

Claro que frente al tonto se encuentra el pícaro o listillo dispuesto a aprovecharse de la ingenuidad del bobo. Aquí los infortunios del simple no despiertan compasión sino risa, porque el humor basto del cuento se ensaña con la estupidez del tonto para corregir sus anticuados comportamientos sociales, que ya no valen en los nuevos tiempos que corren.

También los cuentos de curas y mujeres adúlteras pueden considerarse subgrupos de los de tontos porque siempre ridiculizan a un personaje: al propio cura, que no ha podido disfrutar sexualmente de la mujer, o al marido bobo, engañado por su esposa ante sus propios ojos. Los cuentos populares, pese a su indiscutible misoginia, muestran inteligente a la

²⁴ Nuestra definición de chiste coincide con lo que Maxime Chevalier llama cuentecillo tradicional. Véase de este autor *Folklore y literatura: el cuento oral en el Siglo de Oro*, Crítica (Barcelona, 1978) y *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*, Gredos (Madrid, 1975).

mujer y estúpido al hombre, lo que no deja de ser curioso y un buen tema para profundos comentarios que yo no me atreveré a hacer.

El último grupo importante de cuentos lo constituyen los formulísticos, que se caracterizan por presentar una estructura narrativa construida a base de continuas repeticiones que se encadenan. Los personajes suelen ser animales, pero la utilización de esta construcción narrativa tan reconocible distingue estos cuentos de los de animales propiamente dichos. Variedades de los cuentos formulísticos son los cuentos incompletos y de nunca acabar, falsos cuentos concebidos para embromar al oyente.

IV. El cuento popular y la literatura

Es paradójico el que los cuentos populares tengan un origen antiquísimo pero no empiecen a ser recogidos fielmente de la tradición oral hasta el siglo XIX, cuando el movimiento romántico centra su interés por el folclore y lo costumbrista, precisamente en el momento en que la tradición oral empieza a decaer. En este sentido, la colección de los hermanos Grimm, en Alemania, marcará un hito en lo que a la recogida de cuentos tradicionales se refiere y su ejemplo será seguido en otros muchos países, pero no en España, donde los escritores realistas se limitarán a incorporar a sus obras estos cuentos retocándolos para proporcionarles un sentido moralizador o didáctico que originalmente no tienen. Fue *Fernán Caballero* la escritora más destacada en cuanto a la manipulación y adaptación de los cuentos populares, y otros escritores siguieron su ejemplo: el Padre Coloma, Juan Valera, Antonio Trueba, etc.

El primer intento serio de recoger fielmente de la tradición este material folclórico lo llevará a cabo a finales del XIX Antonio Machado y Álvarez, padre de los famosos poetas, en la llamada *Biblioteca de Tradiciones Populares*. Años después, Aurelio Espinosa publicará una importantísima obra, los *Cuentos populares españoles*²⁵, que su hijo continuó con el mismo acierto²⁶. Pero hay que esperar a los últimos años

²⁵ Aurelio Espinosa, *Cuentos populares españoles recogidos de la tradición oral de España*, 3 vol. C.S.I.C. (Madrid, 1946).

²⁶ Aurelio Espinosa, hijo, *Cuentos populares de Castilla y León*, 2 vol. C.S.I.C. (Madrid, 1987 y 1988).

para encontrar abundantes publicaciones sobre esta materia, aunque, como dije antes, el cuento popular nunca ha sido investigado en España con el rigor y la seriedad que se han utilizado con el romance. En la actualidad, Julio Camarena y Maxime Chevalier están publicando un catálogo sobre el cuento folclórico español, del que han aparecido hasta la fecha dos volúmenes, que da fe de todas las versiones publicadas de estos relatos²⁷.

Pero la relativa escasez de antologías de relatos populares no debe hacernos pensar que nuestra cultura ha sido poco fecunda en estas creaciones. Nada más lejos de la realidad. Basta con realizar un recorrido panorámico por nuestra historia literaria para percibir que el cuento popular ha estado siempre muy presente en nuestras letras y que nuestros mejores escritores han recurrido con frecuencia a él, bien incorporándolo a obras más largas o bien recogéndolo en colecciones. Entre la tradición oral y la literaria se producen complejos procesos de relación, de forma que ambas pueden seguir trayectorias paralelas o, por el contrario, interferirse mutuamente: de la tradición oral a la literaria o al revés. En bastantes casos es difícil dilucidar de dónde procede la influencia inicial de tal o cual relato: ¿lo tomó el escritor de la tradición adaptándolo según sus gustos y dándole forma literaria o se popularizó a partir de una fuente escrita? En cualquier caso, lo cierto es que en muchos de nuestros mejores clásicos advertimos la presencia latente o patente de conocidos relatos populares que son fuente continua de inspiración. Comprobémoslo brevemente.

La Península Ibérica fue en la Edad Media un lugar privilegiado para la recepción de la rica cuentística india, traída por los árabes gracias la extensión del imperio islámico a occidente. Ya en el siglo XII, el judío español Pero Alfonso tradujo al latín una colección de cuentos árabes bajo el título de *Disciplina clericalis*, esto es, enseñanza de clérigos, porque éstos los utilizaban como ejemplos para la predicación. Esta antología fue pronto traducida a las principales lenguas europeas y alcanzó enorme difusión. Un siglo más tarde, el rey Alfonso X hizo traducir dos ejemplarios árabes: *Calila y Dimna* y *Sendebat o Libro de los engaños de las mujeres*, que preparan el camino al mejor libro de cuentos de la Edad Media y el primero en que el autor ejerce su voluntad

²⁷ Camarena-Chevalier, *Catálogo tipológico del cuento folclórico español*, Gredos (Madrid). Tomo I: Cuentos maravillosos (1995); tomo II: Cuentos de animales (1997).

de estilo literario y su conciencia de autor: *El Libro del Conde Lucanor y de Patronio*, del siglo XIV. A través de un cuento-marco que comprende todos los relatos de la colección, a la manera de *Las mil y una noches* o *El Decamerón*, Don Juan Manuel da diversos consejos prácticos sobre la vida y las relaciones sociales por boca del consejero Patronio. A pesar de la evidente intención literaria de la obra, el autor recoge de la tradición numerosos cuentos que reelabora marcándolos con su propio sello personal de autor. El cuento nº 13 de nuestra colección, el conocido relato del cuervo que pierde su queso porque la zorra astuta le hace cantar mediante el halago, ya aparece en la obra de este autor medieval, del mismo modo que la encontramos también en *El Libro de Buen Amor* del arcipreste de Hita, otra obra que, en verso, recoge un caudal abundantísimo de cuentos folclóricos, sobre todo de animales.

Porque durante la Edad Media los cuentos proliferan en todo tipo de obras, y no sólo en las antologías de este género. Y así ya en el *Cantar de Mio Cid*, en Gonzalo de Berceo, en las primeras novelas de caballerías y de aventuras, en el *Corbacho* del arcipreste de Talavera, por citar algunos ejemplos significativos, encontramos abundantes cuentos populares.

Pero será en los Siglos de Oro cuando los escritores se nutran de forma constante y generalizada de estos relatos. En el teatro, en la novela, en las compilaciones de refranes, en los ensayos de los humanistas, hallamos cuentos por doquier. Desde las antologías de cuentos como *El Sobremesa y Alivio de caminantes* y el *Portacuentos* de Timoneda o el *Fabulario* de Sebastián de Mey, pasando por la novela picaresca, en especial el *Lazarillo de Tormes*, construido todo él a partir de relatos tradicionales, llegamos a la cima del *Quijote*, fecundo en relatos folclóricos, narrados a veces como tales cuentos y otras presentados directamente en la acción novelesca (recuérdense, por ejemplo, los juicios de Sancho en la Ínsula Barataria). No puede ser entendida cabalmente la literatura de los Siglos de Oro sin atender a su fuerte raigambre tradicional²⁸.

Tras este momento de máximo auge en la utilización del relato popular en la literatura escrita, viene la decadencia en el erudito siglo XVIII, muy alejado por principio de lo popular, pero con el Romanticismo volverá el gusto por el cuento y la leyenda, como

²⁸ Vid. de Maxime Chevalier, además del citado *Folklore y literatura...* (nota 6), *Cuentos folklóricos en la España del Siglo de Oro*, Crítica (Barcelona, 1983).

demuestran Bécquer, Espronceda, el duque de Rivas o Zorrilla. El Realismo, con las notables excepciones de Galdós y Clarín, reelabora abundantemente la narración tradicional adaptándola, como dije, a los gustos del lector burgués de la época.

V. Lenguaje y estilo del cuento popular

Al principio se insistió en la necesidad de respetar escrupulosamente el lenguaje de los narradores en la transcripción escrita de los cuentos. Aunque a alguna persona pueda parecer chocante la lectura de ciertas expresiones vulgares o dialectales y la utilización de construcciones y fórmulas del lenguaje oral en textos escritos, no hay que olvidar que los relatos que vamos a leer son "adaptaciones" al lenguaje escrito de narraciones orales, por lo que, en sentido estricto, las hemos privado de su principal vehículo de transmisión, que es la palabra hablada. Por eso quisiera hacer hincapié en la idea de que estos cuentos deben ser *escuchados* más que leídos, es decir, que quien se acerque a ellos ha de verlos como producto de la comunicación oral entre un emisor y un receptor (o varios).

Como textos orales que son, los cuentos abundan en expresiones propias del lenguaje hablado: continuas repeticiones, anacolutos, vacilaciones, faltas de concordancia, etc. El narrador está recordando una historia de la que ciertos detalles pueden resultar dudosos, por lo que a veces vacila, se contradice o vuelve a lo anterior para rectificar o aclarar algo ya dicho. Estas vacilaciones, naturales en el discurso oral improvisado, pueden resultar farragosas en nuestra lectura. Pero si cediéramos a la tentación de alterar aspectos del relato para así facilitar su lectura normalizada, desvirtuaríamos su característica primordial de enunciados orales y estaríamos cayendo en la manipulación del folclore que antes denunciábamos. Por eso pido al lector que comprenda y acepte este postulado de respeto absoluto a la persona que habla; que no se sorprenda porque, por ejemplo, se nos diga unas veces "todo" y otras "tó", o "así" y "asín", sino que por el contrario nos dejemos llevar por el encanto de unas palabras dichas, seguramente al calor de la lumbre, con espontaneidad y gracia.

El lenguaje de los cuentos basa su acierto en lo directo y rápido que llega al lector gracias a su economía narrativa: se cuenta la historia sin preámbulos ni rodeos y sin apenas descripciones. Sólo interesa la acción,

el argumento, y los personajes carecen de individualidad y profundidad psicológica, están trazados de modo esquemático porque representan un modelo reconocido por toda la comunidad: el héroe, el villano, el tonto... No hay lugar para digresiones o reflexiones que retrasen la rápida marcha del cuento hasta su desenlace, momento crucial hacia el que convergen todas las fuerzas motrices del relato. Ni hay saltos ni retrocesos temporales, y el tratamiento del espacio resulta también de lo más convencional, incluso cuando el cuento se desarrolla en lugares y paisajes fantásticos.

Los diálogos se reproducen en estilo directo y nunca hay más de dos personajes hablando a la vez. La repetición es un mecanismo narrativo muy utilizado en el cuento: cuando varios personajes emprenden la misma acción o parten a buscar aventuras, la narración repite los mismos acontecimientos ocurridos a estos personajes, en lugar de aludir simplemente a ellos. Las repeticiones de tres elementos son las más frecuentes.

Caracteriza también al cuento popular la utilización de fórmulas de apertura y cierre de la narración: "Erase (había) una vez...", "colorín, colorado este cuento se ha acabado" y muchas más, que sitúan al oyente en un espacio y tiempo determinados —muchas veces fabuloso— o, por el contrario, lo devuelven a la realidad al indicarle el final de la historia. Abundan también las exclamaciones, onomatopeyas, expresiones malsonantes y otros recursos propios del lenguaje oral que no queremos comentar aquí pues el lector podrá apreciarlos en los textos.

Me gustaría decir por último dos palabras sobre la supuesta obscenidad de algunos cuentos populares. Frente a la extendida identificación entre los términos de cuento popular y cuento infantil, hay que advertir que algunos de los relatos que aquí aparecen no son apropiados para niños debido a su contenido o a las expresiones que utilizan (por ejemplo, algunos de los incluidos entre los cuentos de matrimonios o de curas). Sin embargo, ninguno de ellos podría tacharse de inmoral o morboso porque simplemente se llama a las cosas por su nombre (aunque a veces se utilicen eufemismos), y se cuenta todo con naturalidad y llaneza, buscando la risa franca y espontánea de los oyentes como único fin. Así que supongo que al leer estos cuentos, cuya ingenuidad en materia sexual es evidente, nadie se escandalizará.

VI. El porqué de los cuentos

Hasta aquí he pretendido esbozar alguno de los muchos aspectos relacionados con el cuento popular que más han merecido la atención de las personas que a ellos se han acercado. Sobre el cuento popular se han elaborado multitud de teorías que pretenden definirlo, explicar su origen e interpretar su contenido. Y pese a que no es éste el lugar para enumerarlas y comentarlas, sí al menos querría terminar reflexionando sobre la pervivencia y validez de este género.

¿Qué tiene el cuento popular para que, en efecto, haya existido desde los comienzos de la especie humana y se mantenga todavía vivo y dinámico? ¿Qué valor le otorgaremos a estos cuentos sencillos y sin pretensiones que sólo pretenden distraernos en los momentos de descanso junto a nuestros familiares y amigos? ¿Por qué han podido adaptarse a circunstancias históricas y sociales muy dispares y se han aclimatado a todo tipo de culturas, por remotas y distantes que sean?

La respuesta a todos estos interrogantes es muy compleja, y no me atreveré yo a intentarla. Algunos creen que el cuento popular es reflejo de profundas inquietudes psíquicas, o trasunto de ciertos conflictos entre clases sociales, o pervivencia de antiguos mitos secularizados entre el pueblo, o expresión de primitivas ceremonias rituales... Todos ellos tienen parte de razón porque el cuento popular es, con diferentes motivaciones y fines, como la gran literatura: sobrevive a los cambios de épocas y de gustos y sus interpretaciones son inagotables.

Pero parece claro que el cuento ofrece unos modelos sociales y de conducta que son válidos para todas las personas: del héroe, por ejemplo, aprendemos el esfuerzo para superar los obstáculos que presenta la vida; del tonto aprendemos a desechar algunos comportamientos que nos convertirían en marginados sociales. Cuando nos adentramos en el bosque de los cuentos, nosotros mismos pasamos a ser los protagonistas de la historia, que no es otra que la vida. Ellos nos proporcionan la fe y la calma necesarias para enfrentarnos con éxito (o así nos lo hacen creer) a ogros, brujas, gigantes o demonios.

Pasemos ya a la lectura de los cuentos, que es lo importante. Espero que disfruten con ellos y que los tengan en más estimación a partir de ahora. Agradezcan a mis buenos y recordados alumnos del I.E.S. *Mixto Número Cinco* de Albacete y a sus amables y comprensivos narradores el que podamos disfrutar de estos genuinos y naturales frutos de nuestra tierra.

I. CUENTOS DE ANIMALES

1. LA ZORRA CABALLERA

Versión 1.

Esto era una zorra y un zorro y tenían mucha hambre. Y había un matrimonio que vivían en el campo con el rebaño. Y un día la pastora hizo unos gazpachos; y dice: “Voy a llamar a mi marido”. Y se dejó la puerta abierta y vino la zorra y se comió los gazpachos, y los que sobraron se los echó por encima de la cabeza. Y entonces salió la zorra y se fue adonde estaba el zorro; y dijo la zorra:

—¡Ay!, ¡me han pegao una paliza y me han saltao los sesos —eran los gazpachos— y tengo una sez!

Y dice el zorro:

—Pos vamos a un pozo a beber agua.

Y dice la zorra, la muy gandula:

—Me tienes que llevar a costaletas, que yo no puedo andar.

Y entonces se la echó a costaletas. Y decía la zorra:

—Zorríca grillera,
hinchá de gazpachos
y bien caballera.

Y llegan al pozo y dice la zorra:

—Yo entro primero; me agarras del rabo y, cuando yo diga “zarpa”, me sacas.

Bebe la zorra y le tocó al zorro beber. La zorra lo agarra del rabo al zorro y dice “zarpa”. Y dice la zorra:

—El rabo se me escapa.

Lo deja caer al pozo y se ahoga.

Narrado por Antonia Cortés García, 72 años (Alcadozo)

Versión 2.

Estaban un zorro y una zorra. Le dice la zorra al zorro:

—Mientras que yo entretengo a los pastores, tú vas y robas un cordero.

Entonces al zorro lo pillaron los pastores y le dieron un palizón y, mientras, la zorra se comió los gazpachos de los pastores y los que le sobraron se los echó a la cabeza. Después, cuando volvieron a la guarida, le dijo el zorro a la zorra:

—¡Ay, zorrিকা!, ¡qué paliza me han pegao!

Y la zorra le dijo:

—Y a mí me han saltao los sesos.

Entonces la zorra le dice al zorro que la suba a cuestras, que lo suyo es peor. Y entonces la zorra cantaba:

—Zorra grillera,
harta de migas
y bien caballera.

Entonces el zorro le preguntó que qué decía; y le dijo:

—¡Que andes y calles!

Entonces llegaron a un pozo y la zorra le dijo al zorro:

—Me tienes que bajar al pozo, que tengo mucha sed y necesito beber agua. Y cuando diga “un, dos y tres: ¡zalpa!”, me estiras del rabo y me sacas.

Y después dijo el zorro :

—Ahora me toca a mí.

Y entonces bajó el zorro y dijo el zorro :

—¡Zalpa!

Y la zorra dijo:

—¡Ay, zorríco, el rabíco se me escapa!

Narrado por Pilar Alfaro Calderón, 66 años (Tiriez)

Versión 3.

Había un pastor en el campo con el ganao, un lobo y una zorra, y la zorra se llamaba María Sánchez. Y las zorras son muy discretas y listas. Y el lobo dice:

—Voy a entretener al pastor, que está haciendo unos gazpachos, y —dice— y tú vas a comerte una oveja, haces como que..., no te llevas ná pa comerte una oveja y una vez que la tengas corres pa que salga el pastor detrás de ti a pegarte y entonces yo salgo corriendo con los gazpachos, que estaba haciendo en el caldero; y entonces va detrás de ti y sales a mi encuentro y te llevas los gazpachos.

Llega, va y se los come ella y los que le sobran se los echa encima de la cabeza, y así que se encuentra al lobo le dice:

—Venga, vamos a comernos los gazpachos.

Y dice la zorra:

—¡Mira, que me ha pegao el pastor un palo y mira ánde me ha echao los sesos de fuera! ¡Llévame a cuestras, que llevo un calenturón que no puedo ni con mi alma!; ¡llévame a cuestras!, ¡ay!

«Zorra marillera,
harta de gazpachos
y bien caballera»

Dice el lobo:

—María Sánchez, ¿qué dices?

—¡Ay, nada, que llevo un calenturón!

Dice la zorra:

—Tengo mucha sed; vamos al pozo que hay al lado y bebemos agua. Así que lleguemos, me meto yo primero y así que diga “tarta”, me estiras del rabo y me sacas.

Pues nada, se mete al pozo, bebe agua y así que está hinchá de agua, dice “tarta”, le estira del rabo y la sacó; y dice:

—Ahora te metes tú.

Lo coge del rabo y cuando el lobo le dice “tarta”, dice ella:

—¡Ay, el rabo se me escapa!

Y se ahogó el lobo. Y colojín colorado, este cuento se ha acabado.

Narrado por Antonia Fernández, 77 años (Pozuelo)

2. LA ZORRA SE ESCAPA DEL LOBO

Esto eran unos pastores en la majada de noche y estaban haciendo unos gazpachos pa cenar, y se presentaron el lobo y una zorra y la zorra le dijo al lobo:

—Tú vas a ir a espantar el ganado para que se vaya el pastor y yo cojo la sartén de los gazpachos para comérmolos los dos.

Y mientras el lobo los espantaba, la zorra se los comió. Y cuando fue donde estaba el lobo, le preguntó el lobo:

—¿Qué pasa? ¿Y los gazpachos?

Y la zorra le dijo:

—¡Calla!, ¡que me han dao un palizón que no me puedo mover! Ahora me tienes que llevar en cuestras a un pozo a beber agua.

Entonces se la cargó el lobo en cuestras y la zorra iba cantando:

—Zorra grillera,
hinchá de gazpachos
y bien caballera.

Y el lobo le decía:

—¿Qué es lo que vas diciendo?

—Anda, tonto, esto es un cantar que yo sé.

Cuando llegaron al pozo, le dijo la zorra al lobo:

—Yo bebo primero. Me agarras del rabo y cuando yo diga “zarpa”, me sacas.

Y el lobo, cuando dijo “zarpa”, la sacó. Pero cuando bebió el lobo, que la zorra lo cogió del rabo, dijo el lobo:

—Zarpa.

Y entonces la pillina de la zorra dijo:

—El rabo se me escapa.

Y el lobo se cayó; y le decía la zorra:

—¡Ay qué gozo, que viene el amo del pozo !

Pero el lobo salió del pozo y salió detrás de ella. Entonces la zorra se metió contra una piedra en un chaparro y le asoma el rabo. Y el lobo se lo cogió y entonces la zorra le dijo:

—Estira, estira, que de la raíz del chaparro estiras.

Y entonces el lobo soltó.

Narrado por Victor Tercero Alfaro, 53 años (Ayna)

3. EL LOBO ATRAPA A LA ZORRA DEL RABO

Érase una vez un lobo y una zorra muy astuta. Los dos decidieron ir a cazar y cazaron una liebre. Estaban los dos discutiendo cómo partirse la caza, cuando la zorra sale corriendo hacia su madriguera. El lobo logró atraparla del rabo y le dice:

—¡Sal de ahí, maldita zorra!

Y contesta la zorra:

—El conejo se ha escapado y yo estoy atrapada en una rama.

El lobo decide soltarla y la zorra, gracias a su astucia, logra escapar del conejo.

Narrado por Roque García Martínez, 42 años (Siles-Jaén)

4. EL LOBO Y EL ALCARAVÁN

Había una vez un alcaraván que estaba descuidado y vino un lobo y lo agarró con la boca para comérselo. Y el alcaraván, viéndose perdido, le dijo que si podía concederle un último deseo y entonces el lobo le dijo que qué quería. Y le dijo que únicamente quería era que dijera bien alto y claro, para que él lo oyera, “¡alcaraván comí!”. Y el lobo le dijo que sí, que eso estaba hecho, y gritó:

—¡Alcaraván comí!

—No te oigo; un poquito más fuerte.

Y lo volvió a gritar:

—¡Alcaraván comí!

Y poco a poco lo fue soltando un poquito más, y la última vez que gritó “¡alcaraván comí!”, el otro, que se vio libre, salió volando y dijo:

—¡Será a otro tonto
pero no a mí!

Narrado por Isabel Hoyos García, 48 años (Albacete)

5. EL ÁGUILA PIERDE SU COMIDA

Érase una vez un lobo y un águila. El lobo había cazado un gran conejo y iba muy contento. De repente ve al águila, que le estaba observando desde el cielo. El comenzó a sospechar del águila que trataría de quitárselo y rápidamente se escondió. Pero la águila logró encontrarlo y así robarle el conejo. Cuando iba el águila volando, el lobo le pregunta:

—¿Cómo te llamas?

Y el águila responde:

—María.

Al decir su nombre, el águila soltó el conejo y el lobo pudo recuperarlo gracias a su sabiduría.

Narrado por Roque García Martínez, 42 años, (Siles-Jaén)

6. EL LOBO Y EL POZO

Érase una vez un lobo y una loba que quedaron para ir a cazar. Lograron atrapar dos conejos. Al regresar hacia sus cuevas, encontraron

un pozo. La loba tenía sed y le preguntó al lobo si era tan amable de sujetarla de la cola para poder beber, y el lobo respondió que sí. Al terminar de beber, el lobo le preguntó lo mismo. Mientras el lobo estaba bebiendo, la loba tuvo una idea: si soltaba al lobo, se podría llevar los dos conejos. Así fue: soltó al lobo y se quedó con los conejos.

Narrado por Roque García Martínez, 42 años (Siles-Jaén)

7. LA ZORRA Y EL CUERVO EN EL POZO

Una vez una zorra y un cuervo iban por un camino y la zorra llevaba mucho hambre, mucho hambre, y le dijo al cuervo:

—Oye, ¿tú has visto por ahí por dónde podemos comer?

—Bueno, ahí más para allá hay un parral.

Y llega la zorra y ve unas uvas más hermosas y más dulces que la miel. Y entonces ya el cuervo y ella se pusieron a comer hasta que se hincharon; y al terminar le dijo la zorra al cuervo:

—¿Tú sabes por dónde hay alguna fuente por ahí?, que yo llevo una sed que me estoy ahogando de tanta calor.

—Sí, más para allá hay un pozo. Vamos los dos y bebemos.

Y le dijo la zorra:

—¿Y cómo me meto yo al pozo? Tú con las alas puedes bajar, pero yo...

—No te preocupes por nada. Primero bajas tú —le dijo el cuervo.

Y entonces la zorra le dijo:

—Cuando haya terminado de beber agua, diré “¡carambola!” y estirarás de mi cola.

Cuando terminó de beber agua, la zorra le dijo “¡carambola!” y el cuervo la sacó a la zorra. Y ahora le toca de bajar al cuervo. Entonces le dijo el cuervo a la zorra:

—Cuando diga “¡zarpa!”, me subes.

Entonces bajó a beber agua y dijo:

—¡Zarpa!

Y le dijo la zorra al cuervo:

—¡La cola se me escapa!

Y entonces siguieron el cuervo abajo, ya que lo había dejado la zorra aleteando por encima del agua al pobrecico, que se estaba ahogando. Pero por fin, dando vueltas y vueltas, subió arriba otra vez y la zorra ya

iba por el camino otra vez para abajo. Y iba el pobre cuervo detrás, casi ahogaíco del todo, y le dijo a la zorra:

—¡Ya he salido por fin! ¿Qué te parece?

—Nada, yo es que no podía subirte —le dijo la zorra.

—Bien, de acuerdo —le dijo el cuervo—. Pues mira, te voy a proponer una cosa.

—Bien —le dijo la zorra.

—¿Te quieres subir para arriba conmigo a con los míos?

—Sí, pero yo no vuelo como tú —le dijo la zorra.

—No te preocupes por nada: te pones así con el lomo para arriba y yo te cojo con las garras y te subo para arriba conmigo, para arriba, para arriba...

Y entonces, cuando subió arriba del todo a una altura muy alta, dijo el cuervo:

—¡Las garras se me abren y se me escapan!

—¡Pues ya no tengo nada que hacer! —dijo la zorra.

Bajaba para abajo y iba diciendo la zorra:

—¡Ladearos piedras, ladearos, que los escalabro a todas!

Narrado por Piedad Fernández Alarcón, 58 años (Yeste)

8. EL LOBO BUCEA POR EL QUESO

Una vez había un lobo y una zorra. La zorra decía: “Yo tengo que engañar al lobo. ¿Cómo me las voy a gobernar?” Y va a beber agua y dice: “¡Uy, pues ya está!”. Como reflejaba la luna llenando to lo lleno en el fondo del agua, pues parecía un queso. Y dice:

—Oye —dice—, lobo, ven. Mira qué queso hay en el fondo del agua.

—¡Uy!, ¡de verdad qué hermoso y qué grande! —dice.

—Pues nada, pues cógelo.

Coge y se mete en el agua y la zorra —claro— pues se estaba riendo. Y dice: “Ya verás qué chasco se va a llevar”. Y coge, se mete el lobo y se cae y se ahoga, casi se ahoga, y dice: “¡Que me ha engañao, que es la luna, que no es un queso, que me ha engañao... !”

Y ya la zorra coge y se va de contenta porque el lobo se había caído al pozo. Y ya coge y pasaba por ahí un cazador y dice: “Pero pues si aquí se oye alguien en el pozo; voy a ver quién es”:

—¡Ay, socorro, sacarme de aquí, que me ha engañao la zorra, que dice que había un queso y luego era la luna que reflejaba, y me estoy ahogando!

Coge el guarda que estaba por allí, le echó una soga, lo salvó y lo sacó. Y ya pues se fue y la zorra ya se había ido. Y el lobo dice: “Como la coja, me vengo de ella”, y no la pudo coger. La zorra salió corriendo por el monte, y ya está. Cuentecico colorao, que ya se ha acabado.

Narrado por Esperanza Campos Madrona, 66 años (Chinchilla)

9. EL LOBO Y LA PALOMA

Había una vez una paloma que vivía en el bosque y tenía su nido hecho en un pino, y ella estaba tan contenta y tan feliz. Entonces fue cuando tuvo que hacer su nido, y lo hizo en el pino; puso sus huevos y estaba siempre cantando, siempre tan contenta..., para que salieran los pichones pequeñicos, los palometes pequeños. Y entonces pasaban por allí los animales que pasaban y la oían cantar y ella tan feliz con sus palomicos.

Entonces, un día se le oyó cantar a la paloma un lobo y entonces dio unos golpes en el pino y le dice a la paloma:

—Paloma, me tienes que echar uno de tus palomicos para que me los coma.

Y entonces ella se pone tan triste y se pone a llorar y dice:

—Piénsatelo muy bien, que mañana voy a venir y ya sabes que o me echas un palomito o corto el pino con mi rabo rabino y me como a ti y a tus hijitos.

Y entonces ella se quedó pensando y pensando y el lobo se fue para volver al día siguiente; y ella se quedó pensando y cuanto más pensaba, más lloraba. Y entonces una ardilla que pasaba de árbol en árbol saltando dice:

—Palomita, ¿por qué lloras?

Y le dice:

—Pues porque mira lo que me ha pasao: estaba yo tan contenta y ha pasao un lobo y ha dao unos golpes en el pino y me ha dicho que o le echo un palomico pequeñico para que se lo coma o con su rabo rabito corta el pinito y me come a mí y a mis hijitos.

Y entonces le dice:

—Pero no estés triste por eso, porque eso no es de estar triste. ¿Tú es que no sabes que los rabos del lobo no cortan pinos, que son las hachas de mucho filo?

Y entonces ella se pone a pensar: "Si es verdad, ¿por qué voy a estar yo triste?"

Llega el otro día y le dice la ardilla:

—Tú, cuando se presente el lobo a decirte eso, pos tú le contestas; y como no puede hacer nada, se tendrá que ir.

Conque, nada, a la mañana siguiente viene el lobo ya tan contento de que le iba a echar un palomo para que se lo comiera, un palomo chiquitín del nido, y toca en el nido así fuerte y dice:

—Palomita, ¿lo has pensado ya bien? —dice—: échame un palomo chiquitín, un hijo tuyo, o con mi rabo rabito corto el pinito y me como a ti y a tus hijitos.

Y entonces se echa a reír la paloma; dice:

—Pos no te voy a echar ninguno, te puedes ir por donde has venido —dice— porque los rabos de lobo no cortan pinos, que son las hachas de mucho filo.

Y entonces el lobo se fue malhumorado y... Colorín colorado, por la boca de la Mari Ángeles, que la tiene abierta, se ha colado.

Narrado por Lisardo Lara Pérez, 43 años (Agramón)

10. LA ZORRA, EL ÁGUILA Y EL MOCHUELO

Era una zorra y un águila. El águila había hecho un nido en un pino y tenía tres polluelos. Un día se acercó la zorra, que era muy dañina y muy mala, y entonces le dijo al águila:

—Águila, si no me echas un hijico me lío el rabo al pino y me como a ti y a tus hijicos.

Entonces el águila le echó a uno. Al día siguiente ocurrió lo mismo y le echó a otro. Entonces el águila lloraba y lloraba porque había perdido a dos hijicos. Entonces llegó un cazador y le dijo a el águila:

—¿Qué te pasa, zorríca?

—Mira, que ha venido la zorríca y me ha hecho que le eche a dos de mis hijicos y mañana vendrá a por el último que me queda.

El cazador dijo:

—Tú, cuando venga la zorra, le dices:

“Las colas de las zorras no cortan pinos,
que son las hachas de los campesinos”.

Al día siguiente llegó la zorra y el águila le dijo eso. Y dijo la zorra:

—¿Quién te ha dicho eso?

Entonces la zorra miró a un majano¹³ y vio a un mochuelo y pensó que se lo había dicho el mochuelo. Entonces la zorra fue hacia el mochuelo y le dijo:

—Mira, te tengo que comer por haberle dicho eso al águila.

Entonces dijo el mochuelo:

—¡Ay!, si me quisieras llevar a aquel majano para despedirme de mis dos hijicos..., y cuando yo diga tres veces “mochuelo comí”, me comes.

Dijo una vez: “¡mochuelo comí!”; dijo otra vez: “¡mochuelo comí!”; y la última vez dijo:

“¡Mochuelo comí!

¡A otro, que no a mí!”

Y el mochuelo se fue y a la zorra se le quedó una cara de tonta que no podía con ella.

Narrado por Pilar Alfaro Calderón, 66 años (Tiriez)

11. EL LOBO Y EL PÁJARO CELINDRÁN

Érase una vez que habitaba en un bosque muy lejano un pájaro al que le llamaban el pájaro Celindrán. El pájaro Celindrán anidó en un pino y allí tuvo a sus pajarillos.

Un día pasó un lobo por bajo del pino y se quedó mirando y vio el nido con los pajarillos, y le dijo al pájaro:

—Pajarico Celindrán, échame un gavilonchico y si no, con mi rabo rabino te corto el pino y me los como todos.

Al marcharse el lobo, el pájaro se echó a llorar y en esto que pasó otro pájaro, estando él llorando, y le dijo:

—¿Qué lloras, pajarico Celindrán?

Y él le contestó:

¹³ *Majano*: Montón de piedras que suele formarse en un campo, enrucijada o división de términos.

—Que me ha pasado esto: que ha venido el lobo y me ha dicho que diera mis gavilonchicos; que si no, con su rabo rabino me cortaba el pino y se los comía todos.

Y le dijo:

—Al próximo día que vuelva el lobo, le dices: “Maldito lobo, con tu rabo rabino no se cortan los pinos, que los pinos se cortan con hachas de acero fino”.

Al día siguiente volvió el lobo y le dijo lo mismo: que le echara un gavilonchico y si no, con su rabo rabino le cortaba el pino y se los comía todos. Y entonces le dijo:

—Maldito lobo, con tu rabo rabino no se cortan los pinos, que los pinos se cortan con hachas de acero fino.

Y el lobo le contestó:

—¡Ay, amigo!, ¿quién te ha dicho eso?: ¿el pajarillo Celindrán? Pues en cuanto lo vea me lo comeré.

Una mañana que había mucha escarcha y hielo estaba el pájaro debajo de una zarza, medio helado y muerto de hambre, y llegó el lobo y le dijo:

—Tú le has dicho al pajarico Celindrán que con mi rabo rabino no se cortan los pinos, que los pinos se cortan con hachas de acero fino. Pues ahora te comeré.

Entonces el pájaro le dijo:

—No me comas, que estoy helado y te vas a escagarrizar. Dame algo de comer y ponme al sol para que me seque un poco, y entonces me comes.

El lobo hizo lo que le mandó y cuando el pájaro estaba un poco caliente, prendió vuelo y se fue volando. Y el cuentico colorao aquí se ha acabado.

Narrado por José Sánchez Pontones, 64 años (Albacete)

12. EL CUERVO Y LA ZORRA

Era un cuervo y una zorra. Cuando hacía la zorra de comer, la zorra se comía todo y no le dejaba nada al cuervo. Un día la zorra le dijo que iban a hacer un juego: cuando le preguntaran al cuervo de dónde era, diría que era de Barrax, y la zorra, de Terrinches. Un día, cuando estaban comiendo, le preguntó la zorra al cuervo:

—¿De dónde eres tú?

Y dijo el cuervo:

—De Barrax.

Y se le cayó la comida y se la comió la zorra. Entonces le dijo el cuervo a la zorra:

—Y tú, zorríca, ¿de dónde eres?

—De Terrínches,
para que no me lo quites.

Viendo el cuervo que siempre perdía, le dijo a la zorra

—¿Te vienes, zorríca, que estoy convidao para ir a una boda?

—¿Dónde?

—Pues al cielo.

—¿Cómo voy a ir yo al cielo que no tengo alas?

—Muy sencillo: tú te echas a cuestras y yo te llevo.

Cuando iban ya muy alto dijo la zorra:

—Cuervico, ¿falta mucho por llegar?

—Enseguida llegaremos, pero agárrate bien, que voy a dar una vuelta, y no te caigas.

Entonces dio una vuelta y la zorra se cayó. Cuando la zorra estaba llegando al suelo, decía la zorra:

—Pastores, poner mantos y cobertores,
que se parte la Virgen de los Dolores.
Si de esta salgo y no me muero,
no quiero más bodicas al cielo.

Narrado por Pilar Alfaro Calderón, 66 años (Tiriez)

13. EL CUERVO CON EL QUESO EN LA BOCA

Había un cuervo comiéndose un queso y llegó la zorra y se lo quitó. Y el cuervo estaba diciendo: “Pues la tengo que engañar, la tengo que engañar...” Y ya pasa el cuervo y estaba la zorra tomando el sol, y dice:

—Mari Sánchez, ¿te vienes a una boda al cielo que hay mucha carne, mucho de tó?

—No puedo volar.

Dice:

—Yo te llevo en cuestras.

Baja el cuervo, se echa la zorra en cuestras, se suben y llegan muy altos. Y dice:

—Mari Sánchez, ¿te acuerdas del queso?

—¡Anda y no te acuerdes de eso!

«¡Anda que lleguemos pronto!»

Y empiezan a volar más altos y ya llegan encima de un peñón, y dice el cuervo:

—Mari Sánchez, ¿te acuerdas del queso?

—¡Anda y no te acuerdes de eso!

Y entonces abre las alas más, la tira y cuando iba por el aire, iba diciendo la zorra:

—¡Quítate peñón, quítate peñasco,
que si no te quitas, los sesos te salto!

Narrado por hermana de Noelia Fernández Pinedo, 70 años (Peñarubia)

14. EL CUERVO PASCUAL Y LA ZORRA MARI SÁNCHEZ

Había una vez una zorra y un cuervo, que el cuervo se llamaba Pascual y la zorra Mari Sánchez. Y decía:

—Vamos a hacer unos gazpachos.

Y dice la zorra —que siempre dicen que las zorras son muy listas—, y dice:

—Lo vamos a hacer en un perol.

Y el Pascual decía:

—No, lo vamos a hacer en un puchero.

Coge y por fin lo convenció la zorra y lo hicieron en el perol, y le cundía más de comer a la zorra que al Pascual, el cuervo. Y dice:

—Pues yo, ¿cómo lo tengo que engañar?, que ella me ha engañao a mí; pues yo la tengo que engañar y no sé cómo me las voy a arreglar; que yo la tengo que engañar..."

La coge y dice:

—Oye, Mari Sánchez, ¿sabes que hay una boda en el cielo?

Y dice:

—¿Cómo en el cielo? —Y dice:— Yo no puedo ir al cielo.

Y dice:

—Pero te llevo yo.

Y dice:

—¿Pues cómo?

—¿Pero tú vas a venir?

—Pues claro, si puedo...

La coge y la sube en sus alas. Se van parriba, pal cielo y ya que iban muy alto, muy alto da una revoloteá y la zorra, al suelo; e iba diciendo:

—Quítate, piedra, que te parto;
quítate, piedra, que te parto.
Si de esta salgo y no muero,
no quiero más bodicas en el cielo.

Y ya la zorra iba que se caía y a todas las piedras les decía que se quitaran, que las partía. Y ya se cae y se rompe una pata. Y dice el cuervo:

—¿Ves?, yo me he vengao de ti: tú te has comío los gazpachos y yo me he vengao que casi te mato.

Y ya está, y la zorra se vengó del cuervo y el cuervo se vengó de la zorra. Y cuentecico colorao, que esté largo y ya se ha acabao.

Esperanza Campos Madrona, 66 años (Chinchilla)

15. LAS EDADES DE LOS ANIMALES

Érase una vez un lobo, una loba, un zorro y un cuervo. Estos cuatro animales quedaron de acuerdo en ir de caza. El día les fue muy bien: habían logrado atrapar a un pobre choto extraviado. Pero llegó el problema: todos querían el choto. De repente el lobo tuvo una idea: la idea consistía en que quien tuviese más edad se quedaría con él.

La loba:

—Yo tengo 21 años.

El cuervo:

—Pues yo, 50 años.

El zorro:

—Pues yo tengo 100 años.

Y llega el lobo y responde:

—Pues yo tengo ocho y me quedo con el choto.
Y así el lobo huyó con el choto.

Narrado por Roque García Martínez, 42 años (Siles-Jaén)

16. EL MONO TITIRITERO

Versión 1.

Érase un mono titiritero que todos los días en invierno y en verano bajaba a la orilla del mar para hacer sus cabriolas y monerías en la rama de un inmenso manzano que se extendía majestuosamente sobre el mar.

Un día que estaba haciendo sus ejercicios pasó por allí un tiburón. El mono estaba comiéndose una sabrosa manzana y el tiburón le dijo:

—Oiga, amigo mono, tiene usted muchas manzanas.

—¿Quieres una? —dijo el mono.

Y comenzó a arrojarle las manzanas, con tan mala fortuna que le rompió varios dientes.

—¡Oh, cuánto lo siento! —exclamó el mono.

—¡Ah, no te preocupes! Iré a mi dentista y todo arreglado.

—¿Dónde vives?

—Al otro lado del mar, en unas rocas muy grandes, tengo mi casita, mi mujer y mis hijos. ¿No quieres venir conmigo a dar un paseo?

El mono le contestó:

—¡Ah, cuánto lo siento! No sé nadar y además le tengo un miedo horroroso al agua. ¿Puedes venir a visitarme?

Y sin pensárselo dos veces, cogió al tiburón por una aleta y dando saltos y volteretas lo arrastró hacia su hogar. ¡Qué fiesta en el hogar del mono!: los monitos no paraban de hacer monerías, y el tiburón exclamó:

—¡Qué contento estoy! Si pudieras venir a conocer a mi familia...—le dijo el tiburón.

—Pero es imposible, me da mucho miedo —contestó el mono.

El tiburón le dijo:

—Mira una cosa: te subes encima de mi lomo y así no te mojarás.

Y sin pensarlo dos veces, el mono se subió encima del tiburón y empezaron a surcar el océano. A la mitad del camino encontraron un barco —¡pu, pu...!—.

—¿Qué es eso? —preguntó el mono.

—Es un barco: los hombres lo utilizan para cruzar el océano porque son tan miedosos como tú —dijo el tiburón.

Siguieron navegando y por fin llegaron a los dominios del tiburón. Allí se encontraron con un pececillo con gorra de plata que pasaba por allí muy rápido y muy nervioso.

—¿Qué sucede? —dijo el tiburón.

—¿No lo sabes? Nuestro rey está malísimo y sólo podrá sanar si se come el hígado de un mono.

El tiburón comenzó a mirar al mono y éste estuvo tentado de tirarse al mar, pero lo pensó mejor y le dijo:

—¡Ay, qué pesar! Si un brazo o mi cabeza pudieran servir, no tendríamos necesidad de hacer este viaje, pero, ¡qué fatalidad!, me lo dejé allí colgado cuando hacía mis ejercicios.

El tiburón, malhumorado, se arrojó de nuevo al mar y comenzó a surcarlo con toda la velocidad de que era capaz, deseoso de estar ya de vuelta con el hígado del mono. Por fin avistaron la costa y el mono saltó a tierra:

—¡Aquí lo tengo! Ven a cogerlo si puedes. ¿O acaso te creías que te lo iba a dar tan fácilmente?

Esto nos demuestra que ciertas amistades son muy peligrosas.

Narrado por Emilia Lara Pérez, 50 años (Agramón)

Versión 2.

Había una vez un mono titiritero que siempre estaba en las ramas de un manzano bailando y cantando:

—¡Yo soy el mono
titiritero,
que doy cabriolas
y saltos pego!

Un día acertó a pasar por allí un tiburón correo, que le dijo:

—¿Qué haces en las ramas del manzano?

Y el otro le explicó lo que hacía, haciéndose de esta manera los dos, amigos.

Entonces el mono lo llevó a su casa sobre sus lomos hasta la otra orilla para que conociese a su familia y le dijo que sus hijos eran muy monos y estaban muy bien educados. Y el tiburón lo llevó a su casa sobre sus lomos hasta la otra orilla y le dijo que su rey estaba muy enfermo y

sólo se curaría si se comía un hígado de mono. Y el mono le respondió que estaba de acuerdo pero lo peor de esto era que, como era titiritero, siempre se le olvidaban la mitad de las cosas en el manzano, y en esta ocasión se había dejado allí el hígado, el corazón y el sombrero, con lo que tuvieron que volver sin pérdida de tiempo a la otra orilla. Y cuando estuvo en la otra orilla, se subió al manzano y le dijo:

—¡Aquí está mi hígado! ¡Sube a buscarlo si quieres! ¿O acaso creías que me lo iba a dejar arrebatar?

Y así comenzó a cantar:

—¡Yo soy el mono
titiritero,
que doy cabriolas
y saltos pego!

Moraleja: esto viene a demostrar que ciertas amistades son peligrosas.

Narrado por Isabel Hoyos García, 48 años (Albacete)

Versión 3.

El mono titiritero era un mono que siempre estaba haciendo cabriolas. Vivía a orilla del mar en la copa de un árbol y tan pronto ponía el rabo arriba como abajo, y siempre estaba cantando:

—Yo soy el mono titiritero;
soy el más grande del mundo entero;
mis cabriolas son un portento
y con mi rabo doy hasta ciento.

Pero por allí pasaba siempre un tiburón. El tiburón estaba, pues, admirado de verlo y se paraba a verlo. Y un día el mono, que era bastante descarado, le dice al tiburón:

—Oye, tiburón, y tú que estás siempre ahí parado, ¿qué miras?

Dice el tiburón:

—Pues miro las cosas que tú haces porque haces unas cabriolas...: que si te subes para arriba, que si bajas, que si te quitas el sombrero, que si te pones una pata, etcétera. Claro, yo eso lo admiro.

Y el mono le contesta:

—No, admiración la mía por ti, que te metes en el mar y no te ahogas.

Dice el tiburón:

—¡Oh, eso no es nada! Cuando tú quieras, te llevo y verás como a ti te pasa igual.

Y dice el mono:

—¿Quién? ¿Yo? ¡Quita, hombre! Yo al agua, no; yo sí que me ahogo.

Y entonces dice el tiburón:

—No, no; ahogarte, de ninguna manera, te lo prometo yo que no. Venga, vente conmigo y te lo demuestro.

Dice el mono:

—¿Yo? ¡De eso, nada! ¡No, no, no, yo no me subo! ¡Pues sí, hombre...! ¡De eso, nada!

Y el tiburón insiste:

—Salta a mi lomo y verás cómo no te ahogas. Ni mojarte...

Dice el mono:

—¿Das tu palabra?

—Sí, sí, te doy mi palabra que no te pasará nada.

Pues nada, el mono salta y se sube encima del lomo del tiburón. Y el tiburón iba a una velocidad..., por encima del mar y las olas. Y dice el mono:

—Oye, tiburón, ¿pues sabes que es verdad que ni me mojo?

—Yo, cuando doy una palabra, la cumplo.

—Llevas razón.

—Ahora prepárate, que nos vamos a sumergir —dice el tiburón.

—¡Ah, no!, ¡eso sí que no!; ahí sí que no me meto yo, debajo del agua, que me ahogo.

Dice el tiburón:

—No te preocupes, que yo respiro por ti.

Dicho y hecho: se meten debajo del agua y, al meterse, el mono ve que es verdad que no se ahoga y puede respirar.

—Oye, tienes razón, que respiro.

—Ya te he dicho yo que yo mismo respiraba por ti.

El mono estaba sorprendido por ver esos bancos de corales, caballitos tan bonitos de mar, esos peces de tantos colores; y dice:

—Esto es una preciosidad.

Y entonces el tiburón le dice:

—Pues prepárate, que ahora nos vamos a que veas el palacio de mi rey, que eso sí que es bonito.

Se sumergen todavía más y llegan al palacio. Era precioso: todo con sirenas, todavía más peces de más colores... Bueno, una preciosidad. Y estando el mono viendo todo aquello tan bonito, oye como si tocaran una

trompeta y entonces todos, tanto las sirenas como los peces, todos empiezan a moverse de un lado para otro, y se le acerca un pez a un tiburón y le dice una cosa al oído; y el mono, como era muy inteligente, le pregunta:

—¿Es que pasa algo?

Y el tiburón le contesta:

—Sí, que nuestro rey está muriéndose, está muy grave porque se ve que está muriéndose.

Y el mono le extraña la forma de decirlo el tiburón; y dice:

—¡Qué pena! Si hubiera algo en mis manos que yo pudiera hacer, lo haría.

—¿De verdad? —dice el tiburón.

—De verdad, hombre, como te lo digo; pero inmediatamente.

Entonces dice el tiburón:

—Pues mira, sí hay algo que tú puedas hacer: sólo se curará con el hígado de un mono.

—¿No me digas? Eso está hecho. Eso, ahora mismo, pero sin perder tiempo.

—¡Ay! —le contesta—, ¡muchas gracias!, eso no lo pensaba yo nunca porque hasta pensaba matarte para salvar a mi rey.

—Claro que sí, pero hay un problema.

Dice el tiburón:

—¿Qué problema puede haber?

Dice:

—Que tú sabes que yo siempre estoy en el árbol haciendo cabriolas: unas veces me dejo una pata; otras, el sombrero, y hoy me he dejado el hígado y el sombrero. Así es que no perdamos tiempo y vamos inmediatamente a por el hígado. El sombrero da igual, pero el hígado...

—Bueno, pero esto lo hacemos ahora mismo.

Y si antes iban a velocidad, ahora ya era una cosa... Y al llegar a la orilla, el mono se baja del tiburón y se sube a la rama del árbol. Y dice el tiburón:

—¡Venga!, ¡date prisa!, ¡que esto urge!

Y contesta el mono:

—Sí, claro que urge muchísimo para ti pero no para mí, porque ahí está la vida de tu rey o la mía, y una cosa es que yo sea buena persona y pueda dar algo, pero no doy mi vida, y menos por tu rey, que ni lo conozco.

Entonces el tiburón se enfada y dice:

—¡He dicho que bajas!
—¡Y yo te he dicho que no! He dicho que no porque no bajo.
—¡He dicho que bajas!
Y entonces el mono, sin hacerle caso, se pone otra vez a cantar:

—Yo soy el mono titiritero;
soy el más grande del mundo entero;
¿mis cabriolas?: son un portento
y con mi rabo doy hasta ciento.

Moraleja: no se debe fiar de nadie por muy bonito que te cuente las cosas y te las ponga, porque un amigo es un amigo, pero alguien que no conoces no sabes cómo puede reaccionar.

Y colorín, colorado este cuento se ha acabado.

Narrado por María Blanco Muñoz, 60 años (Albacete)

17. EL LOBO Y LOS CABRITILLOS

Versión 1.

Era una vez que era una cabra y tenía unos cabritillos. Se iba a pacer, a comer pa darles de comer a sus cabritillos, y entonces les decía a sus cabritillos:

—Si oís llamar a la puerta, no le abráis la puerta a nadie y, si se ponen muy tercicos, le decís: “Enséñame la patita por debajo de la..., de la puerta”. Si ves que no es la patita de la mamá, tú no le abras; vosotros no le abráis la puerta a nadie.

Entonces ya llega el lobo y le dice que le abra la puerta: “tac, tac”, y...

—¿Quién es?

—Tu mamá.

—No, no, tú no eres la voz de mamá; mi mamá tiene la voz más fina.

Dice:

—No.

—Enséñanos la patita por debajo de la mesa.

Y entonces le enseña la pata y ven cómo no es la pata de su mamá; y dicen:

—No, no, nos has engañao, tú no eres mi mamá, no te abrimos la puerta —y se vuelve.

Y a otro día pos va otra vez y le hace “toc, toc”; dice:

—¿Quién eres? —dice.

—Tu mamá —dice.

—No, tú no eres mi mamá; mi mamá tiene la voz más fina.

Y dice:

—No —dice—, tú no eres mi mamá.

Dice:

—Que sí que soy.

Dice:

—No, mi mamá tiene la voz más fina; enseñanos la patita por debajo de la esa, de la puerta.

Y entonces, nada, se la enseña y nada. Dice:

—No, tú no eres mi mamá; no te abrimos la puerta, que no eres mi mamá.

Conque vuelve otra vez otro día el lobo y ya se había comió muchos huevos pa tener la voz fina, pa aclararse la voz, y va y se toma y dice —“tac, tac”—, dice:

—¿Quién?

Dice:

—Soy vuestra mamá.

Dice:

—No.

Dice:

—Sí, que ahora tengo la voz más fina.

Y dice:

—¡Uy, no!

Dice:

—Sí, que ahora ya soy.

Dice:

—Pues enseñanos la patita por debajo de la mesa, de la puerta —dice—. No, porque mi mamá tiene la pata más blanca.

Y entonces se va el lobo tó desesperao y se va, se toma más huevos, se pone con harina, se tapa la..., la pata y se va, y le toca otra vez a la puerta:

—¿Quién eres?

Dice:

—Que soy vuestra madre. Abrirme la puerta.

Dice:

—Que no, que eso es mentira.

Dice:

—Que sí.

Dice:

—Enséñanos la patita por debajo.

Y entonces llevaba la pata blanca (como se la había envuelto con harina, llevaba la pata blanca). Y entonces van los pobres cabritillas y le abren la puerta y se los come a todos. Y entonces quedó uno, que se escondió: el más pequeño (estaba detrás de la puerta) —eso no lo sabía yo, no me acordaba—. Y, y se va y entonces llega su madre; dice:

—¿Dónde están los otros?

Dice:

—Se los ha comió el lobo. No le hemos querido abrir la puerta y ha venío muchas veces hasta que nos ha engañao —dice—, y se ha ido a dormir a..., al campo.

Y entonces su madre se va. Y estaba el lobo durmiendo y cogió y le abrió la barriga al lobo y le sacó a sus cabritillos, y después le echó piedras y lo cosió.

Y cuando se despertó de la siesta el lobo, pues le..., dice que tenía mucha sed y fue a beber agua a un pozo; y entonces, como era piedras to lo que llevaba, pos se hundió y se cayó al pozo. Y ahí se termina el cuento, este cuento se ha acabao.

Narrado por Luisa Ruiz Riaza, 45 años (Montealegre del Castillo)

Versión 2.

Érase una vez los siete cabritillos que vivían con su mamá. Y un día se va su mamá a comprar al pueblo y les dice a los siete cabritillos:

—¡No abráis la puerta a nadie!

Y entonces ya se va la mamá, y al rato viene el lobo y empieza:

—¡Pom, pom, pom!

Y dicen los cabritillos:

—¿Quién es?

—Abrir, hijos míos, que soy vuestra madre.

Y dicen los cabritillos:

—No, no, que nuestra madre tiene la voz más suave.

Y entonces el lobo se va al huevero y dice:

—Huevero, dame una docena de huevos.

Y entonces el lobo se come los huevos para que se le aclarase la voz. Y entonces el lobo vuelve otra vez:

—¡Pom, pom, pom!

Y dicen los cabritillos:

—¿Quién es?

Y dice el lobo:

—Abrir, hijos míos, que soy vuestra madre.

—Enseñanos una patita.

Le enseñó la patita. Y dicen los cabritillos:

—No, no, nuestra mamá tiene la pata más blanca.

Y el lobo se va al que vende la harina y compra un saco de harina para echárselo en la pata. Y ya vuelve:

—¡Pom, pom, pom!

Y dicen los cabritillos:

—¿Quién es?

—Abrir, cabritillos, que soy vuestra madre.

Y dicen los cabritillos:

—A ver la patita...

Y entonces le ven que tiene la pata más clara; y dicen:

—Sí, sí, es nuestra mamá.

Y ya entonces cogen, le abren, y era el lobo. Y ya entonces se esconden todos los cabritillos, se quieren esconder, pero el lobo los va encontrando y se los va comiendo. Pero el cabritillo más pequeño se esconde detrás del reloj y entonces el lobo lo ve. Y ya entonces el lobo se va inflao (como se había comió a los seis cabritillos, se va hinchao, hinchao). Y dice que se va a beber agua al río, bebe agua, se tumba y allí se queda durmiendo.

Y viene la mamá de los cabritillos de comprar y se encuentra toda la casa revolucioná; y ya cuando...

—¡Ay!, ¿dónde están mis hijos?, ¿dónde están mis hijos?

Y entonces sale el cabritillo pequeño de detrás del reloj, y se había escondido, y entonces la mamá:

—¿Ah?, ¿sí?; pues vamos a buscar al lobo.

Y se lo encuentran durmiendo; se van a buscar al lobo y se lo encuentran durmiendo. Y coge la mamá cabritillo y lo abre al lobo y salen todos los cabritillos de la barriga del lobo. Y entonces, para que no se diera el lobo cuenta, la mamá le echa piedras en la barriga. Y cuando se despierta el lobo, empieza:

—¡Ah!, ¡qué sed me han dao estos cabritillos!

Y se va a beber agua al río y, como tenía tanto peso por las piedras que llevaba dentro —¡pum, pum, pum!—, pues con el peso de las piedras cae el lobo al río.

Y entonces ya la mamá y los cabritillos se van felices a su casa. Y colorín, colorado este cuento se ha acabado.

Narrado por María Martínez López, 72 años (Fuentealbilla)

Versión 3.

Érase una vez una cabra que tenía siete cabritillas. Y un día la madre cabra le dice a los cabritillos, a los hijos, dice:

—Hijitos, me voy a traeros de comer. No abráis la puerta a nadie, que está el lobo por ahí y es muy malo y os comerá si abráis la puerta.

Se va la madre cabra y al rato llega el lobo:

—¡Tras, tras, tras!

—¿Quién es? —dice.

—Abrir, hijos míos, que soy vuestra madre.

—No, mi mamá tiene la voz más fina.

Ya el lobo se va enfadao. Llega a un comercio y le pide huevos, tós los huevos:

—Venga, tós los huevos que tengas aquí me los quiero.

Se los traga y sale con la voz muy fina, muy fina:

—¡Tras, tras, tras!

—Abrir, hijos míos, que soy vuestra madre.

—¡No! Enseñanos la patita por debajo de la puerta. —Y dice:— ¡No!, que mi madre tiene las patas más blancas que las tuyas.

Se va a un molino y dice:

—Molinero, quiero que me des un saco de harina.

Y dice:

—¿Es que vas a hacer un pastel?

—Venga la harina y no preguntes tanto.

Coge la harina y se engabriega¹⁴ las patas.

—Abrir, hijos míos, que soy vuestra madrecita.

—Enseña las patitas.

Enseña las patas y abren la puerta. Y dice:

—¡Ay, pillinis!, no queríais abrimme la puerta. ¡Pues ahora vais a saber quién soy!

Se traga a siete y se escapa el más pequeñico: se sube arriba a un palo y se escapa. Y al rato llega la madre cabra —¡tras, tras, tras!— y ve la puerta abierta y se mete:

—¡Hijos míos!, ¡hijos míos!

¹⁴ *Engabriega*: enjalbega, blanquea.

Sale el pequeño llorando:

—¡Ay, mamá!, ¡que ha venío el lobo y se los ha comío! —y tal.

Total, dice:

—Prepara, que vamos a buscar a el lobo.

Coge unas tijeras. Sale tirando, sale tirando, sale tirando y se encuentra al lobo al lao de una carrasca, allí durmiendo —zzzzzzzz...—. Coge las tijeras la madre cabra y les abre la barriga a el lobo, le llena la barriga de piedras y salen los cabritillos tos cantando y bailando, y le cose la barriga. Y al rato se despierta el lobo.

—¡Oh!, ¡qué sarro tengo! ¡Me bebería un río entero!

Sale tirando, tirando y se encuentra un río y dice:

—Me la voy a beber toa.

Y al agacharse se le rulan las piedras y, ¡hala!, se cae el lobo y se ahogó. Y colorín, colorao que ya se ha terminao.

Narrado por Ramón Campos Madrona, 65 años (Chinchilla de Montearagón)

Versión 4.

Esto era una madre que tenía siete cabritillas. Y un día les dice:

—Hijos míos, me tengo que ir al bosque a traeros comida, pero tengo miedo de que no abráis la puerta porque el lobo llamará y os dirá que es vuestra madre.

Se fue y enseguida vino el lobo. Y llama a la puerta:

—Abrir, hijos míos, que soy vuestra madre y os traigo tetas y metas.

Y entonces ellos le contestaron:

—Enséñanos una pata por debajo de la puerta a ver si es verdad.

Y al ver la pata, le dicen:

—No, no, tú no eres nuestra madre porque ella tiene las patas blancas y tú las tienes negras.

Y entonces el lobo se enojó y dijo entre él: “Prometo que los engañaré”. Y se fue al molino y compró harina, se frotó las patas hasta que las vio bien blancas y fue otra vez a la casa de los cabritillos y dijo:

—Abrir, hijos míos, que soy vuestra madre que os traigo tetas y metas.

Ellos le preguntaron otra vez:

—Enséñanos las patas por debajo de la puerta.

Se las enseñó y las tenía blancas y, al verlas, todos se echaron a abrir la puerta, pero el mayor les advirtió y les dijo:

—¡No abráis!, ¡es el lobo! Nos quiere engañar.

Pero los otros ya habían abierto. Al ver al lobo, echaron a correr y se escondieron pero el lobo los encontró y uno a uno se fue comiendo a todos. Cuando acabó, se dio cuenta de que le faltaba el más pequeño, y gritaba:

—¡Maldito!, ¿dónde estás? ¡Sal de ahí!

Se hartó de buscar y, como ya estaba harto de comer, se fue. Al volver la madre, se encontró allí al cabritillo pequeño llorando y le preguntó:

—¿Dónde están tus hermanos?

Y dijo el cabritillo:

—Ha venido el lobo y como tenía las patas blancas, le han abierto la puerta y se los ha comido a todos; yo, no porque me escondí detrás de la caja del reloj.

Entonces la madre cogió tijeras, hilo y aguja y se fue con el cabritillo a buscar al lobo. Al llegar al bosque, se lo encontraron al lado del río durmiendo. Sin hacer ruido, le rajaron la barriga y salieron los seis cabritillos vivos. Entonces cogieron y le llenaron la barriga de piedras y se la cosieron después. El lobo se despertó muy pesado y con mucha sed; al ir a beber agua al río y abocarse un poco, se cayó y lo arrastró la corriente hasta que se ahogó.

Al final, la madre y los siete cabritillos volvieron a su casa, fueron felices y comieron perdices.

Narrado por Amparo Gómez Miranda, 70 años (El Salobral)

18. LOS ANIMALES ASUSTAN A LOS LADRONES

Versión 1.

Esto era una vez cinco músicos: un burro, un buey, un perro, un gato y un gallo. Estaba un día el burro en un prado comiendo y le dice el amo a su mujer:

—Este burro es viejo y ya no sirve para trabajar. Hay que venderlo para la carne.

El burro escuchó la conversación y cuando lo encerraron a la noche, empezó a pensar y se escapó de la cuadra y cogió camino adelante. Y pensando y pensando, dijo: “Si ya no valgo para trabajar, ¿qué haré para ganar dinero para comer?” Camino adelante, camino adelante iba muy triste y se encontró con el buey y le dijo el buey:

—¿Dónde vas, amigo burro?

—Me he escapado de la casa porque ya no aprovecho para trabajar, y he decidido formar una banda de música. ¿Te vienes conmigo?

—Vale, ya somos dos.

Cogieron camino adelante, los dos pensando, y más adelante se encontraron con un perro. Y les preguntó el perro:

—¿Dónde vais, amigos?

—Vamos a formar una banda de música porque nuestros amos no nos quieren. ¿Te vienes con nosotros?

—Sí, ya somos tres.

Andando más adelante, se encontraron con un gato y le preguntan:

—¿Qué haces, amigo gato?

—Pues aquí, a ver si cojo algo para comer porque mis amos me han echado porque no valgo para cazar ratones.

—Vente con nosotros, que formaremos una gran banda de música.

Andando, andando se encontraron con un gallo y el gallo les preguntó:

—¿Dónde vais, amigos?

—A formar una banda de música.

—¿Te vienes con nosotros?

—Sí, porque mi amo espera a unos amigos y mañana me van a matar para hacer un arroz, y me he escapado del cortijo.

Andando, andando los cinco, cansados y sin comer, a la puesta del sol, pensando se decían entre ellos:

—Estamos hambrientos y no tenemos nada de qué comer.

Y se hizo de noche y ya vieron una luz de un cortijo y dijeron:

—Vamos allí a ver si nos dan algo.

Y llegaron al cortijo y estaba solo. Entre ellos se preguntaban:

—Vamos a asomarnos a ver lo que hay.

Y allí vieron mucha comida. Ellos pensaron que el cortijo era de los ladrones y pasaron dentro y se hartaron de comer. Después se decían que dónde se iban a acostarse. Y dice el burro:

—Yo, en la cuadra; el buey, en el pajar; el perro, en la puerta; el gato, en el cenicero; y el gallo, en la chimenea.

A media noche sintieron un ruido.

—Alguien viene.

Y era uno de los ladrones. El ladrón entró y, como hacía mucho frío, fue a soplar a la lumbre para encenderla y el gato le echó las uñas. Se fue corriendo para la cuadra y el burro le dio un par de coces; huyendo, pasó por el pajar y el buey lo topó; asustado, sale por la puerta y decía:

—¡Soltarme!

Y lo soltó. Y cogió carrera y entonces el gallo desde la chimenea cantaba “qui, quiri...”, y el ladrón entendía “traermelo aquí”. Y corriendo, corriendo llegó donde estaban los otros ladrones, asustado, y le preguntaban:

—¿Qué te pasa?

Y le contestó:

—Mirad cómo vengo, y allí en el cortijo hay diablos y no podemos ir más, nos lo han robado.

Entonces los cinco músicos se partieron el dinero que había, formaron la banda de música y fueron felices, y a mí me dieron con los platos en toas las narices. Y el cuento colorao por la boca del lector se ha colao.

Narrado por José Julián Galdón López, 43 años (El Jardín)

Versión 2.

Érase una vez tres ladrones que iban por el monte huyendo de la justicia. No encontraban dónde pasar la noche. Vieron una casa abandonada donde parecía que no vivía nadie, pero se equivocaban pues en ella vivía un burro, un gato, un gallo y un cerdo. Los animales, que vieron que invadían su propiedad, decidieron defenderse. Pues el cerdo se puso en el pajar; el gato, en el fogón; el gallo, en la chimenea, y el burro, en el lugar más oscuro de la casa.

Cuando los ladrones entraron, empezaron a registrar la casa. Un ladrón fue al pajar y el cerdo, que estaba allí, le dio un hocicazo y lo tiró abajo; el otro fue al rincón más oscuro de la casa y el burro le dio una coz; el otro fue a mirar por la chimenea y el gallo le echó una gallinaza, y el gato, que estaba en el fogón, le arañó. Los ladrones salieron corriendo y cuando se encontraron, cada uno contaba lo que le había sucedido. El primero dijo:

—En el pajar había un hombre echando paja. Me cogió con la horca y me ha echado abajo.

El segundo dijo:

—Había un hombre en un rincón que me ha dado un puñetazo en la espalda y que no me puedo mover.

Y el tercero dijo:

—Yo he mirado por la chimenea y un hombre me ha escupido en los ojos; y una vieja, que estaba en el fogón, aprovechando que no veía, me ha clavado las uñas.

Así que los tres ladrones salieron apaleados por tres animales que se defendieron inteligentemente.

Narrado por Virginia León Gil, 40 años (Masegoso)

19. EL BUEY SE CONSTRUYE UNA CABAÑA

Un viejo granjero tenía un buey, un carnero, un gallo, un cerdo y un ganso.

Un día tuvo una visita y decidió matar al gallo, y se escapó. Y así sucedió con todos.

Ya en el bosque el buey les dijo que hiciesen una cabaña, pero el carnero dijo que con su lana no tendría frío; el cerdo haría un agujero en el suelo, el ganso se tataría con sus alas y el gallo se subiría a un árbol. Así que el buey hizo una cabaña, llegaron los demás animales y le pidieron cobijo pero él se negó, y éstos decidieron romperle la cabaña, así que no tuvo más remedio que dejarles pasar.

Después de un tiempo llegaron un lobo y un oso y decidieron comerse a los habitantes de la casa. Así que fue el lobo y cuando pasó, el buey lo arrinconó y el carnero le atacó; el cerdo comenzó a gruñir con fuerza; el ganso le daba picotazos; y el gallo, subido a una viga, gritaba que le cortarían el cuello. El lobo salió corriendo de la cabaña y ya no volvieron a molestarles más.

Narrado por Encarnación García González, 42 años (Liétor)

20. EL LEÓN Y EL BURRITO

Esto era un león y un burrito que eran muy amigos y siempre iban paseando por la selva, hasta que un día, sin darse cuenta, cayeron en un pozo y empezaron a gritar. Pero, como por allí no pasaba nadie, pasó el tiempo y nadie los sacaba, y el hambre empezó a apretar. Y el burrito comentó:

—¡Ay!, león, león, que veo que me vas a comer...

Y el león le contestó:

—No te preocupes, amigo burrito, que no te comeré. En todo caso, si fueras un cordero, te comería, pero siendo un burro tú, y mi amigo, pues no te comeré.

Al pasar cuatro días más, viendo el burrito en los ojos del león síntomas de tener hambre, el burrito le volvió a decir:

—¡Ay!, león, león, que veo que de aquí no salimos sin que me comas.

Y el león le contestó:

—Pero burrito, ¿cómo siendo amigos piensas que te voy a comer?

Y el burro le contestó:

—Es que noto cierto mirar extraño en tus ojos.

Y el león le contestó:

—¡Si fueras un cordero, tal vez!

Pasados otros tres días más, el león miraba fijamente al burrito y le dijo:

—¡Ay!, burrito, burrito, qué cara de cordero estás echando...

Narrado por Isabel Hoyos garcía, 48 años (Albacete)

21. EL LEÓN Y EL CORDERO

Érase una vez un león enjaulado, muy grande y dorado. Un día le llevaron de comida a un corderito. Era tan inocente que no tuvo miedo del león, se le acercó y con cara de alegría le miró a los ojos.

El león no tenía valor para matarlo y comérselo y, aunque tenía el estómago rugiendo, pasó el día con el hambre en el cuerpo.

No hay que medir la fiereza,
sino más bien el grado de nobleza.

Narrado por Ángeles Ferrando Banyuls, 59 años (Villarrobledo)

22. GALGOS O PODENCOS

Versión 1.

Iban unos conejos paseando por el campo, iban hablando entre ellos, hablando entre ellos, y se oyeron unos ruidos muy lejanos. Y luego se dieron cuenta de que esos ruidos eran ladridos de perro; y entonces el uno le decía al otro:

—Esos ladridos son de perro galgo.

Y decía el otro:

—¡No, no, no, no, esos ladridos son de perro podenco!

Y entonces, entre ellos se pusieron a discutir el uno con el otro:

—¡Que son galgos!

— ¡Que son podencos!

El otro:

—¡Que son galgos!

—¡Que son podencos!

Y entonces, poco a poco, se fueron los perros arrimando hasta que los cazaron y se los comieron.

Y entonces —decía el abuelo de los conejos— que no se debe nunca de estar discutiendo, que el tiempo no se debe pasar en discutir entre unos y otros, porque con eso no se gana nada: lo único que pasó fue que se le echaron encima.

Narrado por Lisardo Lara Pérez, 43 años (Agramón)

Versión 2.

Eran dos liebres que iban huyendo de unos perros. Una decía que eran galgos y la otra, que eran podencos, y que eran galgos y que eran podencos; y venga y venga discutir, y no se preocupaban de comer. En eso, los galgos se les echaron encima, no dejando de ellas nada.

Galgos o podencos no era lo pertinente,
lo pertinente era huir de sus afilados dientes.

Moraleja: vida no hay más que una.

Narrado por Isabel Hoyos García, 48 años (Albacete)

23. LA ZORRA Y LA GUITARRA

Esto era una vez una zorra que iba a robar uvas; y dice: “Esta noche sí voy a robar, que me voy a hinchar bien de uvas”. Estaba el guarda por allí y puso una guitarra (que se ve que estaba tocando por allí con la guitarra); y al pisar la guitarra, empezó a tocar. Y dice: “¡Pues sí, pues pa bailes vengo yo esta noche!, ¡para la guitarra!; ¡pues sí, pues buena vengo yo esta noche pa bailes!, ¡pa bailes estoy yo...!”.

Y ya cogió el guarda y dijo: “¿Quién habrá tocao la guitarra?”. Y sale detrás y era la zorra, y sale corriendo el guarda detrás de ella. Dice: “¡Como que vengo yo pa bailes con la guitarra!”.

Y de esto ya casi no me acuerdo, náa más que eso: “¡Que pa bailes estoy yo!”. Y las uvas se las dejó allá en la viña y ella salió corriendo y se fue a tocar la guitarra. Y ya no sé más.

Narrado por Esperanza Campos Madrona, 66 años (Chinchilla)

24. PORQUÉ LOS PERROS SE OLFATEAN

Había una vez un hombre al que apresaron en una guerra por espionaje, y su condena fue la de permanecer con vida cada día si contaba un cuento, y el día que no supiese ninguno sería ahorcado. Todos los carceleros se juntaron la primera noche de su condena ante la puerta de su celda y el pobre espía empezó a contar:

—Hace mucho tiempo, cuando aparecieron los perros, se celebró una reunión de todas las clases y razas. Cuando estaba hablando el perro más viejo y al que más respeto debían de tener, uno de los perros que había entre la multitud tuvo un escape de gases.

«Es por esto que desde entonces, cuando un perro ve a otro, lo primero que hace es olerle la parte trasera para saber si éste es algún descendiente de aquel perro que faltó el respeto en aquella reunión, para castigarlo.»

Narrado por Francisco Villar Calero, 44 años (Albacete)

25. LA BODA EN EL CIELO

Versión 1.

Esto era una águila que iba a una boda al cielo y se encontró una zorra en el camino, y le dijo:

—¿Dónde vas, aguilica?

Y dijo la aguilica:

—Voy al cielo, que me han convidao a una boda al cielo. ¿Te quieres venir, zorrিকা?

Y dice la zorra:

—Bueno, pues párate que subo encima.

Una vez que subió, pos la águila salió volando pa el cielo y se encontró con el mar. Y como llevaba tanto peso encima, ¿qué hizo el

águila?: hizo un giro y entonces la zorra cayó al mar. Y venga a nadar y nadar la zorra, ya se veía mu mal, se veía mu mal, y entonces dijo:

—Si de esta salgo y no muero,
no quiero ir más bodas al cielo.

Narrado por Segundo Zamora, 71 años (Tarazona de la Mancha)

Versión 2.

Una zorrilla la invitan a una boda al cielo, que la había invitao San Pedro. Se monta en un avestruz y le dice:

—¿Ves el suelo?

—Sí, sí, lo veo.

Luego le dice otra vez:

—¿Ves el suelo?

—No, ya no lo veo.

Y el avestruz tira a la zorrilla. Y dice:

—Apartaros, piedras,
que os aporraceo.
Si de esta salgo y no muero,
no quiero más bodas en el cielo.

Narrado por Querubín Martínez López, 66 años (Mahora)

26. EL CUERVO Y EL CANGREJO

Iba volando un cuervo sobre el mar cuando vio que un cangrejo salía a la arena. Lo agarró —¡zas!— y tiró hacia el bosque para merendárselo en cualquier rama. Al darse cuenta de que iba a morir, le dijo el cangrejo al cuervo:

—Oye, cuervo, ¿sabes que yo he conocido a tu padre y a tu madre? Son gente muy buena.

—Hmmm... —contestó el cuervo sin abrir el pico.

—También he conocido a tus hermanos y a tus hermanas. Valen mucho también.

—Hmmm...

—Sin embargo, por buenos que sean, contigo no se pueden comparar. Tengo la impresión de que no hay en el mundo nadie más listo que tú.

—¡Claaaro que no!

Y al abrir el pico para graznar con todas sus fuerzas, el cuervo dejó caer el cangrejo al mar.

Y es que a veces, por presumir, podemos perder todo lo que hemos conseguido.

Narrado por María Dolores Ruiz Hermosa, 8 años (Albacete)

27. LA PALOMA Y LA HORMIGA

Versión 1.

Érase una hormiga que iba caminando pero que llevaba tanto tiempo sin parar que le entró sed. En la orilla de un río había un tronco. La hormiga comenzó a andar sobre él con la intención de beber agua desde el tronco, pero resbaló y cayó al agua. Estaba a punto de ahogarse cuando pasó una paloma y viendo el peligro que corría la hormiga, le echó una ramilla para que se pudiera agarrar y de esta manera salvarse. La hormiga le quedó enormemente agradecida y con el paso del tiempo le pudo devolver el favor.

Un cazador había visto la paloma y, justo cuando iba a disparar, le comenzó a picar la mano: desvió la escopeta y, mientras, la paloma pudo escapar. Más tarde se enteró la paloma que había sido la hormiga quien le había salvado, y ella también se lo agradeció. De esta manera se dieron cuenta de que si nos ayudamos unos a otros, todo irá mejor.

Narrado por Fina Pedreño Madrid, 62 años (Cartagena-Murcia)

Versión 2.

Una hormiguita sintió mucha sed y se acercó a una charca para beber agua. Se quería poner sobre una pequeña ramita que flotaba en el agua y beber desde ella, pero resbaló y cayó al agua. Estaba a punto de ahogarse pues no sabía nadar. En ese momento, una paloma que volaba pasó por allí y vio a la hormiga. Rápida como el viento, se lanzó sobre ella y le tiró una ramita para que la hormiga pudiera salvarse: así sucedió.

—Muchísimas gracias, paloma. Si no es por ti, me hubiera ahogado —dijo la hormiguita muy agradecida.

—De nada, amiga mía; todos debemos ayudarnos. Seguro que tú en mi lugar hubieras hecho lo mismo —respondió la paloma.

Pasado un tiempo, la paloma fue descubierta por un cazador, que se disponía a matarla; pero sintió un pequeño picor en la mano derecha y tuvo que apartar la escopeta para poder rascarse. La paloma aprovechó la ocasión y se escapó.

Lo que había ocurrido es que la hormiga, al ver a la paloma en aprietos, mordió la mano del cazador. Gracias a la ayuda de la hormiga, la paloma pudo salvar su vida. El favor hecho a tan pequeño animal había sido correspondido.

Narrado por Bienvenido Córcoles Palacios, 77 años (Ayna)

28. LA CARRERA DEL ERIZO Y LA LIEBRE

Esto era una liebre y un erizo y siempre estaban apostando cosas'. Y ya dice:

—¿Quieres que hagamos una carrera?

—Bueno.

Y dice:

—¿Cuándo?

—Pues, mañana temprano.

—Bueno, pues mañana temprano quedamos para echar la carrera.

—¿Dónde?

—En los surcos que están arados.

—Bueno.

Llega a su casa el erizo y dice a su mujer, la eriza:

—¿Sabes que me he apostado una carrera con la liebre?

Dice ella:

—¡Pero bueno!, ¿cómo se te ha ocurrido apostar con la liebre? ¡Si corre más que tú!

—Bueno, sí, pero yo es que he pensado que tú mañana te vengas y te pongas en la otra punta del surco y, antes de que llegue la liebre, dices: “¡Ya estoy aquí!: ¡ya he ganado, ya he ganado!”, y así la engañaremos.

—Bueno, pues eso haremos.

Y otro día por la mañana desayunan y se van al surco. Cuando llegan allí, está el señor don liebre y dice:

—Bueno, ¿empezamos la carrera?

—Sí, venga.

—Venga, que te doy ventaja.

—No, no te preocupes, que yo ya salgo.

Bueno, salen a correr —¡una, dos y tres!— y cuando estaba por la mitad del surco, sale la eriza:

—¡Ya estoy aquí! ¡He ganado!

—¡No puede ser! —dice la liebre—. ¡Otra carrera!

Y hacen lo mismo. Y vuelve a decir la liebre:

—¡No es posible!

Y hacen otra carrera, y dice: “¿Cómo es posible que me gane el erizo a mí si yo corro más que él?”. Y echan otra carrera y hacen lo mismo. Y la liebre, muy cansada, se da por aburrida y dice:

—¡Toma la botella de licor y los cinco duros, que has ganado!, que ya estoy cansado.

Pero dice: “Pero, ¿cómo será?; si las liebres corremos más...”. Y entonces el erizo y la eriza se van a su casita, y la liebre quedó engañada. Y dice el erizo:

—¡Ja, ja, ja! ¡Hemos engañado a la liebre y nos hemos traído la botella de licor y los cinco duros! ¡Ja, ja, ja!

Y así la liebre se quedó engañada. Y colorín, colorado este cuento se ha acabado.

Narrado por Isabel Castillo Álvarez, 45 años (Albacete)

29. LA CIGARRA Y LA HORMIGA

En el verano una cigarra no hacía más que cantar y se reía de ver a la hormiga pasar, que siempre iba cargada. Pero la hormiga no le hacía caso y llenó de comida el granero.

Pero luego llegó el invierno, y la cigarra no tenía comida y fue a pedirle a la hormiga; y ésta le contestó que donde había pasado el verano que pasara el invierno.

Narrado por Santiago Barnés García, 71 años (Murcia)

30. LA DISPUTA DE LOS DIENTES Y LA LENGUA

Érase una vez una boca donde la lengua siempre estaba diciendo palabrotas sin parar, y además no se callaba. Los dientes estaban hartos de esa lengua tan maleducada y querían escarmentarla.

Un día decidieron que cada vez que la boca dijera una palabrota, le morderían fuerte. La boca se puso a hablar y dijo una palabrota, y le mordieron; la lengua siguió hablando y dijo otra, y le volvieron a morder; la lengua, al rato de decir palabrotas, estaba sangrando y llorando y, por fin, tuvo un buen escarmiento, por el que ya no hablaba nada más que lo necesario.

Y por eso:

Antes de hablar por hablar,
piensa si no es mejor callar.

Narrado por Ángeles Ferrando Banyuls, 59 años (Villarrobledo)

II. CUENTOS MARAVILLOSOS

31. JUAN EL OSO

Hace mucho tiempo vivía en un pueblo una muchacha que cuidaba vacas. Un día se alejó del pueblo y un oso se la llevó. Vivieron en una cueva juntos y, al cabo de un tiempo, la muchacha tuvo un hijo, al que llamó Juan. El oso los tenía encerrados en la cueva con una piedra muy grande, y la quitaba cada vez que iba a buscar comida. Pero Juan creció y se hizo muy fuerte; y un día retiró él la piedra y se escaparon su madre y él. Entonces se fueron a vivir al pueblo, y Juan le daba palizas a todos los de allí y hasta a su maestro.

Se escapó de su casa y su madre se puso muy triste. Por el camino se encontró a un hombre que arrancaba pinos con sus dos manos: se llamaba el Arrancapinos. Juntos se fueron a recorrer el mundo y encontraron a otro hombre que allanaba montes con el culo. Encendieron un fuego y Juan el Oso y el Arrancapinos se fueron. El Allanamontes se quedó solo y apareció un duende que le apagó el fuego y le pegó una paliza con una cachiporra y se cagó en todas las cosas de los tres.

A la noche siguiente se quedó a vigilar el Arrancapinos y se fueron Juan el Oso y el otro. Volvió el duende y le apagó el fuego, le dio una buena paliza y se volvió a cagar otra vez.

La noche siguiente se quedó Juan el Oso y, cuando vino el duende, Juan le pegó; y el duende le dio una oreja para que cada vez que andara en apuros la cogiera, y le daría suerte en la vida.

Narrado por Agustín Córcoles Sánchez, 79 años (Santa Ana)

32. LA PRINCESA ENCANTADA

Había una vez, en una tierra muy lejana, muy lejana, que vivían una madre y un hijo y eran tan pobres que no tenían qué llevarse a la boca. El hijo le dijo un día a su madre:

—Mira, mamá, me tengo que ir a buscarme la vida por ahí porque aquí ya sabes que no hay nada que hacer, aquí no encuentro trabajo y no tenemos nada para comer.

La madre se puso a llorar muy afrigida:

—¡No, hijo mío!; ¡no te vayas!

Pero él le dijo:

—Es preciso, madre; cuando tenga trabajo vendré a por ti.

Así se hizo: el hijo se marchó y estuvo andando días y noches alimentándose de raíces que cogía y frutos de los árboles, preguntando en todos los sitios:

—¿Hace falta un obrero para lo que sea: jardinero, para ir con los animales al campo...?

Nada, no hacía falta nada.

Siguió andando, andando y ya por fin se metió en un bosque muy cerrado. Allí había una casa (medio cabaña era) y preguntó lo mismo:

—¿Hace falta un chico para algo?

Y el dueño contestó:

—¿Y tú qué sabes hacer?

—Lo que sea, yo sirvo para todo: puedo ir con el ganado, con los cerdos, limpiar la casa, lo que sea.

Y dice el dueño:

—Vale, te vas a quedar aquí y trabajarás con nosotros.

A los pocos días, el dueño le dijo:

—Mira, te vas a introducir por esa... —era una especie de pozo pero que después era una cueva con grandes galerías—, te vas a introducir por ahí, que tengo ahí mi tesoro.

Le dio dos saquitos y con unas cuerdas lo bajaron. Dice:

—Llena un saco de oro y otro de plata; cuando estén listos, nos lo dices y los subiremos.

Y así lo hizo: cuando estaban llenos los saquitos, dijo “¡arriba!” y los subieron los saquitos. Y después dice:

—Te atas tú y te volvemos a subir.

Pero, claro, como ése ya había visto dónde tenía su tesoro, allí quien bajaba ya no subía porque pensaban que se lo podían robar, y cuando ya iba caminando para arriba, le cortaron la cuerda y cayó dentro. El pobrecillo empezó a pensar en su madre, empezó a llorar, y así se pasó un rato. Con las velas que le habían dado para que se hiciera luz, trató de explorar la cueva y ya cuando llevaba un rato explorando, vio una especie de salida que había en uno de los rincones; por allí se introdujo, y

cuál fue su sorpresa que a los pocos metros de haber andado oye gemir y llorar. Dijo: “¡Dios!, aquí hay alguien más”. Introduciéndose en una especie de habitación que había, vio a la mujer más linda que habían visto sus ojos en su vida: era hermosa, estaba bien vestida y tenía todos los dones que puede poseer una persona. Y le dijo:

—¿Qué hacéis aquí?

Y ella le contestó:

—Estoy aquí porque una bruja me ha encantado y me ha dejado metida aquí, en esta especie de cueva, y solamente podré salir cuando esa bruja muera. Soy la hija de un rey.

Él prometió salvarla. Y dice ella:

—¿Sí? ¿Cómo? Es una bruja muy poderosa y además está protegida por una serpiente de siete cabezas, y hasta que esa serpiente no muera yo no puedo salir de aquí.

Entonces el muchacho dijo:

—Tengo que hacerlo —porque era muy valiente.

Se despidió de la chica y se fue andando por una especie de galerías y un camino que a continuación salía. Cuando hubo andado un poquito, vio a un león, un águila de grandes dimensiones y una hormiguita. Estaban discutiendo porque habían encontrado una oveja muerta y querían comérsela; y le dijeron:

—Oiga, señor —porque entonces hablaban los animales—, ¿podría partimos esta oveja para los tres?; porque si no, vamos a quedar mal.

Y él, sacando una enorme navaja que llevaba en el bolsillo, abrió la oveja, le quitó la piel y le dio al león toda la carne y los huesos; al águila, los intestinos, el hígado y todo eso; y a la hormiguita le dio los sesos pues, como era tan pequeña, con los sesos tenía bastante, quedándose los tres muy contentos. Él se iba ya, y dijo el león:

—Oiga, tenemos que darle una recompensa. Hemos quedado muy satisfechos del favor que nos ha hecho.

Entonces el león se estiró de su bigote, le dio tres pelos y le dijo:

—Con estos tres pelos, cuando quieras ser león no tienes que decir más que “Dios y león” y te volverás un león tan grande como yo.

El águila se estiró de una pluma de su cola y le dijo igual:

—Toma, con esta pluma no tienes más que decir “Dios y águila” y te harás un águila tan potente, tan potente que surcarás los cielos con gran facilidad.

Y dice la hormiguita:

—Y yo, que no tengo ni pelos ni pluma, ¿qué te daré?: bueno, con una uñita es bastante. —Se cortó una uñita de su patita y se la dio, diciendo:— Cuando quieras pasar desapercibido, pues dices: “yo soy hormiga”, y así nadie te verá ni te reconocerá.

Les dio las gracias y se marchó. Al poquito dijo: “Voy a ver si es verdad”. Dijo:

—Dios y águila.

Y se volvió un águila tan potente, tan potente que volaba a más velocidad que los aviones. Entonces recorrió todos esos valles que había por allí y ya vio en una cueva enorme una serpiente enorme de siete cabezas, y pensó: “¿Cómo voy a matar yo a este animal?”. Descendió al suelo y dijo:

—Yo soy hombre.

Se convirtió en hombre, y a una granja que había allí fue a preguntar para ver si tenían algún trabajo. El dueño le dijo que podía salir con los cerdos pero que tenía que tener cuidado porque había una serpiente y siempre se comía alguno; y él dijo:

—No se preocupe: verá cómo yo todo lo soluciono.

Bueno, pues al día siguiente se sale con los cerdos y se presenta la serpiente, que quería comerse a alguno de los cerdos. Él dice:

—¡Dios y león!

Y se convierte en león. Empiezan a luchar la serpiente y el león pero la verdad es que las fuerzas estaban muy igualadas y ninguno podía con el otro. Pues ya quedan los dos extenuados y el chico pues, cuando llega la noche, se vuelve otra vez hombre y encierra el ganado. El dueño, al ver que estaban todos los cerdos, piensa en qué habrá hecho el muchacho para que la serpiente no se haya comido ninguno; así que a una hija que tenía, le dijo:

—Mañana vas a ir a espiar al gorrinero a ver qué pasa con la serpiente.

Pues la chica se fue a espiarlo y se escondió. Cuando la serpiente salió de su cueva para quitarle un cerdo, él se convirtió en león y empezaron a luchar, y ninguno se podía. Cuando ya estaba muy cansado, gritó:

—Si tuviera un pan caliente,
un vaso de vino fuerte
y un beso de una morena ardiente,
te daba muerte, serpiente.

La chica oyó eso y se fue corriendo a decírselo a su padre. Entonces le dijo el padre a la hija:

—Mañana vas a cocer pan caliente y cuando esté en lucha, se lo das. El vino se lo llevas en un gran vaso y tú le das un beso.

Al día siguiente así lo hicieron: él sacó sus cerdos y la chica se escondió. Al rato de estar allí, la serpiente salió y, claro, como el día anterior, empezaron a luchar, a luchar y cuando ya estaba cansado, dijo:

—Si tuviera un pan caliente,
un vaso de vino ardiente
y un beso de una morena ardiente,
te daba muerte, serpiente.

La chica le dio el pan y el vino y luego le dio un beso. Entonces el león tomó tanta potencia, tanta potencia que de cada mordisco que le daba, una cabeza que le cortaba. Claro, pues mató a la serpiente, le quitó las siete cabezas y allí terminó la serpiente. Él, pues, dijo:

—Yo soy hombre.

Y entonces, siendo hombre otra vez, se fue a casa de su amo. Pero entonces, al morir la serpiente, una liebre salió de su vientre y se escondió por aquellos parajes.

Al día siguiente salió sin los cerdos, siendo águila para buscar a la liebre. Y ya la vio a la liebre allí agazapada y empezó a seguirla porque la liebre salió corriendo; y como era un águila tan potente, pues la alcanzó y la cogió con sus patas por el vientre, empezó a apretar y a apretar hasta que la liebre murió. Entonces salió un huevo y, como le había dicho la hija del rey (que era una princesa lo que encontró), ese huevo se lo tenía que explotar a la bruja que había allí en una cueva para que a ella se le fuera el encantamiento y pudiera salir de allí. El cogió el huevo y dijo:

—Yo soy hombre.

Se volvió hombre y se fue por allí, por la cueva que habitaba la bruja. La bruja salió; y dice:

—¿Qué quiere, buen hombre?

Dice él:

—Nada, que he venido por estos parajes a ver si bebo algo de agua.

Ella dice:

—Coge el agua que quieras de ese charco, que de ahí es donde yo cojo.

Él se pasa para dentro y le dice:

—¡Uy, qué mal arreglada que vas! Ven que te peine.

Y dice ella:

—¿Qué falta me hace peinarme si hace ya siete siglos que no me peino?

Pero él le dijo:

—Sí, sí, ven que te peine.

Empezó a peinarla y ella se estuvo quieta. Cuando estaba tan tranquila, le rompió el huevo en la frente. Entonces la bruja se quedó tendida en el suelo medio muerta. Él se fue a casa de sus amos y les dijo:

—Mire usted, quiero marcharme porque he pensado de recoger a mi madre, que me la dejé en tierras lejanas.

El amo dice:

—Hombre, ¿ahora que todo marcha tan bien ya que has matado a la serpiente, nos dejas?

—Sí, sí, no tengo más remedio.

Se despidió de sus amos y, siendo águila, salió a volar y a buscar la gruta en donde había dejado a la princesa. Tardó mucho tiempo en encontrarla, pero por fin la encontró; y entonces bajó la princesa contentísima, empezó a darle besos y le dijo:

—¡Ay, mi salvador! ¡Qué alegría se va a llevar mi padre, que hacía ya años que estaba aquí metida!

Entonces dice:

—Pero, ¿cómo vamos a regresar?

—No te preocupes: me volveré águila y volando, volando, tú agarrada a mi cuello, llegaremos a ese sitio.

Ella se cogió a su cuello y salieron volando por aquellos montes, valles y montañas. Por fin, ella le indicó el sitio donde estaba su castillo, que era un castillo precioso; bajaron y él dijo:

—Dios y hombre.

Llamaron a la puerta y nadie se puede imaginar la alegría y la emoción que allí resultó de acudir la princesa, que hacía tantos años que había desaparecido. Entonces el rey estaba tan contento, tan contento que dijo:

—Hijo mío, pídemelo que tú quieras, que yo te lo concederé por haber salvado a mi hija de una muerte segura.

Y él le contestó:

—Majestad, yo no quiero riquezas ni cosas de esas: sólo quiero a su hija porque me he enamorado perdidamente de ella.

El rey dijo:

—Pues te la concedo y además te doy mi bendición.

Bueno, pues empezaron a preparar la boda, pero él dijo:

—Antes tengo que ir a por mi madre, que me la dejé allí solita y abandonada.

Entonces, con un gran coche que les puso el rey, fueron al pueblo del chico, recogieron a su madre, le compraron hermosos vestidos y se fue a palacio para celebrar la boda de su hijo.

Celebraron la boda con tanta alegría, tanta pompa y tanta ilusión que todavía están de fiestas allí. La madre vivió allí con ellos siempre, siempre y todo terminó feliz.

Narrado por María Martínez Martínez, 73 años (Las Casas de Juan Gil)

33. LAS LECHUGAS DE LA BRUJA

Versión 1.

Érase una vez una princesa y una lechuga. Vivía la princesa en un palacio, en un castillo en la montaña, y al lado de su casa, de su castillo, vivía una bruja malvada, muy mala, y tenía un huerto con muchas lechugas sembradas. Y entonces la princesa, que tenía las trenzas muy largas, muy largas y era rubia, las trenzas doradas las tenía...

Pues un día, desde su castillo vio las lechugas que tenía la bruja y entonces se metió y cortó una lechuga, se metió al huerto de la bruja y cortó una lechuga, y cuando la tenía cogida, apareció la bruja:

—¡Ja, ja, ja! ¿Quién me ha cortado la mejor de mis lechugas? ¿Quién me la ha cortado? La voy a castigar a subir a la torre de mi castillo y la voy a encerrar.

Entonces la princesa se puso a llorar y entonces la bruja la encerró en el castillo que tenía la bruja. Y entonces la subió a la torre alta, alta, alta y la encerró con cerrojos muy gordos.

Y, nada, la tenía allí encerrada y entonces ella lloraba, la princesa lloraba y se asomaba por la ventana y lloraba mucho porque no podía bajar a su casa, a su castillo, y entonces cantaba una canción. La canción que cantaba la princesa era algo así:

—Estoy encerrada
en el castillo de la bruja
porque he arrancado
una de sus lechugas.

Y entonces, como no hacía nada más que cantar y llorar asomándose de la torre por las ventanas, pues entonces pasó por allí un caballo blanco con un príncipe e iba a galope, a galope, a galope, y entonces se asomó y le dijo él:

—Princesita, ¿qué te pasa?

Y entonces ella, llorando:

—¡Me ha encerrado la bruja!

Y el príncipe:

—¿Por qué te ha encerrado?

—Porque he cortado una de las lechugas.

—Bueno, pues ¿cómo se puede subir ahí?

—No se puede subir; ha cerrado con el cerrojo y no se puede subir.

Y como tenía unas trenzas largas y doradas y preciosas, rubias, dice el príncipe:

—Échame una de tus trenzas, que por ahí voy a subir; voy a trepar por tus trenzas.

Conque entonces la princesa le sacó una trenza y entonces el príncipe subió y cuando estaba ya subiendo que le quedaba ya ná, un pasico, abrió la puerta la bruja:

—¡Ja, ja, ja! Antes tenía a la princesa y ahora tengo al príncipe también. Ya no vais a salir de aquí jamás. ¡Ja, ja, ja!

Conque entonces estaban allí los dos abrazaos (los príncipes) con un susto que pa qué. Y entonces la bruja dice:

—Me los voy a comer, me los voy a comer.

Y entonces hacía un frío negro, estaba nevando y hacía mucho frío; y entonces la bruja dice:

—Venid conmigo, que me vais a ayudar a encender el horno —que tenía un horno y lo tenía apagao, que hacía mucho frío, mucho, y había mucha nieve. Y entonces dice:— ¡Venga!, ayúdame a coger leña y a echarla al fuego —porque es que los quería asar y comérselos la bruja, que era mu mala.

Y entonces, cuando le estuvieron ayudando a echar leña, mucha leña al fuego y cuando ya estaba mu encendido, mu encendido, la bruja:

—¡Ja, ja, ja!

Y entonces cogió el príncipe y así que estaba la bruja asomándose al fuego, la cogió de las piernas y —¡plum!— la metió para dentro. Y entonces se quemó la bruja y ya ellos pudieron salir, y ya se acabó la maldad que tenía la bruja. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Narrado por María Dolores García Parra, 43 años (Peñas de San Pedro)

Versión 2.

Érase una vez un matrimonio que no tenía hijos y vivían al lao de una vieja coruja¹⁵, y tenían una huerta; y le dijo:

—Juan, tráete unas lechugas.

—Que no se pueden coger, que están regadas.

—Pues tráetelas de la vieja coruja.

Y le dice:

—¿Ah, sí? ¡Conque me has robado las lechugas! Pues grande será el castigo: el primer hijo que tengas, me lo tendrás que dar.

Y al pasar mucho tiempo, entonces tienen una hija preciosa, con el pelo rubio, hermosa, y ya pues va la vieja coruja y se lo lleva. Y la tuvo allí muchísimo tiempo hasta que la hija se puso muy mayor ya. Y llevaba unas soguillas¹⁶ muy largas, muy largas, y empezaba a cantar —“lalará, lalará”—. Y entonces pasó por allí un príncipe y preguntó:

—¿Pero quién cantáis?

Y se asomó la chica y la vio, tan guapa la vio que se enamoró de ella. Y entonces le dijo la chica que subiese a una repisa; y después, como las soguillas las tenía muy largas, largas, pues entonces subió a la repisa y desde la repisa le dio las soguillas y subió él. En ese momento llegó la vieja coruja y dijo así:

—¿Conque me la queréis...? ¡Pues horrible será el castigo: ciego te has de quedar!

Le echó unos polvos y le dejó ciego. Y entonces empezaron a gritar la muchacha y él y entonces los de alrededor, la gente, pues lo llevó al hechicero y el hechicero le quitó el hechizo.

Pero al día siguiente o a los dos días pues entonces va y le tendieron una trampa a la vieja coruja: prepararon un horno abierto y entonces, cuando va otra vez la vieja coruja:

—¿Ah, sí? ¿Conque me la queréis quitar?

¹⁵ *Coruja*: curuja, lechuza.

¹⁶ *Soguillas*: trenzas delgadas de pelo.

Y entonces entre los dos la encerraron en un horno. Y se fueron la pareja y fueron felices y comieron perdices.

Narrado por Florinda Zafrilla Martínez, 67 años (La Herrera)

34. EL ROSARIO DE ORO

Érase una vez una niña que era muy buena y estaba alegre siempre, y sus padres la querían mucho. Como era muy buena, sus padres le regalaron un rosario de oro.

Un día se fue a jugar junto a un zarzal y al volver vio que había perdido el rosario y se puso a llorar:

—¡Ay, mamaíta, que he perdido mi rosario! ¡Ayyy!

A la madre le daba pena castigarla pero le dijo que se fuera a buscarlo donde estuviera.

Era ya tarde y la niña ya no creía encontrarlo, y estaba asustada. Cuando parecía haberlo visto, vino un hombre y la metió en un zurrón. El hombre se fue a pedir limosna y decía que el zurrón tenía un pájaro que cantaba muy bien; y decía:

—Canta, pajarito, canta o si no, te clavo la lanza —y le pinchaba.

Y la niña cantaba:

—Por mi madre y por mi padre,
que en este zurrón moriré
por el rosario de oro
que en la zarza me dejé.

El hombre iba de casa en casa y de pueblo en pueblo. Y el hombre fue a la aldea de la niña y fue a su casa. Al cantar la niña, la madre reconoció la voz y le dijo al hombre:

—Pase, pase, que hace frío.

La madre, cuando se durmió el pobre, sacó a la niña, le dio de comer y puso en el zurrón un perro y un gato.

Cuando el hombre fue a otra casa, dijo:

—Canta, pajarito, canta o si no, te doy con la lanza.

Y al pinchar, el perro y el gato, rabiosos, saltaron sobre él y le sacaron los ojos.

Colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Narrado por Ángeles Ferrando Banyuls, 59 años (Villarrobledo)

35. LA CASITA DE CAMELO

Esto era una vez una cuadrilla de niños y niñas y se fueron a merendar al campo. Y andando, andando, se perdieron y llegaron muy lejos y vieron una casita que era de caramelo. Los niños, que iban cansados de tanto andar, y con lo que les gustaban los caramelos, al ver la casita empezaron a comer. Cuál sería su asombro que, estando comiendo, salió una bruja y les dijo:

—¿Qué, os estáis comiendo mi casa? Pasad, pasad, que os voy a poner todas las clases de pasteles y dulces que queráis.

Y lo que la bruja quería era coger a los niños para hacer todas sus faenas y ella no hacer nada. Pero la más pequeña, que era la más lista, se le ocurrió una cosa con lo que pudieron engañar a la bruja: le decían:

—Mira qué finicos que estamos; déjanos comer cosas que no sean dulces.

Y le enseñaban un hueso para que al tocar la bruja creyera que eso era cierto. Y la bruja, cuando tocó el hueso, lo soltó para hartarlos de comer para que se pusieran gordos y le hicieran todas sus labores. Y los niños, como estaban gordos y fuertes, echaron a correr y se fueron con sus padres, y la malvada bruja se quedó sola y abandonada.

Narrado por Concepción Moratalla, 65 años (Sisante-Cuenca)

36. EL OGRO DE LAS BOTAS DE SIETE LEGUAS

Versión 1.

Érase una vez un matrimonio. El marido era leñador y la mujer, leñadora, y tenían seis hijos; y luego tuvieron otro pequeñín, y era tan pequeñito, tan pequeñito que era como el dedo pulgar, y le decían Pulgarcito. Pero esta familia era muy pobre y no tenían para comer. Entonces el padre tenía mucho miedo de ver a sus hijos pasar hambre y le contó a la madre que no quería verlos pasar hambre y que pensaba abandonarlos en el bosque a lo que Dios quisiese. Esa noche lo estuvieron hablando. La madre no quería abandonar a sus hijos pero el padre sí, y así fue.

A la mañana siguiente se fueron al bosque Pulgarcito, sus hermanos y sus padres. Los padres se fueron a cortar leña y dejaron a los hijos en otro sitio a coger matorrales. Entonces, cuando los padres vieron que los hijos estaban distraídos, se fueron y dejaron a sus hijos solos.

Se echó la noche encima y los chiquillos se vieron que estaban solos. Empezaron a temblar de miedo. Pero resulta que Pulgarcito, que era el más chiquitín, era el más valiente: se subió a un árbol y entonces vio una luz a lo lejos; bajó y les dijo a sus hermanos:

—Callaos, callaos, que vamos a buscar el camino de vuelta a casa, que he visto una luz a lo lejos.

Se fueron a buscar el camino y llegaron donde vieron una luz: era una casa, y cogieron y llamaron. Les abrió una mujer muy buena y les dijo:

—¿Dónde vais tan tarde?

Pulgarcito respondió:

—¡Ay!, por favor, recójanos, que no sabemos volver a nuestra casa y tenemos mucho frío y hambre.

La mujer les dijo que se marcharan porque era la casa del ogro y, si los veía, se los comería. A la mujer le dio tanta lástima que los acobijó y les hizo de cenar y los metió debajo de la cama. Pero como el marido era un ogro, al ratico llamó a la puerta; de prisa, la mujer cogió a los niños y los escondió debajo de la cama y abrió la puerta al ogro. El ogro, al entrar, dijo:

—¡Venga, mujer, ponme siete corderos, ocho gallinas guisadas y diez litros de vino!

Cuando se comió todo, dijo:

—¡Qué bien huele! ¡Huele a carne fresca!

La mujer le respondió que serían los corderos que les tenía preparados. El ogro le dijo que no, que era olor de carne de niño fresca. Empezó a buscar por toda la habitación hasta que encontró a Pulgarcito y a sus hermanos. El ogro dijo a la mujer que guardara a los niños en la habitación de arriba hasta mañana, que se los iba a desayunar; la mujer no quería pero tuvo que hacerlo.

Resulta que el ogro tenía siete hijas. Estaban durmiendo y cada una llevaba una corona de oro. En la habitación de las siete hijas había otra cama, y ahí puso a los siete hermanitos. Les puso unos gorros de lana. Todos se quedaron durmiendo menos Pulgarcito, que era el más listo; se levantó y las coronas que tenían las hijas del ogro se las puso a sus hermanos y los gorros de éstos, a las hijas. Se echó entonces a dormir tranquilamente.

Al rato, subió el ogro. Como no había luz ni nada, empezó a guiarse tanteando. Tocó las cabezas a Pulgarcito y a sus hermanos pero, como tenían las coronas, se creía que eran sus hijas. Se fue a la otra cama, les

tocó la cabeza y tocó los gorros; como estaban cambiados, el ogro se creía que era Pulgarcito y sus hermanos y los mató.

Por la mañana, Pulgarcito se dio cuenta de lo que hizo el ogro y despertó a sus hermanos. Les dijo que corrían peligro y que debían irse. Salieron corriendo todos juntos para escapar. Entonces el ogro y su mujer se despertaron. El ogro dijo a su mujer que asara a los siete niños; la mujer no subió pero el ogro sí. Vio lo que hizo, que había matado a sus hijas, se llenó de rabia y dijo:

—Pulgarcito y sus hermanos me las van a pagar.

El ogro cogió unas botas mágicas que tenía, unas botas de siete leguas, se las puso y empezó a dar grandes zancás, muy deprisa: cruzaba los ríos y los montes en un momento. El ogro alcanzó a Pulgarcito y a sus hermanos pronto; éstos se escondieron entre unas rocas para que no los viera el ogro. El ogro, de tanto andar y sin haber desayunado, se cansó mucho y se puso a descansar justo encima de las rocas donde estaban Pulgarcito y sus hermanos: se quedó durmiendo del cansancio.

Cuando el ogro estaba completamente dormido, Pulgarcito dijo a sus hermanos que se marcharan. Él se quedó allí y, poquito a poco, le fue quitando al ogro las botas de siete leguas. Se las puso y, como eran mágicas, se le adaptaron a sus pequeños pies. Cuando volvió a la casa del ogro, llamó a la puerta y salió la mujer; le dijo:

—Mirad, mujer, que vengo a deciros que vuestro marido corre gran peligro: unos ladrones le amenazan con matarlo si no les da la mitad de sus riquezas. Me ha enviado a mí para decírselo y para llevarle las riquezas.

La mujer metió las riquezas en un saco tres veces más grande que Pulgarcito. Pulgarcito, cuando tuvo ya las riquezas en su poder, en vez de ir con el ogro, como dijo a la mujer, fue a su casa. Los padres ya no creían poder volver a verlo. Pulgarcito dijo a su madre que ya no serían pobres, que tenía un saco lleno de riquezas. Así, los padres y sus hijos ya no volvieron a ser pobres nunca más. Pulgarcito trabajó con el rey como correo real y por su gran labor y lealtad al rey le fue concedida la mano de la princesa, la hija del rey. Se casaron y vivieron felices.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Narrado por Juan Antonio Aranda, 74 años (Albacete)

Versión 2.

Esto era un padre y una madre y tenían siete hijos, y eran muy pobres. El padre era leñador y un día se fue al bosque y se los llevó; y, nada, y ya

que estaban en el bosque y dice: “¡Madre mía!, ¿qué haría yo?, ¿cómo voy a hacer lo que dice mi mujer, que los pierda en el bosque? ¡Perderlos a mis hijos en el bosque! Pues nada, los voy a dejar a ver si alguien se los encuentra y es más rico que yo”.

Nada, se los lleva al bosque, pero Pepito vio al padre y salió corriendo detrás de él y los alcanzó y se fueron a la casa. Y cuando llegaron a la casa, la madre le dijo:

—¿No te he dicho que los dejaras en el bosque, que no tengo para darles de comer?

Y dice el padre:

—Es que esto y lo otro...

Entonces les da un trozo de pan y los acuesta. Y por la noche Pepito, como los ha oído, se levanta y sale al patio por la puerta y coge piedras y se llena los bolsillos de piedras. Y coge y se acuesta; y oyó la misma canción otra vez de que la madre se lo decía al padre.

Bueno, y a otro día se levantan por la mañana y les da la madre un pedazo de pan y se van con el leñador al bosque; y ya cuando estaban allí, los dejó. Y por todo el camino el más pequeño había echado piedrecitas, y cuando ya los había dejado el padre y ve que están distraídos y no se enteran... Empiezan a llorar los hermanos:

—¡Ay, que nos hemos perdido, que nos hemos perdido!

Y dice el más pequeño:

—No, no os asustéis, que yo he venido echando piedras por el camino y volveremos.

Y las piedrecitas estaban por el camino y, nada, llegaron a la casa y la madre y el padre estaban allí aburridos; y dicen:

—¡Ay, qué alegría, que han vuelto!

Bueno, ya como no tenían nada más que un pedacito de pan, pues se los da y los acuesta. Y a otro día por la mañana se levantan y no tenían pan ni nada. Pero entonces Pepito, como se había guardado el pan por la noche, pues él lo tenía; y se asomó a ver si podía salir por la puerta pero estaba cerrada y ya no pudo coger piedras, y entonces el pan lo fue tirando por el camino.

Y, nada, y otra vez la misma canción: los pierde en todo lo más profundo del bosque, y aún los llevó más dentro. Pero no sabía Pulgarcito, el más chiquitito que se llamaba, que el pan se lo habían comido los pajaritos. Y dicen los hermanos:

—¡Ay, que nos hemos perdido!

Pero dice:

—Tranquilo, que he venido tirando el pan y llegaremos.

Y buscaron la señal del pan pero nada, los pajaritos se habían comido el pan: ya no había sitio para ir.

Bueno, y ya se subieron a un árbol y ven una luz, y dice:

—No preocuparos, que allí a lo lejos se ve una luz; vamos siguiéndola.

Y fueron siguiéndola y llegaron a un caserío. Y llaman —¡tom, tom!—, y se oyó una voz:

—¿Quién es?

—Ábranos, que tenemos frío y hambre; que somos unos pequeñitos.

Y les abre y es una ogra; y dice:

—¡Yo! ¿Que no sabéis que habéis venido a la casa del ogro y os comerá?

—Por favor, por caridad, dénos de cenar, porque tenemos hambre.

Y, bueno, pues la pobre mujer le dio lástima y los pasó y les dio de cenar y los acostó. Y tenía la ogra siete ogritas y eran tan feroces como el padre.

—¡Huele a carne fresca!, ¡huele a carne fresca!

Al rato llega el padre —¡pom, pom, pom!—:

—¡Huele a carne fresca!

—¡No, no, no, marido!; ¡si es la cena que está en la mesa!

Y se comió la cena; y dice:

—¡No, no, no!, ¡huele a carne fresca!

Y empezó a buscarlos y encontró a los niños. Y ya empezaron las ogritas a jugar con los niños; y los acostó en las camas. Y eran muy malas las ogritas.

Pues ya por la mañana los levanta y les da de almorzar muy temprano la mujer y les dice que se vayan para que no los vea el ogro, porque el ogro era fiero y se los quería comer. Entonces se fueron al bosque y cuando se despertó el ogro:

—¡Ay, mujer!, ¿has hecho los niños, que tengo hambre?

Y le puso la comida; y cuando terminó, dice:

—¿Dónde están los niños?

Dice:

—Se han escapado.

—Pues dame las botas de siete leguas, que los cazaré.

Entonces se fue con las botas de siete leguas a cazarlos y cuando ya había caminado mucho, volando, volando, estaba cansado, vio un árbol, se echó y dijo: “Ahora seguiré”. Entonces, Pulgarcito y sus hermanos lo

ataron a un árbol y le quitaron las botas, y fueron al palacio a decirle al rey que habían cazado al ogro.

Y entonces Pulgarcito, como era valiente y sus hermanos también, le dieron un premio, y ya con las bolsas de oro que les dieron, fueron y se las llevaron a su casa. Y ya, como eran muy pobres sus padres, se engancharon a llorar al ver a sus hijos, diciéndoles que es que los habían dejado porque no tenían para darles de comer. Y, nada, ya se quedaron con sus padres y ya fueron felices y comieron perdices. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Narrado por Isabel Castillo Álvarez, 45 años (Albacete)

Versión 3.

Esto eran dos hermanos muy pobres que no tenían qué comer. Estaban siempre chillándole a su madre y a su padre.

Un día, el padre decidió abandonarlos, dejárselos en el monte; la madre no quería pero tenía que hacerle caso o la zurraba. Entonces el padre se llevó a los críos, Perico y María, a coger leña; los mandó coger nidos y, cuando estaban atontados, se fue y allí se los dejó.

La hermana se puso a llorar y chillar pero Perico había escuchado la conversación y se llenó de trozos de cantos los bolsillos y los fue echando al camino: así los niños volvieron a su casa. La madre estaba preparando comida y al verlos se puso muy contenta y les dio de la cena. El padre, al llegar a su casa y verlos, no sabía cómo habían podido volver, y sospechó de su mujer y le pegó una zurra.

Al día siguiente se los volvió a llevar, y Perico, como no había trozos de cantos, se llevó garbanzos duros y los iba echando al camino, así que volvieron a su casa y la madre los escondió y les volvió a dar comida, pero como les dio pan, el padre oyó comer a María y le volvió a pegar a su mujer.

Al día siguiente se los llevó a un sitio mucho más lejos que el anterior (de donde nunca volverían) y Perico cogió unos higos porque no había garbanzos. El padre se fue en cuanto los vio lejos jugando y allí se los dejó.

María empezó a llorar y Perico le dijo que no llorara, que encontrarían el camino. Pero María le dijo, chillando cada vez más, que ella se los había comido. Y allí se quedaron los dos.

Narrado por Agustín Córcoles Sánchez, 79 años (Santa Ana)

37. EL NIÑO EN EL SACO DE LA OGRESA

Había una vez un niño, que era muy glotón, que vivía en el bosque. Se llamaba Mantequín. También había una ogresa, la cual quería coger al niño para guisarlo y comérselo.

Una mañana fue a casa del niño y le dijo a su madre:

—Buenos días, señora. ¿Por dónde anda su hijito?

—Se fue con su padre a buscar leña.

—Pues lo siento por él, porque le traía una bolsa de almendras dulces.

El niño salió apresuradamente de debajo de la mesa, en la cual se había escondido, y exclamó:

—¡No lo sienta, señora, porque estoy aquí!

—Anda, hijo, y busca tú mismo en el saco.

Éste se metió, y la ogresa salió a todo correr hacia su cabaña. Mantequín, que pesaba lo suyo, dejó a la ogresa muy cansada y ésta se paró a echar un sueñecillo. Éste, aprovechando, escapó por un agujero que hizo al saco y puso en su lugar un pedrusco.

Al llegar la ogresa a su cabaña, entró en cólera por la jugarreta que le había gastado. Intentó varios días raptar al niño hasta que lo logró. Pero cuando iban a preparar [la comida], la ogresa fue a buscar leña y Mantequín aprovechó: engañó a la ogresita empujándola a la olla y salió corriendo.

Cuando su madre encendió el fuego, la ogresita salió de un salto. Tal fue el susto que madre e hija recibieron que no volvieron a por el chico, y Mantequín prometió a su madre no ser tan glotón.

Narrado por Mercedes Martínez Valderrama, 40 años (Motilla del Palancar-Cuenca)

38. EL LIVIANICO¹⁷ DEL MUERTO

Esto era hace muchísimo tiempo, en este pueblo, una familia mu pobre, tan pobre que no tenían ná pa comer. Así que un día, que por cierto la madre tuvo un hijo (bueno, uno más pa el montoncillo), y entonces sí que no tenían ná pa comer, así que un hijo fue al cementerio del pueblo y allí desenterró un muerto y le sacó el livianico y lo llevó pa la casa, donde allí se lo comieron.

¹⁷ *Livianico*: bofe o pulmón pequeño.

Al acostarse, al dar las doce, se oyó en la puerta la casa:
—[*Con voz fúnebre*] Dame mi livianico, que estoy en la puerta la calle y voy pa dentro.

Al cabo de un rato:

—Dame mi livianico, que estoy en la cocina y voy pa dentro.

Al cabo de un rato:

—Dame mi livianico, que estoy en la puerta del cuarto y me voy pa dentro.

Al cabo de un rato, se oyen pasos arrastrándose; y de repente:

—[*Con voz para asustar y zarandeando a algún niño*] ¡Dame mi livianico;

Narrado por Felipe Torres Risueño, 76 años (Madrigueras)

39. BLANCANIÑA Y LA REINA MORA

Érase una vez un rey que iba de caza y encontró a Blancaniña, que estaba jugando con sus hermanos. Blancaniña tenía largos cabellos, y el rey se prendó de ella: quiso llevársela con él en su caballo. El rey le pidió a la niña que lo esperara porque él quería traer hermosos vestidos, piedras brillantes y una carroza transparente, rodeada de caballeros, para que entrase como una reina.

Blancaniña sintió miedo al quedarse sola en el monte pero el rey la calmó diciéndole que volvería al día siguiente, a mediodía. Y se marchó.

La niña vio una fuente de aguas muy claras y se subió a una rama de alto árbol para esperar al rey. Veía desde allí el camino; también se veía reflejada en el agua como en un espejo.

Una morita vino con un gran cántaro a la fuente y vio la imagen de la niña en el agua y creyó que era ella misma; y dijo suspirando:

—Mora, morita de la morería,
¡y venir por agua a la fuente fría!

Tiró el cántaro y se fue. Pasó el sol alto a mediodía, y el rey no vino. Blancaniña se entristeció porque temía que el rey no volviera a buscarla. Y peina que te peinarás sus cabellos de oro con peine de plata fina.

Esa tarde volvió la morita con otro cántaro más pequeño, se acercó al borde del agua, vio otra vez a la niña y, creyendo que ella era misma, dio un suspiro y dijo:

—Mora, morita de la morería,
¡y venir por agua a la fuente fría!

Estrelló con más fuerza el cántaro y se fue. Pasó alto otro sol de mediodía, y el rey no vino.

Al atardecer volvió la morenita y le pasó lo mismo otra vez. Tiró el cántaro con tanta furia que Blancaniña rió, con risa cantarina. La morita buscó de dónde venía la risa y vio a la niña sentada en la rama, y como tenía tanto enfado, pensó hacerle daño; y le dijo:

—¿Qué hace la blanca? ¿Qué hace ahí la niña?

Y Blancaniña contestó:

—Estoy esperando al rey, que vendrá entre las doce y la una a llevarme con él.

La morita se puso verde de envidia y dijo:

—¡Baja de allí, niña, que te ayudo a peinarte!

Y pensó encantarla y tomar su lugar.

Bajó la niña sin temor y la morita se puso detrás, y comenzó a peinarla. Mientras le hacía las trenzas, en un movimiento rápido le clavó un alfiler negro y Blancaniña se convirtió en una paloma y salió volando en el azul cielo.

Por el camino venían dos hermanos de Blancaniña y le preguntaron a la morita si no había visto pasar por allí al rey, con la niña en su caballo. La morita, al saber quiénes eran, dijo rápida no saber nada de nada; entonces, antes que se dieran cuenta de lo que allí sucedía, los convirtió en dos bueyes.

La morita se subió al árbol y cuando el sol estuvo alto, vio venir al rey con sus caballeros, pajes y una carroza. La morita se bajó del árbol, se presentó al rey y éste, asombrado por el cambio, dijo:

—¿Dónde el color, la blanca?;
¿dónde el color, la bella?

Contesta la morita, muy desenvuelta:

—El sol de la espera
volvióme morena.

El rey no supo qué hacer del disgusto, pero las palabras son palabras, promesas son promesas. Así fue que el rey volvió a palacio con la morita y se casó con ella.

Todas las mañanas, por los jardines del palacio, llega una paloma diciendo;

—Jardín del rey, jardín del amor,
¿qué hace el rey, tu señor?
—¡Ay mi señor, casado con reina mora!
unos días, mudo, y otros llora.

Cuando quiso volar, se quedó pegada al rosal. El jardinero, con cuidado, la llevó al rey. La paloma cautivó al rey; entonces la puso en su mano, sentándose a la mesa a comer. La reina mora se enfureció cuando vio a la paloma bebiendo en la copa del rey: ordenó a los criados que la asaran a la noche. El rey, que acariciaba el plumón de la paloma, sintió bajo sus dedos la dura cabeza del alfiler; el rey abrió unos ojos muy grandes y, de un tirón, quitó el alfiler: apareció en sus brazos Blancaniña, que, llorando, le contó todo lo que le había pasado.

La mora, con sus artes, desapareció. Los hermanos dejaron de ser bueyes y llegaron a palacio cuando todos estaban de fiesta por las bodas de Blancaniña y del rey, su señor.

Narrado por Antonia Martínez, 65 años (Albacete)

40. LA HIJA DEL ARRIERO Y EL PRINCIPE ENCANTADO

Érase una vez un arriero que viajaba con sus dos hijas mayores y con tres burros. Tenía otra hija pequeña pero nunca se la llevaba, y ella quería acompañarle. Un día se la llevó, y a mitad de camino pararon a almorzar en una piedra; se abrió la piedra y salió un príncipe, que le dijo al arriero que si la hija pequeña se quedaba con él, le daría tres burros cargados de oro. Este le contestó que tenía que hablarlo con su mujer. El príncipe, que estaba encantado, le dijo que si quería hacer el trato, dijera:

—Piedra de la canela,
que en el campo estás,
ábrete y me verás.

Al día siguiente volvieron y el príncipe se llevó a la muchacha a su castillo bajo la piedra; a cambio le dio todo el oro que pudieron cargar los tres burros.

Una mañana la joven se levantó y vio que las ramas de un árbol daban en el suelo, y le preguntó al príncipe que qué era lo que ocurría. El le contestó que su hermana mayor se casaba y que podía ir a la boda, pero cuando el reloj diera las doce de la noche, volviera al palacio.

Ella se fue y su familia le convenció para que se quedara más tiempo. Cuando volvió y dijo:

—Piedra de la canela,
que en el campo estás,
ábrete y me verás,

la piedra no se abrió, y empezó a llorar hasta que el príncipe la perdonó y le abrió.

A los pocos días, el árbol volvió a dar con sus ramas en el suelo y él le dijo que era su otra hermana, que se casaba. La joven se fue pero volvió a tiempo. Cuando volvió, besó al príncipe y éste se desencantó. Los dos vivieron felices y comieron perdices.

Narrado por Remedios López, 71 años (Masegoso)

41. LOS DOS HERMANOS

Cierta vez eran dos hermanos que no tenían padre ni madre. Un día, la hermanita tomó al niño de la mano y le dijo:

—Nuestra madrastra no nos quiere; es mejor que nos vayamos a recorrer mundo en busca de una vida mejor.

Caminaron durante todo el día, y por la noche, fatigados y hambrientos, llegaron a un gran bosque. Como estaban muy cansados, se quedaron durmiendo en el hueco de un árbol. Pero al día siguiente, al salir el sol, además de hambre sintieron mucha sed.

—Vayamos a buscar una fuente o un manantial —dijo la niña.

Pero la madrastra, que era una hechicera, al ver que los niños se habían escapado de casa, encantó todas las fuentes y manantiales del bosque. Los dos hermanitos encontraron un arroyo de agua cristalina y se dispusieron a beber.

—¡No bebáis, niños! —les dijo un conejito muy simpático—; una hechicera ha encantado el agua del arroyo y quien beba de ella se convertirá en tigre.

Los niños, aunque se morían de sed, no bebieron, y se disponían a buscar un segundo arroyo. Cuando lo encontraron y fueron a beber...

—¡No bebáis! —les dijo una tortuga—; el agua está encantada y quien beba se convertirá en lobo.

Caminando, caminando, llegaron al tercer arroyo; y el arroyo les dijo:
—Quien beba de mis aguas se convertirá en cervatillo.

El niño quería beber, no aguantaba más; además, el cervatillo le parecía un animal simpático. A pesar de las palabras de su hermana, bebió y cuando el agua pasó por su garganta, se convirtió en un cervatillo.

—¡Oh! —lloró la pobre hermanita—, ahora te irás de mi lado.

—No temas —contestó el cervatillo—, nunca me separaré de ti.

Después de caminar un largo rato, encontraron una cabaña. La niña pensó que podrían vivir allí, y salió a buscar comida. Por la noche dormían en un rincón y rezaban para salir de esta triste situación.

Un día el rey del país organizó una cacería. El cervatillo, al oír eso, le pidió a su hermana que le dejara ir a ver al rey; ésta le dejó pero le dijo que antes de anochecer estuviera en casa y gritara: “¡Hermanita, déjame entrar!”, y sólo así abriría la puerta.

El rey y sus seguidores se dieron cuenta de la presencia del cervatillo y le persiguieron. Corrió hacia la cabaña y gritó:

—¡Hermanita, déjame entrar!

La niña abrió la puerta y el cervatillo entró. El rey llamó a la puerta y cuando la niña abrió, se quedó prendado de su belleza y le pidió que fuera a palacio y fuera su esposa. La niña aceptó, siempre y cuando el cervatillo estuviese con ella.

A los pocos meses se casaron. El niño, convertido en cervatillo, se pasaba los días jugando en el jardín de palacio.

La madrastra, al enterarse de lo sucedido, quería destruir su felicidad y aprovechó, cuando el rey y la reina tuviesen un hijo, para disfrazarse de camarera y llevarse a la joven y encerrarla en una cueva. El rey, al enterarse, mandó buscarla, pero nadie la encontró.

—Yo la encontraré —dijo el cervatillo, y se marchó hacia el bosque.

El cervatillo fue preguntando:

—¡Hermanita!, ¿dónde estás?

La hechicera se burlaba, ya que había convertido a todos los animales en estatuas para que no hablasen. Pero un pajarito que volaba muy alto no había sido convertido, y le dijo al cervatillo que la joven estaba en la cueva del valle. Entonces fue y la rescató, y cuando los dos hermanos llegaron a palacio, el rey mandó celebrar grandes fiestas.

La hechicera, de tal enfado, se cayó por un precipicio, donde cayó a un río que sus aguas la llevarían lejos.

El cervatillo se convirtió de nuevo en niño y todos se alegraron mucho.

Desde entonces vivieron muchos años felices junto a los animales del bosque.

Narrado por Ascensión Salto Diana, 48 años (El Horcajo)

42. LOS SIETE CISNES

Esto era una vez una princesa que tenía siete hermanos y una madrastra muy malvada; y les había puesto un hechizo a las siete hermanos y los convirtió en los siete cisnes para así quedarse con todos los tesoros del padre de la princesa.

Y al enterarse la princesa, quiso quitarles el hechizo que la madrastra había hecho: el hechizo consistía en hacer siete jersés de las hortigas.

Toda la ciudad pensaba que la princesa era malvada porque tenía las manos completamente echando sangre de hacer jersés de sus hermanos. Todos le decían:

—¡Malvada, deja de hacer eso!, ¡malvada!

Pero como para romper el hechizo ella no podía decir nada y tenía que estar callada, ella seguía tejiendo.

Ya le faltaba un poquito para terminar los siete y todas las personas estaban en contra de ella insultándola y apedreándola, pero a ella no le importaba nada: todo lo hacía por el bien de sus hermanos.

Nada más terminarlos, seguidamente fue colocándose a cada cisne el jersé, y qué asombrada se quedó la ciudad al ver que de cada cisne salía un príncipe. Y así no pudo la madrastra con la bondad y el sacrificio de la princesita para salvar a sus siete hermanos.

Narrado por Concepción Moratalla, 65 años (Albacete)

43. LA NIÑA BUENA Y LA MALA

Versión 1.

Eran dos hermanas que vivían con su madre. Vivían en una casita muy humilde. Mari Rosa era una niña muy buena pero Rosa Mari era una niña muy déspota y muy creída; pero no sólo eso sino que también la quería mucho, y su madre la quería mucho a Rosa Mari y a Mari Rosa no le hacía caso, creía que todo era mentira, y todo era:

—¡Rosa Mari, Rosa Mari...!

Y un día no sabe Mari Rosa porqué fue: se enfadó su mamá se enfadó mucho (y era en pleno enero) y le mandó con un cesto a por fresas. Y entonces le dijo la hija, Mari Rosa:

—¡Pero mamá!, ¿cómo voy a ir a coger fresas, si estamos en enero y está todo nevado?

—¡He dicho que vayas!

Y ella, como su mamá se lo dijo, fue a por las fresas, y la madre le dio un mendrugo de pan y se fue. Y se fue por el bosque e iba pensando: “¿Por qué mi mamá me habrá dicho que coja fresas sabiendo que en enero no hay fresas?; pero, claro, si mi mamá me lo ha dicho, sus razones tendrá”.

Y llegó al bosque y tenía sed y vio una fuente y se acercó a la fuente. Y estando bebiendo agua, pues llegó y, al meter la mano, estaba una anciana; y le dice:

—¡Hola!

Y ella se volvió y dijo:

—¡Hola!, ¡hola!

—¿Me puedes dar agua?

—Sí, ahora mismo.

Y dice la anciana:

—Es que si yo meto las manos, como tengo tanto frío, se me van a quedar heladas; si lo hicieras tú...

—Nada, sí, ahora mismo; no se preocupe.

Metió las manos y le dio agua. Y entonces, nada, muy contenta y muy feliz, felicísima, la anciana le dijo:

—¿Y tú qué haces por aquí, con el frío que hace?

—Nada, que mi mamá me ha mandado a coger fresas.

—¿Y cómo te manda a coger fresas —dijo la anciana— siendo enero?

—Eso he pensado yo pero, claro, si lo ha dicho mi madre, yo lo hago.

Y dice:

—Bueno, pues nada, vamos a sentarnos un poco porque estoy muy cansada —dijo la vieja.

Entonces se sentaron y Mari Rosa, como era tan noble, le dijo:

—Sólo tengo un mendrugo de pan, pero si quiere lo compartimos.

Y le dijo la anciana:

—Bueno, sí, te lo agradezco. ¿Sabes que tienes un corazón de oro?

Y dice ella:

—No, no es así; lo que pasa es que yo comprendo a los mayores, y si mi mamá me ha dicho eso, pues yo lo hago.

Y dice la anciana:

—Yo te voy a dar tres dones.

Y entonces, al decirle eso, la miró —dice: “Tres dones”—, y al mirarla se había convertido en un hada, un hada guapísima, rubia, con un vestido que llevaba de gasa azul, una preciosidad; bueno, era algo que se quedó, que se quedó Mari Rosa que no sabía lo que pensar y lo que hacer. Y dice:

—Sí, sí, soy un hada; no te asustes que soy un hada y te voy a dar, como te he dicho, tres dones: uno es que en el momento que hables, la primera palabra que digas, de tu boca saldrá una rosa; seguidamente saldrá una piedra preciosa y seguidamente saldrá una pieza de oro. Así sucesivamente todas las veces que hables.

Dice ella:

—¿Pero cómo voy a hacer yo eso?

Y conforme hablaba, le salía de la boca una rosa, una piedra preciosa y una pieza de oro.

—Ahora vete a tu casa —le dice la anciana.

Y ella se fue a su casa.

—¡Gracias!, ¡gracias! —le dijo a la anciana—. No creía yo que mereciera tanto.

Y se fue, pero cuál fue su sorpresa que cuando iba por el camino, la cesta iba con fresas. Llegó a su casa y su madre, al verla y al verle las fresas:

—¿Pero cómo?, ¿qué pasa? ¿De dónde has sacado las fresas?

Y ella se lo contó, y al hablar le salieron la rosa, la piedra preciosa y la pieza de oro.

La madre, al ver tal riqueza, pues pensó: “Ahora mando a mi otra hija, y esto va a ser una riqueza inmensa”. Y entonces le dijo a Rosa Mari:

—¡Rosa Mari!

—¿Qué quieres, mamá?

—Mañana tienes que ir a la fuente, tienes que irte al bosque.

—¿Y yo por qué tengo que ir a la fuente, por qué ir a la fuente yo, con el frío que hace?

—¡He dicho que mañana vas a la fuente!

—¡No, no, que yo no voy a la fuente!

—¡He dicho que sí!

La madre, a otro día, le da un buen bocadillo, la abriga bien, le da una cesta y la manda al bosque. Y Rosa Mari llega a la fuente y al llegar, pues bebe agua, y en eso le dice una anciana que había por allí:

—¿Me das agua?

Dice Rosa Mari:

—¡Hombre, claro, en eso estaba yo pensando: en darle agua y mojarme yo otra vez mis manos! Si quiere agua, beba usted, porque lo que es yo no se la voy a dar.

—¡Pero bueno!, ¿no le puedes dar a una anciana un poco de agua?

Dice:

—No, porque ya le he dicho que yo mis manos me las puedo estropear.

Y no le dio agua. Y se sentó como su hermana en el borde de la fuente y al estar sentada allí, sacó su bocadillo. Y le dice la anciana:

—¿Me das un poco?

—Pues no, no le puedo dar porque me le ha dado mi madre para mí, y además que es todo para mí. Cómprese uno o vaya usted y pida por ahí.

Dice la anciana:

—¿Y tú a qué has venido aquí?

—Nada, tonterías de mi madre, que dice que venga aquí a buscar fresas. Y mi madre es que está loca: mi madre ni sabe lo que dice.

Y dice la anciana:

—Te voy a dar tres dones —y al decir esto, la miró y se convirtió en un hada guapísima, la misma que había sido con Mari Rosa—: tus tres dones serán que cada vez que hables saldrá por tu boca una serpiente, un escarabajo y una rana.

Dice:

—¿Y a mí por qué me vas a dar eso?

Y conforme hablaba, le salían la serpiente, el escarabajo y la rana.

Se fue, y al llegar a su casa, su madre, muy alegre, eufórica, salió a verla y le dijo:

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, mamá, me ha pasado esto.

Y al hablar echó la serpiente, el escarabajo y la rana.

La madre se asustó y dijo que se callara. Entonces la madre se dio cuenta que su hija Mari Rosa no le había engañado nunca, y entonces reprendió a su otra hija, pero ya era muy mayor para que esa niña cambiase.

Y un día, Mari Rosa, estando sentada en la puerta de su casa, pasó un caballero con un caballo precioso blanco y un hombre guapísimo. Y dice:

—Buenos días, campesina.

Y dice ella:

—Muy buenos días.

Y al hablar ella, echó la rosa, la piedra preciosa y su pieza de oro. El doncel, que no era otro que el hijo del rey, se quedó maravillado y dijo:

—Bueno, nada, muy agradecido.

Y se fue, pero entonces habló con su padre, el rey, y le dijo que había una doncella de tal y tal forma. Entonces la mandaron llamar a palacio y el rey comprobó lo que su hijo le había dicho y le dijo que se casara con su hijo. Y entonces ella le contó al príncipe lo que le pasaba con su familia; entonces el príncipe le dijo que las iban a desterrar, pero ella le dijo que no, que era su familia y lo que tenía que hacer era ayudarla para que tanto su hermana como su madre se siguieran dando cuenta que el ser humilde y noble es lo mejor que hay.

Entonces Mari Rosa se casó con el príncipe y fueron muy felices. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Narrado por María Blanco Muñoz, 63 años (Albacete)

Versión 2.

Os voy a contar un cuento que se llama “Estrellita”, que me lo contó mi madre cuando yo era pequeñita, y a mi hermano.

Érase una vez una nena que se le había muerto su madre y vivía con su padre y tres hermanastras más. Entonces el padre se iba a trabajar al campo, y la madrastra era muy mala y le hacía hacer todas las cosas y la mandaba al río a por agua; y hacía mucho frío, mucho, y había nieve. Y la pobrecica era mu pequeñica y llevaba un cántaro pa llenarlo de agua pero resulta que cuando lo llenó de agua, se le cayó al río y se le rompió y, como la madrastra le pegaba, la nena se puso a llorar, a llorar, a llorar y vio, miró así al campo a lo largo, a lo largo, y vio una luz, y entonces la nena se fue andando, andando, andando y vio una casa mu grande y entró y no había nadie. Y entonces había un puchero de comida mu grande en

la lumbre, y la lumbre estaba apagá; estaba sin barrer, habían tres camas grandísimas y no estaban hechas, había una artesa donde cocían el pan, había..., pues todo estaba enmedio, en la casa, todo estaba enmedio.

Y Estrellita pues se puso a fregar, a barrer, hizo las camas y entonces oyó un ruido mu grande que venían haciendo así, pasos —¡plas, plas!—, y la nena se escondió corriendo detrás de la artesa de donde hacían pan, se escondió y entonces entraron tres gigantes grandes, grandes, grandes; y dice uno, dice así:

—¡Uh! ¿Quién ha hecho las camas? —Dice:— Pues cuando..., como sepa quién ha sido quien ha hecho las camas, le voy a poner una estrella en la frente —que por eso se llamaba Estrellita la nena.

Y dice otro gigante:

—¡Uh! ¿Pos quién ha hecho la comida? —Dice:— Pos como sepamos quién ha sido, le vamos a..., cada palabra de las que habla, que le salgan perlas y joyas por la boca, cada palabra que se haga perlas y joyas.

Y dice el otro:

—¡Uh! ¡Pos si han barrido y han fregao y han hecho todo...! Pues yo lo que voy a desear es que quien lo haya hecho, todo lo que se imagine, todo que se le haga realidad: todos los caprichos que tenga se le hagan realidad.

Conque la nena estaba temblando, temblando detrás de la artesa porque como eran los gigantes tan grandes... Conque entonces miran por la cama y la ven allí, chiquitica chiquitica, agachaíca, y entonces la sacaron y dicen:

—¡Hombre, que no te vamos a hacer nada!

Y la nena estaba llorando. Conque entonces dice que tenía que volver a su casa porque su padre venía de trabajar a la noche, y tenía que volver a su casa; y entonces se despidió de los gigantes y ya se fue a su casa.

Entonces el cántaro, cuando ella llegó a la casa, dice que quería un cántaro lleno de agua, y se le hizo realidad; y todas las palabras que decía, al entrar a la casa, pos se le hacían joyas y perlas y cosas.

Y entonces la madrastra dice que qué pasaba, que dónde le había pasao eso, y entonces dice lo que le había pasao: que había ido a una casa, que habían tres gigantes y le habían hecho eso. Y entonces las hermanas, las hermanastras, dicen que ellas también querían ir pa que les hicieran lo mismo los gigantes.

Y entonces, a otra mañana temprano, se fueron las tres, y entonces los gigantes se habían ido también al campo, no estaban en la casa. ¿Y sabes lo que hicieron las hermanas, las hermanastras? Mira: la cocina, que

estaba limpia, la ensuciaron; las camas, que estaban hechas, las deshicieron; y la lumbre, que habían dejado la comida hirviendo, la apagaron. Y entonces creían que con eso ya les iban a hacer lo mismo.

Y entonces vienen los gigantes al rato y pasan a la casa, y se esconden corriendo detrás de la artesa —lo que hizo Estrellita—; y entonces dice, dice un gigante:

—¡Uh! ¿Quién ha deshecho las camas, que las hemos dejado hechas esta mañana? Pues yo les deseo a quien haya hecho eso que en la frente le salga un estropajo.

Y dice el otro, dice:

—¡Uh! Y yo, que todas las palabras que diga, le salgan por la boca sapos y serpientes; cada palabra que diga, un bicho.

Y dice el otro:

—Y yo, como ha ensucio el suelo y ha hecho todo mal, yo lo que deseo es que todos los deseos que tenga que no se le haga ninguno realidad jamás, que no se le hagan realidad.

Conque entonces las buscaron y estaban, igual que la Estrellica, escondidas ahí, detrás de la artesa. Entonces las sacaron, y empezaron a llorar, y todas las palabras que decían, pues todo se les iba..., y un estropajo cada una en la frente, y cada palabra le salían bichos.

Conque volvieron a su casa llorando y la madrastra, que era su madre, de las nenas, pos nada, se tuvo que aguantar porque como era mala y las hijas también...

Y ya la Estrellita pues deseó conocer a un príncipe azul y que tuviera un palacio y, nada, pues todo se le hizo realidad y se casó con el príncipe azul. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado, y por la boca de mi Paqui se ha colado.

Narrado por María Dolores García Parra, 43 años (Peñas de San Pedro)

Versión 3.

Érase una vez una princesa muy guapa y muy buena que tenía una madrastra muy mala y muy fea, con tres hijas lo mismo que la madre de feas y de malas. Los trabajos más duros se los mandaban a la princesita, y mientras la madrastra tenía a sus hijas como a reinas, la princesita les hacía trajes bonitos y se iban a fiestas.

Pero suele ser que un día la madrastra mandó a la princesa a por un cántaro de agua y al llegar a la fuente, la joven se encontró con una vieja vestida de harapos, y le dijo que si le daba agua, porque tenía mucha sed. Y la princesita, colocándose el cántaro sobre su pecho para ponérselo

más fácil a la anciana, le dio agua, y la vieja, que resultó ser su hada madrina, le hizo un hechizo en el cual, por buena y por su enorme bondad, cada vez que hablara echaría de su voz rosas, perlas y monedas de oro.

Al llegar a su casa la joven, su madrastra quedó asombrada al ver lo que le había pasado y pensó que si le había hecho aquello con un cántaro sucio y viejo, qué les haría a sus hijas si llevaban un cántaro de plata. Y así lo hizo: mandó a sus hijas a la fuente con un cántaro de plata y cuando llegaron, vieron a la vieja, y les pidió agua diciendo la misma frase que a la princesita:

—¿Me das agua? Tengo mucha sed.

Y las muchachas le respondieron:

—¡A ti, una vieja sucia, a ti no te damos agua!

Y la anciana les hizo otro hechizo, pero éste fue distinto:

—Por malvadas, cada vez que habléis echaréis por la boca serpientes, sapos y ratones que picarán a vuestra madre.

Al llegar a su casa, su madre estaba impaciente esperándolas y cuando les preguntó qué les había pasado y cuando ellas empezaron a hablar, la madre tuvo que salir corriendo.

Mientras, en palacio, el príncipe, que se enteró del buen hechizo, mandó llevar a palacio a la princesa, y así fue. El príncipe, al mismo verla, quedó completamente enamorado de la joven y se casaron y fueron felices y comieron perdices.

Narrado por Concepción Moratalla, 65 años (Sisante-Cuenca)

Versión 4.

Esto era un matrimonio y tenía tres hijas; y los padres tenían que irse de viaje, ¿no?, y le dijeron a las hijas:

—Mira, nos vamos de viaje. Quedaros aquí y termináis lo de la casa.

Dice:

—Sí, sí, papá; iros tranquilos, que nos vamos a portar bien.

Era, una de las hijas, era muy buena: siempre estaba en misa, en fin, una cosa fenomenal; y la otra era muy chula, muy rebelde, muy presumida, y la otra solamente le gustaba bailar. Y cuando se fueron los padres, la buena siempre estaba en misa y todo, y la presumida se iba por ahí a pasear y la bailarina le gustaba mucho bailar, iba a bailar.

Entonces, allí en la iglesia le dijo el padre:

—Mira, Puri, tengo aquí un matrimonio que no tiene dinero, no tienen de nada, no tienen para dormir.

Y dice:

—Pues mira, como está mi padre, lo llevo a casa que duerman allí.

Y, en fin, pues se lo llevó; y la otra hermana tonta dice:

—¡Ay!, ¿para qué has traído estos pordioseros? ¡Porque esto a mí no me va! ¡Ay, a lo mejor tienen piojos!

Pero, bueno, se quedaron; y la otra pues no hacía caso, a la otra bailando le sobraba. Estuvieron allí y al otro día se fueron, llegaron las diez y se fueron.

Y a los cuatro o cinco días vino el padre, los padres, y la hija le cuenta todo lo que había pasado:

—Mira, papa, me ha dicho el padre que si venían aquí un matrimonio que no tenían dinero, y le dije que me daba lo mismo.

—Hija mía, has hecho muy bien.

—Pero a mí lo que no me hace gracia, que me dijo: “Cuando nos vayamos, te lavas la cara”.

Y dijo:

—¿Pero es que la llevo sucia? —y la otra no hacía caso.

Y ya por fin dice:

—Bueno, lávate la cara —y venga oro, venga plata...

Y la otra le dio envidia; y dice:

—Pues yo también voy a hacer lo mismo —y entonces salían bichos, salía de todo...

Y la otra, como bailaba, nada.

Moraleja: las buenas acciones con amor se pagan y las malas tienen su castigo.

Narrado por Isabel Gálvez Victorio, 75 años (Albacete)

Versión 5.

Érase una vez [...] que tenía dos hijas. Un día, la hija menor fue a la fuente y al instante dos ancianas le pidieron agua y ella, tan generosa, le dio agua. Las ancianas le agradecieron de forma que cada vez que la niña hablara, le salieran piedras y brillantes en la boca.

La madre se enteró y le dijo a su hija mayor que fuera a la fuente y les diera agua a las personas que fueran a la fuente. Aquella mujer era un hada y supo que la niña mayor era malvada, y logró hacer que cada vez que la niña hablara, le salieran serpientes y ranas de su boca. La niña, de la sorpresa, fue corriendo a su casa y se lo contó a su madre. La madre echó a la niña menor de la casa.

Y ésta fue al bosque y vio a un niño llorando; se acercó a él y vio de que era el hijo del rey. Él, al ver lo guapa que ella era, le pidió que se casase con él y ella aceptó con mucho gusto.

La hermana mayor se enteró de la boda y fue a palacio para decirle al rey que no le dejara a su hijo casarse con su hermana, pero el rey reaccionó y se enteró de que aquella muchacha y su madre eran malvadas y tramaban algo. El rey decidió encerrarlas en una habitación parecida al calabozo; la hija mayor y la madre intentaron salir y lo consiguieron pero cuando llegaron a la boda, era demasiado tarde: la niña menor y el príncipe se habían casado, ya eran un matrimonio. La hermana mayor y la madre desaparecieron y no volvieron más, y el matrimonio vivieron felices y comieron perdices.

Narrado por Antonia García Gómez, 14 años (Albacete)

44. EL ENANO SALTARÍN

Dícese que era un molinero que tenía una hija muy guapa y siempre alardeaba de su hija. Un día dijo:

—Mi hija es tan lista que puede sacar hilo de oro de la paja.

El rey oyó estas habladurías y mandó que la llevaran a palacio.

—Hilarás paja para convertirla en oro para mí —dijo el rey.

La hija quería decir que era imposible, pero no se atrevió por temor.

El rey la llevó a una habitación donde había una hilandera y mucha paja.

—Si aprecias tu vida, convierte esta paja en hilos de oro para mañana —dijo muy serio el rey, y cerró la puerta con llave.

La hija del molinero empezó a llorar, no sabía qué hacer. Entonces vio a un enano de larga barba blanca que se encontraba junto a la hiladora. Y dijo:

—¿Qué me darás si convierto esta paja en hilos de oro?

—Te daré mi anillo —dijo.

Y a la mañana siguiente, el rey encontró un montón de oro y se maravilló.

Esa misma noche volvió a encerrar a la hija para que convirtiera más paja en oro, y le dijo el rey que la convertiría en su reina. Entonces, al cerrar la puerta, salió el enano y preguntó que qué le daría si le ayudaba y ella dijo que no le quedaba nada más, y el enano dijo que le tendría que dar su primer hijo, y ella accedió.

A los pocos días, la hija se casó con el rey tras “convertir” la paja en oro.

Al año, la reina tuvo un hijo y se olvidó del enano; y éste apareció por palacio y dijo que le tenía que dar su hijo, y ésta se negó porque lo quería mucho. Y el enano le propuso que se podía quedar con su hijo si en el plazo de tres días adivinase su nombre.

Ella se puso como loca a decir nombres y el enano decía no y no. La reina, nerviosa, envió a sus criados a los lugares más remotos del reino en busca de nombres. Y un criado que pasaba por un bosque oyó a un enano cantar esta canción:

—Hoy haré vino y mañana, pan;
y pasado mañana a la reina
su hijo podré quitar.
¡Qué bien para mí:
nadie sabe al fin
que me llamo Saltarín!

El criado fue corriendo a la reina y le contó todo lo que oyó.

Al tercer día, el enano llegó a palacio y la reina le dijo:

—¿Te llamas Risitas?

—¡No!

—¿Te llamas Orejaslargas?

—¡No!

—¿O tal vez ... te llamas Saltarín?

—¡Maldición! ¡Debe de ser una bruja quien te lo contó! —gritó el enano, y se desapareció.

El niño estaba a salvo.

Narrado por Josefa Tébar Martínez, 69 años (Pozuelo)

45. EL PAVERO

Un hombre tenía una hija y entonces quería dormir con la hija, y la hija pos no quería. Y entonces ya tanto la precisaba; dice:

—Si me traes un vestido que tenga la luna y el sol, me caso contigo.

Y se fue el tío y le trajo un vestido con la luna y el sol. Y dice:

—No, pos ahora me tienes que traer otro que tenga tós los peces del mar.

Y vino y, claro, y se lo trajo tamién. Y entonces la muchacha dice:

—Bueno, pos voy a aviarme¹⁸ a la habitación.

Y se fue a arreglar a la habitación y entonces, con una sábana, se echó por el balcón y se fue.

Y se vistió de hombre —iba ejaraminchao¹⁹ como si fuera un zagaluchón— e iba buscando trabajo. Y entonces fue a la puerta de palacio, y entonces:

—¡Pos no, aquí no hay trabajo!

Dice:

—Aunque sea de pavelo o de lo que sea. Yo duermo en el gallinero.

Dice:

—¡Ah!, pos como no sea así...

Y entonces lo metieron de pavelo, y dormía en el gallinero con toas las gallinas y tó eso.

Y entonces el hijo del rey pues hizo un baile pa buscar una muchacha que le gustara pa casarse, y como era... —es que era mu guapa—. Y ya se fue a su gallinero y se puso un vestido de aquellos que le había regalao su padre y se presentó en el baile. Y ya pues entonces el hijo del rey se enamoró de ella, y así que faltaba poco pa terminar el baile, se les escapó y se fue —“¿pos dónde está esta mujer, pos dónde no está, pos dónde deja de estar?”—; y nada, que se fue.

A otra noche volvió a otro baile y la misma operación: se presentó con el otro vestido y ná, se fue tamién, se les escapó y se fue.

Y ya venga a buscarla, venga a buscarla por tó y no la encontraban. Y el hijo del rey ya cayó malo en la cama y entonces llamaron a toas las tías de por allí a los alrededores pa que le hicieran madalenas y cosas de horno. Y entonces ella se presentó a donde estaban cociendo tó aquello —y el rey le había regalao en el baile una sortija— y les dijo a las otras, las muchachas aquellas, que le dieran que hiciera ella una torteta. Y dicen:

—¡No, no!; ¡tú, no! —no sé qué...

Y unas decían que sí; otras, que no.

—¿Qué dirá la reina si se entera de esto? ¿Anque está tan gorrina la vas a dejar que haga una torta?

Y había una allí que era más güena y dice:

—Pos dejarla que haga una. ¿Pos qué sabe la reina?

¹⁸ *Aviarse*: arreglarse, ponerse la ropa.

¹⁹ *Ejaraminchao*: desgalichado, desaliñado, desgarbado.

Y le dieron una y entonces metió la sortija en medio y, claro, tó las que echaron, aquella salió la más hermosa de toas; y echaron pa dársela a ella otra vez la suya; y dice:

—Pos ésta no se la damos, que salió mu bonita; le damos otra, que el hijo del rey no sabe si la echó ella o no la echó ella.

Pues, claro, luego, cuando fue el hombre a comérsela, la partió y salió la sortija. Dice:

—Oye, ¿quién ha hecho esta madalena?

Dice:

—¡Ay, madre mía!, alguna gallinaza²⁰ o algo ha visto.

Ninguna quería decir que la había hecho ella —“pos yo no he sío, pos yo tampoco he sío...”—.

—¡Pos a ver quién la ha hecho!

Pos ná, aquella dice: “Pos mira, yo tengo la culpa, yo le tengo que decir quién la ha hecho”.

—Pues mire usted, la echó el pavero.

—¡No me digas! —dice—. ¿El pavero la echó? Pos, ¡jala!, dile al pavero que venga.

Y entonces dice:

—¿Pos quién te ha dao a ti esa sortija?

Dice:

—Usted me la regaló.

—¿Pos cuándo te he regalao a ti la sortija, muchacha?

Dice:

—Sí, en el baile —no sé qué, no sé cuántas...

Dice:

—Bueno, pos anda y ve y ponte el vestido que trajistes la primera noche.

Se fue al gallinero y se presentó con el vestido. Y dice:

—Pues ahora ves y te traes y te pones el otro vestido que tuvistes la segunda noche.

Y se presentó con el otro vestido. Y entonces dice:

—Pos nada, pos con ésta me caso: ésta es la mujer de mi vida.

Narrado por Daniel González González, 64 años (Burrueco)

²⁰ *Gallinaza*: excremento de las gallinas.

46. LA VACA AYUDANTE

Un hombre que tenía una hija, y su madre se murió. Y la hija iba todos los días a la escuela y la maestra, que estaba viuda, le daba a la nena pan y miel todos los días. Y la hija le decía a su padre que se casara con la maestra —como todos los días le daba pan y miel...—, y el padre le dijo que no, que algún día le daría a la hija pan y hiel. Y ella tanto insistía que le dijo su padre:

—Te voy a hacer unos zapatos de hierro, y cuando se te rompan, me caso con ella.

Y la hija, todos los días, con un martillo y un clavo zapateaba los zapatos para que se le rompieran, y cuando se le rompieron, el padre se casó con la maestra, que tenía una hija.

Y al pasar el tiempo, la maestra trataba mejor a su hija que a la hija de su marido; y la maestra empezó a mandarla al campo con una vaca y una madeja de lana muy grande y la tenía que devanar, o sea, hacer un ovillo, y ella sola no podía.

Y empezó a llorar y, estando en el campo, le preguntó la vaca que qué le ocurría y ella se lo contó; y la vaca le dijo que no se preocupara, que en sus cuernos podría poner la lana, y le iba moviendo la cabeza de un lado para otro. Y así consiguió hacer el ovillo.

Y cuando llegó a su casa, su madrastra se sorprendió mucho de que pudiera hacerlo sola. Y al día siguiente le mandó irse al campo y con un pan muy grande sacar toda la molla y comérsela, pero la corteza se la tenía que devolver. Y la vaca le dijo que no se preocupara, que ella con su cuerno le hacía un abujero al pan; sacó la molla y le llevó la corteza a la madrastra entera.

Y más tarde hicieron un pregón: que la muchacha más elegante se casaría con el hijo del rey. Entonces, la maestra a su hija le hizo un traje y la puso muy guapa para ir a la fiesta, y a la hija de su marido le dijo que no iba a ir, que ella se fuera al campo con la vaca.

Y cuando estaban allí, le contó lo que pasaba a la vaca y la vaca le dijo que se llevara una nuez que tenía y cuando llegara la hora del baile, que pidiera lo que quisiera a la nuez, que abriéndola saldría un hada. Y ella pidió un vestido muy elegante, el más elegante de todos los que iban a llevar las demás chicas. Y su madrastra, sin saberlo ella, se fue al baile y llegó de las últimas al baile, pero como fue la más elegante, el hijo del

rey se casó con ella, y la maestra cogió tanta pesombre²¹ que se tiró por el balcón.

Narrado por Natividad García Mateo, 72 años (Mahora)

47. LA MULA CONSEJERA

Esto eran otros dos hermanos que estaban sin trabajo en el pueblo y estaban solos, y también uno estaba aburrío; y dice:

—Voy a salir mañana a la calle y voy a tirar un puñado de tierra para arriba, y para donde se la lleve el aire, pallá me voy a ir.

Y tiró y se fue para Madrid —que pallá se fue el pobre—. Pues al llegar a Madrid, no tardó mucho de colocarse, y se colocó muy bien; y al enterarse su hermano de que se había colocoao, hizo lo mismo y se fue pallá. Pero el otro no tuvo tanta suerte, no se colocaba. Y el primero, el que estaba tan bien colocoao, su amo le dijo:

—Te voy a comprar un caballo: vamos a ir a comprar un caballo para ti.

Y fueron a comprar un caballo.

Y el amo dice:

—Mira, ¿te gusta éste?

—No, a mí me gusta esta mula —una mula le gustaba.

Dice:

—Bueno, lo que tú quieras.

Así que le compró la mula.

Y luego ocurrió que había una serpiente en el bosque que nadie podía matarla, y el hermano, el que no trabajaba, fue al ayuntamiento y dijo:

—Mi hermano puede hacerlo.

Como le tenía envidia...

Y lo llaman al ayuntamiento y le dicen:

—¿Usted puede matar a una serpiente que hay en el bosque?

—¿Cómo voy a poder yo matar a una serpiente?

Y se va a casa del amo y se va muy preocupao; y cuando llega, va pa la cuadra y la mula lo vio que estaba muy triste. Dice:

—¿Qué te pasa, Juan?

—Que me han dicho que tengo que matar una serpiente.

—¡Pues díles que sí!

Y va y les dice que sí. Y dice la mula:

²¹ *Pesombre*: pesadumbre, disgusto.

—Diles que te preparen una espada y una olla.

Y a otro día tenía que ir a matarla. Y le dijo la mulilla:

—Tú monta en mí y no te preocupes, que cuando venga yo te avisaré; y cuando le hiques la espada, le pones la olla. Que no se derrame una gota de sangre, que esa sangre algún día te va a hacer falta.

Eso hizo. Ya viene con la serpiente clavá en la espada, y to el pueblo:

—¡Viva don Juan!, ¡que lo que no ha hecho nadie, ha hecho él!

Y al hermano se lo comía la envidia.

Pues luego hay otra cosa, y lo mismo: van y dicen que el que ha traído la serpiente puede traer la reina de otro reino para casarse con el rey; y dice que cómo va a poder él traer la reina del otro reinao.

Va otra vez a la casa y la mulilla, igual. Dice:

—Juan, diles que sí; que te preparen el avío²² lleno de pan y una música que ella sola se toque.

Así que eso hizo. Le prepararon el avío lleno de pan y la música y se suben a un barco; y le dicen:

—Cuando la reina sepa que hay una música que ella sola se toca, se va a presentar la primera.

Llegan, y al llegar a la otra orilla del mar, ponen la música; y la reina, que llega. Y cuando subió la reina al barco, echó a andar; y dice la reina:

—Ya sé dónde me lleváis. Hasta que este anillo no vuelva a mi poder, no me caso yo con el hijo del rey.

Y lo tiró al agua.

Pues lo tira al agua, y al salir a la orilla llaman a todos los peces con una campanilla y acuden todos, y les echan el pan. Y cuando se lo comieron, les dijo:

—Ahora tenéis que ir a buscar un anillo que ha tirao la reina al fondo del mar.

Y se metieron todos los peces a buscarlo. Y tiempo y tiempo, y allí no salían.

Ya empiezan a salir y ninguno traía el anillo. Y ya quedaban los más pequeños, y el último que llegó lo traía en la cola.

Y ya llegan al pueblo, e igual con la reina:

—¡Viva don Juan, que ha traído la reina del otro reinao!

Y él, más contento.

Y la reina le dijo que no se casaba con el hijo del rey si no se metía por las calderas de pez, aunque ya le dicen lo mismo a otro: que tiene que meterse primero él, y si sale vivo él, también sale el otro.

²² *Avío*: provisión de víveres.

Pos bueno, la mula le dice igual, que iba muy triste y que sí, que les diga que sí. Y le dice la mula:

—Te tienes que embarrar to el cuerpo con la sangre de la serpiente, y no te dejes ni un rodal como una lenteja.

Y eso hizo: se embarró todo el cuerpo y se metió por las calderas de pez y salió blanco y bien. Pues entonces, para el rey mataron un toro, para embarrarlo con la sangre, pero Juan salió pero el rey todavía no ha salío. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Narrado por Consolación Piqueras García, 64 años (Sisante-Cuenca)

48. LOS ANIMALES AGRADECIDOS

Había una vez un rey que tenía tres hijos. Los dos mayores decidieron ir a recorrer mundo y se despidieron de su padre.

Fue pasando el tiempo y no regresaron. El tercer hermano, que se llamaba Bobalicón, salió a buscarlos. Después de buscar mucho, Bobalicón encontró a sus hermanos y siguieron juntos.

Una mañana, encontraron un hormiguero. Los dos mayores quisieron deshacerlo pero Bobalicón se opuso, diciendo:

—No matéis a las hormigas; dejad en paz a las criaturas de Dios.

Un poco más lejos encontraron unos patos nadando en el lago.

—Podemos matar uno para comérmolo —dijo el mayor.

Pero Bobalicón dijo:

—No lo matéis; dejad tranquilas a las criaturas de Dios.

Después llegaron a una colmena llena de miel. Los mayores querían encender fuego y así poderse comer la miel, pero Bobalicón otra vez dijo:

—No las queméis; dejad en paz los animales de Dios.

A la mañana siguiente llegaron a un castillo y allí un enanillo les dijo:

—Éste es el castillo de las tres princesas encantadas.

—¿Qué debemos hacer para desencantarlas? —preguntó el mayor.

—Encontrar las perlas que una de ellas perdió en el bosque antes de que se ponga el sol; si no, os convertiréis en estatuas.

—Yo probaré el primero —dijo el mayor.

Pero al ponerse el sol no había encontrado todas y se convirtió en estatua.

Al día siguiente, el mediano probó a buscar las perlas, pero también se convirtió en estatua.

Bobalicón también probó suerte pero no las encontraba; y entonces la reina de las hormigas acudió con miles de hormigas y las encontraron todas.

—Has conseguido pasar la primera prueba —dijo el enanito—. Ahora tendrás que encontrar un anillo que se encuentra en el fondo del lago.

Bobalicón pensó que era muy difícil pero los patos le ofrecieron su ayuda y pronto encontraron el anillo.

—Ahora la prueba más difícil —dijo el enano—: tendrás que adivinar cuál de las princesas ha comido miel.

Bobalicón pensaba cómo poder adivinarlo cuando la reina de las abejas se presentó en la habitación donde dormían las tres princesas y se posó en la boca de cada una.

—¡Ésta es! —gritó señalando a la más joven y hermosa.

—Has conseguido vencer las tres pruebas —dijo el enano.

Entonces, el castillo quedó desencantado, las princesas despertaron y sus hermanos volvieron a ser humanos.

Bobalicón se casó con la más joven y hermosa de las princesas y un día llegó a ser rey. Sus dos hermanos tomaron por esposas a las otras dos princesas, y todos vivieron felices.

Narrado por Josefa Espino Pinel, 45 años (Villacarrillo-Jaén)

49. LA MESA, LA BURRA Y LA PORRA

Esto era un padre que tenía tres hijos y eran pobres. Y dice uno de los hijos, que era muy listo:

—Yo me voy por ahí, y ya verá cómo traigo dinero.

Conque se va y se encuentra por el camino a un hombre.

—¿Pues qué busca usted?

—Yo es que busco trabajo.

—Véngase usted conmigo.

Y se va con el hombre a su casa y está trabajando durante un año. Cuando termina el año, dice:

—Yo ya me tengo que ir; tienes que pagarme porque mi padre necesita dinero.

—Pues mira, yo no te puedo dar dinero, pero te doy una mesita que no tienes nada más que decirle: “¡Mesita, compónte!”.

Entonces, la mesita se empezaba a componer y salían natillas y salían arroces.

Se va tan contento con la mesita porque por lo menos ya no les faltaría para comer. Antes de llegar a casa, él para en una posada y le dice al posadero:

—Me va usted a guardar esta mesita hasta mañana que venga, pero por favor no le diga usted: “¡Mesita, compónte!”.

Pues, claro, el posadero enseguida le dijo:

—¡Mesita, compónte!

Al ver de lo que se trataba, ¿qué hizo?: pues que cambió la mesa. Entonces él, ya cuando llega al pueblo, le dice al padre, tan contento:

—Le va a decir usted a todo el pueblo que salga a la plaza, que van a ver una cosa.

Estando ya en la plaza...

—¡Mesita, compónte!; ¡mesita, compónte!

—¡Ja, ja, ja...! ¡Mira el listo de la casa! ¡Ja, ja, ja...!

Todos se van a la casa tristes y cansados, y entonces dice el segundo hijo:

—Padre, ahora me voy yo de la casa y verá usted cómo a mí no me van a engañar.

Se encuentra al mismo hombre que su hermano y le dice:

—Vente conmigo, que yo te doy trabajo.

Conque ya pasa un año, y al año dice:

—Mire, que yo me tengo que ir.

—Pues mira, que yo no tengo dinero, así que te voy a dar una burra que no tienes más que decirle: “¡Burrita, estírate!”.

Y al decirle eso, empezaba a caer monedas, y venga y venga a dar muchas monedas y billetes, muchísimo dinero.

Y, claro, se fue tan contento. Pero resulta que también para en la posada, y le dice al hombre:

—No le diga usted: “¡Burrita, estírate!”.

El posadero, lo primero que le dijo:

—¡Burrica, estírate!

Al ver aquello de venga dinero, venga dinero, cogió y le dio otra burra. El otro se fue tan contento a su casa.

—Pues ahora no se van a reír. Dígale usted al pueblo que salga a la plaza —dijo al padre.

Todos salieron a la plaza. Total, que llega la borrica y lo único que hacía era cagar moñigos.

—¡Ja, ja, ja...! —se reía el pueblo.

Total, que ya el tercer hijo, que le decían tonto por ser el más bobo de la casa, dijo:

—Ya verá usted, padre, cómo a mí no me engañan. Ahora me voy a ir y verá usted.

Se fue y también se encontró a este hombre y también se fue con él a trabajar y también estuvo un año. Y al año dice:

—Mira, yo no te puedo dar nada, no te puedo dar dinero, pero en premio te voy a dar este saco, que lleva dentro una porra, y cuando te pase algo, por lo menos te va a servir para defenderte.

Y se fue tan contento porque llevaba el saco, y le dice al posadero cuando para:

—No abra usted este saco y no se le ocurra decirle: “¡Porra, estírate!”.

Total, lo primero que hizo:

—¡Porra, estírate!

Y empieza a darle la porra cachiporrazos: un porrazo pacá, un porrazo pallá...

Y el tío:

—¡Ay, ay, ay!

Total, ya llega él y le dice:

—¡Ah!, entonces es usted el que le quitó a mis hermanos... Hasta que no me dé usted la mesita y la burra..., ¡porrita, estírate!

Y la porra que le da en el culo, que le da en la cabeza, hasta que el otro le tuvo que dar la burra y la mesa.

Llegó a su casa y le dijo al padre:

—Dígale al pueblo que salga.

Pero el pobre hombre no quiere decir nada porque se iban a reír de él:

—¡Que no, que no!

—¡Que llame al pueblo!

Sale el pueblo tan contento con el fin de reírse. Llega él con la burra y la mesa:

—Y ahora van a ver ustedes: ¡mesita, compónte!

—¡Oh! —decía todo el pueblo cuando ve lo que sale.

—Ahora veréis, ahora veréis: ¡borrica, estírate!

Y se pone a echar mucho dinero.

—Y ahora os voy a enseñar lo que me han regalado a mí: este talego. ¡Porrita, estírate y sal fuera!

Y empieza a dar cachiporrazos a todos los del pueblo: al de por aquí, al de por allá, hasta que echaron a correr.

Y allí se quedaron los tres hijos y el padre muertos de risa:

—¡Ja, ja, ja, ja...!

Narrado por Rosario Martínez Moreno, 80 años (Albacete)

50. LA MUÑECA DE LAS CAGADICAS DE ORO

Versión 1.

Había una vez una familia mu pobre, mu pobre. Y un día la hija, que estaba paseando por el bosque, se encontró una moneda de oro. Entonces la cría fue corriendo a decírselo a su madre. Entonces la madre dijo:

—Dámela, María, pa comprar comida, que no tenemos.

Y la cría respondió:

—No, no, que me la he encontrao y me voy a comprar una muñeca.

Después la cría salió corriendo y se compró la muñeca más fea que había en la tienda.

Cuando llegó a su casa, su madre le reñía por haberla compraó, y así pasaron la noche. Ya cuando amaneció, se despertaron y vieron que la muñeca había echao unas cagadicas de oro, y se hicieron mu ricos, mu ricos.

Luego, ya cuando se enteró su tía, que era mu mala porque tenía mucho dinero y no les daba pa comer, le pidió la muñeca para hacerse aún más rica. Pero cuando amaneció, la muñeca había echao unas cagadicas, pero no de oro...

Narrado por Amparo Rubio Rodríguez, 71 años (Albacete)

Versión 2.

Tres hermanas que se quedaron huérfanas y una era muy pequeña... Y un día se fueron a la feria y la nena empezó a decir que quería una muñeca y que se la compraran, pero eran muy pobres y no tenían dinero, pero al final se la compraron.

Y por la noche oyeron que dijo la muñeca: “Chacha, a cagar”, y ellas, que oyeron eso, se levantaron, y cagaba dinero; y así, varias noches, que la muñeca cagaba dinero.

Y una mujer que era vecina le extrañaba que tuvieran dinero si eran pobres, y ella tenía que averiguarlo. Y una noche se fue a la casa y dijo que su marido le había pegado y echado de la casa y les dijo que si se podía quedar a dormir allí, y ellas le dejaron. Pero todo era mentira: sólo era para averiguar de dónde sacaban el dinero.

Y a media noche dice la muñeca: “Chacha, a cagar”, y la mujer, que lo oyó y lo vio, se la llevó a su casa. Y, claro, a media noche empezó a decir: “Chacha, a cagar”, y en vez de cagar dinero cagó mierda. Y luego, como a la mujer le dio tanta pesombre, se limpió con la cabeza de la muñeca y se le quedó metida la cabeza en el culo; y como no se la podía sacar, llamó la mujer a la nena pequeña para que le ayudara, y la nena le tocó los pies y la muñeca salió.

Narrado por Natividad García Mateo, 72 años (Mahora)

51. LA PIEL DE PIOJO

Érase una vez un rey que se encontró un piojo y lo crió. El piojo se hizo muy grande y gordo; el rey lo mató y le quitó la piel, y con la piel se hizo un gorro. El rey anunció que quien acertase de qué piel estaba hecho su gorro se casaría con su hija.

Pasaron muchos años pero nadie sabía ni acertaba. Un pastor de un pueblo cercano dijo que iría y que lo acertaría. Cuando iba andando por el campo, se encontró a un hombre de rodillas que estaba escuchando. El pastor le preguntó que qué hacía; el hombre le dijo que estaba oyendo la misa de Roma. El pastor le preguntó que cómo oía tanto; el hombre le respondió que oía incluso el nacer de las plantas. El hombre le preguntó que dónde iba y el pastor respondió que iba a acertar de qué piel era el gorro del rey; el hombre le dijo que él lo sabía, que era de piel de piojo. Los dos se fueron caminado.

Más adelante se encontraba un hombre que apuntaba sin ver. Los dos le preguntaron que adónde apuntaba y él le respondió que a una paloma que estaba en la Torre de Babel. El pastor y el hombre le dijo hacia dónde se dirigían, y el hombre se fue con éstos.

Siguieron caminando y se encontraron a un hombre que se ataba las piernas porque si no, corría más que la liebre que quería cazar. Éste también se fue con ellos.

Se encontraron a un hombre que llevaba su casa a cuestas; así la iba poniendo donde a él le gustaba. Éste también se unió con ellos.

Llegaron al castillo y le dijeron al rey que su gorro estaba hecho con piel de piojos. Pero el rey no quería que su hija se casara con un pastor, así que le mandó que le trajera una flor de maravilla de un país muy lejano; pero un galgo correría con él y si el galgo llegaba antes que él, no se casaría con la princesa.

Entonces, el que llevaba las piernas atadas se las desató y corrió más que el galgo, pero antes de llegar vio una fuente y se paró a beber agua; pero al beber agua, rodó una piedra y le pilló el dedo, y no lo podía sacar. Llamó al que oía todo y éste llamó al que apunta sin ver: cogió la escopeta, apuntó y le cortó el dedo. Así, el de las piernas atadas siguió corriendo y llegó antes que el perro.

Le dieron la flor de la maravilla al rey, pero éste no quería dar a su hija. Entonces el rey les dijo que se conformaran con todo el oro que pudiesen coger. Así, el que llevaba su casa auestas empezó a coger oro y más oro. El rey le dijo que no iba a poder con todo, pero seguía llenando hasta no dejar ni un solo dinero en el reino.

Así se quedó el rey sin nada, con su hija y con su gorro de piel de piojo. El pastor y los hombres se quedaron con todo el dinero y se rieron del rey.

Narrado por una señora de unos 60 años llamada Llanos (Balazote)

52. EL NIÑO DIMINUTO

Versión 1.

En una aldea vivían una madre con su hijo, y eran muy pobres, muy pobres. El hijo era muy pequeñito y le llamaban Cominito, y cuando se tenía que ir a trabajar al campo, se iba en una burra, pero, como era tan pequeño, tan pequeño, lo ponía su madre en una oreja de la burra.

Hasta que un día la burra se paró a comer paja con mucha desesperación, por el hambre que tenía, y Cominito se cayó al suelo. En esto que pasaban por allí unos lobos y uno de ellos se lo tragó. Pero Cominito no se murió, y una vez en la barriga se dio cuenta que llevaba una navajilla que le había echado su madre para comerse la merienda y con ella le rajó la barriga al lobo.

Ya una vez fuera y despistado, se subió en una piedra a ver si veía algo: vio una casilla y se fue a ella. Una vez allí, como estaba cerrada la puerta, entró por la cerradura, y en un cuarto que había se oía gente: eran unos ladrones que habían robado y se estaban repartiendo el dinero de esta manera:

—Uno, dos y tres: éste para ti; uno, dos y tres: éste para ti; uno, dos y tres: éste para mí...

Y entonces Cominito, que estaba debajo de un taburete sin que ellos lo pudiesen ver (por aquello de ser tan pequeño), dijo:

—¿Y pa mí no hay ná?

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha sido eso? Bueno, se nos habrá parecido — dijeron los ladrones y siguieron repartiéndoselo.

Cominito siguió incordiándoles hasta que, muertos de miedo, se fueron dejándose todo el dinero y un caballo que tenían en la cuadra. Así que Cominito se apoderó de todo y se fue a su casa, se lo contó a su madre y ya nunca más fueron pobres.

Narrado por M^a del Pilar Gómez Cabello, 43 años (Albacete)

Versión 2.

Esto era una vez una niña que, de pequeña que era, la llamaban la Cabecita de Ajos.

Un día, su mamá se puso enferma y le dijo a Cabecita que quién le iba a llevar la comida a su padre estando ella así, y Cabecita le dijo que ella la llevaría. Pero su madre le dijo que eso era imposible ya que ella era muy chiquitina y no podría con ella. Cabecita le explicó que si colocaba la comida en las abueras²³ del burro y a ella la ponía en la oreja del burro, se la podría llevar.

Y así lo hicieron. Y cuando iba andando el burro, Cabecita pudo ver a una cuadrilla de ladrones; entonces se bajó del burro y se subió en un árbol para que no le hicieran nada los ladrones. Y qué casualidad que en el mismo árbol donde estaba subida Cabecita se sentaron los ladrones a repartirse el dinero.

—Uno para ti, uno para mí; una moneda de oro para ti, otra para mí... Así estaban los ladrones.

Entonces Cabecita preguntó que si para ella no había nada, y cuando los ladrones miraron para arriba y no vieron nada, se asustaron tanto que salieron corriendo, dejando allí el dinero. Y, poquito a poco, consiguió llevarlo a su casa y así su padre no tuvo que volver a trabajar en el campo. Y fueron ricos y felices y comieron perdices.

Narrado por Concepción Moratalla, 65 años (Sisante-Cuenca)

Versión 3.

Esto era una vez un niño de pequeño como un garbanzo, y su madre lo mandó:

—Tráeme cinco centimitos de azafrán.

²³ *Abueras*: aguaderas. Armazón de esparto con divisiones que se pone sobre las caballerías para llevar en cántaros, barriles, etcétera, agua u otra cosa.

Cuál sería su asombro al empezar a llover, y estaba ya a medio camino; entonces Garbancito tuvo que meterse debajo de una col para no calarse. Y cuál sería su asombro que vino una vaca y se comió la col, y como Garbancito estaba escondido en ella, pues también se lo comió. Cuando la mamá de Garbancito lo llamaba:

—¡Garbancito!, ¿dónde estás?

Y Garbancito, que estaba en la tripa de la vaca, decía:

—¡En la tripa de la vaca estoy, mamá!

Y empezó la madre a darle comida a la vaca y así la vaca lo expulsó; y al ser expulsado Garbancito, su madre lo bañó y quedaron contentos.

Narrado por Concepción Moratalla

53. LA MUERTE DE PEPITO

Esto era un padre y una madre, y se murió la madre, y el padre se casó por segunda vez. Y un día se fue a trabajar, y la madrastra era muy mala y no quería a sus hijos.

Un día la hija se fue a la casa de la abuelita, y al hijo se lo quedó y lo mató y lo guisó. Luego llegó la hija y preguntó por Pepito y la madrastra le dijo:

—No está.

Y le dijo:

—Voy a buscarlo.

Y le dijo:

—No, que tienes que llevarle a tu padre la comida a la fábrica.

Y ya le echó la comida y se la llevó. Y por el camino se encontró a una anciana. Y dice:

—Niña, ¿qué te pasa?

—Que estoy un poco triste porque no encuentro a mi hermanito.

—Tú recoge los huesos que tire tu padre y si te pregunta, le dices que es para un perrito que te has encontrado en la calle y se los tienes que llevar. Bueno, y cuando llegues a tu casa, en el huerto los entierras; y de esos huesos nacerá un árbol, ese árbol tendrá dos ramas y esas ramas, tres higos, y en el último estará Pepito. Y eso porque lo ha matado tu madrastra, pero no le digas nada a tu padre, que nadie lo tiene que saber.

Y al llegar a la fábrica, dice:

—¿Qué te pasa, Pepita, que estás tan triste?

—Nada, nada, estoy recogiendo los huesos para dárselos a un perrito que me he encontrado en la calle.

—Bueno, pues recógelos todos.

Los recoge y entonces llega a la casa y los entierra en el huerto. Y le ponen de cenar, pero no cena ni come ni nada; estaba muy aburrída²⁴. Se acuesta y a otro día, cuando se levanta, va al huerto y allí estaba el árbol con tres ramas y tres higos. Y sale la Pepita y dice:

—¡Un árbol, un árbol, un árbol!

Y el padre, al oírlo, sale corriendo y sale la madrastra y dice:

—¡Uy!, ¡está Pepito en el árbol!

Dice:

—¿Pues no me habías dicho que estaba en la casa de la abuelita?

—¡Pues ya habrá venido!

Bueno, pues le dice:

—Pepito, ¿me das un higo?

—No, que me comiste y no me lloraste.

Y ya le pregunta Pepita:

—Pepito, ¿me das un higo?

Dice:

—Sí, los tres, porque ni me comiste ni me mataste y sí me lloraste.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Narrado por Isabel Castillo Álvarez, 45 años (Albacete)

54. EL LIBRO CAÍDO AL RÍO

Esto era una vez un nene que era mu bueno y otro que era mu malo. El nene malo no iba al colegio y cuando su madre no lo veía, se iba al río a jugar.

Un día, el niño malo convence al bueno para que se vaya, y le dice:

—¡Vente, vente!

El niño bueno no quería, pero al final lo convence.

Y estaban en la orilla del río jugando y se le cayó el libro, al bueno se le cayó el libro, y empieza a llorar y venga a llorar:

—¡Ay, mi libro! ¡Ay, ahora mi mamá me va a pegar!

Y entonces sale un genio del agua y dice:

—¿Qué te pasa, nene?

²⁴ *Aburrída*: triste, disgustada.

—Que se me ha caído mi libro al agua.

—No te apures: yo te lo sacaré.

Y va y le saca un libro de oro más hermoso y le dice:

—¿Es éste?

Y él, como era tan bueno, le dice la verdad:

—No, el mío era aún peor.

Y le dice:

—Bueno, pues yo te lo sacaré.

Y entonces va y le saca su libro; y dice:

—Este, éste es el mío —y se lo da.

Y dice:

—¡Ala!, por bueno, pos toma: por ser tan bueno te regalo tu libro y el de oro, por ser obediente —¡ea!, y le regala el libro.

Y se va al colegio y luego a su casa y se lo cuenta a su madre, y le dice:

—¿Ves?, tú no te tienes que ir, tú tienes que ir al colegio, no hacer cosas malas de irte con nenes malos por ahí.

Pues ya a otro día dice el otro (con una envidia...), el malo:

—Pues ahora voy yo y lo echo.

Va otro día y coge su libro y lo echa y hace como que lloraba y venga a llorar; y ya pasa el genio del agua y dice:

—¿Qué te pasa, nene?

Dice:

—Que se me ha caído mi libro.

—Bueno, no te apures, que yo te lo saco —y va y le saca el suyo.

Y el nene le dice:

—No, éste no es, el mío era mejor.

Y le saca entonces el de plata. Dice:

—¿Es éste?

—No, el mío era aún mejor.

Y entonces le saca el de oro y le dice:

—¿Es éste?

—Ése, ése.

Dice:

—Bueno, por malo y egoísta, ni el tuyo ni ninguno —y no le dio ningún libro.

Narrado por Sofía Escribano Ruiz (Itucro)

55. LA FLOR DE LAILOLÁ

Le dicen sus padres (eran tres hermanos):

—Tú tomas el camino del medio; tú, el otro; y tú, el otro, y el que más pronto venga y me diga lo que ha encontrao —dice— ése le daré el premio.

¿Y qué hacen?: salen los tres hermanos, cada uno por un... ése, y van por el campo y dice uno a otros:

—¿Quieres que matemos a..., a nuestro hermano para que nos...? Ya sabe dónde está la flor, y vamos nosotros y se la quitamos.

Y coge y dicen:

—Pues sí.

Y matan al chiquillo y cogen la flor de Lailolá y la llevan ellos dos y dicen:

—Nos hemos encontrao, y —dicen— pues que el otro no ha venido.

Y ya no venía; y ya dice, dice el padre:

—Bueno, hay que salir a buscarlo.

Y dicen ellos:

—Nosotros no sabemos nada, no sabemos nada.

Se van sus padres a buscarlo. Cuando iban pasando por donde lo mataron, oyeron una voz que decía; dice:

—Pastorcito, no me pites —llevaban un pito—,
¿eh?, chiquito,
ni me dejes de pitar,
mis hermanos me han matado
por la flor de Lailolá.

Y, claro, dicen:

—Se oyen un tito²⁵ —un cantar.

Y ya se acercan los padres, y lo mismo:

—Padrecito, no me busques
ni me dejes de buscar,
mis hermanos aquí me tienen
con la flor de Lailolá.

²⁵ *Tito*: planta leguminosa de flores moradas o blancas. El pastor hace, en versiones completas del cuento, una flauta de la planta o caña que nace del cadáver, que revelará el crimen cometido por los hermanos.

Dice:

—¡Ay, Dios mío! ¡Vamos a cavar!

Y lo sacaron. Y no me acuerdo de más ná eso.

Narrado por Leovigilda López Sánchez (Argamasón)

56. EL DUENDE OBSTINADO

Versión 1.

Esto era unos vecinos que tenían su casa y se querían cambiar porque había el duende, que se llamaba Martín. Y dice:

—Nos vamos a ir de esta casa, que no nos deja dormir.

Y dice el hombre:

—¿Pues pa qué nos vamos a ir si ya estamos acostumbraos a él?

—No, no, nos tenemos que ir.

Y ya coge y se van. Y cambiando los trastos se encuentran a Martín, y dice:

—¿Pues dónde vas, duende?

Y dice:

—¿Pues no nos cambiamos de esta casa? Pues yo me voy también.

—Pues lo mismo da, pues buenos estamos en ésta: pa irnos y el duende que se venga con nosotros... Pues buenos estamos en ésta...

Y cuentecico colorao, como ya no sé más, que ya se ha acabado.

Narrado por Esperanza Campos Madrona, 66 años (Chinchilla)

Versión 2.

Unos que vivían en una casa y había un duende, y entonces dicen que se movían las cosas y los muebles. Y ya se cambian de casa. Y van con el carro y los muebles, y dice una:

—¿Es que te cambias, Fulana?

Y dice:

—Sí.

Y contesta el duende:

—Y el duende también.

Narrado por Llanos López López, 73 años (Albacete)

57. LAS BRUJAS

Por las montañas vivían unas mujeres en un lugar que se llamaba Armaílla. Un día pasaron por donde vivía mi bisabuelo; iban cantando y él las oyó. Salió a la calle y dijo:

—San Juan Deletrear,
si sois las brujas,
venir mañana a mi casa a por sal.

Al día siguiente estaban allí. Al verlas llegar, mi bisabuela les puso la escoba para arriba y la almohada del revés. Y las brujas iban diciendo:

—Cuatro brujas vamos por aquí que volamos: una de Infantes y tres de Orihuela.

Y cuando llevaban un rato allí y les habían dado la sal, las brujas le dijeron:

—Mariquilla, pon la escoba para abajo y la almohada, que tengo la masa envuelta y el niño en la cuna —y se fueron andando.

Los críos salieron corriendo detrás de ellas y al llegar al borde de un precipicio ya no las vieron porque se fueron volando, y para mantenerse en el aire iban diciendo:

—¡Guía, guía, sin Dios y sin Santa María! —porque al nombrar a Dios se caían.

Cuando iban volando, una dijo:

—¡Ay, qué frío, Dios mío! —y al decirlo, se cayó al río.

Narrado por Benedicta Gallego Alarcón, 85 años (Yeste)

58. EL PRÍNCIPE TRISTE

Érase una vez un país lejano donde vivía un príncipe guapo y bueno. En ese país todo el mundo lo quería por ser tan bueno, pero el príncipe no estaba nunca contento, y para que lo estuviera, sus ministros pensaron en buscarle una mujer que fuera su esposa. El príncipe dijo a los ministros que hicieran lo que quisieran, pero que a él no le gustaba ninguna. Entonces empezaron a llegar muchas mujeres al país del príncipe, pero a él no le gustaba ninguna.

Un día, echando la siesta a la sombra de un árbol, de repente se le apareció un caballo, y su jinete le preguntó al príncipe que qué le pasaba.

El príncipe se lo contó y el jinete le dio una lanza de oro y le dijo que si la usaba bien, su problema iba a desaparecer. El caballo se fue y el príncipe se quedó con la lanza.

Después, su perro, sin que él se diera cuenta, fue corriendo hacia un viejo anciano y, justo cuando le iba a morder, el príncipe le tiró una piedra al perro y se alejó del anciano. El viejo le dio las gracias y le dijo que si seguía siendo así de bueno, dejaría de estar triste.

Después oyó en unos matorrales unos ruidos; se acercó para ver qué pasaba y vio a un gran oso que intentaba atacarle, pero el príncipe luchó duramente y, por fin, le clavó en el corazón la lanza de oro.

Entonces, en la lanza apareció un papel que decía: “Ahora sólo te falta matar al dragón”. El perro se puso a ladrar y cuando volvió la cabeza, el príncipe vio cómo salía dicho dragón de unas rocas. Los dos lucharon duramente mucho tiempo hasta que al final el príncipe mató al dragón.

Después, al llegar a su palacio, abrió la puerta y vio en las escaleras del castillo una princesa muy bella. Los dos se casaron y fueron felices. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Narrado por Ezequiel González Lorenzo, 76 años (Alcadozo)

59. LA SERPIENTE GIGANTE

Era un hombre que vivía en un pueblo llamado Caravacas. Pues resulta que le pusieron la pena de muerte y entonces él se ofreció al ejército. Si mataba una serpiente que había allí, le comultaban²⁶ y le quitaban la pena de muerte. Entonces dijo que sí.

Resulta que la serpiente de allí tenía un agujero más grande que la entrada de una casa, de tal manera que si pasaba por allí un pastor, la serpiente salía y se comía de un bocado varias ovejas.

Como a éste lo destinaron ya a la mili para matar a la serpiente, lo dejaron, y él pidió un caballo, una red y una oveja, y a esa oveja le metieron por dentro dinamita.

Cuando pasó por allí, y estaba la serpiente en la puerta, lo que hizo fue ir a por la oveja; y abrió la boca, y de un bocado se la traga. Entonces hizo explotar la dinamita.

Y entonces se dijo:

²⁶ *Comultaban*: cruce entre conmutaban e indultaban.

Ya murió la culebra
que había en El Campillo,
la que por la boca echaba
rosas, claveles y lirios.

Entonces cumplió la mili y ya no lo mataron.

Narrado por Antonio Hermosa Torres, 75 años (Hellín)

60. LAS HIJAS DEL MOLINERO

El molinero tenía tres hijas y cuando murió, no les pudo dejar nada de herencia. Así que, como no tenían dinero, fueron al viejo molino, donde las gentes del pueblo decían que había un gran tesoro. Las dos primeras hermanas querían ir al viejo molino por el tesoro pero la más pequeña no quería porque se decía que estaba embrujado, pero la convencieron.

Cuando entraron en el molino, todo estaba oscuro. Cuando se acostumbraron a la oscuridad, subieron por las escaleras; de pronto, oyeron algo acercarse hacia el molino: era parecido a una bola de fuego. Cuando llegó, chocó contra las aspas.

Luego vieron algo correr por un pasillo y se escondió en una puerta; ellas se acercaron y vieron un pequeño duende. Tras hablar con él, les dio tres bolas que les darían algo al abrirlas.

Fueron a buscar el tesoro y encontraron una bruja que empezó a perseguirlas. La segunda hermana abrió su bola y de ella salió un pegaso²⁷ que las salvó de la bruja, pero después desapareció.

Ellas siguieron buscando el tesoro y volvieron a encontrar a la bruja. Esta vez fue la mayor la que abrió su bola, y apareció un muro que dejó a la bruja encerrada.

Las tres hermanas se fueron del molino por si encontraban otra vez a la bruja. Al llegar a su casa la menor, quiso abrir su bola, de la cual salió un gran tesoro. Y las tres hermanas nunca más fueron pobres.

Narrado por Josefa Calero Gil, 49 años (Valdeganga)

²⁷ *Pegaso*: caballo alado.

61. EL AMO QUE NO CREÍA

Érase una vez una casa de campo donde vivían labradores. El dueño tenía muchas tierras en distintos sitios de la región y para recolectar tenía que mandar a sus labradores a un cortijo o aldea solitaria. El dueño, por nombre Antón, le dijo a Juan:

—Llévate dos muleros y vais a la otra aldea a segar y trillar la mies.

Y así lo hicieron.

Y tras varias horas de viaje llegaron a la aldea y se pusieron a hacer sus labores de recolección.

Al anochecer se dispusieron a cenar en el salón de la casa. Una vez cenados, charlaron durante largo rato; al darle sueño a los dos muleros, echaron sus catres (colchones) alrededor de la lumbre, quedándose profundamente dormidos, mientras Juan hacía cuerda para atar la mies. Cuando más tranquilo estaba, se oyó un portazo en la puerta que daba al salón o la cámara; al volver la cabeza hacia donde había oído la puerta, vio una cabeza humana con ojos relucientes y dos cuernos.

Juan no salía de su asombro al ver aquella figura puesta en medio de la puerta mirándolo descaradamente, y con el pie le dio a unos de los muleros para ver lo que él estaba viendo. Al levantar éste la cabeza, miró hacia la puerta y vio el portazo que dio la cosa o cabeza con cuernos, quedando asustados los tres.

Por tanto, recogieron sus cosas y abandonaron la casa, yendo a la era a dormir; y una vez recolectado, se fueron a la casa principal, donde estaba el amo, contándole al amo lo que había pasado. El amo, muy incrédulo, les dijo que eran unos cobardes y que tenían mucho miedo, y que en la época de siembra iría él con ellos.

Después de varios meses, los cuatro juntos se fueron a sembrar a la casa abandonada. Empezaron a sembrar y al anochecer dijeron que ellos no dormían en la casa. Entonces el amo les dijo que él iría allí a dormir calentito.

Se preparó a acostarse en la única habitación que había; se acostó y apagó la luz. Al mismo apagarla, una fuerza brutal se le echó encima tratando ahogarlo, pero el amo era muy fuerte y, empujándole, lo tiraba a la pared y enseguida volvía hacia él, y así durante largo tiempo. Al fin pudo zafarse y abrir la puerta y salir corriendo, aunque ensangrentado, hacia sus compañeros en la era, diciéndoles que nunca más pasarían la noche en aquella casa abandonada.

Actualmente la casa está derruida y sin habitar.

Narrado por el padre de Helena Alfaro Cuesta, de 50 años (Riópar)

62. OGRO DE LA CASA ROSA

Era la época de recoger el trigo en Casa Rosa y mi tatarabuelo era el amo de una cuadrilla que se dedicaba a recoger el trigo a su señorito, que era una persona que echaba pestes por la boca y muy mal hombre. Su nombre era Idolino y había heredado muchísimos bancales de sus padres.

Como era costumbre en su familia, siempre avisaban a mi tatarabuelo para recoger el trigo y traérselo a la finca a venderlo. Tenían que pasar la noche en una casa que estaba en medio del monte y estaba muy alejá de la aldea: era un pajar oscuro y húmedo y que daba miedo porque contaban que se había visto un ogro por las noches de luna llena. Mi tatarabuelo no tenía más remedio que dormir ahí pues era noche de frío y había animales que les podían causar algún daño, y así no dormían a la intemperie.

Se fueron a recoger el trigo un lunes o un martes los jornaleros y él, para estar allí durante unos días de faena. Llegó la hora de acostarse y fueron al pajar y fueron a dormir con unos sacos que pusieron encima de la paja. Alrededor de un tiempo, los cinco se durmieron, menos mi tatarabuelo. Este empezó a oír ruidos raros que se oían en unas puertas de la casa que daban al monte: esta puerta era de media hoja y estaba medio podrida. Mi tatarabuelo llamó a uno de sus amigos porque estaba acongojado y decía que oía ruidos de un animal y que no sabía qué animal era, y esto es lo que le daba miedo. Éste le respondió:

—Tú estás loco. Calla, loco, calla y duerme.

Al poco rato se abrió la puerta de arriba y vio al ogro, que tenía un cuerno en la frente. Éste entró rompiendo la puerta y agarrando a mi tatarabuelo por el cuello. Los demás huyeron como pudieron y mi tatarabuelo quedó agarrado por el ogro, que tenía una fuerza muy grande y lo golpeaba como una pelota contra la pared.

Mi tatarabuelo escapó como pudo de las garras de eso y fueron al pueblo sofocados, dejándolo todo para avisar al señorito, el cual no se lo creía y les dijo que eran unos cobardes miedicas y que él se iría a la casa para que viesen que era mentira. Éstos no quisieron acompañarle pues sabían lo que era y tenían mucho miedo; el señorito, como hubo echado pestes por la boca, como muestra de valentía se ofreció a ir solo para que todos viesen que era mentira.

Aquella noche se repitió la operación y el señorito escapó por los pelos del ogro, y le dijo a mi tatarabuelo:

—¡Qué razón tenías, Nicolás!: ¡si me descuido, me mata!

Desde entonces nadie ha pisado por allí, y se afirma que se sigue viendo a la cosa chillándole a la luna.

Narrado por Felisa Alfaro Castro, 21 años (Albacete)

63. UNA GALLINA NEGRA CURA A UN NIÑO

Se puso una mujer a dar a luz y al nacer el niño, nació asfíxiado, y para los que presenciamos el caso, el nene estaba muerto. Se acudió a la madre, ya que el nene se creía sin vida, y a la media hora una mujer vio que movía una mano, y entonces nos lo dijo. Nosotras no hicimos mucho caso, pero al instante el nene movió la mano otra vez, y los más mayores dijeron que había que ponerle una gallina negra con el pico dentro de la boca, y al entrarle el calor el niño reaccionaría.

Así lo hicimos; y conforme iba entrando en calor el niño, iba recapacitando, y empezó a llorar. Durante dos días parecía que iba a morir, pero ahora ya tiene veintiocho años.

Narrado por Teodora López Blázquez, 66 años (Yeste)

64. UN SAPO CURA EL PIE DE UN HOMBRE

Una vez había un hombre que tenía una pincha en un pie. Los médicos no podían curarlo y el hombre estaba ya en la cama muy malo, con el pie hinchado.

Y un día fueron y había un sapo del veneno debajo de la cama; lo cogieron y se lo llevaron a la calle. Y después volvieron y estaba otra vez debajo de la cama como queriendo subirse, y entonces lo subieron a la cama. Fue andando donde estaba el pie que tenía malo y empezó a lamerle donde tenía la pincha y a fuerza de lamerle, le salió la pincha y el hombre se salvó.

Narrado por José Martínez Marín, 76 años (Yeste)

65. DOS HISTORIAS DE PREMONICIONES

Venía mi padre de viaje y él iba en la cabina del tren, ya que él era fogonero. Y esa noche ve a lo lejos tres luces muy hermosas que se acercaban a la máquina y él, a lo primero, no le da mucha importancia.

Las luces se alejaban mucho pero no se perdían de vista y cuando se volvieron a acercar, le dijo al maquinista:

—¡Oye, Fulano, mira qué tres luces se nos acercan, mira qué hermosas!

—Yo no veo ná.

Y era verdad: el maquinista no las vio (¡qué cosa tan rara!).

Así se alejaron y acercaron tres veces y hasta que se perdieron.

Y él no pensaba en nada. Pues cuando llegó él a su casa, su mujer acababa de morir, y el fogonero pensó de que aquello había sido una aparición y un anuncio del cielo, pero así se quedó.

Cuando a los siete años se casó, y con la mujer que se casó tuvo un nene hermosísimo que no era para el mundo: así lo dijo el médico. El caso es que lo sacó a la calle y todas las mujeres:

—¡Ay, qué nene!; ¡ay, qué alhaja!

El caso es que a la hora o las dos horas de pasearlo se agarra a dar un quejido como una persona mayor, y mi madre diciendo:

—¡Ay, mi hijo!; ¡ay, mi nene se ha puesto malo!

Se sube a la casa, lo acuesta y llama a la casa socorro y llega el médico y dice:

—Esta criatura no es para el mundo: esto es un ángel del cielo.

Pero los vecinos decían que le habían echado mal de ojo, y el caso es que enseguida se murió.

A todo esto, mi padre venía en tren, al igual que antes, y vio las luces y se asustó: “En mi casa pasa alguna desgracia”.

Lo que menos pensaba era en su hijo, pensaba en la mujer... Cuando llegó a la casa, el nene acababa de morir. Había sido otra anunciación.

Narrado por Llanos López López, 73 años (Valdeganga)

66. LAS SOMBRAS

Esto era una mujer que estaba bien, pero resulta que había una cuadra...; tenía que ir a arreglar a los animales de noche y cuando llegaba, llevaba el candil, lo encendía y se lo apagaban. Se salía otra vez, lo encendía y se lo volvían a apagar. Y ya hasta tres veces; y ya se sale y dice:

—Yo no puedo pasar a la cuadra porque hay una cosa que me apaga el candil.

Y ya una de las veces se fue y se agarró a hacer la comida: le tiraban todos los cacharros. Luego se acostó, y se acostaba y tenía un peso encima, un peso que no podía soportarlo. Se levantaba: tiraba las mantas; se volvía a acostar: otra vez el peso. Estaba comiendo y no podía comer porque aquello era una cosa fatal. Luego ya llegó a ver unas sombras y a aquellas sombras les decía:

—¡Dime quién eres o a qué vienes, porque yo quiero saber lo que viene!

Pues nada, aquello no le contestaba.

Venía otra noche, se acostaba otra vez: el peso... Y las luces: por donde iba ella siempre iba a oscuras, no siendo de día; tenía que ir a oscuras porque se le apagaban las luces, y nada.

Pues ya se lo dijeron a una persona que entendía de aquello, y le dijeron que encendiera velas. Y decía:

—¡A ver a quién le enciendo yo una vela!

Tenía difuntos: para este difunto, para el otro...

—¡Pero no me martiricéis; decirme lo que queréis, cogedme y decirme lo que queréis y no me martiricéis!

Y ya cada vez estaba más agotada, más agotada. Total, que la muchacha cayó en cama y se murió.

Narrado por Braulia González Parra, 75 años (Tomelloso-Ciudad Real)

67. EL HECHIZO

Contaba mi abuela que se fueron una cuadrilla de segaores a Cuenca. Entonces estuvieron allí un mes o mes y medio y cuando terminaron, cuando ya se venían, uno de ellos pasó a comprar allí, a una tienda, comestibles; y cogió: le daba un duro, se cobra y le devuelven tres pesetas. Sale a la calle, las cuenta y llevaba dos pesetas.

¡Vaya! Vuelve a entrar a la tienda y dice:

—Mire usted: que me ha devuelto una peseta de menos.

Dice:

—No, señor —dice—: tanto le ha costao lo que se ha llevao usted —dice— y tanto que le he devuelto. Le ha costao dos pesetas y tres que le he devuelto: el duro que me ha dao usted.

Ná, pos nada, se sale, las cuenta en la calle las pesetas: le faltaba. Na, vuelve a entrar, y lo mismo:

—Mire usted que me ha dao... Me falta una peseta.

Dice:

—No, señor. Mire usted, tres pesetas y dos que ha hecho de gasto, un duro.

Vuelve a salir y en esto que llevaba los cuartos en la mano, y pasa allí una señora y dice:

—¿Pos qué le pasa a usted?

—Mire usted, que he pasao a comprar y resulta que me han dao una peseta de menos. Y he pasao dentro y tengo...; me las cuentan y lo tengo bien, y salgo fuera, las cuento yo y me falta una peseta.

Y le dice la señora, dice:

—Pues no pase usted ya más si no quiere —dice—, que va usted arreglao.

Pues nada, ya se viene. Cuando llega a su tierra, a su pueblo, pues él no lo echó así al ver, pero ya poco a poco él se notaba cosas extrañas y fue a un espiritista a ver qué le pasaba. Una curandera le dijo que donde pasó a comprar le habían, le habían hecho como, no sé, a estilo de brujería, hechizo.

Pos nada, él pos... Entonces hacían baile allí, en una casa, los amigos y eso, y él, que quería a una chavalota... Y cerraban la puerta, y al momento de cerrar la puerta, él allí dentro:

—¡Cagüen!, ¿pos ánde ha entrao éste? Mira, vete, que aquí no pués estar.

¡Ala!, pos se iba. Al rato, otra vez dentro, y entonces resulta que se dieron cuenta que entraba por el ojo de la, por la cerradura de la puerta.

Ya aquello fue cada vez más, cada vez más, y aquellos... Pos se ve que era cosa de algo, cosa del demonio o algo. Entonces volvió la persona aquella que dijo que le habían echao aquello y dice que a ver si que..., de qué forma podría quitarse aquello. Y dijo que no había forma de... Dice:

—Va a quemar usted un gato en un cruce de caminos —dice—, un gato negro —dice—, y lo mete usted en un canuto de caña; y la ceniza la mete usted en un canuto de caña —dice—, lo tapa usted y lo tira usted al río pa que se le vaya.

Pues nada, eso hizo: cogió el gato, lo quemó, lo metió en un canuto y lo tiró al río. Aquello se asolaba²⁸, se asolaba. Se trasponía el canuto: se metía la mano en el bolsillo y el canuto lo tenía en el bolsillo de la chaqueta; lo volvía a tirar al momento y así que se trasponía, se metía la

²⁸ *Asolarse*: posarse los líquidos. En este caso, se indica que los restos del gato caen al fondo del agua.

mano en el bolsillo y el canuto, en el bolsillo. Y ya aquello pos ya lo dejó por imposible.

Entonces se pusieron a hacer una cuerva²⁹ un día allí los amigos y dice uno:

—¡Vaya! —dice—, pa que estuviera buena nos falta lo que le hace falta a la cuerva —dice—: echarle —dice— naranja y limón.

Dice:

—¡Vaya!, eso está hecho —dice—. Ahora mismo voy a por el salío de la casa y —dice— al momento, allí con las naranjas y los limones.

Y pa que se lo creyeran los amigos, les llevó una ramica de naranja. Pues nada, ya hicieron la cuerva.

Y en otra ocasión, que así me lo contaba mi abuela, dice que tenía una señora un hijo en Ifni y estaba una noche de reunión. Y allí hablando dice:

—Mas que llevo tanto tiempo sin saber ná de mi hijo... —y dice— ¿Cómo están ahora en Ifni, que están de guerra? —Dice:— No sé si lo habrán matao o lo que le habrá pasao.

Y le contestó él:

—Mira, si quieres verlo —dice—, yo te llevo. —Y dice:— Pero hay que decir dos frases —dice— que yo las digo pero yo no sé si tú vas a decirlas. Vamos a... —dice—, tienes que decir: “Sin Dios y sin Santa María”, ponemos un lebrillo³⁰ enmedio —dice— y tú repites esas palabras. Si quieres verlo, te quedas en paños menores, me das la mano y dices, repites conmigo: “Sin Dios y sin Santa María”³¹, brincamos el lebrillo y vamos y lo ves.

Entonces, esta señora, al oír las palabras que dijo, pues le fueron violentas y le dio miedo y no fue. Entonces él cogió, brincó el lebrillo y fue y estuvo allí con él y le dio recuerdos:

—Y le dices a mi madre que, que estoy bien, que no se preocupe por mí

Así sucesivamente. Entonces se ve que lo que le echaron en la casa que estuvo allí, se ve que fue alguna cosa que estaba poseía por el demonio. Entonces pos la gente lo cogía así de cachondeo.

Y en otra ocasión me contaba también a mí mi abuela que estuvieron segando o fueron a segar y que se echaron.

²⁹ *Cuerva*: bebida hecha con vino, fruta y azúcar.

³⁰ *Lebrillo*: barreño o recipiente de barro o metal más ancho por el borde que por el fondo.

³¹ Véase el cuento número 57.

—Ná, vosotros tranquilos, que no, no preocuparos que vamos a segar —dice— el bancal este que nos han dicho —dice— y no pasa ná —dice—. Estaos aquí a la sombra —dice— que...

Conque ya, cuando estuvieron allí to la mañana, entonces se levantó y dijo tres palabras; dijo:

—Uno más que espigao —dice—: segao, atao y arrecogío.

Y aquello se quedó hecho como él dijo.

Me contaba a mí mi abuela que el pobrecillo ya pos se ve que aquello era cosa del demonio o algo, y se iba consumiendo poco a poco conforme iba avanzando la edad y eso. Y se ve que aquello..., ya el hombre murió acartonaíco del tó. Eso me contaba a mí.

Narrado por Enrique Lasa Martínez, 50 años (Munera)

III. CUENTOS RELIGIOSOS

68. EL PASTOR DESAGRADECIDO

Una vez se perdieron un par de mulas y entonces el amo, que tenía un gran rebaño de ovejas, ofreció que si se le aparecían abriría la puerta del corral el día de la Virgen de Cortes y el primer animal que saliera se lo llevaría a la Virgen.

Así lo hizo, y el primer animal que salió fue un carnero muy hermoso y que creaba envidia en todo el que lo veía. Y el hombre dijo:

—No se lo llevaré. Llevaré una oveja.

Así lo hizo, pero cuando regresó y fue al corral, descubrió que el carnero estaba muerto.

Narrado por José Martínez Marín, 76 años (Yeste)

69. EL ZAPATERO POBRE

Un hombre que era zapatero, y siempre bajaba un hombre que era rico al zapatero; y el zapatero le dijo al hombre rico:

—Usted sí que es feliz, que no tiene que arreglar zapatos.

Y el hombre rico le dijo:

—Sí, yo soy más feliz que usted porque tengo dinero. Mañana le voy a bajar todo el dinero a ver si es feliz.

Y al día siguiente se lo bajó. Y cuando pasó la noche, por la mañana temprano bajó el hombre rico, y el zapatero le dijo al hombre rico:

—Toma tu dinero, que no he podido pegar ojo en toda la noche pensando dónde guardarlo, que estoy más tranquilo y feliz con mis zapatos.

Narrado por Natividad García Mateo, 72 años (Mahora)

70. EL ERMITAÑO Y EL CRISTO DE LOS FAVORES

Un ermitaño, apenado por el sufrimiento que estaba pasando Cristo en la cruz, le pidió reemplazarle para que él padeciese por Cristo. Aceptó y le dijo que no podría decir nada, oyese lo que oyese.

Estaba el ermitaño en la cruz y llegó un hombre rico que se dejó olvidada una bolsa con dinero, y el ermitaño no dijo nada.

Luego llegó un pobre que al encontrarse la bolsa con dinero se alegró mucho y se la llevó, y el ermitaño siguió sin decir nada.

Después llegó un joven que fue a orar porque tenía que embarcarse para realizar un largo viaje, pero llegó el rico y le inculpó diciendo que él era el ladrón. El rico no le dejaba salir de la ermita, y el ermitaño, viendo esa injusticia, dijo:

—¡Deténte!, él no robó tu dinero —y el rico le dejó marchar.

Luego llegó Cristo y le dijo que tenía que haber permanecido en silencio porque el rico iba a utilizar ese dinero con fines malévolos, el pobre lo necesitaba y si el joven no hubiese salido, habría perdido el barco, que naufragó.

El ermitaño tuvo que volver a su vida dolido por su error.

Narrado por María Fernández Juárez, 70 años (Socovos)

71. EL ALMA CONDENADA

Era una madre que tenía una hija, y la hija era muy libertina: siempre se iba por ahí, con los zánganos. Acudía luego a otra mañana y la madre pues le reñía a la pobre, le reñía:

—Hija mía, no hagas esto, hija mía...

Y ya tanto se cansó de la madre que una noche llegó y la mató y la hizo trozos y la enterró allí, en un corral que tenían.

Y, claro, pues la muchacha le dio en pensar que había matado a su madre y se murió (ella seguía con los zánganos y emborrachándose y robando, y ya le dio en que pensar y se murió).

En los pueblos antiguamente, ahora no, había una cuadrilla que eran los amos del pueblo, y le hacían recogerse a tós los muchachos. Cuando los recogían, se hacían los amos del pueblo. Había dos y, claro, se murió la muchacha, la enterraron y una noche aquellos estaban paseándose por el pueblo, recogiendo muchachos, y ya dice uno:

—Mira, me voy a ir, que no me encuentro bien, y te quedas tú solo.

Dice:

—Bueno, yo me quedaré.

Se quedó solo. Y cuando estaba allí paseando, se ve que salta del cementerio un bulto con muchas cadenas rastrando, y dice: "Éste, alguno que me quiere dar un susto. ¡Pues ya verás tú!"

Iba rastrando las cadenas, y el muchacho allí detrás, y ya le dio miedo y se paró. Y dice el arrastracadenas, el bulto, dice:

—No te asustes, si no te va a pasar nada...

Y el muchacho pues se calló. Dice:

—¿Tú te acuerdas de una que mató a su madre porque le reñía, que se iba por ahí?

Y el muchacho decía: “Ésta, quien sea, me quiere matar y me quiere enterrar”, y siguió con ella. Ya llegan andando y le dice otra vez:

—¿Tú te acuerdas de una, aquí en Peñascosa, que mató a su madre?

Dice:

—Sí.

—Bueno, pues ésa soy yo. Y desde que maté a mi madre estoy en el infierno, cargá de cadenas, y no me perdona Dios por ná del mundo — dice—. Tú vente conmigo y haces lo que yo te diga.

Llegaron donde estaba la madre enterrá, y dice:

—Cava ahí, y tós los huesos que vayas sacando me los vas dando.

Y el muchacho, los huesos que sacaba, se los daba; les daba un beso y decía:

—Madre mía, perdóname —y los echaba a la espuerta³².

Así hasta que dice el muchacho:

—Ya no quedan más.

Dice:

—Sí, queda uno.

—No quedan más.

—Queda el hueso del dedo de la mano izquierda, del dedo meñique.

Dice:

—¿Pero qué más da un hueso tan chico?

—Tú saca ése también.

Conque ya el muchacho, cavando, lo sacó y le daba un beso.

—¡Madre mía, perdóname!

Y ya dice:

—Ahora sígueme, que vamos al cementerio.

Se habían metido en el corral de ella. Y dice:

—Conforme yo te los vaya dando, los vas enterrando

E iba ella igual:

—¡Madre mía, perdóname!

Y le daba uno y le daba otro y ya hasta que se los dio todos; y dice:

³² *Espuerta*: cesta cóncava, casi plana, de esparto, palma u otra materia, con dos asas pequeñas.

—Ahora haz una fosa ahí y entiérralos.
 Hizo una fosa, echó los huesos y los enterró. Y dice:
 —Ahora me voy a ver si Dios me perdona ahora.
 Conque se fue la moza, claro. Y ya llega y dice la mujer:
 —¿Qué has hecho? ¿A quién has matao?
 Dice:
 —Yo no he matao a nadie.
 —¡Pues sí! ¿Entonces pa qué querías la espuerta y la azá?
 —Te digo que no he matao a nadie.
 —Pues si no me lo dices, voy a la guardia civil y les digo que has matao a alguien.
 Conque ya se lo contó. Dice:
 —Pues mira, he hecho esto: ¿tú te acuerdas también de la que mató a su madre?
 Dice:
 —Pues claro, que lo cuenta mi madre y mi abuela y tó el mundo.
 Dice:
 —Pues ésa es. No la he matao yo, que está en el infierno y ya ha enterrao a su madre en el cementerio.
 Y ya que había enterrao a su madre, se despide el bulto (era un bulto pero era la muchacha de él). Y se va y el muchacho le dio en pensar y en pensar, que a los pocos días se murió de pensar lo que le había pasao. Pero a la arrastracadenas pues ya Dios la perdonó y se fue al cielo, claro.
 Y colorín colorado, por tu boca se ha colado.

Narrado por Valeriana Fernández Serrano, 82 años (Alcadozo)

72. EL FANTASMA DE LA NIÑA MUERTA

Yo, cuando iba al colegio, me contaron (esto es una historia que es verdad) mis amigas del colegio, me contaron que en la calle Tejares, o en la calle Nueva, una de esas dos calles era, que había una nena que en el día de su comunión se murió la chiquilla.

Y entonces, pues nada, que cada vez que su hermano iba (tenían un patio y un corral con una cuadra), y cuando su hermano iba a la cuadra notaba algo raro pero no veía nada.

Y ya pasó un tiempo y una de las veces que fue pues se le apareció su hermana y entonces pues el muchacho se desmayó al verla vestida de comunión, se desmayó. Y entonces, cuando ya volvió en sí, le preguntó

que qué quería, que por qué venía, que qué pasaba, y entonces la hermana le dijo que estaba en el purgatorio y que no podía subir al cielo porque no le habían dicho una misa, que le habían ofrecido una misa pero no se la habían celebrao, que tenían que celebrarle esa misa tal día y tal fecha porque ella estaba vagando en el purgatorio y ella quería estar tranquila y estar en pas con Dios.

Pues nada, cuando el muchacho ya se pudo recuperar un poquito, salió y le dijo a su madre:

—¡Que se ha aparecido mi hermana, que quiere que le digamos una misa, que no se la dijimos, y que está en el Purgatorio!

Y entonces, nada, celebraron una misa, hablaron con el cura y ya jamás ya no volvió, y se supone que fue al cielo. Y su hermano ya vivía tranquilo: iba a la cuadra y no se asustaba.

Narrado por María Dolores García Parra, 43 años (Peñas de San Pedro)

73. EL CARACOL PARLANTE

Una noche de Semana Santa, en la que no se debía salir, un hombre salió a buscar caracoles y se iba encontrando muchos por el camino, hasta que a la vuelta de un ribazo se encontró uno muy gordo y no lo cogió porque le dio miedo. Y entonces el caracol le dijo:

—¿Ves, que a mí no me coges que tengo para una comida?

Éste volvió a su casa y lo contó.

Esa misma noche su hijo subió a la aldea a ver a su novia. Por el camino notó que algo le seguía, pero se daba la vuelta y no veía a nadie. Siguió para delante y al ir a cruzar un arroyo, se le puso un zarzal delante y cuando vio que fuera donde fuera allí se encontraba con el zarzal, maldeció a Dios; y al hacerlo, el zarzal desapareció. Y al ver a la novia, se lo contó.

Con estos dos sucesos, la familia ya no ha vuelto a desafiar la Semana Santa.

Narrado por Benedicta Gallego Alarcón, 85 años (Yeste)

74. EL PASTOR Y LOS DIABLOS

A un pastor, para Semana Santa se le mató una oveja de su rebaño. Y como no se puede comer carne, el hombre no hizo caso a estas

supersticiones y empezó a asar carne y a comer. Y cuando estaba comiendo, bajaron los diablos con ganchos de romana y lo cogieron y empezaron a levantarlo para llevárselo volando. Y entonces empezó a rezarle a Dios y a su madre, y los diablos, al oír la palabra de Dios, desaparecieron.

Narrado por Benedicta Gallego

75. LA CUEVA DEL DIABLO

Una vez un hombre salió por el monte de caza y en la puerta de una cueva vio una cegaja³³ y fue a cogerla, pero se escondió. Pero se dio cuenta de que era una cabra suya que se le había perdido; pero al ver que era la suya, al día siguiente volvió a buscarla, y esta otra vez se escondió en el mismo sitio (él veía cada vez más hermosa la cegaja).

Otro día fue y se escondió en la puerta de la cueva y cuando el animal fue a salir, lo cogió y se la puso sobre el cuello. Y cuando iba a la cuesta abajo andando, notó cómo se le subía la camisa y que cada vez el animal pesaba más; y cuando miró para atrás, vio cómo de las patas de la cegaja salían ganchos de romana que le subían la camisa para arriba. Y entonces dijo la cabra:

—¡Pcso, peso!,

y entonces la tiró para atrás y salió corriendo.

Éste fue a su casa y les contó a sus familiares que el animal había vuelto a la cueva. Y desde entonces esa cueva es un lugar sagrado y se le llama la cueva del diablo.

Narrado por Benedicta Gallego

76. EL CAZADOR Y LA PERDIZ

Un cazador iba por el campo a cazar, y se reía de tó las tonterías que se dicen: que si el día de ánimas no se debe hacer esto, que si el día de las ánimas no se puede hacer lo otro... Y él, como era muy valiente y se reía de todas esas tonterías, se fue a cazar.

Y se puso una perdiz al camino (estaría a unos tres metros de él). Le tiraba: nada; le tiraba: y la perdiz haciéndole cara; y cada vez más cerca:

³³ *Cegaja*: cegajo, macho cabrío durante el segundo año de vida.

y la perdiz, nada. Cuando ya se cansó de darle tiros, que le metió diez o doce tiros, le dijo:

—Ahí te quedas, perdiz.

Y entonces se le vino en el hombro de él hasta llegar al pueblo.

Narrado por Antonio Milla González, 70 años (Montealegre del Castillo)

77. EL BANCAL DE LAS ÁNIMAS

En el día de las ánimas, el bancal de las ánimas... —sabes que decían que había ido el tío no sé quién, no sé quién era el hombre aquél, se había ido, y las ánimas...— Se vino al pueblo y cuando volvió, las mulas solas habían labrao tó el bancal, que por eso se llama el bancal de las ánimas; ahí, en la casa... ahí, encima del cementerio, por donde está tu bancal, por ahí.

Narrado por Antonio Milla

78. EL DÍA DE LA SANTA CRUZ

Me decía mi padre que el día de la Santa Cruz era un día muy sagrado porque se fue a labrar y se le escaparon las mulas, y él pensó que había sido porque aquel día que es el día cuando encuentran la cruz del Señor. Y desde entonces ya jamás ha permitido que labraran en... ni él, ni mis hermanos ni nadie.

Narrado por el padre de Paquita Piqueras García (Montealegre del Castillo)

79. LA DISPUTA DE BARRAX Y BALAZOTE

Esto pasó en Balazote: que entre Barrax y Balazote se encontraron una virgen. Era boniquísima. Y entonces los de Barrax y los de Balazote reñían por la virgencica porque se la habían encontrao en medio el camino.

Los de Barrax se la querían llevar pa hacerle una ermita, y se la llevaron. Y desto que están haciendo la ermita y por la noche la virgen

desaparecía y se la encontraban en Balazote. Y al día que venía a por ella otra vez, y la virgencica se volvía otra vez.

Así un montonazo rato, hasta que se la quedaron los de Balazote y le hicieron una ermita. ¡Bien boniquísima que es!

Narrado por Pedro Bueno (Hoya Gonzalo)

80. LA VIRGEN DE LOS LLANOS

La Virgen de los Llanos —como sabéis— es la patrona de Albacete. Y esta virgen la encontró un labrador que estaba labrando en la desa³⁴ de los Llanos, que ahora es una finca. La encontró estando labrando; vio como una muñeca y se la echó al jergón; y dijo:

—¡Uy! ¡Una muñeca! Ésta para que juegue mi hija.

Y siguió labrando. Y a otra vez, cuando volvía haciendo otro surco, ve que la muñeca estaba allí; se mira en el jergón y ve que él no la llevaba otra vez y que estaba allí.

—¿Cómo puede ser?

Y así dos o tres veces. Y una de las veces la muñeca le habló (no era tal muñeca: era una virgen); le dijo:

—No soy una muñeca. Yo te agradezco con la alegría que me has encontrado para llevarme a tu hija, pero no soy una muñeca: soy la Virgen de los Llanos, que quiero que me hagan aquí una iglesia, lo que sea, pero quiero que hagan algo para mí. Y soy la Virgen de los Llanos y seré la patrona de Albacete. Esto ve y dilo a quien convenga, no sé, al alcalde, a decirlo porque, claro, esto lo tienen que saber.

Y entonces el labrador se lo dijo al alcalde (y entonces Albacete era un pueblo) y desde entonces hicieron a la Virgen la iglesia. Ahora está en la catedral, pero la verdadera Virgen de los Llanos está en la desa de los Llanos.

Y así acabó la historia de la Virgen.

Narrado por María Blanco Muñoz, 60 años (Albacete)

³⁴ *Desa*: dehesa. Tierra, generalmente acotada y delimitada, dedicada a pastos.

81. LA NIÑA PERDIDA Y LA VIRGEN DE CORTES

Una fría tarde de 1935 una pequeñita niña se adentró en los oscuros bosques de la sierra de Alcaraz.

Algo llamó su curiosidad: un jovencito ciervo que cojeaba; y, presto, se decidió a ayudarlo, olvidándose que atrás dejaba a su abuelito, que la quería muchísimo.

Pronto se hizo de noche y, asustada, lloraba y pedía ayuda gritando socorro. Continuó andando y encontró cobijo bajo un árbol muy grande. El frío arreciaba, cuando se dio cuenta que ya no sentía tanto frío: algo la abrigaba su pequeñito cuerpo.

Mientras, en la pequeña aldea, su abuelita la buscaba. Después de tres días de angustia y dolor, se dio con el paradero de la niña, que seguía debajo de aquel árbol que, según ella, le ayudó durante los tres días, porque allí parecía que una mujer muy hermosa la cubría por las noches con un suave manto y la hacía dormir con ayuda de dulces cantos.

Se piensa que esa linda mujer era la Virgen de Cortes, virgencita a la que se adora y se le debe mucho respeto.

Narrado por Gabriela Fernández, 76 años (Alcaraz)

82. EL MORO Y LA VIRGEN

Un moro estaba guardando unos muletos (unas mulas: muletos, ¿sabes?) a caballo, y le dijo que se le había aparecido la Virgen (a su amo), pero a los pocos días no se lo creyeron, es decir, que viera la Virgen aparecérselo.

Y entonces le puso en las manos un grillete y en el pie, para que se lo creyeran los dueños de la..., de donde estaba sirviendo. Eso fue en la época de los moros.

Narrado por Antonio Milla González, 70 años (Montealegre del Castillo)

83. LA ABUELA NIÑANA

Era una mujer vieja que vivía en Jarafuel y amasaba pan. Todos los días iba andando al pueblo de Ayora, a once quilómetros, a oír misa, ya que era muy católica.

Cada mañana se dejaba la masa hecha para al volver amasarla. Cuenta la leyenda que muchos días se le aparecía la Virgen por el camino, y ella siempre le pedía que cuando llegase al pueblo no se le hubiera pasado la masa. Y así ocurría. Incluso, algunos días, cuando llegaba tenía el pan ya hecho.

Por eso, todavía con el paso de los años se sigue contando en Jarafuel el milagro de la abuela Niñana.

Narrado por Carmen Cerdán Martínez, 50 años (Albacete)

84. SAN CORONADO MÁRTIR

Esto era que en Roma había los restos de un santo en una urna y los trajeron al valle de Ayora, que está compuesto por seis pueblos: Ayora, Zarra, Teresa de Cofrentes, Jarafuel, Jalance y Cofrentes.

Los depositaron en una casa de Jarafuel. Y cuenta la historia que todos ellos querían quedarse con sus restos. Entonces decidieron sortearlo.

En el primer sorteo, tocó en Jarafuel. Como había disconformidad, entre todos volvieron a hacer un segundo sorteo, incluso un tercero, y las tres veces tocó en Jarafuel, siendo por eso un santo muy querido y admirado en ese pueblo, en donde todos los jarafuelinos lo veneran desde cualquier sitio de España.

Narrado por Carmen Cerdán

85. LA HISTORIA DE SANTA RITA

Esta es la historia de Santa Rita la llorona,

que tanto y tanto lloró
que a su padre y a su madre
del Purgatorio sacó.

Es una santa que estaba casada y tenía hijos, pero tenía un marido tan sumamente malo y perverso que le hacía la vida imposible: no sólo que la pegaba, la maltrataba física y de todas las formas. No había manera que ese hombre no la hubiese hecho daño.

Y ella creía que no era lo suficientemente humilde, y una vez se hincó una espina ella en la frente para sufrir, porque pensaba que sufriendo lo que había sufrido Dios a lo mejor ella ayudaba más. Y se la hincó y eso se le infectó. Y una vez estaba comiendo y le cayó un gusano de la infección que tenía en la comida, y ella siguió comiendo.

Y su marido llegó un día y, de las muchas veces de las que llegaba de esa manera, le preguntó:

—¿Quieres comer?

Y él le dijo:

—Sí, hazme una mierda.

Y ella, con su humildad, le había hecho una comida exquisita, y le levantó el plato para que no se le enfriara y al levantar el plato, cuál no sería su sorpresa al ver que lo que había en el plato era una mierda.

Entonces ella se dio cuenta que Dios la escuchaba y volvió y habló con sus hijos y dijo que se quería meter en un convento, y se metió en un convento y desde entonces fue muy feliz. Hizo feliz a mucha gente.

Por eso sí nunca se le puede pedir como se le pide a San Antonio o a otro santo, porque ella te concede, es abogada de lo imposible, pero nunca de un novio o un marido, porque eso sí que no te lo concede. Y esto es una historia verdadera, de santa Rita.

Narrado por María Blanco Muñoz, 60 años (Albacete)

86. SANTA TERESA Y EL SEÑOR

Santa Teresa de Jesús estaba muy enferma: tenía llagas por todo el cuerpo. Y ya dice Santa Teresa:

—Señor, ¿cómo me castigas tanto?

Y el Señor le dijo:

—Teresa, así quiero yo a mis amigos.

Y ella respondió:

—Por eso tienes tan pocos.

Narrado por Natividad García Mateo, 72 años (Mahora)

87. EL HOMBRE QUE RENUNCIÓ AL DIABLO

Érase una vez un hombre que se jugaba el dinero a las cartas. Y llegó un día que se quedó sin dinero, perdió todas sus pertenencias: su casa, sus fincas, su ganado...

Tan desesperado estaba que le pidió al diablo que le diera mucho dinero y a cambio él le entregaría su alma, y el diablo aceptó su proposición.

Al día siguiente, al levantarse, vio en una habitación un montón de dinero, que se lo jugó por la noche y lo perdió todo.

A la mañana siguiente tenía otro montón de dinero preparado para seguir jugando. Pero llegó un momento que el juego le aburría y empezó a hartarse de aquella vida porque tenía todo lo que quería y todo el dinero que quería. Y llamó al diablo otra vez y le dijo que no quería más dinero, que quería volver a ser pobre, que dejase de darle dinero y le devolviera su alma, y el diablo lo hizo así.

Este hombre aprendió a aceptar su vida y aceptar su pobreza e intentó buscar la felicidad junto a una muchacha a la cual él quería. Se casó con ella y, a pesar de su pobreza, fueron muy felices.

Y colorín colorado, por su boca se ha colado.

Narrado por Encarna Gabaldón, 68 años (Hellín)

IV. NOVELAS (CUENTOS ROMÁNTICOS)

88. LA PROMESA OLVIDADA

Esto era un pastor, y se fue a guardar el ganado. Y otro señor del pueblo tenía otro hatajo de ganado. E iba este chico con su hatajo y la chica con los del señor, y a ella se le metieron en un sembrado; y vino el chico y le ayudó a echarlas. Y la chica le dijo:

—¿Con qué te puedo pagar esto?

Y él le dijo:

—Cuando seas mayor, cástate conmigo.

Después el chico se fue a la mili y cuando volvió de permiso, le preguntó a su madre que si había algo de nuevo. Le dijo que nada, sólo la pedida de mano de la chica a la que él había ayudado con el ganado. Y al enterarse, él le dijo a su madre:

—Déme usted la ropa que vaya yo a la pedida.

La madre le dijo que no fuera, que a él no lo habían convidado, pero al final se fue. Y al llegar a la puerta donde estaba la pedida, llamó a la puerta y le abrió la madre de la muchacha y le dijo que pasara, y él no quiso; pero la mujer le volvió a decir que pasara, que era la pedida de su hija, y entonces él pasó.

Estaban todos comiendo en corro y le hicieron un lado enfrente de la novia y empezaron a echar chascarrillos, y cuando llegó a él, cogió la redoma³⁵ para beber y dijo:

—En el monte de Elías, niña, corrías;
te saqué del sembrado lo que no podías.
Y ahora que puedes,
niña, págame la trampa
que me debes.

Y cuando llegó la redoma a la novia, dijo:

³⁵ *Redoma*: porrón. Vasija de vidrio, que tiene un largo pitón en la panza, utilizada para beber vino.

—Anden las fuentes,
se irá la gente,
saltará la perdiz del nido
y yo te cumpliré, niño,
lo prometido.

Se levantó del lado donde estaba y se fue con el otro. Siguió de novia con él y después se casó.

Narrado por Julia López Muñoz, 67 años (Paterna del Madera)

89. LA COMBINACIÓN DE LA NOVIA

Había una vez un tonto y un listo, y el listo se hizo novio. Y el tonto iba a pedirle dinero a la madre para comprar un corte de vestido y pasó por debajo del balcón de la novia del listo vendiendo el corte de vestido. Y pasaba diciendo:

—¡Soy el pañero, el pañero!

Y la novia del listo se asomó al balcón. Como no tenía madre, le dijo a la abuela que por la calle iba un pañero vendiendo cortes de vestido, y la abuela le dijo que subiera y él subió. Entonces le enseñó el corte de vestido a la muchacha y ella le preguntó que cuánto valía. A él le había costado en la tienda mil reales, pero le dijo que valía tentarle la punta del zapato: se la tentó y se fue.

A otro día pasó otra vez por debajo del mismo sitio con otro corte de vestido y le dijo la abuela que subiera otra vez. Al subir, le enseñó el corte de vestido a la muchacha y le gustó más que el primero. Este valía dos mil reales, pero cuando la muchacha le preguntó que cuánto valía, le dijo que tentarle la rodilla. Y la muchacha se enfadó mucho y le dio un empujón y lo echó escaleras abajo. Y la abuela le dijo:

—¡Tonta!, víspera de la boda no tiene ninguna importancia que te toque la rodilla... —y el tonto subió otra vez.

Otro día compró otro vestido, que le costó tres mil reales, y volvió a pasar por debajo del balcón; y la abuela lo volvió a llamar y subió para enseñarle el corte de vestido, que le gustó más que los otros dos. Y cuando le preguntó el precio, le dijo que valía dormir con ella. Pero él no sabía que la muchacha era novia del hermano ni ella sabía que él era hermano de su novio, y ella aceptó.

Al levantarse, él cogió la combinación de la muchacha, se la ató a la cintura y se la llevó.

Después del día de la boda del hermano con la muchacha, dijeron de echar chistes y cuando le tocó al tonto, dijo:

—Una vez pillé una liebre que me costó mil reales y estuve que si lo pillo, que si lo agarro..., que se me escapó.

“Otra vez pillé otra de la rodilla. Me costó dos mil reales; estuve que si la pillo, que si la agarro..., que al final se escapó.

“Otra vez cogí otra que me costó tres mil reales y estuve que si la pillo, que si la agarro..., que la agarré. Y si no lo quiere creer, la piel la tengo aquí».

Y cogió la combinación y la extendió.

Narrado por Julia López

90. LA SEÑORITA DE LA ALBAHACA

Era un pueblo lo bastante grande para tener Instituto y lo bastante pequeño para conocerse todo el mundo. En aquel pueblo habitaba una chica que era muy guapa en una calle, y enfrente de su casa vivían unos estudiantes que siempre tenían ganas de bromas y de pasárselo lo mejor posible.

La chica en cuestión tenía en el balcón unas macetas y salía con frecuencia a regarlas. En cuanto la veían asomada, los estudiantes salían a decirle piropos y si se podían burlar, mejor. Uno de ellos le preguntó:

—Señorita que riega la albahaca, ¿cuántas hojitas tiene la mata?

Como era un poco tímida, se metió enseguida a su casa pensando en qué podía decir a ese chico.

Un día se le ocurrió una cosa y salió a regar las plantas. Al verla, todos salieron, y el chico dijo:

—Señorita que riega la albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?

Y ella contestó:

—Caballero de capa y sombrero,
¿cuántas estrellitas tiene el cielo?

Con lo cual él no supo qué contestar y se pasó a su casa a pensar qué podía decir ahora él, mientras que los demás se reían de él.

A los días siguientes se vistió de vendedor ambulante, con sortijas, pulseras, collares y esas cosas que tanto gustan a las chicas. Se puso a gritar en medio de la calle y la chica, al oírle, bajó con la criada para ver si le gustaba algo. Bajaron y vieron que todo era muy bonito. A la chica le gustó una pulsera y cuando le preguntó lo que costaba, él le dijo:

—Para usted, señorita, nada; solamente con un beso que le dé me sentiré bien pagado.

Ella se quedó muy ofendida y se marchó a su casa pensando que ese chico era un sinvergüenza. La criada empezó a decirle:

—¡Va!, señorita, si sólo es un beso... Si me lo hubiera pedido a mí, le hubiera dado media docena.

Y dice ella:

—Pues es verdad y, total, no lo volveré a ver más...

Bajaron otra vez y la chica volvió a preguntar por la pulsera. El le dijo lo mismo:

—Para usted, nada; con un beso me sentiré bien pagado.

Ella dijo:

—Bueno, vale; es tan bonita que me he encaprichado de ella.

Cogió la pulsera y él le dio un beso tan largo como pudo. Pues ya se fue a su casa contenta pensando que no volvería a ver al vendedor.

Pasaron los días y ella, como siempre, salía a su balcón. Todos se asomaron corriendo y él dijo:

—Señorita que riega la albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?

Ella contesta:

—Caballero de capa y espada,
¿cuántas estrellitas tiene el cielo?

Y él le dice:

—Y el beso que te di, ¿te estuvo bueno?

Ella no pudo soportar aquello y empezó a pensar y pensar en qué podía hacer, hasta que un día se presentó la ocasión.

Él se puso enfermo y sus padres empezaron a buscar médicos del pueblo y de otras provincias; pero, nada, ninguno sabía qué tenía aquel muchacho. Entonces ella pensó en disfrazarse de médico: se puso una bata, una peluca, bigote y barba y se fue al hotel del pueblo; allí empezó a anunciarse. Los padres, al oír que un médico había venido de tierras lejanas que lo curaba todo y que era muy bueno, pues lo llamaron para que viera a su hijo. Ella se presentó en su casa con un maletín muy grande, en el que ya había metido antes un rábano descomunal y un martillo. A los padres les dijo que esperaran fuera mientras ella lo examinaba y que no se preocupasen si chillaba, ya que eso quería decir que se iba a curar.

Los padres esperaban fuera mientras ella se pasó a la habitación. Cuando ya llevaba un rato observándole, le dijo que se diera la vuelta; él se dio la vuelta y ella cogió el rábano y se lo introdució por el culo dándole con el martillo.

Los padres no hacían nada; ellos pensaban que su hijo pronto se curaría ya que no hacía más que chillar y chillar su hijo.

Cuando terminó la operación, la chica salió de la habitación y les dijo a los padres:

—No se preocupen: su hijo está curado.

La chica se marchó corriendo a su casa y se quitó todo aquello.

Cuando los padres vieron lo que había hecho a su hijo, llamaron a la policía pero, nada, aquel médico no apareció por ninguna parte.

Al cabo de un tiempo el muchacho se apañó y se fue otra vez a la casa de estudiantes esperando ver a la chica, porque poco a poco se había enamorado de ella.

Por fin la chica salió un día, y él le dijo:

—Señorita que riega la albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?

Ella le contestó:

—Caballero de capa y sombrero,
¿cuántas estrellitas tiene el cielo?

Él dice:

—Y el beso que te di, ¿te estuvo bueno?

Y ella dice:

—Y el rábano que te metí por el culo,
¿qué tal te estuvo?

Bueno, eso era más de lo que él podía soportar. Pero al mismo tiempo comprendió que si él se había burlado de ella, razón tenía al chica de, por los mismos medios, quedar por encima.

Esto quiere decir que uno no se debe burlar de las personas ya que luego puede quedar mal parado.

Narrado por María Martínez Martínez, 73 años (Las Casas de Juan Gil)

91. LA ADIVINANZA

Esto era un hombre que en tiempos de guerra lo encarcelaron por motivos políticos y..., y entonces la familia quedó destrozá: se quedaron solos.

Y el hombre estaba en la cárcel. Y tenía una hija ya mayor, y entonces tuvo un hijo. Y el hombre estaba en la cárcel y sólo le daban de comer, pa que se muriese, pan y agua, y algunos días ni aún pan ni agua (lo que querían era que se muriese).

Y entonces la hija cuando iba, como el padre estaba así de tan mal y ella estaba dándole el pecho a su hijo, cogía y le sacaba por entre los barrotes y le daba pecho al padre también.

Y, claro, el hombre ya se fue reponiendo y estaba mejor. Y ya los guardianes, viendo que el hombre cada día iba a mejor, iba a mejor, pensaron en..., nada, le pusieron pena de muerte, que lo iban a matar.

Y, claro, un día llegó la hija a ver al padre y, claro, le dijeron que su padre al día siguiente lo ejecutaban, lo..., le había salío pena de muerte. Y entonces la hija, claro, apená porque ya de que el padre se estaba reponiendo, cogió y le dijo a los guardias, dice:

—Pues os voy a decir una cosa: los voy a decir una adivinanza, y si me la acertáis, soltáis a mi padre y lo dejáis libre; y si no, pues lo ejecutáis y ya está.

Y dijeron los guardias, aceptaron y dijeron... Claro, ellos no pensaban que..., pensaban que lo iban a acertar. Y entonces la muchacha le dijo:

—Primero fui hija y después fui madre.
El infante que crié, marido de mi madre.

Y los guardias no supieron acertarlo porque, claro, eso era una cosa que ellos no pensaban que eso había pasao, y dejaron al hombre libre. Y, nada, y entonces la hija y..., se fueron y vivieron felices.

Narrado por Isabel Díaz Arnedo, 45 años (Pozohondo)

92. LA HERENCIA ANTES DE LA MUERTE

Un señor que les repartió la fortuna a sus hijos y cuando se las dio y se hizo mayor, no lo querían tener ninguno de sus hijos.

Y el señor pensó en hacer un paquete muy grande y les dijo a sus hijos que aunque le hubiera dado el dinero, lo que había en el paquete sería para el hijo que mejor se portara con él, pero no podrían abrirlo hasta que él no se muriese.

Y ya, cuando se murió, abrieron el paquete y había dentro una maza, y decía que:

"El que le da a los hijos la herencia antes de su muerte, se le merece que le den con una maza en la frente."

Narrado por Natividad García Mateo, 72 años (Mahora)

93. EL CONSEJO DE UN PADRE A SUS HIJOS

Era un padre que se estaba muriendo y llamó a sus hijos y les dijo que cultivaran los campos ellos mismos y que no dejaran que se hiciera una era de una buena viña.

Cada vez que recordaban esto, se echaban a reír de la inocencia de los viejos.

Pero el tiempo pasó y los hijos se fueron olvidando de los consejos de su padre y se dedicaron a la gandulería. Y como no tenían bastante para sus vicios, decidieron vender, y lo primero fue la viña.

Y un día que pasaban los hermanos por la viña y vieron que se había quedado hecha una era, y se quedaron tristes. Y entonces comprendieron

lo que su padre les había dicho. Trabajaron duramente y compraron otra vez la viña.

Narrado por Manuela Sánchez Romero, 68 años (Berro)

94. LA LEYENDA DEL PERNALES

Se cuenta en el pueblo una leyenda, que por lo visto pasó.

Antaño se habló de un bandolero, llamado el Pernalés de mote, que era muy amigo de otro que le decían el Niño de la Capea, que recorría las sierras de Cuenca y Albacete. Eran muchísimo peligrosos y tó el mundo los respetaba. Y, como cuentan, robaban a los ricos pa dárselo a los pobres —aunque a mí me parece que a los pobres no iba ná—.

Pos bueno, un día vino el bandolero a la sierra nuestra, ésta de Alcaraz, con su amigo, y la guardia civil, indispués de un tiroteo, los mató a los dos. Y por lo visto, aún está la tumba de estos dos bandoleros, y se puede ver.

Narrado por Agustín Lozano, 98 años (Tiriez)

95. EL ENAMORADO MUERTO

Me contaba mi madre que en un pueblo, en el monte, había nevao mucho, era invierno y hacía mucho frío. Y había un muchacho que tenía una novia en otra aldea, en otro pueblo, e iba a verla todas las semanas o cada quince días, pues cuando el muchacho podía, pues iba a verla.

Y entonces pues, como había tanta nieve, pues le costaba mucho trabajo llegar allí a ver a su novia; y entonces luego ya, cuando estuvo con ella y ya se tenía que volver a su casa... Y entonces se hizo de noche e iba andando el muchacho, y había mucha nieve y le costaba mucho andar. Y entonces, como era de noche, pues vio brillar así una cosa a lo lejos, una cosa que brillaba mucho, y él no sabía lo que era. Y, nada, cuando ya se dio cuenta, era una maná de lobos que estaban hambrientos, que tenían mucha hambre, y se quedaron mirando al muchacho, así como si fueran luces los ojos, y se lo comieron: lo destrozaron y se lo comieron.

Y luego, a otro día, encontraron al muchacho. Pues ni muchacho, ni ná: las ropas. Se lo habían comío los lobos.

Narrado por M^a Dolores García Parra, 43 años (Peñas de San Pedro)

96. LA CALLE DE LA CRUZ

Salía un fantasma todas las noches y no lo podían coger (se conoce que se escabullía por los callejones, por la oscuridad y, nada, que no lo podían coger).

Y ya el juez echó un pregón y dijo que lo pregonaran diciendo que si esa noche lo cogían, que lo mataran. Y lo dijo en su casa comiendo. Y lo estaba escuchando su hijo (y era el hijo), pero el hijo se calló, no dijo nada.

Y el padre dio esa orden y, claro, salió esa noche y entonces pues lo mataron. Y fue el juez a levantar el cadáver y resulta que era su hijo.

Y por eso pusieron a la calle “Calle de la Cruz”. Y pusieron una cruz, porque allí mataron al hijo del juez.

Y eso es una historia que ha pasao aquí.

Narrado por Carmen Ruiz del Fez (Chinchilla de Montearagón)

97. LA CUEVA DE LA OSERA

Se cuenta que hace muchos años vivía un gran oso en una cueva que estaba cerca del pueblo. Y todas las mañanas las muchachas iban al río a lavar la ropa. Como el río pasaba por debajo de la cueva, el oso desde allí las podía ver.

El oso se enamoró de una de las muchachas, porque era muy guapa, y una mañana, mientras lavaba, bajó a por ella y se la llevó a su cueva. La muchacha estuvo en la cueva mucho tiempo porque nadie se atrevía a subir a rescatarla, porque todos tenían miedo del oso.

La muchacha tuvo un hijo.

Pasado un tiempo, un muchacho muy fuerte y valiente se atrevió a subir a la cueva y rescató a la muchacha y a su hijo. Allí mató al oso, pero la muchacha se había enamorado de él. El oso fue enterrado en una huerta cercana al pueblo, y de la muchacha nunca se supo.

Se cuenta que muchas noches se oye al oso, furioso, gritar llamando a la joven.

Narrado por María López Castillejos, 65 años (Paterna del Madera)

98. LA MALDICIÓN DE LA GITANA

En el pueblo de Zafra vivió un duque que le llamaban “El Bigotes”; tenía un bigote muy poblado, espeso y, bueno, de mote le llamaban “Bigotes”.

Y hubo un tiempo en el que hubo una sequía muy fuerte y la gente se moría de sed. Y un día fue una gitana allí, al palacio, al alcázar, a pedirle agua (porque sabía que tenían agua), y se le estaba muriendo su..., como ellos decían:

—¡Mi churumbel se me muere!

Y como hubo mucha sequía en aquel pueblo, pues todos padecieron mucho y incluso gente murieron. Pero hubo una gitana que tenía un niño pequeño y fue a pedirle agua al duque, porque sabía que allí tenían agua, y pensando que se la darían porque el niño se le moría. Pues se acercó allí, al palacio, y le pidió, le dijo al guardia que por favor le dijera al señor que le diera agua, que su churumbel se moría. Y entonces le transmitieron al duque la petición de la gitana y el duque pues, muy soberbio y con mucho genio y muy déspota, pues le dijo que de allí no salía ni una gota de agua, que se murieran de sed quien sea quien fuere, que él no daba de allí ni una gota de agua.

Y, bueno, se lo dijeron a la pobre gitana lo que había dicho el señor y entonces ella, pues claro, angustiada como estaba, que se le moría el niño, pues le maldijo y le dijo:

—¡Maldito, maldito seas! —dice—. ¡Ojalá el día de tu muerte tengas tanta agua en tu casa que el ataúd con tu cuerpo salga de este recinto por todo el pueblo como si fuera una barquichuela con muchas aguas!

Y, bueno, y se fue.

Se le murió el niño. Y luego pasaron ya los años y, bueno, vinieron unas lluvias grandísimas, muy fuertes. Y precisamente en aquellos días murió este señor que le llamaban “Bigote”; y precisamente fue inevitable que se inundó el alcázar del castillo; y precisamente salió desprendido su féretro hacia el pueblo, hacia fuera del recinto del alcázar.

Salió pues por todas partes las aguas y todo el pueblo, dice la leyenda, lo vio impresionado, ¿no?, y se cumplió esa maldición de la gitana. Entonces, en el pueblo (no sé si será verdad o leyenda) siempre dicen o bien cuando ha llovido o bien cuando llueve: “Va a llover o ha llovido más que cuando enterraron a «Bigotes»”.

Narrado por Trinidad Castro, 57 años (Albacete)

V. CUENTOS DEL OGRO Y EL DEMONIO BURLADOS

99. EL CÍCLOPE

Había un cíclope³⁶ en el campo que tenía ahí una casa con mucho ganao, y todos los que pasaban por ahí le pedían albergue en su casa, que tenía la dichosa costumbre de ir matándolos a todos.

Pero un buen día llegó un joven y le pidió albergue y se lo dio, pero también intentó matarlo y le dijo que todo el que entraba allí no salía. Entonces el joven estaba todo acojonao y no sabía qué hacer para poder salir.

Ya se llegó la noche, se quedaron durmiendo y mató a una oveja y se puso la piel de la oveja por la espalda; y va andando a cuatro pies. Y ya el cíclope, cuando se hizo de día, que las fue echando a la calle a las ovejas para poder comer en el campo, las iba contando. Y dice:

—Ésta tiene lana; ésta, no; ésta, sí...

Y cuando ya llegó a la del joven, le dio paso, y el joven, al verse libre, dijo:

—Ojaranco, ojaranco vil,
muchos matastes
pero no a mí.

Y se fue todo riendo y contento.

Narrado por Eulalia Martínez Correda, 50 años (Hoya Gonzalo)

100. EL DEMONIO BURLADO

El marido se fue por leña (como entonces tenían un borriquito, se iban por leña, la vendían), y se fue por leña. Y no la podía vender. Y dice:

—Le ofrezco mi alma al diablo si vendo la leña.

³⁶ *Cíclope*: gigante con un solo ojo en medio de la frente.

Y llegó a su casa, y la mujer:

—¿Qué te pasa, tan serio?

—No me pasa nada.

—Algo te pasa.

—No me pasa nada.

Y ya se lo dijo. Dice:

—Que le he ofrecido mi alma al diablo si vendía la carga de leña y la he vendido, y esta noche a las doce va a venir por mí.

Y dice:

—Pues tú no te asustes. Yo lo entenderé con él.

—¡Ay, no, que a las doce viene y a las doce me lleva!

Conque a las doce llaman a la puerta, y dice la joven:

—Tú acuéstate —le dice al marido—, que yo me voy aquí arriba, a la escalera, y el diablo se va a quedar abajo.

Conque ya entra el diablo y dice:

—Que vengo a por tu marido.

Dice:

—Bueno, ¿y qué me vas a dar tú a cambio?

Dice:

—¿Yo? Lo que me pidas te doy.

Dice:

—¿Cómo lo que te pida?

—El diablo puede con todo. Tú me dices lo que quieres.

—Mira, te voy a decir una cosa, va a ser muy sencilla: tú te vas a quedar ahí abajo en la escalera y yo, aquí arriba, y lo que yo te tire lo coges; si lo coges, te llevas a mi marido y si no lo coges, no.

Dice:

—¿El diablo no lo va a coger? ¡Pues súbete!

Conque se sube. Dice:

—¿Ya? —dice el diablo.

—Ya.

Y se tira un pedo.

Dice:

—¡Cógelo!

Y el diablo:

—¡Si yo no veo ná! ¿Qué voy a coger si no...?

—Hemos dicho que lo cogieses.

—¡No veo ná!

—Bueno, pues te voy a dar otra oportunidad. Tú quédate ahí. Ya sabes: si lo coges, te llevas a mi marido y si no lo coges, pues no.

—Bueno, pos ya veré lo que hago. ¡Pero lo voy a coger!

Se sube y dice:

—¿Estás ya?

—Sí.

Se tira otro pedo. Dice:

—¡Cógelo!

—¡Yo no veo ná!; ¡oigo un ruido pero yo no veo ná!

—¡Pues lo tienes que coger!

—¡Pues no veo ná!

—¡Pues entonces vete, que no te llevas a mi marido!

Y se fue el diablo. Y el marido dice:

—Mira que sois las mujeres listas, ¿eh?, que podéis hasta con el diablo.

Narrado por Valeriana Fernández Serrano, 82 años (Alcadozo)

VI. CUENTOS HUMANOS VARIOS

101. EL QUE SEMBRÓ PERRAS

Uno que era tonto y ya era mayor, y se tenía que bañar en el mes de enero. Se iba a un nacimiento que se llamaba El Batán, que el agua era fría, y le decían:

—¿De dónde vienes, Crispulo?

—Vengo de bañarme y de sembrar perricas para recoger perras gordas.

Narrado por Valentina Landete Pérez (Valdegeganga)

102. EL PUEBLO DE LOS TONTOS

Había una vez un pueblo donde vivían unos vecinos que eran muy tontos, y todas las mañanas, cuando iba a amanecer, cada vez salía uno para llamar en cada puerta para levantarse para ir a buscar al día y traérselo: iban con espuestas y sacos para traerse el día.

Un buen día llegó un señor y al ver que todos se levantaban y decían que iban a traerse el día, les dijo:

—¿Pero por qué hacen ustedes esto? Yo les traigo un animal que cuando va a ser de día les avisa.

Y vino con él un gallo. Y les dijo:

—Este animal, cuando venga el día, hará quiquiriquí, y es señal que viene el día.

Este señor se fue y entonces uno del pueblo dijo:

—¡No le hemos preguntado a este hombre qué come el animal!

Y salieron corriendo a preguntarle qué comía, y les dijo:

—Come de todo.

Y ellos entendieron que se los comía todos. Entraron al corral con palos a matar al gallo y el gallo voló y se fue.

Asustados, todos se metieron en la iglesia, y todos llevaban medias azules. Estuvieron metidos durante un mes, metidos en la iglesia: no sabían cuáles eran sus piernas porque todas eran iguales.

Volvió este señor y les dijo que qué hacían todos metidos en la iglesia, y les dijeron que como todas las piernas eran iguales, no sabían cuáles eran las suyas; y les dijo que si le daban quinientas pesetas, les decía a quién pertenecía cada pierna: cogió un látigo y empezó a darle latigazos en las piernas y salieron todos corriendo.

El pueblo quedó vacío porque todos estaban muertos de hambre por estar durante un mes sin comer.

Narrado por Dolores Fernández Cruz, 72 años (Elche de la Sierra)

103. EL VIEJO EN EL ZARZAL

Entonces este hombre se fue a Paterna por la mañana, y le gustaba mucho el vino. Y se tira ahí casi to el día, en el bar. Luego sale medio borracho, y estaba la guardia civil en la puerta del cuartel. Dice:

—¡Oiga!, ¿pos qué está usted haciendo a estas horas todavía y no está usted en el Río Madera? —que lo conocían.

Dice:

—Porque estoy aquí.

Dice:

—Lo voy a coger y lo voy a encerrar en la cárcel.

Dice:

—¡Muy bien!, ¿me va usted a encerrar, eh? —dice—. Usted, que es un hombre recto, debe usted de comprender que eso de beber vino no es ninguna cosa fea.

Dice:

—¡Ale, tire usted, hombre, tire usted ya pa su casa!

Y era ya mu tarde ya, y va él pos borracho. Entoces, bajando ahí pal Río, había dos palos y tenía que pasar, y era bastante agua; e iba a pasar, se le van los pies, allá que se da un resbalón y cae en tó el medio del zarzal el pobre abuelo.

Pos viendo el hijo que tardaban del Río Madera, pos salió al encuentro a buscarlo. Pues el padre estaba maleándose allí en las zarzas, que no podía salir por ningún lao. Cuando llega el hijo y lo siente malearse allí, dice:

—¡Padre!, ¿es usted? ¿Está usted ahí?

Dice:

—¡Ay, sí! ¡Que no puedo salir, no!

Prueba a sacarlo y no podía tampoco: se le enganchaba allí con los pinchos, las zarzas. Dice:

—Pos no tengo más remedio que quemar un roal por aquí, por un lao, a ver si por ahí lo puedo sacar.

Va y busca por allí un matujo; le pega fuego a los zarzales; empieza el zarzal a arder. Dice:

—¡Ay, nene, que me quemó!

Dice:

—¡Pos sea lo que Dios quiera, pero el zarzal está ardiendo y yo no puedo entrar! ¡Usté verá cómo sale!

Y en rulando se metió, rulando por el fuego hasta caer al río, y al caer al río el agua ya lo... lo apagó. Entoces se tuvo que tirar el hijo, sacarlo y salir con él pal Río Madera.

Llegarían a la hora que llegaran a su casa pero el hombre llevó, llevó el susto.

Narrado por Julio Pedregales Moreno, 78 años (El Batán del Puerto)

104. EL TESORO DEL AVARO

Había una vez un hombre que guardaba todo el dinero que tenía y no se gastaba nada. Ni comía bien ni vestía decentemente. Su mayor vicio era guardar todo el dinero posible y enterrarlo bajo tierra para que nadie lo encontrara y robara.

Al fin, un día se dirigió a un bosque en el cual enterró todo el dinero bajo de un árbol, alejándose luego de allí y contento porque nadie se lo podía arrebatar.

Pero este hombre no dormía ni vivía bien pensando en si alguien le robaba su dinero. Este hombre iba al bosque para asegurarse de que el dinero seguía allí, hasta que un campesino se mosqueó y lo siguió y se dio cuenta de dónde guardaba el dinero y decidió cogerlo y guardarlo para él.

Al día siguiente el avaro volvió al bosque y cuando se dio cuenta de que le habían robado el dinero, éste se echó a llorar. Lloró tanto que un hombre le oyó y le dijo:

—¿Qué os ocurre, buen hombre?

El avaro responde:

—¡Me han robado todo el dinero que yo tenía bajo este árbol!

Pregunta el campesino:

—¿Qué hacía ahí enterrado?
Y responde el avaro:
—¡Yo no lo usaba! ¡Jamás lo tocaba!
Y entonces el campesino le dice:
—¡Entonces pon una piedra en su lugar! Si no lo usaba, ¿para qué lo quería? ¡Una piedra será para vos tan valiosa como el dinero!

Narrado por Rafaela Guerrero Tárraga, 65 años (Albacete)

105. EL PEREZOSO BUSCADOR DE SETAS

Uno que se iba a buscar setas e iba con el tractor. Y vio una y dijo que por una no bajaba del tractor, y así muchas veces hasta el final, que como iba diciendo que por una no bajaba, se quedó sin coger ninguna.

Narrado por Natividad García Mateo, 72 años (Mahora)

106. EL TONTO QUE SE CREYÓ MUERTO

Esto era una vez un tío que había ido a por una carga de leña y se subió a un pino, y estaba espatarrao en una rama y estaba cortándola por donde estaba él. Y pasa otro por debajo; dice:

—¡Muchacho, que te vas a caer!

—¡Qué me voy a caer!

Pos ná. Dice: “Bueno”.

El tío se fue palante, y el tío venga a cortar y cortar. Claro, así que cortó la rama, ¡plan!, la rama se rompió y el tío, al suelo. Dice:

—¡Bueno!, ¡este tío es Dios! —y salió detrás corriendo—. ¡Usté!, ¡eh!, ¡espere usté ahí!

Y el tío dice:

—¡Me cagüen Dios, que me pega el tío este porque se ha caído!

Dice:

—¡Usté es Dios!

Dice:

—¡Claro que soy Dios!

—¿Cómo sabía usté que yo me iba a caer?

—Porque lo sé. Yo sé lo que te va a pasar —dice—: tú vas a ir a la novia (no dirás que no te lo digo) y cuando tu burro se tire tres pedos —

dice—, tú te mueres —dice—; atas el burro a la ventana y cuando lo sientas tirarse tres pedos, tú te caes muerto al suelo.

Pos estaba allí sentao con la novia y siente al burro que se tira un pedo, y pega el tío una retemblá. Y dice la novia:

—¿Pos qué te pasa?

Dice:

—Ná, no me pasa ná.

Ya se tira otro pedo el burro, y pega otra retemblá:

—¡Muchacho!, ¿pos qué te pasa?

—Ná, ná, no me pasa ná.

Pero ya se tira otro pedo y cae el tío burro al suelo, y así que se lo está viendo así a la tía, dice:

—¡Qué ocasión pa si yo estuviera vivo!

Narrado por Daniel González González, 64 años (Peñascosa)

107. EL BORRACHO QUE SE CREYÓ MUERTO

Trata de un borracho empedernido el cual se pasaba el día y la noche borracho. Fue puesto a prueba por su mujer; ésta quiso que se reformara y tramó un plan. Todos los intentos de la mujer de que dejara la bebida no servían de nada.

Una noche en que la mujer lo encontró en un estado deplorable, lo cogió y le llevó a un sótano de la casa completamente oscuro y sin ventilación, en el cual lo dejó encerrado un buen rato. Cuando el marío abrió los ojos y se le pasaron los efectos del alcohol, se encontró en un lugar pareció al infierno, oscuro y sucio, y, sorprendido, se pregunta: “¿Qué ha ocurrido? ¿Estoy muerto?”.

Y como estaba borracho, aún se quedó convencido de que estaba muerto. Mientras tanto, la mujer se vistió totalmente de negra y se puso una máscara fea. Cogió un plato y puso en él una comida muy mala y entró en el sótano donde se hallaba el marido, aún un poco tocao. Al ver el extraño ser que apareció ante él, y sin reconocer que era su mujer, le preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy la carcelera del infierno.

—¿Estoy, pues, en el infierno?

—Sí, y todo debido a tus malas costumbres, debido a emborracharte todos los días de la semana.

—¿Ha sido éste mi delito?

—Sí.

El marido miró el plato que traía la mujer y le dijo con voz de borracho:

—Pero al menos traerás alguna vez un poco de vino, ¿no?

Narrado por Rafaela Guerrero Tárraga, 65 años (Albacete)

108. LA TONTA Y EL MELÓN

Vivía una en un pueblo y tenía un tío que no era muy listo, y ya el hombre se muere.

Y ella estaba en la lumbre y oyó: “¡Pum, pum, pum!”, y que era un melón que caía por las escaleras, y ella creía que era su tío que acababa de morir.

Narrado por Llanos López López, 73 años (Albacete)

109. LA TOBA

Nos juntamos cuatro o cinco amigos para ir de fiesta al baile que se hacía en el pueblo. Ibamos andando y de madrugada una noche bastante oscura y al apartarnos para la casa, se nos antojó ver una cosa rara y nos pusimos en cuidado. Y era una toba³⁷ que se había criado a la orilla del camino, junto a un aljibe. Y la habíamos visto todos los días, pero en ese momento no nos acordábamos y pensábamos que era un maqui³⁸ de los que había al terminar la guerra. Y pensamos que nos podía matar y decidimos, por evitar compromisos, librarnos por pies en un buen rodeo e irnos a la casa, con el susto correspondiente.

Y a otro día, cuando fuimos a dar agua al ganado al aljibe, nos dimos cuenta del error y nos hicimos los valientes y uno de nosotros cortó la toba.

Narrado por Francisco Morcillo Ruiz, 76 años (Pozo Cañada)

³⁷ *Toba*: cardo borriquero.

³⁸ *Maqui*: persona que se rebela y mantiene una oposición armada contra el sistema político establecido, y vive escondido en los montes.

110. EL PASTOR MENTIROSO

Versión 1.

Antaño vivía un pastorcico que cuidaba un gran rebaño de ovejas en un pueblo cercano a un monte. Por aquellos entornos merodeaba un lobo que tenía fama de peligroso. Un día, el pastorcico estaba cuidando de sus ovejas y, como se aburría, se dijo para sí mismo: “¡Qué buena idea se me acaba de ocurrir! Así no me aburriré”. Y el pastorcico se puso a gritar como loco:

—¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo!

Todas las gentes fueron para ver qué pasaba y cuando llegaron, vieron al pastorcico riéndose de ellos. Un pastor le dijo:

—Más vale que no digas mentiras porque si no, nadie te va a creer.

Pero el pastorcico no le hizo caso y al día siguiente volvió a gritar:

—¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo!

Y las gentes volvieron a ir para ver qué pasaba. Pero otra vez lo vieron riéndose de ellos y le dijeron que por mentiroso ya no le harían caso nunca más.

Al día siguiente, cuando el pastorcico estaba cuidando de las ovejas, vino el lobo y empezó a comerse las ovejas. El pastorcico, muy asustado, se puso a gritar:

—¡Que el lobo ataca mi rebaño!

Pero entonces nadie vino a ver qué pasaba. Y así, el mentiroso pastorcico sin rebaño se quedó, y entonces aprendió que la mentira no es buena y nunca más mintió.

Moraleja: a la tercera va la vencida.

Narrado por Dolores Cebrián Garijo, 80 años (San Pedro)

Versión 2.

Me contó mi padre un cuento cuando yo era niño, que oyó contar a su padre cuando él también era un crío. Mi abuelo decía que a él se lo contó Juanico el Cojo, el mejor contador de cuentos de aquel pueblo perdido en la sierra. Mi abuelo había oído hablar de este cuento en varios sitios y a él se lo contaron varias personas, pero nunca le impresionaba tanto como cuando lo contaba Juanico el Cojo.

Había en el pueblo un joven pastor que todos los días sacaba a pastar su rebaño de ovejas. Juanico, que así se llamaba el pastor, regresaba al

pueblo con su rebaño y, aburrido de andar cerro arriba, cerro abajo, se le ocurrió gastarles una broma a las gentes del pueblo: al divisar las primeras casas, comenzó a gritar:

—¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo!

Al oírlo, los vecinos del pueblo corrieron en su ayuda con palos, horcas y hoces de mano. Al llegar a su altura, vieron a Juanico riéndose a carcajás, pues él los había engañao.

A la tarde siguiente, Juanico hizo la misma artimaña:

—¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo!

Juanico se reía de ver la cara de la gente buscando al lobo.

A la tarde siguiente, ya anocheciendo, se acercaba Juanico con su rebaño al pueblo cuando un enorme lobo se abalanzó sobre él y sus ovejas. Él comenzó a gritar:

—¡El lobo, el lobo!, ¡que viene el lobo! ¡Socorro!

Los vecinos del pueblo lo oyeron gritar durante toda la noche pero nadie le creyó, hasta que a la mañana siguiente vieron a todas las ovejas muertas y a Juanico subió a un árbol y con la pierna totalmente ensangrentada.

Desde aquel día, sus paisanos ya no le llamaron más Juanico el Pastor: comenzaron a llamarle Juanico el Cojo.

Narrado por José Caballero Ruiz, 68 años (Villamalca)

111. LOS DOS AMIGOS TONTOS

Una vez eran dos amigos que trabajaban en una aldea y se fueron al baile al pueblo. Y al salir del baile de noche, ya tarde, quedaron en irse a la aldea. Y uno que vivía en el pueblo se fue a mudarse de ropa para trabajar otro día y viendo que no acudía el otro, cada uno se fue por su cuenta.

Y en el camino había una viña de un señor con muy malas pulgas, y el primero que pasó fue a coger una uva y vio venir un bulto por el camino y pensó que era el dueño de la viña y se escondió. Y su amigo, que era el que venía, pensó igual y pasó a coger una uva también; y como el primero, pensó que era el dueño de la viña y salió corriendo como el otro.

Y como era de noche, no se conocían, hasta que, cansados de correr, uno de ellos se paró y dijo:

—¡No es tanto delito coger una uva! ¡Denúncieme si quiere!

Y entonces se descubrieron los dos y fueron la risión de los demás.

Narrado por Francisco Morcillo Ruiz, 76 años (Pozo Cañada)

112. LOS PALETOS EN EL BAR

Esto es verdá, ¿eh?; esto no es cuento. Fueron dos hombres y una mujer a pie, fueron a Albacete a vender zafrán. Se echaron unas alforjas y se van a Albacete. Llegan, venden el zafrán y así que dicen:

—Señor —pos que la gente no sabía ná, era muy recatá y muy ceporros—, ¿y ahora dónde nos metemos?

Pues ya ven entrar allí a un bar tres o cuatro señores y se meten ellos detrás, la mujer y los dos hombres.

—¿Y qué pedimos aquí?

Pues fue un señor de aquellos y dice:

—Póngame usté un café con leche.

Pos ya los de aquí, de Peñarubia, dicen:

—Ya que uno pide un café con leche, pues nosotros tres cafés con tres leches.

Dijeron los de aquí:

—Pónganos usté a nosotros tres cafés con tres leches.

Y ya se dieron cuenta pos de lo paletos que eran y lo tontos.

¡Ale!, pues tres cafés les pusieron. Y ya el señor se dio cuenta de lo atontaos que eran, y dice:

—¿Me sirve usté un limpiabotas?

Y entoces dice un hombre de aquí que se llamaba Pedro Juan:

—Si ese señor se come un limpiabotas, me como yo tres.

Narrado por Noelia Fernández Pinedo, jubilada (Peñarubia)

113. EL QUE ENSUCIÓ EN EL ALTOZANO

[...] ³⁹ y al llegar a Albacete pues no sabía muy bien por dónde se encontraba. Le da ganas de hacer sus necesidades y se puso allí, en el medio de la Calle Mayor, allí donde están los rosales —¿cómo le llaman eso...?: jardinillos, el Altozano—, le da gana de... y se bajó los

³⁹ No se entiende el comienzo de la grabación.

pantalones y se puso a... allí, debajo de un rosal, cuando llega un policía y dice:

—¡So tío cerdo!, ¿pero usted se cree que aquí donde se ha puesto...? Esto hay que darle parte al alcalde.

Dice:

—A mí me da igual: ¡como si se la quieren dar toda!

Narrado por Noelia Fernández

114. LA CRIADA Y LA SEÑORA

Había una vez una muchacha de pueblo que vivía con su madre y decidió ir a la ciudad a ver si encontraba algún trabajo. Después de estar buscando mucho tiempo, encontró una casa donde necesitaban una sirvienta y se instaló allí.

Al día siguiente comenzó las tareas, como la señora le había dicho. Lo hacía muy bien, hasta que llegó la noche y habiendo terminado de cenar, la señora le dijo que cuando acabase de recoger y limpiar la mesa, apagara las luces.

La criada recogió la mesa y cuando terminó, empezó a soplarle a la bombilla. como hacía en su pueblo con los candelabros y las velas. Cansada de soplarle, cogió el palo de la escoba y empezó a romper las bombillas.

A la mañana siguiente, cuando se levantó la señora, vio que todas las bombillas estaban rotas y le preguntó a la criada:

—¿Qué hicistes anoche?

—Nada: apagar las luces —contestó ella.

Narrado por Juana Cano González, 65 años (Albacete)

115. EL TONTO EN MISA

Esto era ya antes de la guerra. Y, claro, en las aldeas había gente que no había estao en los pueblos nunca, que tenía dos borricas y ganao.

Y tenía un mozo que tenía dieciséis o diecisiete años y no había estao aún en las fiestas del pueblo. Los padres le decían:

—Pero muchacho, ¿por qué nunca vas a las ferias del pueblo?

—¡Pos si es que yo no conozco a nadie!

—Mira, eso da igual. Tú vas a las fiestas, tú te vas y ande vaya la gente vas tú, y si te invitan, invita tú tamién.

Tanto jodieron al mozo que se fue pa la fiesta, y muy temprano, porque había por lo menos nueve quilómetros andando.

Total, que se presenta en el pueblo, allí, a media mañana, y tós que iban pa la misa, y él pos a la misa tamién.

Bueno, y ya termina la misa y como sabís que hay mucha gente que comulga, tomaban la hostia, y se pone el último y ya le toca: le da la hostia el cura y se la jala. Y dice:

—Oiga, señor cura, ponga usted otra ronda que ésta la pago yo.

Narrado por Pedro Bueno (Hoya Gonzalo)

116. EL TONTO EN LA FERIA

Esto es un mozo que nunca había estao en la feria de Albacete, y él vivía en un pueblo. Y le dice su madre:

—Anda, tira y vete a la feria.

—Pero es que yo... nunca he estao en la feria.

—Tú te vas a la feria. Y tú regatea; cuando vayas a comprar, tú regatea.

Bueno, pues llega a la estación y se acerca a la taquilla a sacar los billetes, y dice:

—Déme usted un billete, que me voy pa la feria. ¿Cuánto es el billete pa ir a la feria?

—Tanto.

—¡Ah, no señor! Rebájeme.

—¡Hombre!, aquí no se rebaja nada; aquí es un precio fijo que se pone y hay que pagarlo.

—¡Ah...! Pos mire usté, a mí me ha dicho mi madre que regatee, y regateo; y si no, no voy y ya está.

Y no fue a la feria.

Narrado por Pedro Bueno

117. EL SOLDADO TONTO

Os voy a decir la de un soldao que estaba en la mili y era de pueblo.

Pos resulta que un soldao (como entonces, antiguamente, pos la gente, no es que era ignorante, pero como no veía na más que el sol y la gente...), el soldao hizo la mili aquí, en Albacete, y fijate si era listo que estuvo mu poco tiempo, seis o siete meses. Lo licenciaron deprisa porque tenía no sé qué...

Pos, claro, pos al llegar a su casa, se abraza a su madre y dice:

—¡Ay, madre mía, pensaba no volver a España ya!

Narrado por Pedro Bueno

118. EL CACHARRERO Y EL FLUIDO ELÉCTRICO

Un cacharrero que iba vendiendo cacharros de barro con su carro y su mula e iba a llevar a la ciudad a su hijo para que le pusieran los rayos X. Y cuando llegaron, le dijo el médico que se tenían que esperar un rato porque se habían llevado el fluido eléctrico. Y entonces el cacharrero le dijo al médico que, si era cosa de poco, podía ir con su carro a por él.

Narrado por Natividad García Mateo, 72 años (Mahora)

119. EL COMERCIANTE TONTO

Una vez había dos amigos, pero amigos, no como ahora: amigos de verdá. Echa uno a la lotería y le toca el premio gordo. Pos bueno, le toca el premio gordo y ya él rico y el otro amigo, pobre. Dice: “Yo, tanto dinero y mi amigo, trabajando... Pos yo le voy a poner un negocio pa que se gane el pan y no sea pobre”.

Le puso un comercio de patatas porque eso tenía poco que entenderlo (vender patatas). Pero como las mujeres somos un poco malas, pos iba una: escogía las gordas. Y venga, y luego se dejaron allí el estrío⁴⁰, que más de la mitad las tuvo que tirar.

Pos nada, pos al poco tiempo va el amigo y dice:

—¿Qué?, ¿cómo te va el negocio de las patatas?

—¡Calla! —dice—, ¡si las mujeres son las tías más malas que hay en toa la España! Se han llevao toas las más gordas y se han quedao toas las pequeñas, y las he tenío que tirar. He dao en quiebra, claro.

⁴⁰ *Estrío*: parte resultante de una elección que tiene poco valor.

—Esta vez no te van a engañar. Te voy a poner una zapatería, y ahí no hay engaño ninguno.

Pues bueno, le pone una zapatería y entonces pos da la casualidá que entra una señora a comprar unos zapatos del cuarenta y tres pa su marido. Y le saca uno del cuarenta y tres y otro del treinta y cuatro:

—Tome ustedé.

Dice:

—¡Hombre, yo quiero unos zapatos pa mi marido! ¿Unos del treinta y cuatro y otros del cuarenta y tres?

Dice:

—¡A ver si se creen ustedes que van a hacer ahora como con las patatas: llevarse toas las gordas y dejarme las pequeñas! ¡Si quiere ustedé uno del cuarenta y tres, se lleva ustedé uno del treinta y cuatro!

Narrado por Noelia Fernández Pinedo, jubilada (Peñarubia)

120. EL TONTO DE LOS DOS DUROS

Había un hombre trabajando en una fragua y desde que comenzó ese trabajo le pagaban a dos duros el día, y el amo decidió subirles a dos duros cincuenta.

Y cuando fue a cobrar, el amo le dio dos duros cincuenta y el hombre se puso a maldecirlo y le dijo que o le pagaba sus dos duros o no le vería más el pelo. Y los demás se rieron y le contaron la diferencia, que a él le hacía bien, y el hombre se enfadó con todos.

Y al final, el amo le dio sus dos duros y el hombre se fue tan contento.

Narrado por Francisco Morcillo Ruiz, 76 años (Pozo Cañada)

121. LOS ALBAÑILES QUE HACÍAN LA POCILGA

Dos albañiles que estaban haciendo una gorrinera. Y uno está dentro y el otro, fuera. Y cuando estaban ya terminándola, que quedaba por poner dos ladrillos, y dice el que está por la parte de fuera:

—Y digo yo: ¿por dónde va a pasar el gorrino?

Y dice el de dentro:

—Y digo yo: ¿por dónde yo voy a salir?

Narrado por Natividad García Mateo, 72 años (Mahora)

122. LOS ALBAÑILES QUE HACÍAN EL HORNO

Estaban dos albañiles haciendo un horno de pan, y se les estaba hundiendo. Y le dijo uno al otro:

—Mientras yo lo tengo, ves tú y cobra.

Y cuando el albañil vuelve, el horno ya se había hundido y su compañero estaba chafado. Sacaba la cabeza entre los escombros y sonreía.

El otro le dice:

—No te rías que aún no has cobrado.

Narrado por Querubín Martínez López, 66 años (Mahora)

123. EL CARRO QUE NO CABÍA POR LA PUERTA

Había un hombre que vivía en un callejoncico sin salida y tenía un carro pequeñico y una mula.

En una noche mu tranquila, que estaba chispeando, pillaron siete u ocho chavales y se llevaron a un corral, mu cerca de allí, que no tenía puerta: sólo estaba el hueco. Y, claro, como el carro tiene tan mal manejo para brincar por la pared (es imposible), así que lo desarmaron y lo metieron dentro, porque así desarmo se podía entrar.

Y resulta que el hombre pa pasar a su casa tenía que entrar por esa puerta. Y a la mañana, cuando se levanta, se ve el carro allí y le dice al dueño del carro, con el que no se hablaba:

—¿Por qué me trae aquí el carro este? Anda y ve y dile al tontarra este que se lleve el carro.

Cuando se llevaron el carro, él no lo sintió⁴¹.

La cuestión es que por la mañana, cuando le dijieron al tío:

—Haga usted el favor de ir a por el carro.

Se levanta el tío y el hijo y allí acuden ellos dos, y empezaron a subirlo por la pared. Y, claro, el carro, como se movía pacá y pallá, aquello se desvarijaba⁴², y otra vez al suelo.

⁴¹ *Sintió*: oyó.

⁴² *Se desvarijaba*: desvaraba, resbalaba.

Hasta que llega uno que vivía ahí enfrente y dice que podían llamar al carpintero a ver qué dice. Y le preguntan:

—Bueno, ¿qué le parece a usted? ¿Cómo vamos a sacar el carro de aquí?

—¡Pero miá que sois ovejos! ¡Qué ovejos sois! ¿Pues no veis que el carro lo han desarmao, lo han entrao y lo han armao dentro?

Narrado por Pedro Bueno (Hoya Gonzalo)

124. EL CIEGO Y EL TORO

Por un pueblo que hay por ahí, cerca de Vigo, pues resulta que vivía allí en el pueblo un ciego, y en esas plazas que hacen para torrear a los toros con carros, con maderas, con lo que pueden, tableros de tablas... Estaban en la plaza y, ¿por qué no?, una vaca vieja, bueno, ¿por qué no?, se escapa por ahí, por entre los carros, por debajo de los carros, hace un boquete y se escapó por ahí debajo.

Y, ¿por qué no?, el ciego que venía por ahí enfrente. Y empiezan a decirle al ciego:

—Pos, ¡buen hombre, que lo pilla el toro, que lo pilla el toro!

Y es que como no veía, ¿qué iba a hacer? Total, que ya (¡me cago en la puñeta!) y coge el toro, le da un vaivén en el culo, el toro al ciego, y allí, encima de un piso, lo ves sentao en el tejao.

Y entonces se quita el sombrero el ciego y dice:

—¡Muchas gracias, caballeros, que si no es por ustedes me pilla el toro!

Narrado por Pedro Bueno

125. EL PESCADOR QUE CAYÓ AL RÍO

Estos eran dos amigos que decidieron ir a pescar al río. A la mañana siguiente salieron de sus casas muy temprano y comenzaron el largo camino que conducía al río.

Comieron allí y empezaron a preparar las cañas de pescar.

Estuvieron unas horas sin pescar nada, y uno de ellos, al levantarse para coger un anzuelo, se escurrió y se cayó al río. La corriente se lo llevaba, cuando el hombre vio unos tamujos⁴³ y se agarró a ellos.

⁴³ *Tamujo*: mata de flores verdosas con cuyas ramas, mimbreñas y espinosas, se hacen escobas.

Al rato salió el hombre del río y su amigo le dijo:

—¡Gracias a Dios que te has salvado porque si no, te podías haber ahogado!

Y le dijo el pescador:

—¡Gracias a Dios, no! ¡Gracias a los tamujos, que me he podido agarrar y salir!

Narrado por Juana Cano González, 65 años (Albacete)

126. EL TONTO QUE TIRABA PIEDRAS

Era un tonto que desde la montaña empezó a tirar piedras abajo, al río que pasaba por allí. Pero por abajo había una con un sombrero de paja que estaba segando, y decía:

—¡Cacho tonto!, ¿qué estás haciendo? ¡Que estoy aquí debajo y me estás tirando piedras al sombrero!⁴⁴.

Narrado por Josefa López Vázquez, 67 años (Lezuza)

127. LA MADRE Y EL HIJO LLORÓN

En Mahora había una mujer que tenía un hijo que era muy llorón y no le dejaba dormir. Y una noche no sabía lo que hacer con él y lo tiró para arriba, y el chiquillo al poco tiempo se murió. Y su madre dijo:

—¡Que lles de Gloria como descanso me dejes!

Narrado por Natividad García Mateo, 72 años (Mahora)

128. HISTORIAS DE MIGUELANCO

La historia que voy a narrar a continuación sucedió hace ya bastantes años en un pequeño pueblo de Albacete llamado La Herrera. En este pueblo vivía un hombre muy burro, muy burro llamado Miguel, al que todo el pueblo conocía por Miguelanco por esa cualidad mencionada antes.

Un día, Miguelanco y su mujer fueron a la feria de Albacete (y la feria no es como ahora la conocemos sino que vendían cosas: ganado, comida, aperos, etcétera) y la mujer de Miguelanco le dijo a su marido que compraran pimientos, y éste no quería. Y la mujer le insistió y éste no aceptaba de ninguna de las maneras, hasta que la mujer decidió comprar

⁴⁴ Dice la narradora que este cuentecillo se contaba a los niños cuando estaban tristes.

un capacho de pimientos. Cuando llegó la hora de irse y Miguelanco vio los pimientos, los fue tirando todo el camino desde el carro para que la mujer los fuera cogiendo. La mujer se tiró las cinco horas de viaje andando y, además, recogiendo los pimientos que éste iba tirando y devolviéndolos al capacho.

A este hombre le gustaba mucho el vino, y una vez intentaron engañarlo mezclando vino con vinagre. Pero cuando Miguelanco se dio cuenta de que era vinagre lo que llevaba el vino, dijo:

—Este vino hay que bebérselo porque se está apuntillando.

E hizo que todos los que estaban con él se bebieran con él toda la garrafa entera de vino.

Cuando salieron de la casa, estaba el cielo muy nublado (y además hacía falta lluvias por aquellos tiempos) y Miguelanco exclamó: “Menos agua que caiga de todo”. Al momento empezó a granizar y Miguelanco volvió a decir: “¡Dios mío, no te lo tomes así, que era una broma!”.

Pues aún le pasaron unas cosas esa noche al pobre Miguelanco..., que de la melopea que llevaba no veía tres en un burro. Cuando fue a su casa, se puso a orinar frente a una pared, y como le caía agua de una canalera, él pensaba que no acababa de orinar; y dijo: “¡Virgen del Pilar —exclamación muy frecuente en La Herrera, ya que es la patrona del pueblo—, si me he de quedar así, que me muera!”.

Antes era tradición cuando era virgilia, si pagabas una bula (donar dinero a los pobres o a la iglesia), sí se te permitía comer carne. Y Miguelanco decía al párroco del pueblo:

—Matías, ¿por qué por una bula, que es un papel de nada, puedes comer carne y sin la bula no puedes?

Y le respondía Matías:

—¿Y por qué sin licencia de caza no puedes ir a cazar con la escopeta a los cotos?

Y dijo Miguelanco:

—Eso era lo mismo que este ejemplo: ¿quién nació antes: el huevo o la gallina, padre?

—La gallina.

—¿Y de dónde salió la gallina?

—De un huevo.

—¡Ve, ve, padre, como lo he pillao! —exclamaba Miguelanco, cargado de razón.

Cuentan que cuando la mujer de Miguelanco estaba preñada, tenía el antojo de **coger** un atrancaor (instrumento metálico que se utilizaba antes

para coger el puchero del fuego, ya que tiene forma de media luna) y tirárselo a la frente a Miguelanco, porque decían que tenía la frente muy grande y la cabeza muy dura.

Narrado por M^a Rosa Martínez, 71 años (La Herrera)

129. MAXIMINO EL TONTO

Había un guarda en La Fuenlabrá que le decían Manolejas, y Maximino vivía también en La Fuenlabrá. Y fue un día a la ombría⁴⁵ la sierra y allí, debajo de una risca gorda, en un rincón vido un pino. Dice: “Mañana vengo y hago aquí una tornilla⁴⁶” (que hacían tornillas pa ir y venderlas al Pozuelo o por ahí).

Y traspone y le dice a su mujer cuando se va, dice:

—Oye, no digas dónde voy a ir; voy a ver si me hago una tornilla.

Va allí, a la sierra, se pone a trabajar allí en la tornilla y entoces otro, que le decían Longino, de allí, de La Fuenlabrá, también lo vido e iba también a hacer la tornilla.

Cuando asomó allí, ande estaba el pino, dice: “¡Me cagüen la madre del tren!—dice— ¡Pos ahí uno ya haciendo ahí la tornilla...! —dice— ¡Me cagüen la...! ¡Maximino es! —dice—. ¡Pos lo tengo que espantar, éste lo espanto yo...!”

Y le toma la vuelta y se sube encima de una piedra y se pone la gorra como el guarda y se traviesa un candalo⁴⁷ en las rodillas como la carabina y se tose.

Entonces Maximino levanta la cabeza; dice: “¡Ay, Manolejas, pos no me vas a pillar...!”. Y salió corriendo con la faja rastrando y vino a la casa. Dice a la mujer:

—Pesca —que le decían Pesca. Dice:—, debajo de la cama me meto —dice—. Como venga Manolejas por aquí, di que no sabes ánde estoy, y —dice— y el burro está en la sierra: a ver si puedes ir a por él —dice—, que yo no puedo ir, que me pilla Manolejas.

Y, venga, allí, ya se asomaba por allí; y dice:

—¡Muchacho, que Manolejas no está por ahí! Por ahí no se ve nadie.

—¡Asómate, que tiene que estar por ahí!

⁴⁵ *Ombría*: umbría, lugar donde no da el sol.

⁴⁶ *Tornilla*: recipiente de madera utilizado normalmente para colocar la comida de los animales.

⁴⁷ *Candalo*: cándalo. Rama sin hojas, normalmente del pino, de tamaño intermedio, usada habitualmente como combustible.

—¡Que no hay nadie por ahí!
Y luego, al rato, dice:
—¿A que no sabes quién viene por ahí, por el camino la bolea⁴⁸? —
dice—: Longino con la mula.
Dice:
—¡Ah, tunante, que me ha echao fuera y me ha quitao el tornajo⁴⁹.

Narrado por Diosa Pérez Córcoles, 69 años (Burrueco-Peñascosa)

130. MAXIMINO, ENGAÑADO

Maximino iba a coger esparto y estaba Calixto, otro vecino de allí, de él; dice:

—¿Por qué no vamos los dos a coger esparto, Maximino?

Dice:

—Bueno.

—Pos por la mañana. Yo me voy a ir temprano.

Dice:

—Bueno, pos a ver si me avisas.

Pero Maximino se levantó y salió por allí, por el camino de ande está la fuente, y no lo llamó. Pero el otro se levantó detrasico y cuando salió, lo vido con la luna (que no era de día). Iba allí, por encima de la fuente.

Dice: “Mira por dónde va el Maximino...¡Y no me ha llamao, el tunante este! —dice—. Pos yo me voy por aquí, por la pocica lo arto, ahí, al atajo, y salgo a la hoya⁵⁰ el Moncayo, al atajo”.

Y allí, en la hoya el Moncayo, había un pino y se sentó en la sombra del pino (que llegó antes Calixto). Dice: “Pos yo aquí lo espero”.

Y ende allí, cuando lo sintió bajar por la fuente la cuesta arrcarle al burro, comienza a hacer el lobo:

—¡Auuuuuuu....! ¡Auuuuuuu...!

Y entonces Maximino dice: “¡Sio, sio, Morales! ¡Es el lobo! ¡Esta noche nos come el lobo! —dice—. ¡Ése es el lobo, que está llamando a la cuadrilla!”

—¡Auuuuuuu...!

Dice:

⁴⁸ *Bolea*: bolera.

⁴⁹ *Tornajo*: dornajo. Artesa chica y redonda propia para dar de comer a los animales.

⁵⁰ *Hoya*: llanura rodeada de montañas.

"¡Nada, no hay duda: es el lobo!".

Ya siente un perrillo de unos pastores, que había allí de amajá⁵¹ durmiendo:

—¡Guau, guau, guau...!

Dice:

—¡Ay, perrillos, perrillos, perrillos míos!; ¡ay, perrillos míos, pillarme el lobo!

Y entoces a Calixto le dio la risera y entoces lo sintió reír. Dice:

—¡Ay, sinvergüenza, en cuanto llegue te mato!

Narrado por Diosa Pérez

131. EL NIETO Y LA ABUELA

Bueno, pues esto era un muchacho que lo mandó... (un muchacho con trece años o catorce, ya hombrecillo), y lo mandó su padre con una burra a por su abuela a un sitio que le decían Las Espineras, y estaba su abuela allí (era por meses). Pos nada, el zagal coge su burra. Y el padre, lo primero que le encargó, dice:

—Ten cuidao no vaya a caerse te la abuela de la burra, ¿eh?; que como se caiga te la buscas cuando vengas aquí.

Pero el zagal se inventó una cosa mejor. Entoces subió y ya llegó allí, ca la abuela. Dice:

—¿Está usted prepará, abuela?

Dice:

—Sí, hijo mío, nietecico, estoy esperándote ya hace un poquito⁵².

¡Ala!. Saca, la monta a la burra, y hay que bajal por una cuestecilla desde la venta, dende la aldea a la carretera. Total, montaron allí, y sabes tú que los viejos ya están torpes, y se conoce que...

—¿Sabe lo primero que me ha encargao mi padre?: que no se cayera.

—¿Sí? Pos muchas gracias, hijo.

Y, claro, pos se montó atrás, el muchacho. Y del jaleo de la burra y de sujetar la abuela, pos al muchacho se le puso aquello bastante duro. Y ya al poco tiempo ya dice: "Yo lo tengo que decir".

—Mire usted, abuela, esto...

—Nietecico, ¿pos qué te pasa?

⁵¹ *Amajá*: amajada. Ocupación en guardar el rebaño en la majada o redil.

⁵² El narrador imita la voz de una anciana cada vez que habla el personaje.

—Pos mire ustedé, abuela, que me he emocionao al meneo. Tié ustedé, tié ustedé que bajar a ver si esto se pué remediar y ya nos vamos a algún lao a ver si puedo evitar esto.

¡Pero qué! Bajó a la abuela y empalmó allí en una cuneta. Y dice la abuela cuando ya terminan:

—Hijo mío, hace treinta años que se murió el abuelo y dende entonces no he probao ná. Ha estao mu bueno.

Pos ná, vamos otra vez. Y empieza la abuela otra vez en lo alto de la burra como que se cae.

—¡Ea!, pues, abuela, pues tengo que montar otra vez.

Se sube en la burra y, ¡qué va!, a los dos quilómetros vamos con otra, a echar otro...

Pos nada. Y ya salieron pabajo y cuando bajan allí al Río Madera, el muchacho había cortao una vara de fresno, muy bueno, ¿eh?, para darle a la burra, y la abuela tan contenta. Cuando iba ya cerca, la abuela iba cantando.

—Abuela, ¿por qué canta ustedé?

—¡Uy!, por lo bien que lo hemos pasao, nietecico.

—Poco me gusta el cante —decía el nieto.

Pero, en fin, llegan allí. Dice el abuelo, el padre, al hijo, dice:

—¿Dónde vas? Apareja la burra y métela a la cuadra. Haz que coma.

Y mientras está allí, la abuela entra y dice:

—¡Ay, hijo mío, qué nieto, qué nieto y qué nieto! ¿Sabes lo que ha hecho?: casarme por dos veces en el camino.

—¡Pero madre!

Dice:

—Nada, lo que yo te diga, hijo mío. Yo no te engaño.

Dice:

—¡Madre!

Sale mi padre y me quita la vara y se lía así tó el lomo adclante a darme. Y dice:

—¡So sinvergüenza, lo que has hecho con mi madre!: ¡jodel a mi madre!

Dice:

—¡Anda, y ha estao ustedé años jodiendo a la mía y yo no le he dicho ná!

Narrado por Julio Pedregales Moreno, 78 años (El Batán del Puerto)

VII. CUENTOS DE MATRIMONIOS Y NOVIAZGOS

132. LA ESPOSA TERCA

Pues esto es que un matrimonio que envitaron a una boda y estaba bastante lejos. Y la mujer era muy varonil, o sea, que si quería el marío que hiciera una cosa esa mujer, tenía que icirlo al revés pa que la mujer..., por ver si se convencía.

Y nada, pues ya llegó el día de la boda. Tenían dos caballerías, una burra y una mula, y tenían que pasar un río que iba bastante..., con muchísima agua. Y al llegar al río pos dice:

—Venga, súbete en la mula porque si no, te va a cubrir el agua y te vas a ahogal.

Dice:

—¡Ah, eso es porque tú lo dices! ¡Pues yo me monto en la burra!

—¡Nooo! Súbete en la mula.

Pues nada, que dice:

—¡No, no, no! ¡Yo, en la burra es lo que me monto!

—¡Que te ahogas!

—Bueno, eso es cosa mía.

¡Ala! Echa la burra; y la mula pasó, pero la burra salió dando tambalillas con la mujer. Y la mujer, de vez en cuando, con el agua sacaba la cabeza.

—¡Cierra la boca, que te ahogas!

Dice:

—¡Pos si me ahogo, que me ahogue!

—¡Cierra la boca!

—¿Sí? ¡Pues ahora la abro!

¡Y ala! Sí, hombre...

Narrado por Julio Pedregales Moreno, 78 años (El Batán del Puerto)

133. EL QUE NO TRABAJA, NO COME

Esto era un matrimonio que tenía una hija, y era un poco... subnormal: no estaba muy bien de la cabeza. Y un día le salió un novio y, claro, dice que se quería casar; y le dijo la suegra al novio que no podía casarse porque era su hija muy vaga y no quería..., pensaba más que en comer y no trabajar. Y dice:

—Bueno, pues si no quiere trabajar, yo la enseñaré.

Y ya llegó un día que se casó y, claro, él era guarda. Se la llevó al... a la casa donde tenía...; era guarda de monte y tenía allí la casa, en un cerro, y se la llevó.

Y ya el primer día pos, claro, el muchacho se levantaba y se iba al trabajo y ella se quedaba acostá. Y venía a mediodía y no tenía comida hecha, y se la hacía el muchacho. Comía, y tenía un gato y le echaba comida al gato y así que comían, pues se iba a su trabajo y ella se quedaba acostá.

Bueno, que ya a los cuatro o cinco días, pos un día se levantó y... y le hizo la comida al marido, le barrió la casa y le arregló el piso y le puso su mesa y su comida. Y cuando fue el hombre, se encontró él las cosas hechas. Pos ya le dijo:

—Periquito —que tenía un gato—, Periquito, hoy te tienes tú que ir a cazar, que yo no te voy a echar comida.

Terminan de comer. El muchacho se fue a su trabajo y la muchacha pues se quedó en la faena de su casa.

Y ya pos a los muchos días, y así cuatro o cinco días; y a los cuatro o cinco días pos se asomó a la puerta, salió allí al cerro, a la puerta de la calle y vio a su madre y a su padre que iban pa la casa, voció y le dijo (la hija le voceó al padre, a la madre), y le dijo:

—Échesen ustés por una loma de la izquierda y cojan ustés un... un manojico de esparto,

que en esta tierra puta,
el que no trabaja, no manduca⁵³.

Y aquí se acabó el cuento.

Narrado por M^a Teresa Gómez Sevilla, 77 años (La Roda)

⁵³ *Manducar*: comer.

134. GRACIAS A DIOS

Una mujer tenía un marido que se llamaba Gracias a Dios y tenía dos hijos: uno se llamaba Contento y el otro Alegría.

El único capital que tenían eran dos bueyes: uno, Cagajones, y el otro, Círuelo.

Y murió el marido y en el duelo decía la mujer:

—¡Ya se murió Gracias a Dios! ¡Ya no queda en mi casa más que Contento y Alegría! ¡Cagajones para el bien de su alma y el Círuelo para mí!

Narrado por Fulalia Martínez Correda, 50 años (Hoya Gonzalo)

135. LOS NOVIOS FUGADOS

Era una pareja de novios: ella era de Pliego y él vivía en Mula. Y una noche el novio decidió juntarse con ella y le dijo:

—Haz las maletas, que de aquí a un rato voy a recogerte.

El chaval fue a recogerla a la puerta de su casa con un caballo y cuando llegaron a la casa donde vivirían en Mula, le dijo él a ella asomándose a la ventana:

—¡Mira qué buena luna
para llevar putas de Pliego a Mula!

Y entonces ella, que lo escucha, le dice:

—Baja abajo, que se me ha olvidado el monedero en el caballo.

Y cuando él estaba buscándolo, ella se asomó a la ventana y le dijo:

—¡Mira qué buen lucero
para dejar cabrones al sereno!

Narrado por Benedicta Gallego Alarcón, 85 años (Yeste)

136. LA LLUVIA DE CHURROS

Un matrimonio, ya mayor, y un día le dijo la mujer al marido:

—Has el favor de ir al campo a traerme leña, que no tenemos.

Y entonces cogió el marido, se fue (lo que pasa es que el burro no quería andar) y a dos pasos se encontró una bolsa de dinero, de rulos. Y le decía al burro:

—¡Anda, que te tiro el rulo! ¡Anda o te tiro!

Y le iba tirando rulos al burro.

Y entonces, al llegar a casa le dice:

—¡Mira, María, mira lo que me he encontrao: una bolsa de pedruscos! Y le he ido tirando al burro porque si no, no andaba.

Y la señora, como era muy lagarta, lo cogió y dijo:

—¡Ay!, mira, tienes que ir al colegio, porque tienes que aprender mucho porque...

Dice:

—¡Pero bueno!, ¿a mi edad cómo voy a ir al colegio yo!

—¡Hombre!, siempre es bueno aprender.

Y entonces la buena señora lo llevó al colegio y, como era muy lagarta, empezó una sartén de churros y fue al colegio y los tiró. Y cuando llegó a casa, le dice:

—¡Mira, ha llovido churros! —Dice:— ¡Sí! ¡Mira, María, he cogido churros! ¡Ha estado lloviendo churros, pero bastante, y al salir del colegio los he cogido!

Y pasaron unos días, y a los cuatro o cinco días llegaron unos señores a su casa diciendo si habían encontrado una bolsa con dinero. Y dice el hombre:

—¡Sí, sí!

Y dice la señora:

—¡Pero bueno, si tú nunca te has encontrado una bolsa con dinero...!

—¡Sí, María, sí! ¿Tú te acuerdas cuando iba al colegio y llovían churros?

Dice:

—¡No está chalado! Mi marido no se encuentra...

Y entonces los buenos señores dicen:

—Tiene usted razón, señora. ¿Cómo van a llover churros?

Narrado por Isabel Gálvez Victorio, 75 años (Albacete)

137. LA LLUVIA DE MIERDA

Era un arriero, y esto hace ya... El arriero tenía cuatro o cinco mozos. Iba a la parte de Andalucía a coger aceite. Había en el pueblo tres frailes,

y pilla el tío y los mata a los tres y en unas bolsas de esparto, en las seras⁵⁴ de esparto, metió a cada uno de los frailes y los tapó muy bien.

Y en el pueblo había uno más tonto que la puñeta y, ¿por qué no?, pasa por allí y lo llama:

—¡Eh tú, ven pacá! Si eres capaz de llevar esta sera —eran los frailes— al río, ya sabes que al llegar aquí mi mujer está con los guisos.

Y el tonto se carga al fraile en las costillas y lo tira al río, y vuelve más contento.

—Ya tiene que tener usted prepará la comida.

—¡Pero tonto el pijo!, ¿no ves que está aquí otra vez? ¿Qué has hecho con el gili? ¡Si ha llegao antes que tú! —le había preparao ya el otro; como eran tres...

—¡Me cago en la leche! Le aseguro yo a usted que éste no va a venir.

Se lo carga a las costillas y lo tira en medio del río y le echa una piedra encima. Y al volver a la casa, ya tenía al otro preparao:

—¡Pero hombre, pero hombre...! ¡Si está aquí ya, cojones! ¿Pos ándc lo has echao?

—¡Me cago en la gana el Señor! Pero si lo he tirao en medio el río y le he metío una piedra encima, ¿cómo se va a salir?

Y coge al tercero y lo quema. Y venía más contento que unas pitas. Y dice:

—¿No ves, tonto el pijo, si hubieras hecho eso primero? Dale unas tres longanizas. Y esta noche sí que vas a dormir bien, ¿eh?

La mujer se sube a la cámara y tenía preparao un barril de caca, y cuando el tonto salía por la puerta, le vacía la mierda. Y dice:

—¡Vaya noche de mierda que se ha liao esta noche!

Echan de menos a los frailes, y los alguaciles buscándolos. Y, ¿por qué no?, pasa por allí, por la puerta del ayuntamiento, el tonto. Y dice el alcalde:

—Llamar al tonto, que éstos se enteran de tó.

—¿Qué quiere usted?

—¿Tú sabes de tres frailes que faltan y no sabemos dónde paran?

—Yo lo único que sé que el arriero, el Fulano, yo le llevé dos seras grandes al río y la otra la quemé.

—¿Pero aquello pesaba?

—Sí, pesaban muchísimo.

Y llaman al arriero y al tonto.

⁵⁴ *Sera*: cesta cóncava sin asas.

—Bueno, arriero, a ver: que aquí el tonto dice que hizo tres viajes al río con unas seras grandes que por lo visto eran los frailes.

Le dice el arriero:

—El tonto está equivocao.

Entonces dice el tonto:

—¿Es que no se acuerda de la noche que llovió mierda?

Y entonces dice el alcalde:

—¡Anda, anda, desgraciao! ¿Tú has visto alguna vez llover mierda?

Narrado por Pedro Bueno (Hoya Gonzalo)

138. EL NIÑO SIN OREJAS

Una vez que había un pastor, y estaba el pastor con un cura. Y la mujer del pastor era muy guapa.

Y un día se fue el pastor a guardar las ovejas, y fue a misa (la mujer del pastor) y le dijo el señor cura:

—He leído en el Evangelio de hoy que el chiquillo que tiene usted en la panza no tiene orejas.

Y se puso a llorar la mujer del pastor. Pero dijo el señor cura:

—No llores, que yo me pongo en un momento y se las hago.

Y se puso el cura y les hizo las orejas al chiquillo.

Pos cuando vino el marido de con las ovejas, pos le dijo la mujer:

—Mira, he pasao un día mu malo, que ha dicho el jefe que el chiquillo no tiene orejas. Pero menos mal que se ha puesto y en un momento se las ha hecho.

Pos güeno. Y entonces el pastor dice: “Pos yo te voy a preparar a ti” (al cura).

Fue y le cortó tó las patas a las ovejas. Pos claro, ¿cómo se iban a levantar los animales si estaban con las patas cortás?

Y entonces fue el pastor a la puerta del señor cura y dice:

—¡Levántese usted, jefe, que las ovejas no se levantan ninguna!

Pos se levanta el cura. Coge una oveja: sin patas; coge otra: sin patas...

Y dice:

—Pos mira, pastor, no tienen patas las ovejas.

—¿No sabe usted hacer orejas?: ¡pos haga patas pa las ovejas!

Narrado por Noelia Fernández Pinedo (Peñarrubia-Masegoso)

139. CORNUDO Y CONTENTO

Esto era una vez un matrimonio y la mujer se acostaba con el cura, que era su vecino. Y por la mañana, cuando salía el marido temprano para trabajar y estaba el cura en la puerta, y le decía:

—Buenos días, señor cura.

Y el cura le contestaba:

—Adiós, carnero macho.

Así todos los días. Hasta que un día vino y le dijo a la mujer:

—Oye, María, ¿por qué todas las mañanas cuando saludo al señor cura, me contesta: “Adiós, carnero macho”?

Y entonces la mujer le dijo:

—¿Ah, sí? Ven conmigo.

Y salieron al huerto, que era medianería con el huerto del cura, y le dijo:

—Agáchate, marido.

Y se puso a cuatro patas y ella se subió encima y, asomada a la tapia, le dijo:

—Cura, curón, rompedor de mis sábanas y mi colchón, padre de todos mis hijos: padre de mi Juan, de mi Luis, de mi Antonio, de mi Paco y los otros cuatro; después que te has comido mis siete gallinas y mi gallo morón (ocho), le llamas a mi marido carnero macho... Pos mira, si te parece bien, nos vemos esta noche a las ocho.

Y entonces le dijo el marido:

—Bájate, mujer, bájate; que si tiene vergüenza, bastante le has dicho.

Narrado por Ángeles Córcoles Córcoles, 70 años (San Pedro)

140. EL ZAPATERO Y SU MUJER

En el pueblo de Jaén habitaba un cura. Y, cuando pasaba por la calle, había una barriendo; y le decía:

—¡Adiós, pajarica de las nieves!

Y así, se iba con él.

Y pasaba otro día y decía:

—¡Pajarica de las nieves, vamos, que es hora!

El zapatero calentó el guijarro⁵⁵ que tenía allí trabajando; lo calentó bien. Y cuando vino la mujer, dice:

—¡Ay, qué sofocá vengo! ¡Ay, qué sofocá vengo!

Y se quea el guijarro ardiendo; y dice:

—¡Siéntate aquí, siéntate aquí, en el guijarro!

Y se quemó, se quemó.

¡Ea!, pos a otro día pasa el cura:

—¡Pajarica de las nieves, vamos, que es hora!

Y dice el zapatero:

—¡Tienc el chocho quemado y no puede ahora!

Narrado por Arsenio Muñoz González, 82 años (Dehesa de Ayna)

141. EL TONTO Y LA MUJER DEL MÉDICO

En el pueblo de San Jorge habitaba un matrimonio que eran pastores. Y tuvieron un hijo medio tonto y lo llevaron al campo, y siempre estaba en el campo y no venía a las casas ni sabía lo que era una mujer.

Ya cumplió dieciocho años y el pobre tonto se le empinaba, y aquello no, no le bajaba. Y pensó, dice: “Al médico”.

Y cuando fue al médico, le dijo el médico:

—Métela entre la nieve y agua fría: verás cómo se te acacha.

Y entoces se fue otra vez al campo y, nada, aquello no le bajaba. Y intentó otra vez de ir al médico. Y entoces estaba la mujer sola, estaba la mujer sola en el..., allí en su casa, y ya había visto la mujer cómo..., la escena que había tenido con su marido. Pos luego la llama, estaba mirando. Y cuando fue, estaba la mujer sola; y dice:

—¡A ver, a ver, a ver qué te pasa!

Se bajó los pantalones y aquello, ná, aquello tieso que tieso. Y dice la mujer del médico:

—¡Oye, métela por aquí! ¡Anda, métela por aquí!

Y nada, la metió. Y nada, y se quedó descansando..., se vació y se quedó descansando.

⁵⁵ *Guijarro*: piedra que utilizan los zapateros en la que machacan y doman la suela con un hierro candente.

Y entonces se va el tonto, y estaba el médico en una calle hablando con otro; y dice:

—Oye, mira, mira: viene por ahí el tonto este. Ya verás, ya verás lo que nos vamos a reír de él.

Conque llega el tonto ande estaban allí cascando los dos y dice el tonto, dice:

—¡Anda, si usted no es médico ni es ná! ¡Que su mujer es más médica que usted! Se ha tumbao allí y dice: “Métela por aquí, por este bujero”. ¡Ná!, y me he quedao descansando.

¡Allí, delante del otro...!

Ya está, ya se ha parao.

Narrado por Arsenio Muñoz

142. EL AMANTE SORPRENDIDO

Pos este señor se va con tó er vino, tamién con una mula, y viene a su casa y cuando llega pues no encontraba a nadie. Dice:

—¡Valeria!, ¿pos ánde estás?

Y ya sintió ruido (¡tracatrá, tracatrá!) y me asomo a la ventana de la habitación y estaba el Pincher de La Vegallera liao con ella. Dice:

—Bueno, pues ir terminando que hay que descargar, tienes que ayudar a descargar los pellejos del vino.

Se levanta entonces el Pincher y él, tan pamplínero...

—¿Entonces qué? Lo habéis pasao bien, ¿no?

—Pos siiiii... Hombre, me sabe mal, pero me ha venido a tender esta broma tu mujer y mira...

—Bueno, por una vez no pasa ná. Anda y bájate una sartén de sarchichas, de chorizos, y caliéntalos ahí que coma este hombre antes de que se vaya.

Nada, se lían allí mi mujer, la Valeria, preparan allí la sartén de chorizos.

—Venga, tú come bien, ¿eh?, no vayas a esmayarte de aquí a La Vegallera.

Pos nada, terminan de comer. Salgo ahí, onde le doy sal a la burra en la piedra, y le pongo ahí y digo:

—Venga, súbete en cuestras.

Se sube en cuestras y lo subí hasta lo arto de las Carrigüelas, ¡hombre!, pa que no le costara trabajo de ir a su casa. Y le digo:

—¡Como se te ocurra venir otra vez te meto en tu casa! ¡Ahora te dejo aquí, pero otra vez vas a tu casa, te llevo en cuestras!

Sí, señor...

Narrado por Julio Pedregales Morcno, 78 años (El Batán del Puerto)

143. EL HIJO DEL PASTOR

Una vez había un pastor, y estaban recién casados. Y, claro, pues el hombre se iba por el campo con el ganado y luego, a los nueve meses, acude a la casa y le dice:

—Chica, abre la puerta.

Dice:

—¡Ay, no puedo, que estoy de parto!

Dice:

—Pues asómame el chico por la ventana.

Dice:

—Espérate, que ya voy.

Y va, le suelta un conejo y el pastor venga a correr...

—¡Nene, nene, espérate, que soy tu padre! ¡Espérate, que soy tu padre!

Narrado por Manuel González Navarro, "Lolo", 73 años (Paterna del Madera)

144. EL FALSO CURA

Iba corriendo y la policía, detrás. ¿Y qué hace?: coge y se mete en la iglesia. Y se metió en un confesionario y se atacó. Y ya dice: "Parece que me han dejado tranquilo" (los despistó a los policías).

Estaba en el confesionario y pasa una señora a confesar y dice:

—Ave María Purisma.

—¿Y qué te pasa, hija mía?

—Mire usted, tengo muchos pecaos, padre, muchos pecaos —dice—, y no me atrevo a decírselos —dice.

—No, hija mía, pues tú di todo lo que tú veas.

—Resulta que yo me acosté con el barrendero, con un panadero, me acosté con un guarda forestal que había en un campo... —Y dice:— ¡Ay, madre mía —dice—, pues aún me queda! —dice.

Y el que se metió, que era él, ése que lo iban persiguiendo, pues la conocía, y al marido, que estaban trabajando juntos.

—Bueno, pues tú dirás, hija mía.

—También me acosté con un..., con uno que iba por el campo, y vi un hombre cogiendo hierba y también me acosté...

—Pues, hija mía, ¿cómo haces eso?

—Pues, ¡ea!, ¿yo qué sé? —dice—. Y ahora vengo a arrepentirme, que yo de eso no quiero más.

Y dice:

—Pues, ¡so zorra!, mañana, cuando vaya a la obra, se lo digo a tu marido.

Narrado por Leovigilda López Sánchez (Argamasón)

145. EL SEÑORITO DELICADO

Pues sí señor. Esto era un señorito que ya llevaba mucho corrió a ver si encontraba una chica que lo tuviera blanco, porque toas las que había visto lo tenían negro. Entonces una, la mamá de esta señorita, dice:

—No te preocupes, que lo vamos a cazar.

Y se lo pintó blanco.

Bueno, pues ya llegó que hicieron las pedidas de los novios, las bodas y eso, y se casan. Bueno, pues se tiran toa la noche pues ya ves, a carga y descarga. Y a otra mañana pos se le había puesto negro a la muchacha. Le miró y dice:

—¡Oh, vaya engaño más grande!: ¡pos si lo tienes negro tamién ya esta mañana!

Pos nada, a otra mañana ya empieza el hombre a icir que aquello no... (el muchacho), que no, que no era legal.

—¿Cómo que no es legal? ¡Sí, hombre, esto es legal!

Y parte un huevo y empieza a pegarle así en la frente con el huevo, ¡clon-clon!, a dar golpecicos, y ya se le pone tó aquello negro de ande le había dao con el huevo. Dice:

—Mírese usted al espejo.

Y se mira.

—¡Ay, pos me se ha puesto negro!

Dice:

—¡Hombre, claro, claro que te se ha puesto negro! Yo te he estao dando con un huevo y mira tú cómo se te ha puesto. Y toa la noche que

has estao con mi hija dándole con los dos, ¿cómo no se le va a poner negro?

Narrado por Julio Pedregales Moreno, 78 años (El Batán del Puerto)

146. EL MATRIMONIO DE BORRACHOS

Un par de viejos, y les gustaba de beber una gotica a cada uno. Llegó la Semana Santa, y estaban viviendo pos... eso, en una casica y sin nada. Y ya come y dice:

—Yo me voy un ratico al club.

Y dice ella:

—No, que vas a beber y no vamos a ir a ver la procesión.

Dice:

—¡Mujer, que sí! ¡Ya verás que sí...!

Pues coge (y es que a ella también le estaba esperando en el balcón, y ella también se bebió un poco) y le dijo:

—¡Anda, mujer, baja, que nos vamos a ir, que ya va a venir por ahí la prosindanga!

Y se pone ella:

—¿Cómo vendrá tu cuerpo, sinvergüenza, que no puedes decir que va a venir la prosimusic?

Narrado por Leovigilda López Sánchez (Argamasón)

147. LA PAGA DE LA VIUDA

Pos esto era una mujer que estaba casá con un hombre, los dos del pueblo. El marío y ella eran mu pobres y el marío estaba enfermo, muchísimo malo. Tenían un amigo que era meico y muchos días iba y lo veía y le mandaba hierbas y cosas pa que se curase, pero tós los días el meico le decía a la mujer que el día que su marío se muriera que iba a ganar y tó.

Y así tós los días hasta que llegó un día y el hombre se murió. Lo enterraron como es costumbre en los pueblos y como era mu buen hombre, hasta lo llevaron a hombros al cementerio y tó.

Bueno, pos eso que la mujer a la semana fue a ver a su amigo el médico y le dijo que la primera paga que le mandase su marío iba a ser pa él. El médico le dijo porqué, y ella le dijo que porque como había

dicho que cuando se muriera iba a ganar, pos eso, que lo primero que ganase sería para él.

Narrado por Desamparados García, 65 años (Pozohondo)

148. EL CALVO Y LAS MUCHACHAS

Había en un pueblo un hombre joven que tenía un hermoso pelo rubio. El hombre, al ver que las mujeres se fijaban mucho en el pelo, empezó a darse muchos aires y menospreciaba a cualquier chica que quisiera ser su novia porque, para él, su novia tenía que ser la mejor.

Pasó el tiempo y Roque, que así se llamaba el hombre, seguía sin novia, pero ahora su pelo ya no era como antes: se había oscurecido y había empezado a caérsele. Fue entonces cuando decidió aceptar a la primera mujer que quisiera ser su novia, pero no quiso ninguna porque ahora era feo y ya estaban casadas.

Y las mujeres, como él se burló de ellas, pues se burlaban de él diciéndole:

—Péinate, Roque; péinate, Roque,
que tienes tres pelos en el cogote.

Narrado por Encarna Gómez Alfaro, 70 años (Villalgordo del Júcar)

149. LA VENGANZA DEL NOVIO

Había allí unos novios y resulta que uno del pueblo la quería también. Y como no la querían en su casa (ella sí; bueno, estaba un poco dudosa), pero como los padres no querían que se casara con él, pues se buscó a otro y se iban a casar.

Pusieron la habitación en la casa del padre y, ¿por qué no?, la habitación daba a un callejón sin salida. Y como resulta que tenía pesambre y quería ser novio de ella... Por lo visto era barbero y tenía cagueta casi siempre, y de eso que llegó allí, a la ventana (y estaba abierta la ventana pa que la gente viera la cama, porque era la víspera de la boda y estaba la cama llena de cosas pa que la gente viera que tenían perras) y el tío se remanga, se baja los pantalones y se cagó encima de la cama.

Narrado por Pedro Bueno (Hoya Gonzalo)

VIII. CUENTOS ACERCA DE UNA MUJER

150. ¡CASTAÑAS!

Pues era un cura que iba hacia la iglesia y detrás de él iba una beata, pero el cura no se dio cuenta. Y resulta que el cura había comido olla de garbanzos y tenía ganas de tirarse un pedo. Y el cura pensó: “¿Qué hago yo para que nadie se dé cuenta?”. Y dijo: “Ya sé: diré ¡castañas!”.

Pues así hizo: cada vez que se tiraba un pedo, decía “¡castañas!”. Cuando el cura se dio cuenta de que estaba la beata, le preguntó:

—¿Desde cuándo está usted ahí?

Y la beata le dijo:

—Desde las primeras castañas.

Narrado por Ana Luján Cuenca, 70 años (Fuentealbilla)

151. LAS HERMANAS TARTAMUDAS

Esto eran tres tartamudas que va la madre a comprar y dice:

—Cuando vevenga el novio de la chachacha, no habléis.

Pero llega el novio y una dice:

—¡Chacha, que se sale el puchechero!

—¡Pos quítale la chachaparatera!

—¡Tonta, pos no os dijo la mama que no cascararais!

Narrado por Tomasa Expósito Vizcaino, 60 años (Albacete)

152. LAS DOS PERRITAS

Que tenía una señora dos perritas chiquititas y las tenía en casa, y les puso de nombre “tetas”, “mis tetas”, ¿sabes?

Y un día estaba limpiando, abre la puerta y se le escapan. Y ella: “¡Ay, ay, que se me han escapao mis teticas! ¡Virgen santa, que se me han perdido! ¡Dios mío, ay!”.

Salió por ahí, por un jardín, llorando: “¡Ay, Dios mío! ¡Ay, si no hubiera abierto la puerta! Yo no sé qué pasa, Señor, que (¡ay, qué pena!) que me las he perdido, ya no las encuentro. ¡Ay, Dios mío!”.

Pasa por un jardín y había un policía; y le dice:

—¿Qué le pasa a usted, señora?

—Mire usted, a ver: ¿no ha visto a dos teticas por aquí pasar?

Y se pone:

—No, pero si usted quiere, a mí no me importa verlas.

Narrado por Leovigilda López Sánchez (Argamasón)

153. CUALQUIER COSA

Un niño vive con su mamá y le pregunta unas cosas... Tenían una lumbre y vivían solicos; y le dice:

—Mamá, ¿qué es eso?

—Eso es cualquier cosa —dice, que se le veía una cosa a su madre y dice que era cualquier cosa.

Y un día se va el chiquillo a la escuela y viene y le dice:

—Madre, ¿qué vamos a cenar?

Dice:

—Ya veremos a ver: Ccualquier cosa...

—¡Odo!, con el hambre que tengo, hasta que lo pelemos y tó...

Narrado por Leovigilda López

154. LA BROMA DE ELVIRA LÓPEZ

Había una familia que eran cuatro hermanos, y cada uno tocaba un instrumento. Y eran muy alegres: siempre estaban cantando y bailando.

Y bueno, tenían una criada allí (y se llamaba..., ¿cómo se llamaba?: Elvira), y llegaron los carnavales.

—Mira, te voy a vestir de máscara, que yo te aseguro que no te va a conocer nadie en la plaza; ya verás cómo no te conoce nadie.

—Pues bueno, vístame usted.

Y la vistió. Y cuando, sin que ella se diera cuenta, cuando la vistió, por detrás le puso un letrero, que era muy chocante la mujer (la que se lo puso), y ponía: “Ésta es Isabel la batanera. un merdón de primera”.

Así que llegó a la plaza, decían:
—¡Isabel la batanera, un merdón de primera!
Y decía entre ella: “¡Dice mi ama que no me iban a conocer!”.
Y sube y dice:
—¿No me decía usted que no me iban a conocer?
Y entonces se echó a reír. Y dice:
—¡Claro, si te he puesto un letrero!
Y así fue la historia.

Narrado por Carmen Ruiz del Fez (Chinchilla de Montearagón)

IX. CUENTOS ACERCA DE UN HOMBRE LISTO

155. EL SEÑOR CANTO OLIVERO

En principio diré que en aquellas fechas los mozos que hacían el servicio militar, cuando terminaban el servicio, o sea, la mili, tenían que regresar a su pueblo por sus propios medios; y como entonces no había medios de transporte, el regreso lo tenían que hacer a pie, sin más equipaje que un saco.

Es el caso de un soldado llamado Gil, que no tenía nada que ver con el Gil y Gil de nuestros días, salvo que fuera de sus antepasados lejanos... Cuando Gil regresaba a su pueblo, en su largo caminar llegó a un pueblo y se hospedó en casa del cura, un cura un poco cachondo, y quiso tomarle el pelo.

Después de cenar y las preguntas de rigor, el cura lo puso al corriente de los nombres del aquel pueblo: así como el cura se llamaba el señor Canto Olivero, el ama del cura se llamaba Venganza, así como el sofá garabitanzo. Como habían hecho la matanza y tenían las morcillas y chorizos colgados en la chimenea y también el morcón, díjole que eran las once mil vírgenes y el Dios padre, que la lumbrera se llamaba escurana y el gato, morrinchote, y las escaleras, tenientas.

Cuando se acostaron, Gil se acostó en el sofá, y a media noche se levantó y metió las morcillas y los chorizos en el saco, menos el morcón, que no le cogía en el saco. Mientras, el gato maullaba porque quería morcilla y Gil le tiró a la lumbrera y salió corriendo escaleras arriba con la lumbrera en el rabo. Gil puso el sofá de pie, apoyado en la puerta del cuarto del cura, y tocó y dijo:

—Señor Canto Olivero, deslíate de los brazos de Venganza que las once mil vírgenes me llevo, y el Dios padre ahí se te queda porque no coge en el saco. Morrinchote sube a las tenientas arriba con la escurana en el rabo. Ten cuidado al abrir la puerta que te cargas el garabitanzo.

Narrado por José Antonio Sánchez Sánchez, 74 años (Pozohondo)

156. EL TIO CHUMINICO Y LA TIA ANDOSCA

Érase una vez un hombre, llamado Chuminico, que debía mucho dinero. Este hombre se reía de sus cobradores.

Un día, Chuminico fue atrapado. Su mujer, llamada Andosca, lloraba y lloraba. Los cobradores de Chuminico lo metieron en una alforja y se lo llevaron a un acantilado para matarlo.

En el camino, Chuminico no paraba de gritar. Un pastor que estaba con sus ovejas le preguntó:

—Chuminico, ¿dónde te llevan?

—¡A casarme con la reina!

—¿Y por qué gritas?

—¡Porque no quiero casarme con la reina!

El pastor, estrañado, le dijo:

—Te cambio el lugar: tú te quedas con las ovejas y yo me voy a casarme con la reina.

El tío Chuminico rápidamente le respondió:

—¡Sí!

El pastor se metió rápidamente en la alforja y se lo llevaron a casarse con la reina. Chuminico, al ver que el pastor se iba alejando, él, cada vez que miraba la distancia del pastor, explotaba de alegría. El porqué era muy sencillo: Chuminico había engañado al pastor, no iba a casarse. Los cobradores se lo llevaban a un final trágico, pero gracias a su astucia pudo salvarse.

El pobre pastor no sabía nada y su final estaba llegando. Los cobradores llegaron al acantilado y lo arrojaron al vacío.

A la vuelta, los cobradores vieron a Chuminico y le preguntaron:

—¿Qué haces tú aquí con esas ovejas?

Y él les contestó:

—Nada, muchachos, que en el cielo puedes coger todos los animales que quieras: ovejas, cerdos y corderos.

Al escuchar esto, los cobradores no se lo pensaron dos veces: se pusieron de acuerdo y se fueron al acantilado. Al llegar al acantilado, el más atrevido se lanzó y se oyó ¡ay!, y rápidamente se lanzaron los demás.

Narrado por Roque García Martínez, 42 años (Siles-Jaén)

157. EL PASTOR Y LOS GUARDIAS CIVILES

Resulta que había un pastorcillo guardando unos corderos allí, al lao de un camino, y, ¿por qué no?, pasa una pareja de guardias civiles por allí. Los guardias le preguntan:

—Nene, ¿por dónde va este camino?

—Este camino ni va ni viene.

—¿Dónde echaríamos una liebre, nene?

—Aquí, en mi bolsa.

—Nene, ¿de quién son los corderos?

—Estos corderos son de las ovejas.

No lo podían engañar, con lo cual le dicen:

—¿Hay muchos cabrones en tu pueblo?

—Tan solamente había dos y se metieron a la guardia civil.

Narrado por Pedro Bueno (Hoya Gonzalo)

158. EL EXTRAPERLISTA Y LA GUARDIA CIVIL

Había uno allí, en el pueblo, que iba a las aldeas. Compraba garbanzos y lo que le pedían. Y, ¿por qué no?, en una aldea compró treinta o cuarenta quilos de garbanzos (llevaba una borrica).

Y, ¿por qué no?, le pillan la guardia civil y le preguntan:

—¿De dónde son esos garbanzos?

—Estos garbanzos..., estos garbanzos es que me los han dao en una aldea; me dan dos quilos en un lao, cuatro en otro y yo me voy ganando las habichuelas.

—¡Tira delante de nosotros!

Y se lo llevan a las Casas de Juan Núñez, a la guardia civil, y se lo presentan al cadete; y dice:

—Mié ustedé, mi sargento, aquí le traigo yo un extraperlista que lleva garbanzos.

—¡Miá que tenía yo gana de pillar uno de estos! ¡Venga, vamos a ver!, ¿de dónde son esos garbanzos?

—Mié ustedé, mi sargento, estos garbanzos..., es que yo soy poeta y me dan unos aquí, unos allá...

—Vamos a ver, puesto que eres poeta, ¡venga, recítanos un poema!

Y, ¿por qué no?, estaba la foto de Franco allí, en la pared, y se encara con el sargento y dice:

—Vivir sin ti, no es vivir —le dice a Franco—
y vivir sin usted, tampoco —al sargento—.
Esto que me pasa a mí
es pa gol verme loco:
¡traer aquí los garbanzos
pa que usted se aproveche de ellos...!
¡Yo creo que no hay derecho a eso!

—¡Anda y tira de aquí de mi vista, ladrón hijo de puta, y veste con los garbanzos a hacer puñetas!

Narrado por Pedro Bueno

159. EL SUICIDA

Había un hombre que se llamaba José. Trabajaba en una granja. Un día vio a lo lejos a un hombre que se había tirado al río y se estaba ahogando. José fue corriendo y lo sacó del río, salvándole la vida.

Al día siguiente, estaba dando de comer a su ganado y vio al mismo hombre al que había salvado volviéndose a tirar al río. Éste fue de nuevo y lo sacó.

Así ocurrió durante unos días, hasta que José, cansado de salvarle tanto la vida y ver que aquel hombre tenía ganas de suicidarse, lo dejó.

Mientras, el hombre del río que había salvado José, cogió una cuerda y se ahorcó de un árbol próximo a la granja.

Después de sabido esto, pasaron por la granja unos guardias civiles y le preguntaron a José:

—¿Ha oído usted a alguien o ha visto algo?

Y él contestó:

—Sí.

—¿Y por qué no ha hecho usted nada para salvarlo?

—Porque después de haberle sacado tantas veces del río, pensé que se había colgado para secarse.

Narrado por Juana Cano González, 65 años (Albacete)

160. JUAN MANZANO

Había una vez un gitano que se llamaba Juan Manzano, y se había levantado temprano para ir al mercado del pueblo para vender un burro que tenía. Y en la mitad del camino se encontró con dos guardias civiles preguntándole:

—¿Cómo te llamas?

Y le contestó:

—Yo me llamo Juan Manzano.

Los guardias civiles miraron en el registro y después de haber buscado un rato le dijeron:

—Usted no se llama Juan Manzano, sino Juan Peral.

Y contestó el gitano:

—¡Eso no es así! ¡Me llamo Juan Manzano!

Los guardias le siguieron diciendo que en el registro ponía ese nombre, por lo tanto no se llamaba como él decía.

Después de haber transcurrido un gran rato de disputa diciendo que no se llamaba así, le dijo a los guardias civiles:

—Pues entonces, señores guardias, es que me han injertado por el camino.

Narrado por Juana Cano

161. EL TONTO Y LOS RICOS

Dice: una vez había unos ricos y tenían un tonto, y acudían unos señores allí, a su casa. Y resulta que tenían a su criada; y dicen:

—Llévate al tonto porque van a venir unos señores con un perro muy grande y al tonto se le escapan muchas cosas.

Y coge la muchacha y se lo lleva.

Y estaban todos allí hablando y dice:

—Criada, dame agua; criada, dame agua.

¿Y qué hace la criada?: se va a por agua a la cocina y luego el tonto se les escapa de allí. Y dicen:

—¡Ala, ya te has venido aquí!

Dice:

—¡Ea!, pues si es que me he venido aquí...

Dice:

—¡Callad!, que éste es medio tonto.

Dice:

—¡Oiga!, soy más tonto, pero es de dinero; pero huevos tengo más que su perro.

Narrado por Manuel González Navarro, “Lolo”, 73 años (Paterna del Madera)

162. EL PICARO QUE MATABA RATAS

Pues iba uno por la aldea buscando trabajo y lo que quería era inflarse a comer. Y dice que era matarratas, que mataba toas las ratas y ratones que pillaba (y, claro, entonces había muchas ratas y ratones en la aldea).

—¿Pero has almorzao?

—¡Ah! No, señor.

Y al terminar de almorzar...

—Bueno, vamos a ver, a ver si hacemos algo. ¡A!a!, vámonos pallá.

Se van los dos pal corral y en la puerta la entrada dice:

—Oiga, ¿tiene usted alguna hachica de esas pequeñas por ahí?

—¿Pa que quiere usted el hacha?

—Yo sólo tengo que decirle una cosa: que toa la que pase por aquí, por la puerta el corral, no se me escapa.

Narrado por Manuel González

163. EL ROBO DEL SOMBRERO

Esto le pasó a un matrimonio, que era de pueblo, que fueron a Madrid. Y, ¿por qué no?, pues iban por una calle de Madrid. Pues, ¡pijo!, no conocían a nadie ni ná, pero éste era un pillo (el marido de la señora).

Pos resulta que iba una pareja de señoritos (serían matrimonio, digo yo) y le dijo el hombre a su mujer:

—Le voy a quitar el sombrero a ese hombre.

—¿Pero qué vas a hacer? ¿Cómo le vas a quitar el sombrero?

—¡Que se lo quito!

Total, que llegó y le quitó el sombrero. Y se da la vuelta el señorito y le dice:

—Oiga, señor, ¿usted ha visto quién me ha quitado el sombrero?

—Yo, señor, no. ¡Pero si lo llevaba usted en la mano como yo...!

Narrado por Manuel González

164. LOS BANDOLEROS

Un pobre hombre por abajo, con un borrico, montao; y dicen que:

—Por ahí pasa un burro con un hombre. Vamos a ver qué lleva y le quitamos las cosas.

Y el pobre bajó.

—¡Arto, arto, que lo matamos a usted! ¡Venga, dénos usted todo el dinero!

Y se pone:

—¡Pos si no llevo ná!

Y se pone:

—¿Pos cómo que no? Vamos a ver: vamos a registrarlo a usted. Como lleve usted algo, ¡cinco tiros...!

—No creo que por una peseta me vayáis a matar, que tengo una peseta. Tomarla, no tengo más.

—Bueno. ¿Pues le quitamos el burro?

—¡No, hombre, déjenmelo usted!, porque voy muy largo y yo no sé... Se me va a hacer de noche y tengo miedo; hay lobos, hay todo, y así, con mi burrico, voy más ligero.

—Bueno, le dejaremos a usted el burro. Dénos usted la peseta — dice—. No le va a hacer falta el burro tampoco.

Y cogen y lo matan y le quitan la peseta y le quitan el burro, y se suben parriba y lo dejan allí tirao. Y dice otro:

—Oye, ¿no os parece que no hemos hecho bien la cosa? Pobre hombre, por una peseta matarlo y quitarle el burro...

Y dice otro:

—Oye, ¿sabes lo que te digo?: que con cien que pasen como ése, tenemos cien pesetas y cien burros.

Narrado por Leovigilda López Sánchez (Argamasón)

X. CUENTOS ACERCA DE UN HOMBRE ESTÚPIDO

165. EL NOVIO TONTO

Era uno que iba a ver a la novia y no sabía ánde iba, y llevaba dos perniles en el borrucho. Luego se encontró con otro. Y le dijo:

—¿Ánde vas?

Y dijo:

—Voy a ver a la novia.

Y dijo el listo con el que se había encontrao:

—¿Has estao alguna vez en su pueblo?

Y dijo el tonto:

—¡No!

—Pues entonces mal te vas a ver —dijo el listo—. Si me das los perniles, te digo las costumbres de su pueblo.

Y el tonto se los dio.

—Mira: tú, allí, cuando vayas, a las portas le dicen las piernas. Cuando llegues, dices: “¡Abre las piernas que entre el borrucho!”. También, cuando vayas a cenar, a la cazuela le dicen la seta y al brazo, el mango; a los panes, los pedos y a las alforjas, los cojones.

Entonces llega a la casa de la novia y dice:

—¡Abre las piernas que entre el borrucho!

Luego se ponen a cenar y le dicen:

—Parece que no alcanzas...

Y dice:

—No, si yo tengo el mango largo y alcanzo a la seta...

—¡Ala!, pues vamos, que mañana hay que madrugar.

Entonces le dice la novia a la madre:

—¡Esto es más tonto que un leño!

Al levantarse dice:

—Bueno, yo me voy.

Y le dice la suegra:

—Algo te tendrás que llevar pa comer...

Y dice:

—Écheme usted lo que sea.
—Lo que sea, no; lo que tú quieras.
Y dice el tonto:
—Écheme usted un par de pedos en los cojones.
Y entonces se va y le dice la madre a la novia:
—¡Menudo novio te has hecho!: ¡es más tonto que una maza!
Y colorín colorao, este cuento se ha acabado.

Narrado por Antonia Cortés García, 72 años (Alcadozo)

166. EL HERMANO LISTO Y EL HERMANO TONTO

Era una vez uno que se iba a ver a la novia. Y dice el hermanico, que era tonto:

—Me voy contigo.

Y dice el listo:

—Bueno, vente, pero cuando nos pongamos a comer y yo te pise el pie, paras de comer, porque tú comes mucho y te lo comes en un momento.

Y dice el tonto:

—Vale.

Conque se van y llegan en cá la novia. Y dice la suegra:

—¡Ale!, vamos a comer.

Al poco de estar comiendo, pasa un gato y le pisa el pie, y deja de comer. Y todos diciéndole:

—¡Venga, come!

Y el tonto:

—No, no, ya no tengo más gana.

Y ya terminan de cenar y se van a acostar. Y al poco le dice el tonto al listo:

—¡Ay, hermanico, yo tengo hambre!

Y le dice el hermanico:

—Mira, levántate, vas a la alacena⁵⁶ y las migas que han quedado te las comes.

Conque va el tonto y dice: “Me las llevo al cuarto por si quiere mi hermanico comer”, pero se equivoca de cama y se acuesta con la abuela. Y le dice:

⁵⁶ *Alacena*: hueco hecho en la pared para servir de armario o despensa.

—Hermanico, ¿quieres migas?

Y entonces la abuela se tiraba pedos; y él le dice:

—No les soples, que no queman.

Y entonces el hermanico se da cuenta de que está acostao con la abuela y le dice:

—¡Muchacho, vente aquí conmigo, que te has acostao con la abuela...!

Entonces, al rato, dice:

—¡Ay, hermanico!, ¡tengo sed...!

Y dice el hermanico:

—Ves a las cantareras, que están los cántaros, y bebes agua.

Conque llega el tonto y en vez de beber con un vaso, mete las manos al cántaro y entonces no las podía sacar. Y va al cuarto y le dice al hermanico:

—¡Ay, hermanico, que he metío las manos al cántaro pa beber agua y no las puedo sacar!

Dice:

—Mira, pos sal a la calle y en una piedra que hay rompes el cántaro y las sacas.

Sale a la calle y en vez de darle a la piedra, le da a la abuela, que estaba meando, y la mata. Entonces se lo dice al hermanico, y dice el hermano:

—¿Ahora qué hacemos? ¡Vámonos, que nos matan!

Y salen corriendo y le dice el listo al tonto:

—Tráete pacá la puerta.

Y el tonto la arranca y se la lleva a cuestras.

Y escondiéndose se suben a un árbol y entonces pasaron unos ladrones y se pararon debajo a contar las perras que habían robao. Y le dice el tonto:

—¡Ay, hermanico, que me estoy meando...!

Y le dice el listo:

—Pos mea poco a poco pa que no se den cuenta.

Y entonces los ladrones dicen:

—¡Ay qué bueno es Dios, que nos echa aceite!

Al poco dice:

—¡Hermanico, me estoy cagando...!

Y dice:

—Bueno, pues tú caga poquito a poco, que no se den cuenta.

Y los ladrones dicen:

—¡Ay qué bueno es Dios, que nos echa morcillas!

Y entonces dice:

—¡Ay hermanico, que se me cae la puerta...!

—¡Pos suéltala!

Y pilla los ladrones debajo. Y vinieron los civiles y los pillaron, y ellos se salvaron.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Narrado por Antonia Cortés

167. LA PUERTA SOBRE LOS LADRONES

Había una vez una madre y un hijo que eran muy pobres, y le dijo la madre al hijo:

—Ve y tráete las espuestas para poner la leña.

Y el hijo, que era tonto, se trajo las puertas.

—¡Ay, hijo mío!, ¿qué has hecho?

Y en eso que escuchó que venía gente y vieron que eran unos ladrones, y se subieron a un árbol rápidamente. Y los ladrones se pusieron justo debajo de donde ellos estaban, y los oyeron comentar lo que habían hecho y que tenían unos sacos con mucho dinero, mientras sacaban una sartén.

En eso momentos dijo el hijo:

—¡Ay, madre, que me meo, que me meo...!

Y la madre le respondió:

—Pues mea poquito a poquito, aunque eso sea nuestra perdición.

Y entonces los ladrones dijeron:

—¡Qué bueno es Dios, que hasta aceite nos echa!

—¡Ay, madre, madre, que me cago...!

Y la mujer le volvió a responder:

—Pues caga poquito a poquito, a ver si nos descubren.

Y ellos dijeron:

—¡Qué bien, que hasta chorizos nos echan!

Y el hijo dijo:

—¡Ay, madre, madre, que no puedo más con las puertas...!

—¡Ay, hijo mío, aguanta un poquito más a ver si se van!

—¡Madre, madre, que no puedo más...!

Y se le cayeron las puertas.

Y los ladrones, asustados, huyeron dejándose el botín, y con el botín ellos dejaron de ser pobres.

Narrado por Isabel Hoyos García, 48 años (Albacete)

168. LA CAPA ENGANCHADA EN EL CEMENTERIO

Después de un baile de los que se hacían en el pueblo, nos juntamos unos pocos amigos y nos decíamos entre nosotros:

—¡Tú tienes más miedo que tal!

—¡Tú tienes más miedo que cual!

Así hasta que saltó uno y dijo:

—¿Que yo tengo miedo? ¡Yo soy el más valiente!

Y como a lo lejos se veía el cementerio, le dijimos:

—Veste a la puerta del cementerio y tocas con una piedra al llegar para que te oigamos y sepamos lo valiente que eres.

Y el hombre se fue. Pero al llegar se le enganchó la capota al ir a rodearse para coger una piedra, y éste creyó que lo había cogido algún muerto y salió corriendo adonde estábamos todos nosotros y nos lo contó, y todos, asustados, nos fuimos a dormir.

Y a la mañana siguiente fuimos al cementerio y estaba la capota enganchada en el picaporte de la puerta, y nos reímos del valiente.

Narrado por Francisco Morcillo Ruiz, 76 años (Pozo Cañada)

169. EL SUSTO MÁS GRANDE

Había una vez un hombre segando hierbas cerca del cementerio. Y dio la casualidad que, detrás de un muro que había, pasó un hombre con un burro y paró junto al muro para hacer sus necesidades. Y el que estaba segando, cuando llenó el saco de hierba, lo echó por encima del muro para después cogerlo y no llevar tanta carga. Y el saco cayó sobre el hombre, que tenía los pantalones bajados, y éste salió corriendo a su casa sin parar y a gran velocidad.

Y cuando llegó a su casa, no llevaba ni pantalones ni zapatillas, y la mujer, al verlo, cogió un palo para darle. Y se libró porque rápidamente le contó lo sucedido.

Narrado por Francisco Morcillo

170. EL CUENTO DE LA LECHERA

Érase una vez una campesina que iba por un camino que llegaría hasta el mercadillo de un pueblo. Ella llevaba un cántaro encima de la cabeza lleno de leche. Iba distraída pensando en lo que haría para tener más dinero y cómo podría gastarlo.

Empezó que primero vendería la leche que llevaba en el cántaro y con el dinero que sacase, compraría unos huevos y de ellos nacerían unos polluelos. Ella esperaba a que se hicieran unos buenos pollos y unas gallinas muy hermosas para venderlos y sacar unos buenos reales de ello. Con el dinero conseguido compraría unos corderillos, con lo que después los mataría y con la carne haría lo mismo que con lo demás y sacaría muchísimo dinero para poder comprar unos terrenos. En esos terrenos plantaría toda clase de hortalizas y frutas, las volvería a llevar al mercadillo y se haría muy rica.

Así y así fue pensando todo lo que haría y por no fijarse bien dónde pisaba, tropezó con una piedra y ella y el cántaro fueron al suelo. El cántaro se hizo añicos y la leche se desparramó por todo el camino. Ella se puso a llorar viendo cómo sus sueños se habían esfumado.

Con este cuento se puede sacar la conclusión de que no te puedes hacer ilusiones sin tener una buena base.

Narrado por la abuela de Rocío Ávila Cerdán (Jarafuel-Valencia)

171. EL BURRO QUE NUNCA EXISTIÓ

Esto era una familia muy pobre que apenas tenía para comer. Los padres tenían dos hijos que se llamaban Juanito y Carlillos. Una vez el padre vino de trabajar del campo muy cansado y les dijo a sus hijos:

—Tengo que comprar un burro que me ayude a las tareas del campo —sabiendo el pobre hombre que nunca lo podría comprar porque no tenía dinero.

Pero antes de decir esto, los hijos ya estaban peleando:

—¡Yo montaré el burro! —decía Juanito.

—¡No! ¡Lo montaré yo, que soy el mayor! —le respondía Carlillos.

A esto, el padre le echó una mirada al hijo mayor y le dijo:

—Déjalo subir a él, Carlillos.

Y éste comprendió enseguida que no era muy inteligente pelearse por algo que no se tenía y que, quizás, nunca se tendría.

Narrado por M^a del Pilar Gómez Cabello, 43 años (Albacete)

172. EL TONTO APALEADO

Era una mujer que tenía un hijo que era falto, y le manda su madre a moler una fanega⁵⁷ de trigo al molino. Y le dice su madre:

—De cada fanega, te cobra un celemín⁵⁸.

El tonto, para que no se le olvidase, decía: “De una fanega, un celemín; de una fanega un celemín...”.

Y pasó por donde estaba un hombre sembrando, y decía: “De una fanega, un celemín; de una fanega, un celemín...”. Y ya se da el hombre cuenta, y viene y le suelta una paliza. Y dice el tonto:

—Entonces, ¿qué tengo que decir?

Y dice:

—Que salga mucho.

Y para que no se le olvidara, decía: “Que salga mucho, que salga mucho, que salga mucho...”. Y ya pasa por ande había un hombre que iba con un carro que se le iba arramando el azaite. Y dice el carretero:

—¡Ah, que salga mucho...!

Y le dio otra paliza. Y dice el tonto:

—Entonces, ¿qué tengo que decir?

Y le contesta:

—Que no salga ninguno.

Y decía: “Que no salga ninguno, que no salga ninguno...”. Y pasa por ande había dos frailes, y estaban bañándose en una piscina y no podían salir. Y decía: “Que no salga ninguno, que no salga ninguno...”. Y ya salió uno y le dio otra paliza. Y dice el tonto:

—¿Qué tengo que decir?

Y dice el fraile:

—Que por ande ha salió uno, que salga el otro.

⁵⁷ *Fanega*: unidad de capacidad para granos, legumbres y otros frutos secos que equivale aproximadamente a 55'5 litros.

⁵⁸ *Celemín*: unidad de capacidad para granos, legumbres y otros frutos secos que equivale aproximadamente a 4,6 litros.

Y el tonto decía: “Por ande ha salío uno, que salga el otro; por ande ha salío uno, que salga el otro...”. Y ya pasa por ande estaba un tuerto; y dice:

—Por ande ha salío uno, que salga el otro; por ande ha salío uno, que salga el otro...

Y se creía que por ande le había salío un ojo, le saliera el otro, y le soltó una paliza. Y dice el tonto:

—Entonces, ¿qué tengo que decir al molinero? —el tuerto era hermano del molinero.

Y dice el tuerto:

—Que de cada fanega, te cobre dos celemines.

El tonto decía: “De una fanega, dos celemines; de una fanega, dos celemines...”. El molinero le cobra dos celemines.

Cuando llega a su casa y su madre vio que le cobró dos celemines, dijo:

—¿Qué le has dicho al molinero:

Y dice el tonto:

—De una fanega, dos celemines.

Y su madre le soltó la última paliza.

Narrado por Juan Francisco García González, 80 años (Balazote)

173. EL HIJO TONTO

Una madre viuda que tenía un hijo subnormal y lo mandó al molino con una fanega de trigo a que se la moliera el molinero. La madre le dijo que fuera todo el camino diciendo: “De una fanega, un celemí; de una fanega, un celemí...”.

Por el camino se encontró con unos que estaban sembrando y le preguntaron que qué iba diciendo y él dijo que de una fanega, un celemí. Los sembradores le dijeron que tenía que decir “que salga mucho, que salga mucho...”.

El tonto sigue andando y se encuentra con unos arrieros que se le habían roto las pieles del aceite y se le estaba saliendo. Y entonces le dijeron que dijera “que no salga ninguno, que no salga ninguno...”. El chiquillo sale diciendo al camino adelante “que no salga ninguno, que no salga ninguno...”. Llega donde había unos pocos que se habían caído a un pozo; y salió uno, y como el tonto iba diciendo “que no salga ninguno”, el otro le pegó una paliza y le dijo:

—Tienes que decir que por donde ha salío el uno, que salga el otro; que por donde ha salío el uno, que salga el otro...

El tonto llega al molino con la fanega de trigo y va diciendo: “Por donde ha salío el uno, que salga el otro...”. Y el molinero, que era tuerto, se creía que le decía que por donde se le había salío un ojo, que se le saliera el otro; y el molinero le pega una paliza al tonto.

Y va llorando a su casa, diciendo que el molinero le había pegao y no le había molío. La madre, que tenía un nene pequeño y una llueca, le dice:

—Si llora el nene, lo rascas; y si se levanta la llueca, que no se le enfríen los huevos.

De que vino la madre, el tonto había matao al nene porque de tanto rascarle le había sacao los sesos. Y la llueca, que se había levantao, el tonto se había sentao en los huevos para que no se enfriasen; y cuando se levantó, tenía tó los huevos esclafaos en el culo.

Narrado por Celedonio Roldán, 70 años (Alcadozo)

174. EL TONTO DE LA HARINA

Era una madre que tenía un hijo tonto, y su madre lo mandó al molino para moler la harina y hacer pan. Y le dijo:

—Ven y trae la harina volando.

Y el tonto, cuando estuvo molida, salió a la puerta y la echó al aire. Y cuando llegó a su casa, le dijo su madre:

—Y la harina —le preguntó—, ¿dónde está?

—¿Es que no ha llegao? La he echao volando, como tú me dijistes —dice el tonto.

—Y entonces, ahora que no ha llegao —dice su madre—, ahora no traes harina ni podemos comer pan ni puedo amasar harina: nos quedamos sin comer. Pues si no ha llegao la harina, vuelve otra vez al molino a ver si el molinero otra poca... y me la traigo en un saco.

—¡Pos yo la eché volando, y si el aire no la ha traído, pos yo la tengo que traer a cuestras!

Narrado por Julia Carrasco Pastor, 75 años (Lezuza)

175. LOS TRES EXTRANJEROS

Esto eran tres extranjeros que vinieron a España, en verano. Fueron al pozo del tío Raimundo. Y pasaban trabajadores e iban diciendo:

—Nosotros mismos.

Y uno de los extranjeros se le quedó esa palabra.

Después pasó otro grupo diciendo:

—Porque quisimos.

Entonces a otro de los extranjeros se le quedó esa otra palabra.

Y el último y tercer grupo iban diciendo:

—Con justa razón.

Al extranjero se le quedó.

Después fue la pareja de la guardia civil (y detrás del pozo había un cadáver) preguntándoles que quién había matado a aquél. Entonces, el primero que había oído aquella palabra, creyendo que tenía razón, dijo:

—Nosotros mismos.

La guardia preguntó:

—¿Por qué motivo?

Contestó el otro:

—Porque quisimos.

Dice entonces la guardia civil:

—Venga con nosotros.

Y dice el tercero:

—Con justa razón.

Narrado por Crisóstomo Jiménez Tolosa, 70 años (Alpera)

176. EL FALSO SORDO

Hubo hace tiempo un hombre que padecía sordera, según muchos. Este hombre tenía a su espalda muchas deudas, y la gente iba y le decía:

—Me debe usted treinta pesetas.

Él respondía:

—No, yo no quiero papeletas.

Todos los vecinos se reunieron y dijeron que daba igual que no pagase, que bastante le había caído a ese hombre con eso de la sordera. Pero un hombre no tardó en saltar y decir:

—¿Cómo saben que es sordo y no un engañoso y timador?

Todos dijeron:

—¿Cómo puede decir eso?

Él dijo:

—Comprobémoslo.

Al día siguiente fue este hombre donde el sordo estaba sembrando y le dijo:

—¡Que se te está quemando la casa!

—¿Cómo?

—¡Que se te quema la casa!

El sordo salió corriendo, diciendo “¡fuego!, ¡fuego!”, y todos comprobaron que no era sordo.

Narrado por José Caballero Ruiz, 68 años (Villamalea)

177. "AGUSTO"

Pues éste es un hombre, un molinero de ahí abajo que se le cortó el agua, y era ya bastante tarde. Y, claro, arriba en el cortijo había un chaval llamado Agosto. ¿Y qué hizo?: pos tenía una choza de los cerdos, porque su padre no estaba allí, tenía las puertas cerradas. Y llegó a una choza onde tenían los cerdos: eran bardas lo que tenía tó encima, y el muchacho le pegó fuego a aquello pa calentarse un poco. Pero no se había dao cuenta que los cerdos estaban dentro.

Entoces otra hermana que tenía, allí en una..., unos..., retirao, vio el humo y vino corriendo, y el molinero ende abajo, ende la presa, empezó a echar voces:

—¡Eh, chico!, ¿pos quién le ha pegao fuego a la choza?

Dice:

—¡Le ha pegao Agosto!

Dice:

—¡Pos si le ha pegao agosto, Dios nos ampare, que yo me voy!

Narrado por Julio Pedregales Moreno, 78 años (El Batán del Puerto)

178. EL REY DE LOS AVAROS

Versión 1.

Una vez había un viejo tan avaro que era capaz de partir un pelo por la mitad para ahorrarse el otro medio. Se llamaba Araña.

Un día oyó hablar de un tal Candil Sin Mecha, que le llamaban el rey de los avaros. Araña no se creía lo que la gente decía, lo quería comprobar por sí mismo, y caminó hasta el pueblo donde vivía Candil Sin Mecha.

Preguntando llegó a su casa justo cuando se acababa de levantar. Empezaron a hablar, pero Candil Sin Mecha tenía que lavarse un poco. Araña le dijo que se tomara el tiempo que quisiera, pero el rey de los avaros respondió que no se tomaría mucho porque el tiempo es oro. Llegó al lavabo, echó unas cuantas gotas de agua y con ellas se lavó los ojos y la cara y se peinó con los dedos su sucio pelo.

El señor Araña se quedó sorprendido por lo que ahorra. Entonces Araña le dijo que a ver si le enseñaba algunos trucos para ahorrar, ya que decían que él era tan bueno.

—Te invito a desayunar —dijo Candil Sin Mecha—, porque el ahorro nunca debe estar reñido con la cortesía.

Y los dos avaros salieron de la casa a comprar el desayuno. Entraron a la panadería:

—¿Cómo te ha salido hoy el pan?

—Más suave que la manteca.

—¿Qué te parece si compramos mejor un poco de manteca?

—De acuerdo.

Y fueron a comprar manteca para el desayuno.

—¿Tiene usted hoy buena manteca?

—¡Buenísima! ¡Es tan fina como el aceite!

—Como el aceite es más fino que la manteca, vamos a comprar un poco.

Y así fueron a casa del aceitero. Ya en casa del aceitero:

—Buenos días. Quisiéramos un poco de aceite que fuera bueno.

—¡Desde luego! ¡Lo que tengo es buenísimo! Es tan claro como el agua.

—¿Qué te parece? ¡No seamos tontos! Puesto que el agua es más rica y más clara que el aceite, vamos a desayunar a la fuente.

Y allí fueron los dos avaros, muy satisfechos de haber encontrado un desayuno tan apetitoso y económico. Y allí desayunaron el agua que les sobraba a los asnos y mulas que bebían en el pilón.

Y Araña aprendió la lección de ahorro que le dio su amigo Candil Sin Mecha, a quien con razón llamaban el rey de los avaros.

Narrado por Manuel Córcoles, 72 años (El Salobral)

Versión 2.

Esto era un viejo avaro que se privaba de comprar un plátano por no botar la cáscara.

Piraña, que así se llamaba el viejo, oyó hablar un día de un colega suyo apodado Mano Dura, de quien se decía que era el rey de los avaros. Quiso comprobarlo por sí mismo y fue al pueblo donde vivía Mano Dura.

Cuando llamó a la puerta de su casa, el rey de los avaros se acababa de levantar.

—¡Buenos días, amigo Mano Dura! —dijo Piraña, como si fuera amigo suyo.

—¡Bienvenido a mi casa! —le respondió el colega avaro—. Espérame un momento que me lave.

—Tarda todo lo que quieras —replicó Piraña.

—No mucho, porque el tiempo es oro —dijo sonriendo irónicamente Mano Dura.

El rey de los avaros fue al lavabo, echó unas gotas de agua y con ellas se lavó la cara y los ojos. Luego, se peinó los hirsutos pelos con los dedos de su mano abierta.

Terminado el breve aseo, Mano Dura se sentó en el suelo sobre una estera, invitando a Piraña a que hiciera lo mismo. Luego, dijo al forastero:

—Tú dirás.

—He oído hablar de tu inigualable virtud de ahorrar y quiero tomar algunas lecciones de tu ciencia. A cambio, te enseñaré algunos de mis secretos.

—Bien —sonrió Mano Dura—. ¿Has desayunado?

Y sin esperar respuesta de su colega, volvió a decir:

—Pues hoy tengo el gusto de invitarte a desayunar. El ahorro nunca debe estar reñido con la cortesía.

Y los dos avaros se dirigieron al mercado para servirse un buen desayuno. Pero al pasar por la panadería, preguntó Mano Dura al panadero:

—¿Tiene hoy buen pan?

—Tan suave como la manteca —respondió el panadero.

—¿Qué te parece, amigo Piraña, si compramos mejor un poco de manteca en vez de pan?

Fueron a comprar la manteca para desayunar. Mano Dura dijo a la vendedora:

—Buenos días, señora. ¿Tiene usted buena manteca?

—Tan fina como el aceite —contestó la mujer.

—¿Qué te parece? Si el aceite es tan fino como la manteca, podemos comprar aceite.

Una vez en casa del aceitero, díjole Mano Dura:

—¿Es bueno tu aceite?

—Desde luego, y tan puro como el agua —respondió el aceitero.

—¿Qué te parece, camarada? Puesto que el agua es tan pura como el aceite, vamos a desayunarnos a la fuente cercana.

Y a la fuente se fueron los dos avaros, muy satisfechos de haber encontrado un desayuno tan increíblemente barato. Mezclados con asnos, caballos y mulos, se desayunaron en el abrevadero. Bebieron como unos salvajes y luego se despidieron con grandes muestras de afecto los inefables avaros.

Piraña regresó a su pueblo satisfecho de haber conocido y comprobado que, efectivamente, su colega bien merecía el título de rey de los avaros.

Narrado por Luis Nieto Carrizo, 90 años (Albacete)

179. EL AVARICIOSO Y LA ZAPATILLA

Era una vez un hombre que era muy avaricioso y vivía en un pueblo y tenía que ir a llevar la molienda a otro que había cercano. Y un día cogió y se fue con la molienda y cuando iba mu largo, se encontró con una zapatilla. Y entonces dijo:

—¿Qué hago yo con esto?

Y se la dejó.

Y siguió andando, andando y cuando ya iba por..., había andado dos kilómetros o más, entonces dio la casualidad que se encontró con la otra; y dijo:

—Pues ahora vuelvo y la cojo.

Ató la caballería allí, a un árbol, y se fue.

Y cuando volvió, habían pasado unos bandoleros y se habían llevado el caballo con la molienda. Y entonces se tuvo que ir andando a su casa, que estaba larguísimo. Y ya llegó rendido y dijo:

—¿Y ahora qué le digo yo a mi mujer?

Conque llegó y le dijo lo que le había pasado. Y entonces dijo la mujer:

—Eso te pasa por ser tan avaricioso.

La avaricia rompe el saco.

Narrado por Dolores Moreno García, 71 años (Ayna)

180. UN PADRE Y UN HIJO DE CACERÍA

Iban un padre y un hijo de cacería y el padre vio un lobo y le dijo a su hijo:

—¡Bastianito, mira un lobo! ¡Bastianito, mira un lobo!
Y el hijo, que era muy ignorante, preguntó a su padre:

—Padre, ¿me ha mordió?

El padre no tuvo otro remedio que contestarle:

—¡Tú sabrás, tonto jodío!

Narrado por M^a del Pilar Gómez Cabello, 43 años (Albacete)

XI. CUENTOS SOBRE CURAS Y ÓRDENES RELIGIOSAS

181. EL CURA, EL SACRISTÁN Y EL CAPELLÁN

En un pueblo lejano de la sierra había una mujer muy guapa, y el cura le decía cuando iba a confesar:

—¡A ver, María, que no he dormido contigo todavía!

Y le decía:

—Pues mañana a las ocho.

Y va el sacristán y le dice:

—Pues si a las ocho, yo también.

Bueno, pues en efecto al día siguiente ella le dice a su marido:

—Oye, me ha dicho el cura...

Dice el marido:

—Pues esconde al cura en el horno, al capellán donde se mete el pan y el sacristán detrás de la artesa lo escondes.

Llega el cura y le dice:

—Ahí, escóndase ahí, que mi marido viene ahora y marcha luego.

Luego llega el capellán, y lo mismo; y el sacristán, y lo mismo.

Y llega el marido y le dice:

—María, vamos a amasar.

Y encuentra al sacristán detrás de la artesa.

—¿Cómo? ¿Pero tú por aquí? ¡Dos ochavos o la vida!

—¡Mire usted, que tengo dos hijos y no tengo dinero!

—Bueno, pues vamos a echar el pan y ahora vamos a ponerle con el culo para arriba y ponemos ahí la vela.

Bueno, pues en efecto llega y dice:

—María, que hay que empezar a encender el horno.

Y dice el capellán:

—¡Ay, ay, que me ahogo!

—¡Tú, ahí! ¡Tres onzas o la vida!

Y le dio las tres onzas y se marchó el capellán como un demonio corriendo.

Y llega el cura.

—¡Tú, dos onzas o la vida!

Y se marchó también él corriendo.

Al día siguiente María se había comprado un vestido y se había puesto muy, muy, muy, muy guapa, y se fue a misa. Tras darse la vuelta, el cura dice en la misa:

—¡Qué guapa viene María!

Y dice el capellán:

—¡A cuenta tuya y la mía!

Y el sacristán contesta:

—¡Y por no tener dinero,
el culo me pusieron de candelero!

Narrado por Eulalia Martínez Correda, 50 años (Hoya Gonzalo)

182. LA MOLIENDA DEL CURA

Pasaba un cura por la calle y estaba la mujer en la calle barriendo. Y decía el cura:

—¡Vaya usted con Dios, niña pichirracá!

Y decía ella:

—¡Vaya usted con Dios, chiquillo pichirracó!

Y ya se lo contó al marido lo que le decía el cura. Y decía, dice:

—Pues nada, cítalo a la almazara.

Conque ná, pasa el cura esa mañana:

—¡Vaya usted con Dios, niña pichirracá!

Dice:

—¡Vaya usted con Dios, señor so pichirracó! —Dice ella:— Oiga usted, señor cura, dígame usted qué quiere usted decirme con eso.

Dice:

—¡Mira!, ¿pos qué quiero?: a ver si quieres tú que... ¡Dormir contigo!

Y dice:

—Bueno, pues sí. Vaya usted a la almazara tal día, a la almazara que allí está, que allí estoy yo.

Y dice:

—Bueno, pues allí esperamos.

Conque, ná. Y había allí en la almazara, que antes había un caballo pa moler oliva y eso. Conque, ná, llegó el cura a la almazara y estaba allí el almazarero, y lo empalmaron y lo metieron al rulo⁵⁹ y le dieron de latigazos al cura.

—¡Arre que tira, que tira, que tira!

Y dice ella:

—¡Mira, mira! ¿Ves, ves, ves, ves lo que hay en la almazara?

Conque, nada. A otro día pasa el cura por la calle, y estaba barriendo. Y dice:

—¡Vaya usted con Dios, señor so pichirracó!

Dice:

—¡El que quiera moler olivas que compre un jaco!

Narrado por Arsenio Muñoz González, 82 años (Dehesa de Ayna)

183. EL CURA Y LA MUJER DEL TENDERO

Esto era un cura que se quería acostar con la mujer de un tendero (de un comerciante, como dicen ahora). Y, claro, pos cuando tamién fue el marido, y le dijo la mujer:

—Mira, me ha pedío compromiso el señor cura —dice—, pero a ver qué dices tú —dijo la mujer.

Dice:

—Dile que sí, y cuando esté con la faena contigo, antes que llegue al colmo, lo metes en un saco de pimentón.

Pos eso hizo.

Así que viene el tendero (¡pom-pom!, a la puerta):

—¡Ay, que es mi marido!

—Pos nada, pos si es tu marido...

—¿Sabe usted dónde se va a meter?: en un saco que hay ahí de pimentón, y ahí no va a tocar.

Pos sí señor. Así que vino el jefe de la tienda, lo primero el pimentón; coge un garrote, se emplea con el cura y casi le dio la primera comunión.

⁵⁹ *Rulo*: piedra utilizada en los molinos de aceite.

Sale tirando y a los pocos días pos sale la mujer del tendero a la iglesia. Y iba así: taquetín, taquetón por la puerta del señor cura. Dice el cura:

—¡Ni que digas chaquetín ni que digas chaquetón,
a mí no me metes más en el saco del pimentón!

Narrado por Noelia Fernández Pinedo (Peñarrubia)

184. EL ARRIERO Y EL CURA

Había un matrimonio y él era arriero, con burros, que iba a llevar cosas; la mujer era guapa, ¡pero guapa!. Y el cura pos se enamoró de ella. Y dice:

—¡Te parece el cura, que me ha pidío el compromiso que me acueste con él!

—Pos sí, le vas a decir que sí.

Pos güeno, le dice que sí. Y el cura entró conforme, que se iba el marido. Pos entonces, así que se lo dijo, dice:

—Tú te vas a ir como de viaje y le vas a exigir al cura que se quede como su madre le ha parío de desnudo, y así que yo voy a volver, y lo vas a meter en el arca que hay de tu madre —dijo el arriero.

Pos güeno, viene el cura más preparaao a la mujer del arriero, cuando dice:

—Mire usted, yo con los hombres que me he acostao, me tengo que acostar desnuda, sin calzoncillos y sin camisa ni ná.

—¡Ah, pos mucho mejor! —¡vaya una leche, eh! ¡Qué falta puso!

Cuando estaban con to la faena, ¡pum, pum! a la puerta: el arriero.

—¡Ay, que es mi marido!

—¿Pos qué, pos qué te ha paso?

—¡Pos calla, que tenía el arca, que tenía el arca esa que tenía su madre, que me la habían encargao y se me ha olvidao y tenía que volver por ella!

¡Virgen de Cortes, pos si estaba el cura metío en el arca!

—¡Que no, el arca de mi madre no se la lleva nadie porque no, porque es un recuerdo de mi madre!

—¡Cállate, que calentica me ayudas tú a cargarla!

Cogen el arca y la montan en un burro, y el cura dentro. ¿Y ánde lo llevaban?: a un convento de monjas. Pero claro, como iba el cura desnudo...

Pos así que, ¡jala!, que acuden allí tó las monjas a ver al santo que le habían encargao al arriero. Y entonces, como estaba desnudo, pos estaba deshonesto el cura, pero las monjas acudieron.

—¡Ay, es precioso, es precioso!

Pero le ponían una dificultad: que tenía un tropezón que no les agradaba, no les gustaba lo que el cura tenía ahí.

—Nos gusta mucho el santo porque es precioso, pero lo que más le ponemos es que tenga el trompezón ese.

Y entonces dice el arriero:

—¡Esto se lo quito yo!

Saca una navaja de dieciocho muelles y va a tirarla al cura a tó aquella panza. Sale el cura corriendo y las monjas detrás. Y dicen:

—¡San Nicodemo, con el trompezón te queremos!

Pero el cura pasó por la puerta del arriero y ni se acostó con la mujer del arriero ni con las monjas ni con nadie.

Narrado por Noelia Fernández

185. SAN NICODEMO

Versión 1.

Era un convento de monjas y había un sacerdote que les decía la misa.

—Estamos muy contentas con usted, pero nos falta el San Nicodemus.

—¿Y cómo voy yo a traer un santo, con lo que cuestan?

—¡Ay, nos falta el San Nicodemus!

Y ya tanto que dice el sacristán:

—No se preocupe usted por San Nicodemus. Yo me voy a poner de San Nicodemus.

Conque dice:

—¿Y cómo te vas a poner? Porque los santos están desnudos.

—Pues yo me voy a desnudar. Me pone usted ahí, en un altar, y que vengan y me recen.

Conque lo ponen en un altar, y venían de dos en dos las monjas:

—¡Ay, a mí me gusta mucho! ¡Ay, qué San Nicodemus! ¡Si parece de verdad! ¡Ay, qué santo más guapo! ¡Parece de verdad!

Y ya llegaba otra y lo mismo:

—¡Ay...!

—¿Están ustedes contentas?

—¡Ay, contentísimas! ¡Ay, qué San Nicodemus!

Y ya llegan las dos últimas. Una, que era una monja jovencica, había entrado hacía poco; y dice la monja:

—¡Rayos!

—¿Es que no te gusta?

—Pues sí que me gusta, pero...

—¡Ay, hija mía, si parece de verdad! Vamos a rezarle.

—Récele usted...

Ella sabía que era un hombre. Claro, y dice:

—¿Pero es que no te gusta?

Dice:

—Sí me gusta, si no fuera por las colgaduras.

Y dice la monja, la mayor:

—No te preocupes. Aquí llevo yo unas tijeras; se las cortamos.

Al decir eso, el sacristán salió corriendo y las dos monjas, detrás:

—¡San Nicodemus, venga usted,
que no se las cortaremos!

Y colorín colorao, este cuento se ha acabao.

Narrado por Valeriana Fernández Serrano, 82 años (Alcadozo)

Versión 2.

Era un hombre y le hicieron un encargo las monjas: que le llevaran un santo. Y entonces llegó y puso en el altar a un cura, en una repisa, como si hubiera sido un santo.

Y, claro, a las monjas les gustó mucho; pero cogió y dice que no les gustaba con lo que tenía entre las piernas. Y entonces dijo el arriero que aquello mismo no era impedimento, que él mismo se lo cortaba. Y entonces sacó la navaja y se fue a cortar aquello y como era un cura, un sacerdote, pues cogió y se fue... corriendo; se tiró y se fue corriendo. Y dicen:

—¡Ay, Dios mío! ¡San Nicodemo, vuelve, que con el tropezón te queremos!

Narrado por señora de unos 70 años (Peñarrubia)

186. SAN PEDRO VESTIDO DE TORERO

A San Pedro se lo llevaron a Albacete en un cajón. Y yendo por las calles, el sacristán se encuentra a un amigo y le dice:

—¿Ánde vas, fulano?

—Voy a retocar a San Pedro, que son las fiestas y hemos juntao mil duros.

—No, vente a mi casa. Nos quedamos con los mil duros y ya verás.

Lo visten de torero a San Pedro y lo meten en el cajón y lo traen otra vez. Y llega el sacristán y le dice al cura:

—Venga, señor cura, vamos a poner a San Pedro en el altar.

—No, ponlo tú solo y deja las cortinas caer pa que no lo vean.

Y cuando estaban ya tó la gente allí pa decir misa, pos le dicen:

—¡Lo vais a ver y no lo vais a conocer!

Tó la gente con la boca abierta a ver, y ya que le dice el cura al sacristán:

—Ladea las cortinas.

Ladea las cortinas y lo habían vestío de torero. Y dice el cura:

—¡Me cagüen la hostia, que yo tampoco lo conozco!

Narrado por Teresa González Moreno (Bogarra)

187. EL SACRISTÁN Y LAS MONJAS

Pues las monjicas de Peñascosa tenían un hortelano que no les pagaban, y no sabían cómo decirselo para que el hortelano no se enfadara.

Entonces pensaron hacerlo con el organillo en misa. Y una mujer se lo dijo que lo iban a hacer así. Y ésta es la canción que les cantaron las monjas:

—Hortelanillo que riegas la huerta,
hace tres años que no pagas la venta.

Y el sacristán contestó también por el órgano:

—Si el pepino se me nace
y el nabo se me endereza,

el primer agujero que tape,
el de usted, madre abadesa.

Narrado por Eulalia Martínez Correda, 50 años (Hoya Gonzalo)

188. LA MONJA SORDA

Iban tres monjas en el tren y una estaba un poco sorda (como yo). Y dice una a la otra:

—¿De dónde es usted?

—Yo soy de Canarias —¡no!—, soy de Valencia —dice—, y hay unas naranjas así de gordas.

Y la sorda, como no oía bien, no hacía más que mirar.

Y luego dice la otra:

—Pues yo soy de Canarias —dice—, y venden unos plátanos así de largos.

Y salta la sorda, dice:

—¡Ah!, ya sé de quién me están diciendo: del padre Luis.

Narrado por Noelia Fernández Pinedo (Peñarrubia-Masegoso)

189. EL CURA Y LA MUJER DEL ALCALDE

En el pueblo por ahí cerca, de las Peñas de San Pedro, estaba el alcalde, el secretario y el cura. Como son los que menos trabajan en el pueblo, se dedicaban a chismorrear.

Un día el alcalde, curioso, le preguntó al cura:

—Oiga usted, usted estará enterado de todos los líos que pasan por ahí...

—Pues sí.

—Dígame usted.

—¡Uy! Pues no, no puedo.

—Bueno. Cuando vaya el domingo a confesar, diga usted si indica o no indica.

Dice:

—Vale.

Así, va el cura y decía “indica” o “no indica”. Cuando llega la mujer del alcalde, dice “indica”, y dice el señor alcalde:

—¡Oiga, señor cura, que es mi mujer!

Y dice:

—¿Sí? Pues indica, indica y indica.

Claro, que le estaba poniendo los cuernos a tope.

Narrado por Eulalia Martínez Correda, 50 años (Hoya Gonzalo)

190. EL CURA Y LAS MUJERES

Pues nada, vino un cura a la Cañá del Provencio y claro, pues el hombre se encontraba muy bien y tenía que ir todos los días a comer a una vivienda, a una casa, de los habitantes que había.

Y claro, pues el primel día que fue a comer le presentaron de comida unos andrajos⁶⁰. Y cuando se terminó de comer pues dice:

—Esto ha estao maravilloso, riquísimo, una comida muy especial; no la había probao nunca, pero me ha gustao mucho.

Entoces se cruzó por la aldea allí un poco. Le preguntaban y tal al cura, y ya pues toas las mujeres... A otro día va a otra casa y se encuentra con otros andrajos.

—¿Entonces es que no comen ustés aquí ná más que esta comida?

Dicen:

—Pos no. Como le gustó tanto la primera, pos hamos acordao que como le gusta tanto pos...

Dice:

—Pos vamos tener que matar la andraja pa ver si no criara tanto.

Bueno, pues ya tomó tanta confianza la gente con el cura que..., que ya ..., ya... Había vacas, y el hombre ya iba fumándose las poco a poco, cargándose a las mujeres. Y el hombre intentó de comprar una arriera de esas gordas, un cencerrón, y salir allí, a la vega de la cañá, y se metía por medio los pañizales (¡pum!, ¡pum!) con el cencerrón tocándolo. Y entonces las mujeres, que ya lo sabían...

—¡Chanchito, compadre, que nos estrozan los panizos los facos! ¡Andar! ¡Los toros, que están allí en el panizo...!

Y salía tó el pueblo a la cañá.

Y entoces se guardaba el tío la arriera, venía y, mientras él hacía la leña allí con la que le gustaba.

⁶⁰ *Andrajos*: guiso de caldo con sopas hechas de una torta especial que suele llevar liebre, conejo o perdiz.

Y así siguió aquello. Bueno, pues ya a otro día fueron a misa y empezaron las mujeres allí a confesar, la gente.

Dice:

—Pobrecitas, las mujeres de aquí, de esta aldea, que todas llevan camisa de lienzo.

Y el que estaba allí, el alcalde, dice:

—¡Eh, cuidao, menos la mía! ¡Que es de musolina⁶¹ la que lleva, la camisa!

Dice:

—¡Eh!, también lo sé, también lo sé...

Narrado por Julio Pedregales Moreno, 78 años (El Batán del Puerto)

191. QUIEN TE CONOCIÓ, CIRUELO...

Un hombre tenía un ciruelo y se lo llevaron para hacer un crucifijo con la madera del ciruelo. Y ese hombre fue un día a la iglesia y dijo:

—¡Quien te conoció, ciruelo!
Del árbol fruto no vi;
así que los milagros que tú hagas,
que me los cuelguen a mí.

Narrado por Natividad García Mateo, 72 años (Mahora)

192. EL CURA Y LA MUJER DEL MAESTRO

Coge y estaba hospedado allí, en casa del maestro, y iba todos los días a decir su misa por la mañana y hasta mediodía. Entonces volvía a casa del maestro y tenía la mesa puesta y la mesa quitá. Tenía su habitación y tenía una muchacha, la que le limpiaba la habitación: se lo dejaba todo arreglao. Y él se iba a su misa y volvía otra vez, comía y se iba.

Pero luego viene por la tarde y estaba la señora del maestro. Y al llegar la señora del maestro, dice:

—Hola, buenas tardes, don Pedro. ¿Va a ir usted esta tarde al rosario?

⁶¹ *Musolina*: muselina. Tela delgada y poco tupida.

—Sí, quizá. Voy a ir porque va la señorita María y tengo que estar allí. Pero antes tengo que hablar con usted, doña Rosario.

—Dígame.

—Y tienes que pasar conmigo a la habitación, porque yo he visto una cosa que no estaba bien puesta.

—¿Qué ha visto usted que no estaba en su sitio?

—Pues en la cama vi una cosa que no estaba bien puesta.

—¿Y qué era?

—Pues usted, que estaba en la cama de su marido.

Narrado por Piedad Valiente Moreno, 59 años (Bogarra)

193. EL CURA TONTO

Esto van dos curas a la iglesia y hablan de lo milagrosa que es el agua bendita. En eso que un hombre con su burra y la ata al pilar. En eso que se escapa la burra y el hombre, sin saber qué hacer, dice:

—Señor cura, pídale a Dios que regrese la burra.

Y dice el cura que es más tontico:

—Usted coja la burra y después le echa agua bendita y entonces la vuelve a soltar. Y ya verá cómo se queda con usted y no se va nunca más.

Narrado por Vicente Sáez Oñate, 71 años (Quintanar del Rey-Cuenca)

194. EL CURA Y EL ALBAÑIL

Había en un pueblo un albañil que no se confesaba y el cura le riñó. Y el albañil le dijo:

—Yo no tengo pecaos.

Y el cura le volvió a decir:

—Pues si eres tan bueno, te voy a dar trabajo en la iglesia así, en enlucir ese nicho.

Y cuando el albañil está con su faena, el cura llamó a unas cuantas feligresas y les dijo:

—Tenemos un santo nuevo y ya está colocao en el nicho.

Y pilló y les sacó al albañil. Y una mujer le dijo:

—¡Pos mire usted, señor cura, si ése es más malo que Caín!

Y otra mujer dijo:

—¡Pues si éste tié una lengua mu mala!
Y tamién dijo otra, que era su mujer:
—¡Pos si es un borracho que viene a la casa toas las noche bebío!
Y así le hicieron al albañil el examen de conciencia.

Narrado por Manuela Sánchez Romero, 68 años (Berro)

195. LOS AGUILUCHOS QUE NO CRÍAN

Un obispo y su chófer salieron a correr mundo. Llegaron a un monte y se perdieron. Y a lo largo de mucho correr, pos vieron una luz. Y dice:

—Mire usted ánde hay una luz. Estése usted aquí en el coche y voy yo a ver si me dan arreglo para quedarnos esta noche aquí.

Llega un matrimonio que estaban allí al cuidao de la finca. Pos bueno, llegó y dijo el chófer que si podía entrar. Le dieron permiso que entrara. Dice:

—Mire usted, que venimos el señor obispo y yo. Se nos ha parao el coche y estamos perdíos y no sabemos dónde estamos.

Y llegó el marío:

—Pos sí, vaya usted y que venga el señor obispo, y aquí tienen su casa.

—Bbueno.

Y dice el hombre (el marido) a la mujer:

—Acuesta a los tres chiquillos —dice—, dales de cenar y acuesta a los chiquillos pa cuando venga esta gente que no estén aquí en medio. — Dice:— Y tú, como eres tan panocha, tú con la boca cerrá.

Pos bueno, ya viene el obispo. Le pusieron allí cena pa que cenaran los dos, y las criaturicas, los cuatro que tenían, los acostaron. Y se le ocurrió decir al señor obispo a la mujer que si es que no tenían familia. Dice:

—Sí, tenemos cuatro —dice—. ¿Y usted, cuántos tiene? —le dijo la mujer al obispo.

Entonces salta el marido y dice:

—¡No te he dicho que no hablaras! ¡Si sabes que estos aguiluchos no crían...!

Narrado por Noelia Fernández Pinedo (Peñarrubia-Masegoso)

XII. CUENTOS DE MENTIRAS

196. LA NIÑA AGARRADA A LA COLA DEL LOBO

Esto era que un padre se fue a hacer leña con su hija (que su hija era pequeña). Y entonces montaron los dos en una burra. Y se fueron despacico, despacico, pero que se fue durmiendo el padre y se durmió también la nena. Y por el medio del camino, cuando se dio cuenta, la había perdido (a la nena). Pos nada, él ni se enteró de momento porque la nena se quedó por ahí y él siguió su camino, y cuando se dio cuenta, pues ya era tarde porque no...

Pero en ese momento que ella se fue y la nena estaba por allí (pos dormía en el suelo por ahí, por el monte), pos vinieron unos hombres malos, que entonces les decían los tíos del sebo (gente que sacaban la sangre), y entonces pos con la intención esa cogieran a la nena, la metieron en un cajón, la echaron al carro con los burros tirando y ya pues..., ya cuando iban bastante lejos, ya fuera del territorio donde estaban el abuelo de la niña, pues resulta que pararon allí en el monte a dormir.

Y entonces pues la nena iba metía en el cajón. Y ya cuando los hombres, que eran varios, se durmieron por allí, pues resulta que la nena oyó como un perro por allí husmeando, pero que no era perro, era un lobo (pues, claro, pues había muchos, y entonces por allí, por el medio del monte, era muy fácil de...). Y la nena pues, como allí en el cajón que estaba pues tenía agujericos, cuando se dio cuenta, el rabo del lobo porque le daba dolor, se le metió el rabo al lobo por un agujerico. Y entonces la nena, ¿qué hizo?: coger el rabo del lobo. El lobo salió a cien, venga a correr, hasta que el cajón se rompió, y la nena llegó a un caserío donde la recogieron unos pastores que la llevaron donde su abuelo.

Narrado por Noelia Fernández Pinedo (Peñarrubia-Masegoso)

197. MÁS VALEN PIZCAS QUE LÁSTIMAS

A mí me contaba mi padre lo que a él le contaba el suyo. Decía que le pasó a un tal Aguado.

Por lo que se decía, se fueron un día de caza él y un amigo suyo. Estuvieron tó el día cerro arriba, cerro abajo y no podían cazar ná. Era un día de los malos que se presentan a los cazadores.

Y cuando se venían pa la casa, Aguado, que ve una liebre acostá, se tuvo con ella y la mató. Cuando llegó su amigo, le dijo:

—La has hecho piscas.

Y Aguado le dijo:

—¡Más vale piscas que lástimas!

Narrado por Manuela Sánchez Romero, 68 años (Berro)

198. UNA FORMA PECULIAR DE CAZAR CONEJOS

Versión 1.

Hace mucho tiempo, los pastores manchegos inventaron un sistema con el que cazar sin tener ningún arma, solamente con la ayuda de una hierba: el tomillo.

Había un pastor, al que llamaban el “Pichote”, que tuvo que refugiarse en un covacho⁶² debido a una tormenta repentina, llevando con él todo el ganado. Pasaron las horas y Pichote acabó toda la comida de su zurrón, que no era más que un bocado de pan y tocino. Pasó la noche durmiendo entre las ovejas y zurriéndole las tripas.

Se levantó de madrugada con un hambre tremenda y como había parado de llover, salió en busca de algo que echarse a la panza. Estuvo a punto de cazar alguna perdiz, pero corrían mucho más que él. Ya cansado, se tumbó boca abajo, quedándole al lado de la nariz una mata de tomillo, y al respirar se le metió el polen por la nariz, le hizo estornudar y, al hacerlo, se dio de morros con el suelo, haciéndose un chichón que le duraría muchos días.

Entonces "Pichote" tuvo una idea: picó un poco de tomillo y lo mezcló con migajas de pan que sacó de su zurrón y lo puso en una piedra cercana a un cubil⁶³ de conejo. Él se escondió, y al pasar media hora, salió un conejo bien hermoso y, muy curioso, se puso a olisquear; olió el tomillo junto con el pan, estornudó y se abrió la cabeza contra la piedra. Muy

⁶² *Covacho*: covacha, cueva pequeña.

⁶³ *Cubil*: lugar que sirve de refugio, madriguera.

contento, "Pichote" lo asó y se lo comió, volviendo más tarde a la aldea alegre y con la panza llena.

Narrado por José Jiménez Sánchez, 75 años (El Salobral)

Versión 2.

Hace muchos años, un hombre de edad avanzada se perdió en la sierra aquí, en Albacete. Según dicen, se alimentaba de plantas que encontraba pues no tenía nada con que cazar, menos algún pedrusco que otro que le pudiese tirar a algo (¡pero no hay que tener suerte ni ná para darle a algo!). Pero ya estaba harto de tanto plantazo y pensó cómo cazar algo.

Le gustaba observar a los conejos y sabía dónde tenían madrigueras, y los veía restregarse en piedras para rascarse o lo que fuese. El hombre llevaba pimienta en el bolsillo y pensó cómo conseguir cazar algún conejo. Entonces colocó la pimienta en el pedrusco en el que se rascaban y esperó (¡la forma de cazar al conejo tiene tela!).

Al rato vio un conejo que se acercaba al pedrusco y olía la pimienta; y, claro, al conejo le entraron ganas de estornudar, y así hizo: estornudó y se abrió la cabeza contra la piedra, quedándose tieso de una.

El hombre tuvo suerte de que lo encontrasen pronto, porque no creo que tuviese tanta pimienta como para seguir matando conejos.

Narrado por Juan García Torres, 69 años (Paterna del Madera)

199. EL CUENTO DE LOS DISPARATES

Yendo por un caminito,
lleno de hambre y merendando,
me encontré con un arbolito
sellado de manzanas.
Le tiré un canto por ver
y caían avellanas.
Llega el guardia y me denuncia y me dice:
—¿Por qué coge usted las uvas
cuando es mío el melonar?
Me tira un canto al tobillo,
me da en el codillo.
Voy a la venta a curar:
la perra estaba en los huevos

y la clueca salió a ladrar,
los platos estaban barriendo,
las escobas en el vasar,
los gorrinos amasando,
¡qué rico pan saldrá!

Narrado por Teresa Villarta López, 68 años (Villanueva de la Jara-Cuenca)

200. EL GRAN COMILÓN

Era un hombre que, hace ya muchos años, que comía mucho. Iba de carretero y estaba toda una semana sin comer y a lo mejor en una sentá se comía una burrá.

Y dicen que fue una vez a..., a comer al bar que fuera, y pidió una paella pa cinco. Viendo que estaba ahí, dijo: “Voy a empezar yo, que no vienen mis amigos”. Se comió la paella.

Ya que había terminao el arroz, viene el camarero y dice:

—¿Es que no quiere usted vino?

—Sí, sí, pero el vino lo bebo ahora de media comida palante.

Y el camarero dice:

—Te perdono lo que has comió, pero no tomes ná más.

Y lo echó a la calle de la posá por comer tanto.

En la puerta de la posá ponía: “Prohibido el paso a Cautela de Montealegre” (que así se llamaba).

Y después otra vez fue que iba con el carro. Lo pararon la guardia civil, o lo que hubiera antes, y allí se ve que hicieron un control; y decían que no podía pasar con un pernil. Dice:

—¿Cómo que no?

Y se sentó allí en aquel carro y se comió el pernil. Y le preguntaban:

—¿Está bueno el pernil?

Narrado por Antonio Milla Molina, 42 años (Montealegre del Castillo)

XIII. CUENTOS FORMULÍSTICOS

201. LAS PALABRAS RETORNEADAS

Versión 1.

Pos esto era un viejo que estaba en la puerta de una iglesia y se le apareció el Malo y le dijo:

—Dime las cinco palabras retornás.

Y el viejo le dijo:

—No me las sé.

Y entonces le dijo el Malo:

—Me las tienes que decir.

Y el viejo le dijo otra vez que no se las sabía. Y entonces el Malo le dijo:

—Si por las doce no te las sabes, te llevo.

Y se fue el Malo y el viejo se quedó bastante triste. Y en esto que se encuentra un viejecito, que era San José. Y San José le dijo:

—Vente conmigo a hacer la cena y después dormir en un pajar.

Y el viejo no quería. Y San José le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan triste?

—Porque se me ha apareció un tío que me ha dicho que tengo que decirle las cinco palabras retornás, y yo no me las sé.

Y entonces San José le dijo:

—Pues no hay cuidao. A comer y a dormir, y no te aflijas por ná.

Conque ya hicieron la cena y comieron y se fueron a acostar. Y se durmió el viejo, y llegó a las doce el diablo y le dijo:

—¿Las sabes ya?

Y San José, que estaba acostao al lao del viejo, le dijo:

—Sí.

—Pos ¡ala!, ¡dilas!

—Una iglesia, dos puertas, tres ventanas, cuatro esquinas y cinco campanas: cinco he dicho y seis guarda. ¡Revienta, ladrón, que San José te lo guarda!

Narrado por Eustaquio López Cebrián, 74 años (Casas de Lázaro)

Versión 2.

Era un hombre que salía y se lo gastaba todo, y ya no tenía nada. Y dice: “¡Ay, madre mía, le vendería el alma al diablo si me diese lo que necesito!”.

Entonces el diablo dice:

—¡Aquí estoy yo! ¿Qué es lo que necesitas?

—Pues mira, necesito que me sobre de todo y que no me haga falta nada, y todo el mundo esté detrás de mí.

—Pues no te preocupes, que así será.

Claro, y así era: como todo era por mano del diablo, pos tó lo tenía de sobra.

Y ya un día su mujer dice:

—¿Qué te pasa? Te veo muy triste.

Dice:

—No, no me pasa ná.

—Sí, algo te pasa, que yo te veo a ti muy triste.

Y entonces se lo contó. Dice:

—Mira lo que me ha pasao: le vendí mi alma al diablo y desde entonces no me deja. Me da tó lo que quiero y más, pero yo no quiero ná; yo, mi alma la quiero pa Dios.

Dice:

—Pues no te preocupes, que yo te salvaré.

Conque dice:

—¿Cómo me vas a salvar?

Dice:

—Tú no te preocupes que esta noche, ¿a qué hora viene el diablo?

Dice:

—Pos a las doce viene.

—Bueno, pues no te preocupes, que yo me pondré arriba de la escalera y tú abajo.

Y, claro, llega el diablo y dice:

—Que vengo a por el alma de tu marido.

Dice:

—Bueno, te la vas a llevar, pero antes me tienes que decir las palabras torneadas.

Dice el diablo:

—¡Uh, pues claro que te las digo!: torneadas y sin tornear.

—Bueno, pues si me las dices te llevas el alma de mi marido.

Conque ya llega el diablo. Llama. Dice:

—¡Hombre!, ¿duermes?

Dice la mujer:

—No duermes. De las palabras torneadas dime la una.

Dice:

—La una, la Casa Santa de Jerusalén, donde murió Cristo por nuestro bien, por librarnos del enemigo malo.

Dice:

—Pues dime la dos.

—La dos, las dos tablas de Moisés; la una, la Santa Casa de Jerusalén. Y así las iba diciendo.

—Pues dime la tres.

—Las tres, las tres Marías; las dos, las dos tablas de Moisés; la una, la Casa Santa de Jerusalén.

—Pues dime las cuatro.

—Las cuatro, las cuatro velas que ardieron en Galilea; las tres, las tres Marías; las dos, las dos tablas de Moisés; la una, la Casa Santa de Jerusalén.

—Pues dime las cinco.

—Las cinco, las cinco llagas; las cuatro, las cuatro velas que ardieron en Galilea; las tres, las tres Marías; las dos, las dos tablas de Moisés; la una, la Casa Santa de Jerusalén.

—Pues dime las seis.

—Las seis, los seis Evangelios; las cinco, las cinco llagas; las cuatro, las cuatro velas que ardieron en Galilea; las tres, las tres Marías; las dos, las dos tablas de Moisés; la una, la Casa Santa de Jerusalén.

—Pues dime las siete.

—Las siete, los siete dolores; las seis, los seis Evangelios; las cinco, las cinco llagas; las cuatro, las cuatro velas que ardieron en Galilea; las tres, las tres Marías; las dos, las dos tablas de Moisés; la una, la Casa Santa de Jerusalén.

—Pues dime las nueve⁶⁴.

—Las nueve, los nueve meses; las siete, los siete dolores; las seis, los seis Evangelios; las cinco, las cinco llagas; las cuatro, las cuatro velas que ardieron en Galilea; las tres, las tres Marías; las dos, las dos tablas de Moisés; la una, la Casa Santa de Jerusalén.

—Pues dime las diez.

—Las diez, los diez mandamientos; las nueve, los nueve meses; las siete, los siete dolores; las seis, los seis Evangelios; las cinco, las cinco

⁶⁴ El narrador olvida las ocho palabras.

llagas; las cuatro, las cuatro velas que ardieron en Galilea; las tres, las tres Marías; las dos, las dos tablas de Moisés; la una, la Casa Santa de Jerusalén.

—Pues dime las once.

—Las once, las once mil vírgenes; las diez, los diez mandamientos; las nueve, los nueve meses; las siete, los siete dolores; las seis, los seis Evangelios; las cinco, las cinco llagas; las cuatro, las cuatro velas que ardieron en Galilea; las tres, las tres Marías; las dos, las dos tablas de Moisés; la una, la Casa Santa de Jerusalén.

—Pues dime las doce.

—Las doce, los doce rayos de sol, que caigan y le partan al diablo el corazón.

Y se oyó un estampido y el diablo salió por los aires.

Y lo salvó así la mujer.

Narrado por Valeriana Fernández Serrano, 82 años (Alcadozo)

202. EL FRAILE MORTILÓN⁶⁵

Érase que se era una mujer viuda que vivía sola con sus tres hijas.

Un día la madre le dijo a sus hijas:

—Hijas mías, tenéis que ayudarme con la faena de la casa porque ya sois grandes y yo sola no puedo con todo el trabajo.

A la mayor le dijo que lavase la ropa; a la mediana le dijo que barriese la casa y a la pequeña le dijo que fregase.

Después de mandarles hacer todas estas faenas, les dijo:

—Cuando acabéis de hacer lo que os he mandado, os voy a hacer una cata de miel, que la tengo guardada en la cámara⁶⁶.

Pasaron dos horas cuando se presentó la mayor diciendo:

—Madre, ya he terminado la faena.

Y la madre le dijo:

—Pues sube a la cámara y te bajas una orza de miel que tengo allí guardada, porque te voy a hacer una cata de miel como te prometí.

Cuando la muchacha iba subiendo la escalera, al llegar al último escalón salió un fraile, un fraile mortilón. Y le dijo:

—¿Dónde vas, niña?

⁶⁵ *Mortilón*: fraile lego, que no tiene opción a órdenes sagradas.

⁶⁶ *Cámara*: planta superior de las casas donde se guardaban los alimentos.

—Voy a por una orza de miel, porque mi madre me va a hacer una cata. ¿Y tú quién eres?

Y el fraile mortilón le dijo con una voz muy ronca:

—¡Soy un fraile mortilón,
sin capilla y sin cordón,
y el que pase de esta raya
me lo trago de un tragón!

Y se la tragó.

La segunda de las hijas terminó su faena y fue a decírselo a su madre. Y la madre le dijo:

—Te voy a hacer la cata de miel, pero sube tú a la cámara porque he mandado a tu hermana por la miel y no baja.

La muchacha subió y al llegar al último escalón, se encontró al fraile, que le dijo:

—¿Dónde vas, niña?

—Voy a buscar a mi hermana, porque mi madre la ha mandado por miel y no baja. ¿Y tú quién eres?

Y el fraile mortilón le dijo con voz muy ronca:

—¡Soy el fraile mortilón,
sin capilla y sin cordón,
y el que pase de esta raya
me lo trago de un tragón!

Y se la tragó.

Por último, la más pequeña también terminó su faena y le dijo a su madre que le hiciera la cata de miel; y la madre le dijo:

—Sube tú a la cámara porque he mandado a tus hermanas y ninguna ha bajado.

La niña subió y se encontró al fraile mortilón, que le dijo:

—¿Dónde vas, niña?

—Voy a buscar a mis hermanas, que han subido por miel y todavía no han bajado. ¿Y tú quién eres?

Y el fraile le contestó lo mismo que a sus hermanas y con su voz ronca:

—¡Soy el fraile mortilón,
sin capilla y sin cordón,
y el que pase de esta raya
me lo trago de un tragón!

Y se la tragó.

La madre, viendo que no bajaban, fue a ver qué hacían sus hijas y por la escalera se encontró al fraile mortilón, que le dijo lo mismo que a sus hijas, pero no se la tragó porque bajó enseguida la escalera.

La mujer se puso en la puerta de la calle a llorar, y a todo el que pasaba le decía:

—¡Ay, que tengo un fraile mortilón en mi cámara y se ha comido a mis tres hijas, y a mí casi me come también!

Todos los que pasaban decían:

—¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer!

Pasó por allí la banda de música tocando, porque era día de fiesta, y el maestro de la banda le preguntó a la mujer lo que le pasaba, y ella se lo contó todo. Entonces la banda de música quiso ayudar a la mujer. Subieron la escalera y se encontraron al fraile mortilón, que les dijo lo mismo que a la madre y a las hijas, y se tragó a la banda de música.

La mujer, al ver lo que pasó, siguió llorando. Entonces se encontró a su vecina y le contó que tenía un fraile mortilón que se había tragado a sus hijas y a toda la banda de música.

En esto llegó una hormiga, que lo había oído todo, y dijo que ella iba ver si lo podía matar. La mujer y su vecina se quedaron impresionadas, pero le dijeron que probase.

Subieron a la cámara y se encontraron al fraile acostado. La hormiga se metió por debajo de los hábitos del fraile y le dio un picotazo en la barriga y se la abrió. Al momento empezaron a salir las hijas con las onzas de miel y la banda de música tocando.

El fraile mortilón murió del picotazo de la hormiga y la madre y las hijas desde entonces vivieron felices, comieron perdices y a mí me dieron con el plato en las narices.

Narrado por Encarna Pérez, 82 años (Arenales de San Gregorio-Ciudad Real)

203. LA RATITA PRESUMIDA

Versión 1.

Una vez había una hormiguica que estaba barriendo su puertecica. Y pasó por allí un ratoncico y le dijo:

—Hormiguica, ¡qué majica estás!

—Porque quiero, porque quiero, porque tú no me lo das.

—¿Qué? ¿Te quieres casar conmigo?

—¿Y de noche qué harás?

—Dormir y maullar, dormir y maullar.

—Entonces no, que me asustarás.

Conque sigue barriendo y pasa por allí un perrico y le dice:

—Hormiguica, ¡qué majica estás!

—Porque quiero, porque quiero, porque tú no me lo das.

—¿Qué?: ¿te quieres casar conmigo?

—¿Y de noche qué harás?

—Dormir y ladrar, dormir y ladrar.

—Entonces no, que me asustarás.

Y sigue barriendo. Y pasa por allí un ratoncico y le dice:

—Hormiguica, ¡qué majica estás!

—Porque quiero, porque quiero, porque tú no me lo das.

—¿Te quieres casar conmigo?

—¿Y de noche qué harás?

—Dormir y callar, dormir y callar.

—Entonces sí, que no me asustarás.

Conque se casan y ponen una cama más grande. Y a media noche dice el ratoncico:

—Hormiguica, yo quiero mear.

—No bajas, que está el gato debajo de la cama y te va a pillar.

—¡Hormiguica, que yo quiero mear!

—Que no bajas, que está el gato debajo de la cama y te va a pillar.

Pero pillla y baja. Y la hormiguica, al ver que no sube, va y dice:

—¡Ratoncico, sube! ¡Ratoncico, sube!

Y va el gato y dice:

—En mi buche está pero ya no lo verás más; en mi buche está pero ya no lo verás más.

Y colorín colorado, por la boca de mi nieta se ha colado.

Narrado por Teresa López Ochoa (Albacete)

Versión 2.

Esto era una ratita presumida que siempre estaba barriendo la puerta de su casita.

—¡Laralaralita, barro mi casita porque hay quien lo vea!

Y pasa el señor don Perro:

—¡Buenas, ratita! ¿Qué estás haciendo?

—Estoy barriendo mi casita.

—¡Qué guapa estás!

—Porque quiero y me da la gana, porque tú no me lo das.

Y ya dice:

—Bueno, bueno, no te enfades.

Y ya dicen sus amigas:

—Ratita, ¿cuándo te vas a casar?

—Cuando me encuentre alguien que me guste.

—Bueno. ¿Quieres que hagamos un concurso?

—Bueno.

Y van todos los animales del bosque a pedirla en matrimonio. Y llega el señor don Burro y dice:

—¡Buenos días, ratita! ¿Te quieres casar conmigo?

—¿Y cómo harás por la noche?

—¡Ah, ah, ah...!

—¡Ay, no, no, que me asustarás!

Y pasa el señor don Gato y dice:

—¡Miau, miau! Ratita, ¿te quieres casar conmigo?

—¿Y cómo harás por la noche?

—¡Miau, miau!

—¡Ay, no, no, que me asustarás!

Bueno, pues ya se va. Y pasa el señor don Pato y le pregunta lo mismo y dice:

—¡Cua, cua!

—¡No, no, no, que me asustarás!

Y ya pasa el ratón, un ratón muy presumido, muy elegante, y le pregunta:

—Ratita, ¿te quieres casar conmigo?

—¿Y cómo harás por la noche?

—Dormir y callar.

—¡Pues contigo me he de casar!

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Narrado por Isabel Castillo Álvarez, 45 años (Albacete)

204. EL PICAPEDRERO QUE QUISO SER SOL

Una vez había un picapedrero que estaba picando piedra en la montaña. Y de pronto pues resulta que viene el sol y empieza a calentar y a calentar. El pobre estaba venga a sudar y venga a sudar; y dijo:

—¡Dios mío, Dios mío, yo quisiera ser sol, que el sol todo lo puede!

Una voz le dice:

—Tú vas a ser sol.

Y se convierte en sol. Entonces llega el sol y se divierte muchísimo, y se va con todo el mundo a hacerle que sude. Pero de pronto viene una nube y la nube pues tapa al sol.

—¡Señor, Señor, que la nube puede más que el sol! ¡Yo quisiera ser nube!

—Nada, hijo, nada; si quieres ser nube, pues vas a ser nube.

Estaba tan contento porque llegaba y empezaba a llover y a toda la gente la mojaba, y se divertía muchísimo. Pero en esto llega el viento y, claro, pues el viento empieza a soplar y se lleva a la nube. Y el otro no quería irse. Y el viento dijo:

—¡Buuuf, buuuf, buuuf...!

Hasta que dice:

—¡Señor, yo quiero ser viento! No quiero ser nube, que el viento puede más.

Bueno, pues ya es viento. Entonces empieza a soplar y a soplar, y no sabes cómo se divertía: a unos les ponía los pelos de punta, a otras les levantaba las faldas. Se divertía muchísimo el viento.

Pero de pronto ya llega a una montaña y empieza a picar y picar para quitar la montaña, pero no puede. Y venga a soplar y venga a soplar... Entonces ve que no puede con la montaña y entonces le dice:

—¡Señor, Señor, yo quiero ser picapedrero, que es el que quita la montaña y puede con la montaña!

—Has venido a ser lo que tenías que ser: lo que al principio tú no querías.

Narrado por Joaquín Mallebrera, 68 años (Villanueva de la Jara-Cuenca)

205. CUENTOS FALSOS PARA NIÑOS

Versión 1.

Una vez había un pastor:
se le hinchó la cabeza y se murió.

Narrado por hermana de Noelia Fernández Pinedo, 70 años (Peñarubia)

Versión 2.

Érase una vez una zorra que iba por un sembrao...
¡Qué bonito era el cuento, si no se hubiese acabao!

Narrado por Ceferina García, 80 años (Albacete)

Versión 3.

—¿Sabes el cuento del higo?
—No.
—Pues ya no te lo digo.

Narrado por Ceferina García

Versión 4.

Las hormiguitas de Juan Miguel
están llenas de miel.
Pan blando, pan duro,
que se arrodee mi amiga en el culo.

Narrado por hermana de Noelia Fernández Pinedo, 70 años (Peñarubia)

Versión 5.

El cuento de María Salmiento: entró por la viña, salió por el huerto;
fue a cagar, se trajo un poco de mierda en la cueva de un tejlar.
Uno para Pedro, otro para Juan, otro pa Berijulo, ¡bésale el culo!

Narrado por hermana de Noelia Fernández

Versión 6.

Era una vez unos niños de una escuela que se iban de excursión. Y,
¿por qué no?, un niño se perdió en el monte. Iba andando, andando,
andando..., hasta que se encontró una zorrিকা; y, ¿por qué no?, le dijo:
—¿Qué comes?
Le dice:
—Pan y cebolla.
Y se pone:
—¡Me cago en tu culo, que tanto se folla!

Narrado por Amparo Roncero García, 64 años (Albacete)

206. CUENTOS DE NUNCA ACABAR

Versión 1.

—¿Quieres que te cuente el cuento de las habas, que nunca se acaba?

—Sí.

—Yo no te digo ni que sí ni que no, sino que si quieres que te cuente el cuento de las habas, que nunca se acaba.

—No.

—Yo no te digo ni que no ni que sí, sino que si quieres que te cuente el cuento de las habas, que nunca se acaba.

—...

Narrado por Juana Cano González, 65 años (Albacete)

Versión 2.

Había una madre

que tenía siete hijas.

Las metió en siete botijas,

las tapó con pez...

¿Quieres que te lo cuente otra vez?

Narrado por Juana Cano

Versión 3.

Esto era un pastor que tenía la pata hinchá y conforme iba andando, se le iba deshinchando.

Y falta lo mejor: que esto era un pastor que tenía la pata hinchá y conforme iba andando, se le iba deshinchando.

Y falta lo mejor...

Narrado por M^a del Pilar Gómez Cabello, 43 años (Albacete)

XVI. OTROS CUENTOS

207. EL TÍO ROJICO

Esto va el tío Rojico con el carro para su casilla y se encuentra con el cuervo y le dice:

—¿Dónde vas, tío Rojico?

—Voy a la casilla

—¿Puedo ir contigo?

—No llevo mucha merienda.

—No importa: donde come uno, comen dos.

—¡Ala!, sube al carro.

Sigue el tío Rojico y se encuentra con la zorra:

—¿Dónde vas?

—A la casilla.

—Me voy contigo.

—Pero no llevo...

—¡No importa!: donde comen dos, comen tres.

En la casilla, la zorra va por aceite...

Narrado por Tomasa Expósito Vizcaino, 60 años (Albacete)

208. EL NIÑO Y EL CURA⁶⁷

Esto es un hijo que llega a su casa y dice:

—Madre, ¿dónde está padre?

—Bautizándolo están.

—Pues entonces me pongo majo y me voy a misa.

Entonces dice el cura:

—¿A qué vino Jesús al mundo?

—A comprar...

Narrado por Alfonsa Roldán Escribano (Quintanar del Rey-Cuenca)

⁶⁷ El inicio del relato parece el de un cuento de mentiras (como el Tipo 1962, *El bautismo de mi padre*). Después sigue la narración del tonto en misa que interrumpe el sermón del cura con una respuesta absurda: "—A comprar patatas" (variante del Tipo 1696).

APÉNDICES

APÉNDICE 1: ÍNDICE DE NARRADORES

<u>NARRADOR/A</u>	<u>CUENTOS</u>
Abuela de Ávila Cerdán, Rocío Nació y vive en Jarafuel (Valencia).	170
Alfaro Calderón, Pilar 66 años. Ama de casa. Nace en Tidiez y vive en Albacete. Se los contó su abuela hace ya muchos años.	1(2),10,12
Alfaro Castro, Felisa Nace y vive en Albacete. Tiene 21 años. Oyó el cuento a su abuelo, que era de Ayna, cuando ella era pequeña.	62
Aranda, Juan Antonio 74 años. Nace y vive en Albacete.	36(1)
Barnés García, Santiago 71 años. Nace en Murcia y vive en Albacete.	29
Blanco Muñoz, María 60 años. Nace y vive en Albacete. Oyó los cuentos a su familia.	16(3),43(1),80,85
Bueno, Pedro Nace en Hoya Gonzalo y vive en Albacete. Albañil y campesino. Dice que todos los cuentos son verdad.	79,115,116,117,123,124,137,149, 157,158
Caballero Ruiz, José 68 años. Agricultor. Nace y vive en Villamalea. Oyó el cuento a su padre cuando la familia iba al campo a cultivar la tierra.	176
Calero Gil, Josefa 49 años. Nace y vive en Albacete.	60

Campos Madrona, Esperanza **8,14,23,56(1)**
66 años. Nace en Peñas de san Pedro y vive actualmente en Chinchilla.
Ama de casa. Oyó los cuentos a su madre por las noches en el *sagato*.

Campos Madrona, Ramón **17(3)**
65 años. Nace en Puertollano (Ciudad Real) y vive actualmente en
Chinchilla. Es guarda jubilado. Oyó el cuento a su madre o a sus vecinos
cuando estaban de matanza.

Cano González, Juana **114,125,159,160,206(1),206(2)**
65 años. Nace y vive en Albacete. Vivió en Ciudad Real.

Carrasco Pastor, Julia **174**
75 años. Ama de casa. Nació en Lezuza y vive en Balazote. Oyó el
cuento a su madre cuando se juntaban por la noche alrededor de la
hoguera.

Castillo Álvarez, Isabel **28,36(2),53,203(2)**
45 años. Nace en Socuéllamos (Ciudad Real) y vive en Albacete. Ama de
casa. Oía los cuentos a su abuela y su madre durante las noches de
invierno.

Castro, Trinidad **98**
57 años. Monja. Nació en Zafra (Badajoz) y vive en Albacete.

Cebrián Garijo, Dolores **110(1)**
80 años. Nace y vive en San Pedro.

Cerdán Martínez, Carmen **83,84**
50 años. Nace en Jarafuel (Valencia) y vive en Albacete. Ama de casa.
Oyó los cuentos a sus padres y abuelos.

Córcoles, Manuel **178(1)**
72 años. Nació en El Salobral y vive en Albacete desde 1972.

Córcoles Córcoles, Ángeles **139**
70 años. Nació en San Pedro y vive en Albacete.

- Córcoles Palacios, Bienvenido** 27(2)
77 años. Nace y vive en Ayna.
- Córcoles Sánchez, Agustín** 31,36(3)
79 años. Nace y vive en Santa Ana.
- Cortés García, Antonia** 1(1),165,166
72 años. Ama de casa. Nace y vive en Alcadozo. Oyó los cuentos a un hombre llamado Canales mientras cogía oliva.
- Díaz Arnedo, Isabel** 91
45 años. Nace en Pozohondo y vive en Albacete. Ama de casa. Lo oyó a su bisabuela cuando hacían la recogida del azafrán.
- Escribano Ruiz, Sofía** 54
Pensionista. Nace y vive en Ituero.
- Espino Pinel, Josefa** 48
45 años. Nace y vive en Villacarrillo (Jaén).
- Expósito Vizcaíno, Tomasa** 151,207
Nació en Daimiel (Ciudad Real) y vive en Albacete. Tiene 60 años. Trabaja de limpiadora. No sabe leer. Oyó los cuentos a su abuela.
- Fernández, Antonia** 1(3)
77 años. Nace y vive en El Pozuelo.
- Fernández, Gabriela** 81
76 años. Nace y vive en Alcaraz.
- Fernández Alarcón, Piedad** 7
Nace y vive en Yeste. Ama de casa. Lo oyó a sus abuelos en el campo.
- Fernández Cruz, Dolores** 102
72 años. Nace en Elche de la Sierra y vive en Albacete.
- Fernández Juárez, María** 70
70 años. Nace en Socovos y vive en Elche de la Sierra. Ha vivido también en Yeste. Jubilada. Lo oyó a su abuela.

- Fernández Pinedo, Noelia** 112,113,119,138,183,184,188,195
196
Jubilada. Nace y vive en Peñarubia. Oyó los cuentos en su juventud. No sabe leer.
- Fernández Serrano, Valeriana** 71,100,185(1),201(2)
82 años. Dependienta. Natural de Alcadozo, donde vive actualmente. Vivió también en Bogarra y Paterna del Madera. Oía los cuentos a su abuela en los inviernos.
- Ferrando Banyuls, Ángeles** 21,30,34
59 años. Ama de casa. Nace en Cuatretonda (Valladolid) y vive en Villarrobledo. Los oyó a su abuela.
- Gabaldón, Encarna** 87
68 años. Nace y vive en Hellín.
- Galdón López, José Julián** 18(1)
43 años. Nace en El Jardín y vive en Albacete. Camionero. Lo oyó a su padre.
- Gálvez Victorio, Isabel** 43(4),136
75 años. Ama de casa. Nació en El Algar (Murcia) y vive en Albacete. Oyó los cuentos a su abuela en navidades, al lado de la chimenea.
- Gallego Alarcón, Benedicta** 57,73,74,75,135
85 años. Nace y vive en Yeste. Pensionista. Dice que los oyó a sus padres y se contaban en el pueblo, y que sucedieron en realidad.
- García, Ceferina** 205(2),205(3)
80 años. Nace en San Domingo (Salamanca). A los 50 años se marchó a Barcelona, de donde volvió en 1992 para residir en Albacete.
- García, Desamparados** 147
65 años. Ama de casa. Nació en Pozohondo y vive en Albacete. Comentario de la narradora: "Según la mujer que me lo contó, es una historia verdadera".

- García Gómez, Antonia** 43(5)
14 años. Nace y vive en Albacete. Estudiante. Lo oyó a su madre.
- García González, Encarnación** 19
42 años. Nace en Liétor y vive en Albacete. Lo oyó a una amiga, de pequeña.
- García González, Juan Francisco** 172
80 años. Nace y vive en Aldea Casa Cartucho (Balazote). Oyó el cuento a una anciana en la feria de Albacete.
- García Martínez, Roque** 3,5,6,15,156
42 años. Nace y vive en Siles (Jaén). Oyó los cuentos a su tío en reuniones familiares. Del cuento nº 156, dice lo siguiente: "Narración o cuento acaecido en el año mil setecientos y pico, que lo había aprendido de sus antepasados". Según las alumnas que recogen este cuento, "... es de tradición oral pero el narrador lo tenía escrito para recordar el mayor número posible de datos. Puede remontarse a cien años".
- García Mateo, Natividad** 46,50(2),69,86,92,105,118,121,127,191
72 años. Ama de casa. Nace y vive en Mahora.
- García Parra, María Dolores** 33(1),43(2),72,95
43 años. Nace en Peñas de San Pedro y vive en Albacete. Ama de casa. Los oyó a su madre, que se los contaba para entretenerla.
- García Torres, Juan** 198(2)
69 años. Nace y vive en Paterna del Madera.
- Gómez Alfaro, Encarna** 148
70 años. Ama de casa. Nació y vive en Villalgordo del Júcar.
- Gómez Cabello, María del Pilar** 52(1),171,180,206(3)
43 años. Nace en Puertollano (Ciudad Real) y vive en Albacete. Ama de casa. Respecto al cuento nº 171, dice la narradora que se utiliza en casos parecidos al relatado aquí el dicho "¡Déjalo subir, Carlillos!", lo que demostraría el carácter tradicional de este relato.

- Gómez Miranda, Amparo** 17(4)
70 años. Nace y vive en El Salobral.
- Gómez Sevilla, María Teresa** 133
77 años. Nace en La Roda y vive en Albacete. Ha vivido también en Casas Viejas. Ama de casa. Lo oyó a su padre Antolín.
- González González, Daniel** 45,106
64 años. Jubilado. Nace y vive en Burrueco. Oía los cuentos a sus padres, "ya que antes no había luz en las noches y entonces se reunían y contaban cuentos".
- González Lorenzo, Ezequiel** 58
76 años. Nace y vive en Alcaadozo.
- González Moreno, Teresa** 186
Ama de casa. Vive en Bogarra. Oyó el cuento de un hombre mayor.
- González Navarro, Manuel ("Lolo")** 143,161,162,163
Nace en Paterna del Madera y reside actualmente en Albacete. Ha vivido también en Los Yesares y Valdeganga. Tiene 73 años, y es obrero. Oyó los cuentos a su madre mientras cenaban junto a la chimenea.
- González Parra, Braulia** 66
75 años. Ama de casa. Nace en Tomelloso (Ciudad Real) y vive en Albacete.
- Guerrero Tárraga, Rafaela** 104,107
65 años. Ama de casa. Nace y vive en Albacete.
- Hermana de Fdez. Pinedo, Noelia** 13,185(2),205(1),205(4),205(5)
70 años. Peñarrubia.
- Hermosa Torres, Antonio** 59
75 años. Nació en Hellín y vive en Albacete. Jubilado.
- Hoyos García, Isabel** 4,16(2),20,22(2),167
48 años. Nace y vive en Albacete. Ama de casa. Su abuela le contaba los cuentos en los días de lluvia para que no se aburriese.

- Jiménez Sánchez, José** 198(1)
75 años. Nace y vive en El Salobral.
- Jiménez Tolosa, Crisóstomo** 175
70 años. Pensionista. Nació en Alpera y vive en Albacete. Oyó el cuento pero no recuerda a quién.
- Landete Pérez, Valentina** 101
Ama de casa. Nace en Valdeganga y vive en Albacete. Oyó los cuentos a su tía y a su madre. No sabe leer. Afirma que los hechos narrados sucedieron en realidad.
- Lara Pérez, Emilia** 16(1)
50 años. Nace en Agramón y vive en Albacete. Profesora de E.G.B. El cuento lo oyó en la radio.
- Lara Pérez, Lisardo** 9,22(1)
43 años. Nace en Agramón y vive en Albacete. Dueño de un comercio de alimentación. Dice que se juntaba toda la familia por la noche para oír los cuentos en la radio.
- Lasa Martínez, Enrique** 67
50 años. Nace en Munera y vive en Las Iniestas. Agricultor. Su abuela se lo contó por la noche para entretenerlo. Dice que ocurrió de verdad.
- León Gil, Virginia** 18(2)
40 años. Nace en Masegoso y vive en Pinto (Madrid). Ama de casa. Lo oyó a su madre en casa, en noches de invierno al lado del fuego.
- Llanos, tía de Virginia Gcía. López** 51
60 años. Nace y vive en Balazote.
- López, Remedios** 40
71 años. Nace en Masegoso y vive en Albacete. No sabe leer.
- López Blázquez, Teodora** 63
66 años. Ama de casa. Nace y vive en Yeste. Dice que estaba ella cuando sucedió lo narrado en el cuento.

- López Castillejos, María** 97
65 años. Ama de casa. Nació en Paterna del Madera y vive en Albacete.
- López Cebrián, Eustaquio** 201(1)
74 años. Jubilado. Nació en Casas de Lázaro, aunque reside actualmente en Barcelona. Oyó el cuento a sus abuelos cuando vivía en el pueblo.
- López López, Llanos** 56(2),65,108
73 años. Ama de casa. Nace y vive en Albacete. Oyó los cuentos a su padre y a sus abuelos. Dice que los cuentos ocurrieron en realidad.
- López Muñoz, Julia** 88,89
67 años. Nace y vive en Paterna del Madera.
- López Ochoa, Teresa** 203(1)
Nace y vive en Albacete. Ama de casa. Oyó el cuento a su abuela.
- López Sánchez, Leovigilda** 55,144,146,152,153,164
Ama de casa. Nace y vive en Albacete.
- López Vázquez, Josefa** 126
67 años. Natural de Lezuza. Comenta que "siempre que algún niño estaba triste, le contaban este cuento".
- Lozano, Agustín** 94
98 años. Nace en Tidiez y vive en Albacete.
- Luján Cuenca, Ana** 150
70 años. Nace en Fuentealbilla y ha vivido también en Los Yesares y Valdeganga. Ama de casa. Comenta la narradora: "Mientras trabajábamos, contaban anécdotas graciosas y así el trabajo se hacía más ameno".
- Mallebrera, Joaquín** 204
68 años. Nace y vive en Villanueva de la Jara (Cuenca). El narrador cree que se lo contó su madre con el fin de que no envidiara a los demás (cuento nº 192). Del cuento nº 204, afirma el narrador: "Hará unos cinco años se lo oí contar al cura del pueblo a los niños que iban a tomar la Comunión".

- Martínez, Antonia** 39
65 años. Nace y vive en Albacete.
- Martínez Correda, Eulalia** 99,134,181,187,189
Unos 50 años. Ama de casa. Nace y vive en Hoya Gonzalo. Oía los cuentos a su padre, de pequeña, en los "mataeros".
- Martínez López, María** 17(2)
72 años. Nace y vive en Fuentealbilla. Ama de casa.
- Martínez López, Querubín** 122
66 años. Albañil jubilado. Nace y vive en Mahora. Oyó el cuento a su padre, que se lo contaba para entretenerlo.
- Martínez Marín, José** 64,68
76 años. Nace y vive en Yeste. Trabajó como jornalero. Oyó los relatos a sus padres y a la gente del pueblo. Dice que sucedieron en realidad.
- Martínez Martínez, María** 32,90
73 años. Nace en Las Casas de Juan Gil y vive en Albacete. Ha vivido también en La Felipa. Ama de casa. Lo oyó a su padre cuando era pequeña.
- Martínez Moreno, Rosario** 49
80 años. Nació y vive en Albacete. Sus labores.
- Martínez Valderrama, Mercedes** 37
40 años. Nace y vive en Motilla del Palancar (Cuenca).
- Milla González, Antonio** 76,77,82
70 años. Nace y vive en Montealegre del Castillo.
- Milla Molina, Antonio** 200
70 años. Agricultor.
- Moratalla, Concepción** 35,42,43(3),52(2),52(3)
65 años. Nace y vive en Sisante (Cuenca), ha vivido también en Albacete y Quintanar del Rey. Oyó los cuentos a su tío abuelo de pequeña.

- Morcillo Ruiz, Francisco** 111,120,168,169
76 años. Nació en Pozo Cañada y vive en Albacete. Trabajó como agricultor. Dice que el cuento se contaba entre los "compañeros".
- Moreno García, Dolores** 179
Nace y vive en Ayna. 71 años. Oyó el cuento a una vecina cuando era pequeña.
- Muñoz González, Arsenio** 140,141,182
82 años. Agricultor. Nace y vive en la Dehesa de Ayna. Oyó los cuentos a su padre
- Nieto Carrizo, Luis** 178(2)
90 años. Nace y vive en Albacete.
- Padre de Helena Alfaro Castro** 61
50 años. Nace y vive en Riópar.
- Padre de Paquita Piqueras García** 78
Nace y vive en Montealegre del Castillo.
- Pedregales Moreno, Julio** 103,131,132,142,145,177,190
78 años. Nace y vive en El Batán del Puerto. Ha trabajado como extraperlista, guarda forestal, agricultor y pastor. Oyó los cuentos a su tío abuelo, al que llamaban Antoñejas, también del Batán.
- Pedreño Madrid, Fina** 27(1)
62 años. Nace y vive en Cartagena (Murcia).
- Pérez, Encarna** 202
82 años. Nace y vive en Arenales de San Gregorio (Ciudad Real).
- Pérez Córcoles, Diosa** 129,130
69 años. Ama de casa. Nace y vive en Burrueco.
- Piqueras García, Consolación** 47
64 años. Nace y vive en Sisante (Cuenca). Ama de casa. Oyó el cuento a su padre.

- Roldán, Celedonio** 173
70 años. Nace y vive en Alcaadozo.
- Roldán Escribano, Alfonsa** 208
Nace en Quintanar del Rey (Cuenca). Dice, no sin razón, que su edad no nos importa. Agricultora. La narradora no se acuerda del final del cuento aunque sabe con certeza que era de humor.
- Roncero García, Amparo** 205(6)
64 años. Nace en Albacete. Oyó el cuento a su padre.
- Rosa Martínez, María** 128
71 años. Ama de casa. Nace y vive en La Herrera. Su madre les contaba los cuentos a ella y a sus hermanos en las comidas y cenas. Son historias conocidas por todo el pueblo.
- Rubio Rodríguez, Amparo** 50(1)
71 años. Ama de casa. Nace y vive en Albacete, aunque ha vivido también en Villarrobledo.
- Ruiz del Fez, Carmen** 96,154
Nace y vive en Chinchilla. Ama de casa. Oyó los cuentos a su madre cuando era niña.
- Ruiz Hermosa, María Dolores** 26
8 años. Nace y vive en Albacete. Lo oyó a su profesora en una velada.
- Ruiz Riaza, Luisa** 17(1)
Nace y vive en Montealegre del Castillo. Ama de casa. Lo oyó en el colegio y a su madre.
- Sáez Oñate, Vicente** 193
71 años. Nace y vive en Quintanar del Rey (Cuenca).
- Salto Diana, Ascensión** 41
48 años. Nace y vive en El Horcajo.

- Sánchez Pontones, José** 11
64 años. Nace y vive en Albacete.
- Sánchez Romero, Manuela** 93,194,197
68 años. Jubilada. Nació en El Berro y vive en Albacete. Oyó los cuentos a sus padres.
- Sánchez Sánchez, José Antonio** 155
74 años. Transportista. Nació en Pozohondo y vive en Albacete. Oyó el cuento a su abuelo cuando era pequeño.
- Tébar Martínez, Josefa** 44
69 años. Nace en Pozuelo y vive en Albacete. Ama de casa.
- Tercero Alfaro, Víctor** 2
53 años. Agricultor. Nace y vive en Ayna. Lo oyó a sus abuelos.
- Torres Risueño, Felipe** 38
76 años. Nace y vive en Madrigueras. Oyó el cuento a los viejos de la calle en las noches de verano mientras tomaban el fresco.
- Valiente Moreno, Piedad** 192
59 años. Natural de Bogarra. Ha vivido también en Huelva y Palma de Mallorca. Es costurera. Comentario de la narradora: "El cuento era igual que la vida real, que los curas siempre estaban pendientes de todo lo que pasaba".
- Villar Calero, Francisco** 24
44 años. Nació en Puertollano (Ciudad Real) y vive en Albacete. Funcionario. Oyó el cuento a su abuelo.
- Villarta López, Teresa** 109,199
68 años. Nace en Villanueva de la Jara (Cuenca). Ha vivido también en Fuentealbilla.
- Zafrilla Martínez, Florinda** 33(2)
67 años. Ama de casa. Nació en La Herrera y vive en Fuentealbilla. Su abuela se lo contaba siempre que llovía y no podía salir a jugar.
- Zamora, Segundo** 25(1)
71 años. Nace y vive en Tarazona de la Mancha.

APÉNDICE 2: ÍNDICE DE ALUMNOS

<u>ALUMNO/A</u>	<u>CUENTOS</u>
Alfaro Castro, Helena	61
Ávila Cerdán, Rocío	83,84,170
Ballesteros Sánchez, Silvia	102
Barba Esparcia, Valentín	112,113,119,138,183,184,186, 188,195,196
Barnés Torrente, Miguel Ángel	29
Bermejo López, Andrés	43(4),136
Cabañero Torres, Jesús	38
Campayo Caballero, Vicente	176
Campos Iniesta, José Luis	71,100,185(1),201(2)
Canales Gallego, Ana Belén	66
Carrizosa Villegas, Mari Ángeles	81
Cifo Córcoles, Laura	27(2)
Cifuentes Riquelme, Cristina	40
Córcoles González, David	58
Córcoles Sánchez, Toñi	147
Cortés Barba, Manuel	1(2),10,12
Costa Niño, Eva Pilar da	175

Cotillas Aranda, Emilio José	36(1)
Cuesta Hernández, Francisco	17(2)
Cuesta Jávega, José Javier	56(2),65,101,108
Cuesta Sáez, José Francisco	122
Delicado Martínez, Miguel Ángel	99,134,181,187,189
Felipe Tercero, María Jesús	2
Fernández Espino, Alicia	48
Fuente Milla, Javier de la	203(1)
Galdón López, Marco Antonio	18(1)
García Córcoles, Jorge	178(1)
García Cuesta, Lino	3,5,6,15,156
García Fernández, Marisol	87
García García, Francisca	33(1),43(2),72,95
García Gómez, Antonia	43(5)
García González, Antonio	93,194,197,201(1)
García González, María	13,185(2),205(1),205(4),205(5)
García Hernández, Fco. Jesús	174
García López, Virginia	51
García Martínez, María José	57,63,64,68,73,74,75,111,120, 135,168,169

García Moreno, Virginia	148
García Rodríguez, Ana María	110(1)
García Sahuquillo, Zara	35,42,43(3),52(2),52(3)
García Sánchez, Raquel	62
García Sánchez, Sergio	50(1)
García Simón, Ana	172
Gascón Garvi, Vanessa	18(2)
Gómez Cañada, Ana María	205(2),205(3)
Gómez Marín, Miguel	205(6)
González Cuesta, Ana María	143,150,161,162,163
González Lara, Encarnación	16(1)
González Muñoz, Josefina	140,141,182
Guerrero Ródenas, Beatriz	179
Haro Sánchez, Inmaculada y López Ballesteros, Mónica	79,115,116,117,123,124,137,149, 157,158
Hermosa Villarta, Maite	49,59,109,126,151,192,193,199, 204,207,208
Hernández Fernández, Ángel	103,131,132,142,145,177,190
Iniesta Hoyos, Manuel	4,16(2),20,22(2),167
Jiménez Córcoles, Amparo	31,36(3)

Jiménez Córcoles, Ana Belén	17(4)
Jiménez Martínez, Raquel	39
Jiménez Pina, Juan	128
Jiménez Ródenas, Óscar	67
Landete López, Gemma	32,90
Lara Pérez, María de los Ángeles	9,22(1)
Lillo Sánchez, Remedios	139
López Alberca, Rosa María	202
Lorenzo Sánchez, Fátima, Lorenzo Sánchez, Inmaculada y Sánchez Cabezuelo, Idolina	55,98,144,146,152,153,164
Lozano Tébar, Consuelo	94
Luján Calero, Pedro	60
Martínez Campos, Fco. Antonio	8,14,17(3),23,56(1)96,154
Martínez Cifuentes, Ana Belén	91
Martínez Cuesta, Piedad y Martínez Cuesta, Raquel	46,50(2),69,86,92,105,118,121, 127,191
Mayoral Salto, Mónica	41
Milla Martínez, Antonio	17(1),76,77,78,82,200
Monteagudo Cortecero, Remedios	114,125,159,160,206(1),206(2)

Monteagudo Gómez, Diego	33(2)
Montero Fernández, Sonia	7
Moreno Callejas, Luis Javier	44
Moreno Escribano, Juan Carlos	54
Moreno González, Juan Manuel	45,106,129,130
Muñoz García, Miguel	21,30,34
Navarro García, Jaime	19,70
Nieto Cebrián, Román	178(2)
Palazón Pérez, Nieves	88,89
Parada Sánchez, Francisco Jesús	104,107
Pereira Mencía, Estefanía	16(3),43(1),80,85
Pérez Ruiz, Mónica	27(1)
Romero Pinar, Ricardo	47
Rubio García, Roberto	11
Ruiz Hermosa, Miguel Ángel	26
Salvador Sánchez, Rafael	133
Sánchez Tébar, Ana Belén y Sánchez Yeste, Marina	155
Segura García, Juan Manuel	198(2)
Tobarra Castillo, María José	1(3),28,36(2),37,53,203(2)

Tornero Jiménez, José	198(1)
Torres Serrano, Inmaculada	97
Valcárcel López, Francisca	173
Valcárcel López, José Antonio	1(1),165,166
Villar Gómez, Marta	24,52(1),171,180,206(3)
Zamora Valera, Consuelo	25(1)

APÉNDICE 3: ÍNDICE DE POBLACIONES

<u>POBLACIÓN</u>	<u>CUENTOS</u>
Agramón (3 cuentos)	9, 16(1), 22(1)
Albacete (49)	4, 11, 16(2), 16(3), 20, 22(2), 24, 26, 28, 36(1), 36(2), 39, 43(1), 43(4), 43(5), 49, 50(1), 52(1), 53, 56(2), 62, 65, 83, 80, 84, 85, 98, 104, 107, 108, 114, 125, 136, 151, 159, 160, 167, 171, 178(2), 180, 203(1), 203(2), 205(2), 205(3), 205(6), 206(1), 206(2), 206(3), 207
Alcadozo (9)	1(1), 58, 71, 100, 165, 166, 173, 185(1), 201(2)
Alcaraz	81
Alpera	175
Argamasón (6)	55, 144, 146, 152, 153, 164
Ayna (3)	2, 27(2), 179
Balazote (2)	51, 172
Batán del Puerto, El (7)	103, 131, 132, 142, 145, 177, 190
Berro (3)	93, 194, 197
Bogarra (2)	186, 192

Burrueco (4)	45, 106, 129, 130
Casas de Juan Gil, Las (2)	32,90
Casas de Lázaro	201(1)
Chinchilla (7)	8, 14, 17(3), 23, 56(1), 96, 154
Dehesa de Ayna (3)	140,141,182
Elche de la Sierra	102
Fuentealbilla (2)	17(2), 150
Hellín (2)	59, 87
Herrera, La (2)	33(2), 128
Horcajo, El	41
Hoya Gonzalo (15)	79, 99, 115, 116, 117, 123, 124, 134, 137, 141, 157, 158, 181, 187, 189
Ituero	54
Jardín, El	18(1)
Lezuza (2)	126, 174
Liétor	19
Madrigueras	38
Mahora (11)	46, 50(2), 69, 86, 92, 105, 118, 121, 122, 127, 191
Masegoso (2)	18(2), 40

Montealegre del Castillo (6)	17(1), 76, 77, 78, 82, 200
Munera	67
Paterna del Madera (8)	88, 89, 97, 143, 161, 162, 163, 198(2)
Peñarrubia (14)	13, 112, 113, 119, 138, 183, 184, 185(2), 188, 195, 196, 205(1), 205(4), 205(5)
Peñas de San Pedro (4)	33(1), 43(2), 72, 95
Pozo Cañada (4)	111, 120, 168, 169
Pozohondo (3)	91, 147, 155
Pozuelo (2)	1(3), 44
Riópar	61
Roda, La	133
Salobral, El (3)	17(4), 178(1), 198(1)
San Pedro (2)	110(1), 139
Santa Ana (2)	31, 36(3)
Socovos	70
Tarazona de la Mancha	25(1)
Tiriez (4)	1(2), 10, 12, 94
Valdeganga (2)	60, 101
Villalgordo del Júcar	148

Villamalea	176
Villarrobledo (3)	21, 30, 34
Yeste (9)	7, 57, 63, 64, 68, 73, 74, 75, 135
<u>Provincia de Ciudad Real</u>	
Arenales de San Gregorio	202
Tomelloso	66
<u>Provincia de Cuenca</u>	
Motilla del Palancar	37
Quintanar del Rey (2)	193, 208
Sisante (6)	35, 42, 43(3), 47, 52(2), 52(3)
<u>Provincia de Jaén</u>	
Siles (5)	3, 5, 6, 15, 156
Villacarrillo	48
<u>Provincia de Murcia</u>	
Cartagena	27(1)
Murcia	29
<u>Provincia de Valencia</u>	
Jarafuel	170

APÉNDICE 4: ÍNDICE DE TIPOS FOLCLÓRICOS

TIPO	Nº	TIPO	Nº
3+4+30	1	311B*	34
3+4+30+5	2	327A	35
5	3	327B	36
6	4	327C	37
30	6	366	38
30+225	7	408	39
34	8	425C	40
56A	9	450	41
56A+6	10	451	42
56A+122H	11	480	43
57+225	12,13	500	44
60+225	14	510B	45
80A*	15	511A	46
91	16	531	47
123	17	554	48
130	18	563	49
130A	19	571C	50
135A*	23	621	51
200B	24	700	52
225	25	720	53
227*	26	729	54
240A*	27	780	55
275A*	28	*746	57
280A	29	754*A	69
301B	31	759	70
302	32	760*	71
310	33	*769B+1408B	85
873*	88	1381B	136
900*A	89	1536B+1381B	137
879	90	1424	138
927	91	*1424	139
982	92	1453****	150

1137	99	1457	151
1176	100	1562A	155
1245+1281+1288	102	1535	156
1294B*	103	921D*	157
1305B	104	1685	165
1313A	106	1691+1009+1653	166
1313A*	107	1009+1653A	167
1176	100	1676B	168
1245+1281+1288	102	1676C	169
1294B*	103	1681*	170
1305B	104	1681*(variante)	171
1313A	106	1696	172
1313A*	107	1696+1681B+1218	173
1333	110	1697	175
1718*, 1293	128	2023	203
1365	132	2031	204
1370A*	133	2271	205
1376C*	134	2320	206

APÉNDICE 5: NOTAS A LOS CUENTOS DE ANIMALES Y MARAVILLOSOS

Para los cuentos de animales y de magia (Tipos 1-750) puede consultarse bibliografía en el Tipo correspondiente del *Catálogo tipológico del cuento folklórico español* de Camarena y Chevalier (volúmenes I y II).

Los Tipos que llevan un asterisco antepuesto al número o a la letra remiten al Índice de Boggs.

No aparecen en el mencionado *Catálogo...* los Tipos **130A** (cuento número **19** de esta colección), **227*** (cuento número **26**) y **240A*** (cuento número **27**).

La versión aquí recogida del Tipo **227*** ("El cuervo y el cangrejo") sigue literalmente la traducción de Isabel Vicente de los *Cuentos populares rusos* de A.N.Afanásiev (Anaya, Madrid, 1991; Tomo I, pág. 84), excepto en la moraleja final, que es añadido del narrador.

Para los cuentos números **28** y **33** véanse los Tipos **[275D]** y **[310B]**, respectivamente, de Camarena-Chevalier.

Para el número **56** de esta colección, pueden consultarse: Espinosa, hijo, *Cuentos populares de Castilla y León*, núm. 180 (v.I, pág. 383); Chevalier, *Cuentos folklóricos en la España del Siglo de Oro*, núm. 39 (pág. 72-73); Ortega, José, *La resurrección mágica y otros temas de los cuentos populares del Campo de Cartagena*, Universidad de Murcia, 1992: núm. XXVIII (pág. 118 y 13-15). Todas estas referencias indican el carácter evidentemente folclórico de este relato, que constituye un Tipo bien definido dentro de nuestra tradición.

Para el número **59** véase López Megías, Francisco R. y María Jesús Ortiz López, *El Etnocuentón: Tratado de las cosas del campo y vida de aldea*, Albacete 1997, pág. 244. Este cuento puede considerarse perteneciente al Tipo **285C**: "Labrador da de comer a una serpiente para que no le coma el ganado" (véase el comentario de Julio Camarena y Maxime Chevalier en las páginas 423-424 del *Catálogo...: Cuentos de animales*).



DIPUTACIÓN DE ALBACETE